UNIVERSITY OF ARIZONA
UNIV. OF ARIZONA
PQ6571 .M3 mn
Trueba, Antonio de/Mari-Santa : cuadros
3 9001 03815 2545

MARI-SANTA.

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/marisanta0000anto

PQ
6591
M3

MARI-SANTA,

CUADROS DE UN HOGAR Y SUS CONTORNOS,

BOSQUEJADOS

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

MADRID,
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES,
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXIV.

Es propiedad del Editor.

Imprenta de Aribau y Compañía (sucesores de Rivadeneyra),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

A

MANUEL DE TRUEBA

Y

MARTA DE LA QUINTANA

(que estén en el cielo),

DEDICA ESTE LIBRO SU AMANTÍSIMO HIJO

Antonio Manuel María.

LO QUE ES ESTE LIBRO.

Unos cuantos renglones bastarán para decir lo que es este libro, ó al ménos lo que su autor quiso que fuese. Este libro no es una novela, y sí sólo una coleccioncita de cuadros de familia, más ó ménos apacibles y sonrosados, copiados del natural, con más sentimiento que arte.

Aunque el ingenio de su autor es escaso, no le hubiera sido difícil idear una serie de acontecimientos extraordinarios, cuya singularidad y mútuo enlace bastasen por sí solos para interesar á los entendimientos frívolos y superficiales que lo primero que buscan en el libro y en la escena es el *saber en qué para;* pero ha preferido á esto la narracion de sucesos que, si no son extraordinarios y tienen poca ó ninguna conexion entre sí, en cambio pertenecen esencialmente á la vida real, y no á la fantástica.

Con este proceder, el autor ha hecho una vez

más esta pregunta al público: «¿Puede agradar un libro de esta índole, en que sólo se ha procurado conseguirlo por medio del sentimiento y la verdad?» El público es quien ha de responder afirmativa ó negativamente á esta pregunta.

No dirá el autor que haya inventado un género literario que, uniendo la forma de la novela al fondo de la historia, satisfaga, tanto al que se enamora de la patraña trivial como al que se enamora de la verdad augusta; pero sí que este género, de que es imperfecto ensayo este libro, parece ser llamado, y debe serlo, á reemplazar á la antigua novela, zurcida casi totalmente con amoríos y sensiblerías falsas, que no pueden ya satisfacer á nuestro tiempo, en cuya frente resalta la gravedad de la filosofía y del infortunio.

El retrato de una mujer que áun vive, que áun ama, que áun llora y consuela los males ajenos, haciéndolos propios, resalta siempre en esta serie de cuadros, como en la serie de estampas que representan la vida de un santo ó un héroe, resalta siempre el retrato del héroe ó el santo. En esta mujer ha representado, ó ha querido representar el pintor á la santa madre de familia tal como él la imaginaba y tal como la ha encontrado en más de uno de aquellos hogares que la guerra civil convierte en cenizas y la pasion política calumnia suponiéndolos vacíos de toda virtud. No será éste

el sublime ideal de la madre de familia trazado por fray Luis de Leon; pero de esto no tiene tanta culpa el pintor como su época, que ha prohibido, casi en absoluto, el uso de las tintas místicas á los pintores de la naturaleza.

Al pintor le temblaba la mano y se le llenaban los ojos de lágrimas al bosquejar estos cuadros. La explicacion de esto es tan sencilla como triste: en los hogares y los campos donde ayer habia lo que estos cuadros resumen, hoy no hay más que cenizas y charcos de lágrimas y sangre! Quién tiene la culpa de esto lo sabe muy bien el pintor, aunque *por ahora* lo guarde en su corazon dolorido y desconsolado!

¡Cómo el pintor habia de trazar estos cuadros con mano segura, ojos enjutos, inteligencia clara y alma serena, ausente de su hogar, calumniado su patriotismo por muchos de los que mejor le conocen, quizá temeroso de carecer de pan y techo para su familia, y viendo sólo airados Caínes en los amados valles donde sólo vió mansos Abeles!

No se lleve á mal que en este libro se olvide á veces, aunque por un solo instante, lo de ayer para pensar en lo de hoy: su autor cree que todo libro debe mostrar, aunque sea en lejano término, el tiempo en que se escribió y el sentimiento que dominaba en el alma del escritor.

Sirvan de alguna disculpa al desaliento y la fatiga de inteligencia y corazon que en este libro se adviertan, el tiempo en que se ha escrito y el sentimiento que en el alma del escritor dominaba!

ANTONIO DE TRUEBA.

Madrid, Julio de 1874.

MARI-SANTA.

I.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

—Señor, en la sala espera un señor cura que pregunta por V.

—Salgo inmediatamente.

Salí y me encontré con un señor cura, como de mi edad, que al verme se levantó y se dirigió á mi encuentro sonriendo y como con ánsia de abrazarme, miéntras yo me dirigia al suyo, tambien sonriendo y con la misma ánsia, porque me parecia que aquella bondadosa cara era alguna que me habia sonreido amorosamente hacía mucho tiempo.

—¡Antonio!

—¡Francisco!

Exclamando así nos abrazamos estrechamente el cura y yo, llorando los dos de alegría, segun opinion de un angelito rubio y sonrosado, que al oirnos se acercó á la puerta de la sala á curiosear, nos miró y echó á correr por donde habia venido, diciendo:

—¡Mamá, lloran papá y ese señor cura que ha venido á verle!

Habia motivo para que Francisco y yo llorásemos de alegría al volvernos á ver despues de más de veinticinco años de separacion.

Francisco era el compañero inseparable de mi infancia. Sus padres eran pobres labradores como los mios, y su casa estaba un tiro de piedra más abajo de la nuestra. Entre ambas casas sólo mediaban unas huertas llenas de frutales y separadas por una estradita que ponia en comunicacion á Santa Gadea la de arriba, que sólo constaba de nuestra casa y otra derruida, y á Santa Gadea la de abajo, que constaba de tres, una de ellas la de los padres de Francisco.

En aquella estradita, en aquellas huertas, bajo los nogales y los cerezos fronteros á las casas de abajo y á la casa de arriba y áun encaramados en el emparrado que entoldaba un buen trecho de la parte superior de la estrada, sirviéndonos á los chicos de puente para pasar de las huertas de un lado á las del otro, Francisco y yo éramos los que con más frecuencia traveseábamos y alborotábamos el dia de fiesta y ántes ó despues de la escuela.

Pero travesear y alborotar no era el mayor solaz de Francisco: éralo hacer iglesitas bajo los nogales y los cerezos y áun predicar desde el tronco de un nogal que tenía un gran nudo, en el que se colocaba Francisco, y hubiera sido un excelente púlpito á no carecer de barandilla.

Yo no tenía tanta aficion como mi compañero á las

iglesitas y las cosas con ellas relacionadas, porque el misticismo no era en mí tan vivo como en Francisco ; pero otro sentimiento me las hacía sumamente simpáticas, el sentimiento de lo bello, delicado y tierno, que despues he conocido ser el sentimiento de la poesía.

En la casa derruida por un incendio, que nosotros no alcanzamos, nos proveiamos de ladrillos rotos, con que Francisco, sirviéndole yo de ayudante, construia las paredes maestras de la iglesia. Levantadas las paredes, arrancábamos palancos (ó estacas) de los setos, que nos servian de vigas para el techo ; cubriamos estas vigas con cascotes de teja : procediamos en seguida á construir el campanario, y colocábamos en él una esquila de las del ganado, que tocábamos con ayuda de una cuerda atada á ella.

El altar y el retablo los fabricábamos con piedrecitas y arcilla, y de esta última materia haciamos los santos que, una vez colocados en los nichos, adornábamos de florecillas.

En lo único en que yo era muy diestro, segun opinion de Francisco, era en la fabricacion de misales, en cuyas hojas trazaba, sirviéndome de tinta el jugo de las bayas maduras del yezgo, unos garabatos que yo calificaba de Cristos y notas de canto.

Cuando el interior de nuestra iglesita, en que cabia el medio cuerpo tendido de uno de nosotros, estaba como una ascua de oro, encendidas en el altar una porcion de velillas que haciamos recogiendo una gota de cera aquí y otra en el otro lado, y hasta pellizcando subrepticiamente la candela que nuestras madres llevaban el domingo

á la parroquia para alumbrar la sepultura de nuestros abuelos ; cuando habiamos alfombrado el pavimento con hojas de zarza-rosa y hierbecillas aromáticas y habiamos adornado altar y retablo con clavellinas silvestres y florecillas de jazmin y madreselva, que abundaban en las cercanías de la aldea ; cuando tocábamos la campanita y entonábamos la salve ó la letanía, las buenas mujeres de las caserías inmediatas que se acercaban á nuestra iglesia se enternecian viendo todo aquello hasta saltársceles las lágrimas, y decian á Luisa, la madre de Francisco :

—¡ Bendito sea Dios, qué habilidad tiene este Quiquillo tuyo para las cosas de iglesia! ¡ Y qué dolor tan grande que no podais ponerle á estudiar para cura!

—Es verdad, contestaba Luisa suspirando, pero todavía esperamos poder enviarle á estudiar latin, aunque sea empeñándonos hasta los ojos.

La guerra civil que desuela ahora las Provincias Vascongadas, como si quisiera desquitarse en ellas de aquellos treinta ó más años de profunda paz en que con frecuencia hizo de las suyas en el resto de España, sin lograr penetrar allí ; la guerra civil, que Dios maldiga, afligia á nuestro país, y Francisco y yo nos separamos para ir, Francisco á estudiar latin no sé dónde, y yo para venir á Madrid, nadie sabía á qué, pues nadie podia saber que venía á escribir libros.

Si el angelito rubio y sonrosado hubiese sabido estos antecedentes, no hubiese extrañado que llorasen papá y el señor cura que habia ido á verle!

II.

EL PASEO SOLITARIO.

Cuando Francisco y yo volviamos á vernos era por Setiembre de 1862, justamente el dia despues de mi llegada á Bilbao, de que habian dado noticia á Francisco los periódicos locales.

No era yo ningun personaje ilustre, ni mucho ménos, para que los periódicos anunciasen mi vuelta á la patria; pero la patria, sin yo merecerlo ni solicitarlo, acababa de aclamarme uno de los hijos que más la honraban, y como entónces no habia en Vizcaya liberales ni carlistas, sino solamente vizcaínos, los periodistas mis compatriotas no querian ser conmigo ménos generosos que la patria.

Francisco y yo recordamos y hablamos mucho en nuestra primera entrevista; pero como áun nos quedaba mucho que recordar y hablar, convinimos en que la tarde siguiente dariamos juntos un largo paseo por sitios solitarios donde nadie, ó casi nadie, interrumpiese nuestra conversacion.

Yo esperé con impaciencia este paseo por várias y muy diferentes razones: por volver á ver á Francisco, porque éste debia contarme su vida desde que nos separamos en la aldea, pues sólo me habia dicho que residia en Bilbao hacia algunos años, y, por último, porque yendo á establecerme, quizá para siempre, en la misma

poblacion, nadie como Francisco podia darme á conocer el carácter de mis nuevos convecinos.

Donde quiera que fueres haz lo que vieres, dice el refran; pero para ver son de gran ayuda los ojos de un sacerdote, que están acostumbrados á penetrar hasta en el fondo de las conciencias.

Llegó la tarde del dia siguiente templada y hermosa, y pasando el Ibaizábal por el puente de Isabel II, nos dirigimos á la amena llanura de Abando, entre cuyas heredades y frecuentes caserías abundan aquellos caminos vecinales que llamamos estradas, y son muy gratos desde que Abril puebla sus enramadas de hoja, flores, frutas silvestres y pájaros, hasta que Noviembre las despoja de todos estos atractivos.

Cuando yo era niño oia contar que el diablo se aparecia al que le invocaba la noche de San Juan á las doce en punto, en sitio donde no se oyeran campanas. No porque tuviese yo ánimo de invocar al diablo y mucho ménos porque desease que se me apareciera, sino por pura curiosidad y propension á averiguarlo todo, solia yo echarme á pensar cuál sería el sitio donde no se oyeran campanas, y nunca daba con él, porque en Vizcaya hasta las soledades del alma, donde nunca solian faltar amores divinos y amores terrenales, eran escasísimas; pero á pesar de esto, casi á las puertas de Bilbao, hay una soledad tan misteriosa, tan callada, tan honda, que parece hecha de encargo para meditar y para comunicarse dos almas allí encerradas, sin que los rumores del mundo exterior vengan á turbar sus confidencias.

Casi encima, en los castañares de la izquierda, suele

alzar su argentina vocecilla la campana de Larrasquitu, y casi á su entrada, al terminar el llano de Abando, canta el dia de fiesta la campanita de Elejabárri; pero dudo que la voz de la primera consiga descender, ni la voz de la segunda consiga entrar al fondo del profundo, estrecho y retorcido valle de Iturrigórri.

Hay, al mediar éste, una caudalosa fuente ferruginosa que le ha dado nombre. Hasta aquella fuente llegan las exploraciones del mundo clorótido y sus satélites, que se horrorizan de pasar de allí.

Francisco y yo no sentimos este horror, pues no satisfechos con la soledad de las estradas, tomamos la márgen del riachuelo y no nos detuvimos hasta llegar al límite del hondo vallecillo, donde nos dió el alto el casi vertical estribo del Pagazárri.

¿Cuál fué nuestra conversacion durante este largo paseo? Narrarla es imposible, y áun para resumirla se necesita capítulo aparte.

III.

CONFIDENCIAS.

—¿Cómo, me preguntó Francisco, te has hecho escritor?

—¡Ay! suspiré por única contestacion, y tambien fué la de Francisco un suspiro cuando á mi vez le pregunté cómo se habia hecho cura.

Era sin duda que volviamos la vista, yo al espacio que habia entre los cantares recogidos por el viento, ba-

jo los nogales de Santa Gadea, y los cantares recogidos por la imprenta bajo los olmos de Madrid; Francisco al espacio que habia entre los sermones predicados desde el tronco de un nogal, á los sermones predicados desde el púlpito de una basílica!

—¿Quién te dió aliento para llegar al periódico y el libro?

—El que te le dió para llegar al altar y el púlpito.

—Yo sentia una irresistible fuerza interior que me impulsaba hácia la iglesia.

—Y yo sentia otra, tambien interior é irresistible, que me impulsaba hácia la imprenta.

—Sacerdotes somos los dos de la hermosura moral.....

—¡Pero tú estás más cerca de Dios que yo!

—Por eso necesito más que tú preservarme de toda mancha.

—Esa mano amiga que levanta la hostia consagrada y en nombre de Dios perdona y bendice, será para mí de hoy más excelente guía.

—Y para mí lo será la tuya que.....

La modestia, como ahora se dice inmodestamente, no me permite reproducir los inmerecidos elogios que Francisco hizo de la mano que se enlazaba en aquel instante con la suya.

Francisco me contó al fin su vida desde que nos separamos en la aldea natal hasta que volvimos á vernos en Bilbao.

Su vida, hasta que se ordenó de misa, era una serie de sacrificios, de abnegacion, de privaciones, cuyo relato me hizo avergonzar de haber tenido hasta entónces por

heróicos mis sacrificios, mi abnegacion y mis privaciones para llegar á escribir libros. Su madre, como la mia, habia descansado en el Señor, bajo los fresnos que sombrean el campo-santo de la aldea, ántes de verle llegar al término de sus penosos estudios; y su padre, como el mio, vivia aún, y pasaba dichoso los ultimos años de su vida al amparo de su cariño.

—Cuéntame algo, le dije, de Bilbao, del pueblo donde vives hace ya muchos años, y donde yo espero pasar el resto de mi vida. Mi conocimiento de este pueblo se reduce al casi nulo que adquirí en la niñez cuando soliamos venir con nuestras madres á embobarnos con la magnificencia y riqueza de la villa, que tanto contrastaba á nuestros ojos con la de la aldea. Casi todas las grandes poblaciones de España han tenido quien describa sus costumbres, pero no así Bilbao, á pesar de ser una de las más importantes y dignas de ser conocidas, tanto por la originalidad de su fisonomía física y moral, como por su historia, su riqueza y su merecidísima fama en el mundo comercial. Nadie como el que ejerce la cura de almas, con la conciencia y la inteligencia que te son propias, puede conocer al pueblo donde la ejerce, porque el sacerdote está siempre en contacto íntimo con la vida moral y material, así del pobre como del rico, así del bueno como del malo, así del sabio como del ignorante.

—Es verdad, querido Antonio. No tardarás tú en estudiar por tí mismo, y conocer este pueblo como le conozco yo; pero para anticipar en lo posible la satisfaccion de tu curiosidad, tendré el mayor gusto en hablarte de Bilbao y sus moradores, durante nuestros paseos y

afectuosas conversaciones, que no serán tan largas y frecuentes como yo quisiera, por no permitírmelo los deberes de mi estado.

— Por lo visto esos deberes te dejan poco tiempo libre?.....

— Poquísimo.

— Pues no á todos los eclesiásticos les sucede lo mismo.

— A todos debe sucederles lo que á mí.

— Deberá, pero no les sucede, y particularmente á los de las aldeas.

— En la aldea como en la villa, al sacerdote ántes le falta tiempo que le sobra.

— Pues es muy comun oir disculpar ciertas faltas, por no decir vicios, de los curas de aldea, diciendo : «¿Y qué quiere V. que se haga en la aldea sino embrutecerse? En la aldea el tiempo se hace eterno por no haber gentes con quien tratar, ni cosa en qué distraerse decentemente. Así es que la única distraccion que allí tiene el que no se dedica al trabajo corporal, consiste en comer y beber.»

— Es verdad que eso se dice, pero tambien lo es que decir eso es un absurdo. El eclesiástico, y áun el seglar, que en la aldea se embrutece, es porque de suyo era bruto ó malo. Donde quiera que hay gentes, por humildes é ignorantes que sean, tiene el hombre de sano corazon y mediano entendimiento con quien conversar y distraerse, sin embrutecerse ni aburrirse. En toda aldea, por miserable y triste que sea, ademas de las gentes, hay otros objetos que son perpétuo, inagotable, hermoso y

dulce manantial de distraccion y serenidad del alma, que son la contemplacion y el estudio de la naturaleza.

— Estamos en eso completamente de acuerdo. Dias pasados, ántes de venir á Bilbao, hice una visita á nuestra querida aldea, y aproveché la ocasion para subir á Montellano. Quejábaseme el señor cura de que le faltaba tiempo para todo, y le dije : «¿Por lo visto V. encuentra en la aldea medios de distraerse? — ¿Cómo quiere V., me contestó, que no encontremos en la aldea esos medios, y particularmente los curas? — ¿Y cuáles son los que V. tiene? — Le señalaré á V. los principales.»

Y acercándome el señor cura al balcon de su casa, añadió señalando con la mano los objetos que nombraba : — «Tengo para distraerme aquella iglesia que ve V. entre los castaños; esos libros que ha visto V. en el armario de mi gabinete; esas gentes que ve V. trabajando en las heredades; esa huerta poblada de frutales y flores y hortaliza, que ve V. en torno de mi casita; esos pájaros que cantan en la arboleda; esa fuente y ese arroyuelo que murmuran bajo los cerezos; esas flores y esas hierbas y esas plantas que nacen y viven y mueren y resucitan en los campos que me rodean; esas arboledas que verdean por todas partes; esas montañas, verdes en primer término y azules despues, que se descubren á nuestra vista; ese mar que azulea allá abajo, y ese cielo que brilla allá arriba. Con que ya ve V. que si en las villas y las ciudades hay con qué divertirse ó instruirse, tampoco falta en las aldeas.»

— ¡Ah! tenía razon el señor cura de Montellano en decirte que particularmente los curas encuentran esos

medios de distraerse en la aldea. Se comprende que el pobre labrador no los encuentre, ó los encuentre muy limitados, porque su inteligencia no tiene la suficiente cultura para apreciar su valor, pero no que no los encuentre el cura, que para llegar á serlo ha aprendido á leer con claridad en todo aquello en que para su consuelo leen en la aldea muchos curas y seglares! Pero hablemos un poco de Bilbao, aunque hoy tenemos tantas cosas de qué hablar, que me limitaré á resumirte en pocas palabras lo que sé y pienso del pueblo en cuya colina de Mallona quizá descansarémos ambos. Bilbao tiene en la vida privada todas las virtudes del pueblo inglés, y en la vida pública todos los vicios del pueblo español. Sólo hay en él dos clases sociales, la que trabaja con la inteligencia, y la que trabaja con los brazos, porque la que trabaja sólo con los dientes no existe en Bilbao. La primera es la personificacion de la laboriosidad y las virtudes domésticas de la clase media británica, y la segunda, sin carecer en absoluto de estas cualidades, tiene la versatilidad, la locuacidad y la intemperancia que caracterizan al pueblo español de las grandes poblaciones. Pero hay dos defectos, que aquí son comunes así á una clase como á otra: el primero de estos defectos es el indeferentismo en la cosa pública, pues se ve con frecuencia que Bilbao deja tomar su nombre y representacion á unos cuantos audaces bullidores que se llenan la boca llamándose Bilbao, y el segundo defecto es la presuncion que tiene hasta el más ignorante y negado de que es competente para juzgar, sin ayuda de nadie, en política, en literatura, en arte, en todo.

Esta última afirmacion de Francisco me pareció algo exagerada; pero algunos años despues tuve ocasion de conocer que no lo era.

La basílica de Santiago era un templo precioso, que pertenecia á la decadencia del arte ojival; pero estaba tan estragado por el churriguerismo artístico-religioso, que daba compasion. Personas inteligentes y de buen gusto se propusieron restaurarle, y mediante una suma de medio millon de reales, que sufragó gustosa la villa, y otra suma, de más valor aún, de celo, de inteligencia y de patriotismo que suministraron muchos buenos bilbaínos, la basílica quedó convertida en una preciosa catedralita de la Edad Media, que hoy es el orgullo y la joya artística de la villa. Cuando se abrió al público, y éste llenaba sus naves, lloraban de alegría y orgullo artístico las personas de buen gusto, al ver la trasformacion del templo, pero se indignaban al ver el desenfado con que emitian su opinion personas que carecian de todo conocimiento artístico, y hasta personas que ni siquiera sabian leer.

Muchas gentes de la clase alta, que podrian entender mucho de comercio, pero que carecian de todo conocimiento del arte arquitectónico y su historia, decian:

—Pues, señor, mi opinion es que es un disparate el haber dejado la piedra de su color natural. ¿Qué costaba haberle dado á todo el interior de la iglesia un buen blanqueo, y así no pareceria toda ella vieja?

Y muchas gentes del pueblo, que no conocian siquiera la sintáxis de la lengua en que hablaban y echaban de ménos todas aquellas garambainas en forma de altares y

retablos que revestian y ocultaban antiguamente los esbeltos pilares del templo, exclamaban vascónica y magistralmente:

—¡A perder han echado!

IV.

EMBOSCADA.

Francisco y yo emprendimos la vuelta á la villa, porque el sol doraba con sus últimos rayos el pináculo de las Banderas.

Como yo apénas conocia los sitios por donde íbamos, dejábame guiar de Francisco, á quien, sin embargo, dije, viendo que al entrar en la llanada de Abando tomábamos la estrada de Elejabarri, que es á la izquierda, en vez de inclinarnos á la derecha, que era hácia donde estaba Bilbao:

— Me parece que rodeamos yendo por aquí.

— Pero hallarémos un buen descansadero para continuar nuestro camino, me contestó Francisco sonriendo afectuosamente.

Al llegar á la campa de Elejabarri, que es hermosa y está sombreada de grandes robles, creí que aquel fuese el descansadero de que hablaba Francisco; pero sólo nos detuvimos allí para descubrirnos la cabeza delante de la ermita de San Juan, y seguimos adelante tomando una nueva estrada.

Aquella ermita, que conserva y cuida con piadoso esmero la ilustre familia de Nobia, de cuya antigua casa

solariega da testimonio un cercado con cubos en sus ángulos que se ve enfrente, trae á mi memoria un triste recuerdo que voy á consignar en este libro para que se vea cómo germina en los corazones más sanos la semilla del mal que esparcen los necios ó malvados.

Existia en Bilbao una piadosa y benéfica asociacion de operarios del arte de imprimir y sus afines, bajo la advocacion y proteccion del mártir San Juan Ante-portam-latinam, á quien tambien en Madrid tienen por patrono los operarios de los mismos gremios. Aquel santo es el que se venera en la ermita de Elejabarri, donde la asociacion celebraba el 6 de Mayo una solemne fiesta religiosa, y luégo pasaba el resto del dia entregada con su familia y amigos á honestos solaces en el hermoso campo inmediato.

Cuando á consecuencia de la revolucion política de 1868 empezóse á dar desde los periódicos, desde los folletos, desde los libros y hasta desde la tribuna parlamentaria y gubernamental la inesperada y portentosa nueva de que no habia Dios, y por consecuencia no habia santos ni cielo, los buenos, los honrados, los piadosos impresores de Bilbao, sin duda se apresuraron á creer aquella triste nueva, pues despojaron al santo mártir del protectorado de su asociacion y se le dieron á Gutenberg. Los impresores de Madrid fueron ménos crédulos, sin duda porque conocian más de cerca á los que daban la nueva de que no habia Dios, y continuaron invocando la proteccion del mártir romano en el concepto de santo, y honrando á Gutenberg sólo en el concepto de inventor de la imprenta.

En 1873 tenía yo parte en la redaccion literaria de un periódico bilbaíno, y habiendo visto en los de Madrid algunos renglones en que se daba noticia de la fiesta religiosa con que los impresores madrileños habian celebrado el dia de su patrono San Juan Ante-portam-latinam, corté aquellos renglones, y sin comentario alguno los dí á la imprenta.

Como en el número inmediato no apareciesen, llamé al regente y le pregunté la causa de su omision.

—Dispénsenos V., me contestó, el que no los hayamos compuesto.

—¿Y por qué no los han compuesto VV.?

—Porque nos hacian poco favor.

—¿Poco favor á VV. lo que honra á sus colegas de Madrid?

—Sí, señor, porque en Bilbao es público y notorio que nosotros hemos sustituido á San Juan con Gutenberg.

—¿Y creen VV. que el recuerdo de esa sustitucion les hace poco favor?

—Yo le diré á V...

—¡Ah! exclamé, no me diga V. nada y déjeme creer que VV. continúan haciendo lo que hacen sus hermanos de Madrid el dia que experimentan alguno de esos infortunios que sólo pueden encontrar remedio en el cielo: ese dia invocan VV. el amparo de San Juan Ante-portam-latinam, y no el de Gutenberg.

Francisco y yo, atravesando la llanura, salimos á la hermosa estrada de San Mames, que hoy es frecuentadísima por paseantes y transeuntes con motivo de haber

establecido la villa su santa casa de misericordia en un grandioso edificio levantado en el solar del antiguo convento de San Mames á expensas del Señorío.

Francisco se detuvo á saludar á una señora que, acompañada de una alegre niña como de nueve años y de una dueña (así se llaman allí las doncellas de labor), estaba cosiendo en un mirador cubierto de verdura y flores que daba sobre el camino y formaba parte del jardinito que precedia á una alegre y modesta casa de campo y á una extensa huerta que avanzaba sobre la ria y la dominaba.

La señora á quien Francisco dió el nombre de doña Mari-Santa, vestia sencilla pero elegantemente; tendria de treinta y cinco á cuarenta años, y era de esas mujeres que, sin ser hermosas, y áun pudiendo ser calificadas de feas, son simpáticas y agradables.

En la naturaleza, por regla general, que como todas tiene sus excepciones, al ménos aparentes, todo está compensado. Casi todas las mujeres que carecen de hermosura física están compensadas con la hermosura moral, es decir, con la bondad y el talento, al paso que casi todas las que tienen la primera de estas hermosuras, carecen de talento, y la bondad es en ellas poco comun.

Yo bien sé que esta afirmacion me va á malquistar con la mitad más amable del género humano, porque áun las mujeres más feas y discretas se tienen cuando ménos por graciosas; pero un deber de conciencia me obliga á aconsejar á los solteros que, al elegir compañera de su vida y de su alma, prefieran la mujer fea, pero agradable, que casi siempre es discreta y buena, á la mujer hermosa, que casi siempre carece de talento y de bondad.

Si recorremos la historia de la humanidad, verémos que casi todos los grandes crímenes del sexo femenino han sido obra de mujeres hermosas.

La hermosura del alma es como la de las siempreviva, que no se marchita ni envejece. La hermosura del cuerpo es como la de las rosas, que dura una mañana.

—Celebro verla á V. tan laboriosa y entretenida, dijo Francisco á la señora.

—Pues no crea V., señor D. Francisco, que estoy buena esta tarde, porque esta mañana he tenido un disgusto terrible.

—¡Adios con la colorada! Yo creia que hoy estaba el cielo sereno. ¿Qué le ha ocurrido á V., señora?

—A mí, á Dios gracias, nada, porque no parece sino que Dios derrama cada dia su bendicion sobre nosotros, pues en casa casi nunca hay siquiera un dolor de cabeza; pero á la pobre Mari-Cruz, la de Iturrizar, se le murió anoche un niño que valia más oro que pesaba, y cuando me trajeron esta mañana la noticia... ¡Pobre Mari-Cruz!...

Y Mari-Santa, al decir esto, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Ya, ya tenemos lluvia! le dijo Francisco. Veo, doña Mari-Santa, que es V. incorregible.

—Pero, señor D. Francisco, ¡qué he de hacer sino llorar sabiendo lo que las madres queremos á los hijos, y pensando en lo hermoso que era el de la pobre Mari-Cruz!...

—Lo que ha de hacer V. es pensar que el hijo de Mari-Cruz está ya en el cielo.

—Es verdad; ¡pero y la pobre madre!

—Su pobre madre, si no se ha consolado ya, se consolará pensando lo mismo. ¡Pero será posible, señora, que ha de estar V. siempre penando y llorando por los males de casa del vecino, cuando en su propia casa no tiene V. más que bienes!

—Verdad es que eso me sucede; pero por más que usted me predica, y por más que me predican todos, hasta burlándose de mí algunos, como hace mi hermana Mari-Rosa, no puedo remediarlo. Desde que tuve uso de razon empecé á sentir las penas ajenas como penas propias, y sin variar de condicion me enterrarán, porque ya sabe V. que genio y figura hasta la sepultura.

—¿Y cómo está D. Juan?

—Bueno, á Dios gracias, pero tan aburrido como siempre, porque dice que el tiempo se le hace eterno. Pero á todo esto. ¡qué cabeza la mia! no les he mandado á VV. pasar á descansar un poco. Anda, Ignacia, y abre la verja para que esos señores pasen, y ve en seguida á decir que les traigan chocolate ó un vaso de refresco.

—Gracias, D.ª Mari-Santa, pero no aceptamos más que la primera parte de su obsequio.

Miéntras la dueña bajaba á abrir la verja del jardin acompañada de la niña, Francisco me dijo por lo bajo:

—Esta es una emboscada que estoy seguro me has de perdonar cuando te la explique.

Francisco dió á besar la mano á Teresita, que así se llamaba la niña, le hizo una caricia, y le regaló una linda estampa de la Inmaculada Concepcion, que á Teresita volvió loca de alegría, y en seguida me presentó á la señora. Esta se mostró alegremente sorprendida al oir mi

nombre, y me pidió permiso, que le otorgué gustosísimo, para tratarme con la confianza de antiguo é íntimo amigo de la familia.

—¿Dónde anda el poeta? preguntó Francisco á la señora con no poca admiracion mia, pues si yo habia adivinado que por allí habia poetas de los que cantan «para dentro», ni por el pensamiento me habia pasado que los hubiese de los que «cantan para fuera.»

—El poeta, contestó Mari-Santa sonriendo, esta tarde, como otras, habrá pasado...

—El Helesponto para ver á Hero, ¿no es verdad? la interrumpió Francisco.

—No, señor, la ria para ver á Rosita, replicó Mari-Santa. Señor D. Francisco, no nos venga V. aquí con historias de paganos, que aquí somos cristianos puros, y llamamos al pan pan, y al vino vino, diciendo como D. Antonio en cierto librito que por acá nos sabemos de memoria:

Por San Juan y San Pedro,
¿somos paganos?
Hable V. como se habla
entre cristianos!

Y á propósito de poetas, tengo que pedir á D. Antonio un gran favor, y es el de que se venga por aquí cualquier dia de estos, porque tengo que consultar con él un caso muy grave...

—¿De conciencia? preguntó Francisco.

—Sí, señor, de conciencia.

—¿Y para cuando somos los directores espirituales?

—Para cuando la consulta no es á propósito de poetas.

—Pues, señora, me tendrá V. por aquí cualquiera tarde de estas.

—No, mejor es que sea cualquiera mañana para que tengamos el gusto de que nos acompañe V. todo el dia.

—El gusto será mio.

—Hablemos claro, D. Antonio, el gusto será de todos.

Anochecia ya, y despidiéndonos de Mari-Santa continuamos camino de la villa.

—Explícame, dije á Francisco, tu emboscada.

—Te la explicaré, porque lo prometido es deuda.

V.

EXPLICACIONES.

—Me parece, continuó Francisco, que te he hecho un bien muy grande, y áun que se le he hecho á la buena literatura (pues yo tengo por buena no precisamente la mas sábia sino la más sana) con la emboscada cuyo inmediato resultado ha sido relacionarte con la familia de D. Juan de Gorostiza, que así se llama el aburrido pero excelente esposo de Doña Mari-Santa, mi piadosa y buena hija de confesion.

—Ten la bondad de explicarme un poco más todo eso.

—Te lo explicaré. Creo que te he hecho un gran bien, porque con el trato y el estudio de la familia que acaba de ofrecerte su casa, creyéndola muy honrada con tu presencia, gozarás mucho y sentirás mucho consuelo tú que hallas tus mayores delicias en los hogares honrados;

y creo que he hecho un gran bien á la literatura, porque estoy seguro de que lo que has de ver y sentir en el hogar á cuya entrada te he llevado, te ha de inspirar un libro que si no ha de conmover y admirar al mundo científico y sabio, ha de deleitar y consolar á ese otro mundo de honrados y modestos ciudadanos, de humildes y santas madres de familia, de puras y candorosas doncellas, y de generosos mancebos que en el seno de la familia y el trabajo ven trascurrir su vida oscura y triste para el que los contempla desde la tierra, pero radiante y alegre para el que los contempla desde el cielo.

María-Santa ó Mari-Santa como familiarmente decimos aquí donde propendemos siempre á abreviar los nombres, y Mari-Rosa su hermana, difieren tanto entre sí, lo mismo en lo físico que en lo moral, que sólo el que conoció á sus padres puede explicárselo. Mari-Santa es la copia de su difunta madre, y Mari-Rosa es la copia de su difunto padre, en cuanto cabe serlo la mujer del hombre; la primera poco favorecida por la naturaleza en lo físico, es modelo de mujeres en lo moral. Tú has dicho que muchas mujeres llenan toda la casa por grande que la casa sea y chiquititas que sean ellas. Una de esas mujeres es Mari-Santa. Su entendimiento es grande, pero su corazon lo es aún mucho más, pues no teniendo nunca infortunios que llorar, ni compadecer, ni consolar, ni aliviar en su casa, sobre la que, como ella dice, parece que Dios derrama diariamente sus bendiciones, no tiene bastantes ojos, ni bastante boca, ni bastantes manos para llorar, compadecer, consolar y aliviar los infortunios ajenos que hace propios. Mari-

Rosa su hermana es lo contrario que ella, así en lo físico como en lo moral. Hermosa de cuerpo, es fea de entendimiento y casi fea de corazon, pues léjos de sentir y llorar y aliviar los infortunios ajenos, se burla de su hermana porque los siente y llora y alivia diciéndole que se parece al corregidor de Almagro que se murió de pena porque al alguacil le habia sacado el sastre un chaleco corto. Para que el contraste sea completo entre una familia y otra, así como el marido de Mari-Santa se queja perpétuamente de que se aburre por no tener que hacer, el marido de Mari-Rosa se queja sin cesar de que se aburre por tener que hacer mucho.

Mari-Santa tiene un hijo de diez y siete años llamado Leandro, que á los ojos de su madre es un prodigio de bondad, de talento y hasta de belleza personal. Sus padres quieren dedicarle al comercio ó la industria, á cuyo efecto ha estudiado con mucho aprovechamiento; pero hé aquí que de la noche á la mañana se enamora de la hermosura, el candor y la gracia de una niña de Deusto, da en celebrarla en verso, con sus sueños de amor se confunden y mezclan sueños de gloria literaria, y se empeña en que ha de ir á Madrid á cultivar la literatura en vez de quedarse en Bilbao á cultivar el comercio. Sus padres, que ante todo desean su felicidad y que, honrándose á sí propio, honre á la familia, saben que la vida literaria es muy honrosa, pero no saben si es muy feliz. Para averiguarlo necesitan consultar á persona que la conozca prácticamente, y sabedores de tu venida á Bilbao y de la amistad que nos une, me habian suplicado que buscase medio de proporcionarles tu amistad y trato, á fin de

que á tu vez puedas proporcionarles la luz que les falta para encaminar á su querido hijo por la senda en que más pueda honrar á Dios, á sí propio y á su familia.

Aquí tienes, amigo Antonio, la explicacion de la emboscada á que te he conducido esta tarde.

—Léjos de estar ofendido por ella, estoy muy agradecido. ¿Tú conoces los ensayos literarios del muchacho?

—Algo de ellos conozco, porque ¿qué padres no hacen alarde de las habilidades de los hijos? Pero como no soy competente para apreciar su mérito, y mucho ménos para apreciar la dicha que puede esperarse de la vida literaria, espero que tú has de suplir mi incompetencia.

—Haré lo posible por no defraudar tu esperanza y la de esa buena familia.

Al llegar nuestra conversacion á este punto, subíamos la cuestecilla de Errecacoeche y dábamos vista al secular roble de Arbieto.

Este roble es dignísimo de que se le consagre un capitulito en este humilde libro, que no es ni quiere ser una novela, sino unas memorias de algo de lo que ha sentido, y ha investigado, y ha pensado, y ha soñado su autor en torno de la populosa, y noble, y rica, y culta y heróica villa, sobre la cual lanza en estos instantes tempestades de fuego y plomo y hierro un príncipe á quien Dios perdone y la historia maldiga.

VI.

EL ROBLE DE ARBIETO.

Hay en Albia, barriada de la anteiglesia de Abando confinante con Bilbao, á cuya villa, con la razon del más fuerte y la aquiesciencia de una mínima parte del noble, justo y patriótico pueblo bilbaíno, se ha anexionado la mejor parte de ella tomándose el pié y la mano por habérsele ofrecido justa y generosamente el pié, que era lo único que necesitaba la satisfaccion de sus necesidades; hay en Albia un roble vulgarmente llamado ahora el árbol Gordo, y en otro tiempo el roble de Arbieto, porque era propiedad y estaba en la inmediacion de la casa solar de este apellido.

La historia de aquel árbol, que nadie se habia cuidado de averiguar ni narrar hasta que yo me tomé este trabajo, es muy curiosa.

A fines del siglo XII todavía no existia la villa de Bilbao, que se fundó un siglo despues en jurisdiccion de la república de Begoña, por el señor de Vizcaya D. Diego Lopez de Haro, y con consentimiento y placer de todos los vizcaínos y no con el de los monarcas castellanos que ninguna autoridad tenian entónces sobre Vizcaya.

A la república de Begoña pertenecian entónces ambas orillas del Ibaizábal. Como la interposicion del rio dificultase la asistencia de los habitantes de Abando á las iglesias del lado opuesto, que eran la de Santa María y la de San-

tiago, erigieron iglesia propia, si bien en el concepto de filial de la matriz de Santa María. Con el tiempo, y sobre todo con la fundacion de la villa de Bilbao, que vino á interponerse entre la matriz y la filial de Abando, ésta, cuyos feligreses se habian multiplicado mucho, fué haciéndose independiente, y el mismo ejemplo siguió en lo civil la poblacion correspondiente á ella, aunque siglos despues todavía eran diezmeras de Begoña las casas antiguas de Abando.

El año 1190 se dijo la primera misa en la iglesia de San Vicente de Abando con mucho regocijo del vecindario; y para conmemorar tan fausto suceso y embellecer las cercanías del nuevo templo, aquel dia plantaron los vecinos dos hileras de robles en las dos principales avenidas del mismo.

En 1804 sólo existian ya dos de aquellos robles que contaban más de seis siglos. El uno estaba frente de la torre de Arbieto y el otro en una encrucijada á poco más de cien pasos al Este donde habia un humilladero ó ermita de Jesus crucificado.

Ambos eran enormes. Con motivo de una asonada popular que en el expresado año de 1804 hubo en aquella comarca y se designó con el nombre de la Zamacolada por haberla originado cuestiones en que intervenia un buen patricio apellidado Zamácola, bajaron tropas á Bilbao y derribaron, para cocer con su leña los ranchos, el roble de la encrucijada, cuya madera era tan dura que se la despedazó por medio de barrenos cargados de pólvora.

Del roble del Cristo tengo algunas noticias antiguas, pero las omito porque no es mi ánimo contar su historia,

sino la de su compañero el roble de Arbieto que áun subsiste.

En los siglos XIV y XV presenciaron aquellos árboles peleas muy porfiadas y sangrientas entre los bandos oneciño y gamboino, y en memoria de los banderizos que murieron en una de ellas al pié del roble de Arbieto, se puso en el tronco de éste una cruz de hierro que subsistió por mucho tiempo.

La república de Abando ha puesto cada vez más cuidado en la conservacion de aquel venerable roble, no sólo teniendo en cuenta su mucha antigüedad, sino tambien porque durante siglos se trataron á su sombra los asuntos del procomun, pues la cruz-parada de Abando solia celebrarse allí (1).

En un apeo de los bienes de la casa de Arbieto, verificado hace cerca de doscientos años, y cuyo testimonio original he leido, hay una partida que dice: «Item, el robre grande frontero de la torre, que está cercado de pared.»

Segun esta partida, hace cerca de doscientos años ya estaba guarnecido de pared aquel roble, ¡por temor de que se cayese de viejo!

Esta precaucion ha continuado hasta nuestros tiempos, y hace pocos años se le renovó la cerca á costa de la anteiglesia, cuyo digno alcalde era D. Faustino de

(1) La cruz-parada se reducia á esto: al salir la procesion durante la misa conventual, la cruz parroquial se detenia en determinado sitio, que solia ser bajo un árbol, y presidido por ella, trataba el vecindario los asuntos pertenecientes al procomun, tornando en seguida con la cruz á la parroquia.

Zugásti. El tronco está hueco, y para evitar que los muchachos penetrasen en él y encendiesen fuego que pudiera destruirle, se tapó con tabla el boquete por donde solian entrar. Un dia corrió por la barriada la noticia de que el árbol Gordo estaba ardiendo, por haberle prendido fuego involuntariamente algunos muchachos que jugaban *á casitas* en la concavidad de su tronco, y todos los vecinos acudieron á apagar el incendio, y las mujeres lloraban como si sucediera una gran desgracia.

Poco más abajo del árbol de Arbieto, entre éste y la parroquia de San Vicente, estuvo el colegio ó Instituto de Vizcaya, hasta que se instaló en el magnífico edificio construido al efecto en Bilbao, hace treinta años, y el ilustre D. Alberto Lista, que honró á aquel establecimiento con su virtud y su ciencia como profesor, tenía gran aficion al árbol de Arbieto, á cuya sombra se le veia estudiar, meditar y descansar de las fatigas de la cátedra.

Todavía subsiste en Bilbao un caballero que recuerda haber conversado allí con Lista, y haberle oido decir:

—Más poeta que los que hacemos versos y enseñamos á hacerlos, es el pueblo que sin cultura alguna del sentimiento poético tiene el suficiente para conservar, amar y respetar monumentos como éste que nos da sombra.

No debo omitir en este resúmen de la historia del árbol de Arbieto una observacion algo curiosa: aquel árbol, que cuenta más de seis siglos de existencia, es, quizás, el primero que se cubre de hoja en Vizcaya, por cuyo motivo solia decirme un amigo mio, cada vez que

me encontraba sentado en las gradas que le sostienen y rodean :

— ¡Qué aficion tiene V. al viejo verde!

Las últimas noticias que recibo del pobre y venerable viejo son muy tristes, pues son las de que ha sido fusilado por los carlistas, aunque sin causarle grave detrimento. Agrupados y fortalecidos en torno suyo los defensores de la villa, multitud de balas de los sitiadores se han estrellado en el duro tronco del seis veces centenario roble.

VII.

LAS ESTAMPITAS.

Habia anochecido ya, pero el plenilunio era tan claro, que no se echaba de ménos la ausencia del dia.

— Ahí tienes á Leandro entregado, sin duda, á sus dulces sueños de poeta, me dijo Francisco indicándome á un jóven que estaba sentado al pié del árbol de Arbieto, tan abstraido y meditabundo, que no notó nuestra presencia hasta que llegamos á su lado, y Francisco le saludó chancera y cariñosamente.

Leandro se levantó, se descubrió la cabeza y correspondió con mucho respeto á nuestro saludo.

— Tengo el gusto de presentar al Sr. D. Fulano de Tal uno de sus colegas, añadió Francisco.

Leandro se puso como la grana al saber quién era yo, y al ver que ante mí se le acusaba de poeta ; pero no tardó en serenarse, porque yo hice lo posible para que así

sucediera, sentándome á su lado y hablando largo y tendido con él con la llaneza y afabilidad de un amigo antiguo.

— Ya sé, le dije, porque me ha enterado de ello Francisco, mi querido amigo y compañero de la niñez, que tiene V. las inclinaciones que yo tenía á la edad de usted, aunque en mí estaban infinitamente ménos justificadas, pues yo nada habia estudiado, y V. hasta ha cursado retórica y poética. Es necesario que seamos muy amigos, y con la confianza de tales, hablemos largamente de literatura y de lo que V. ha hecho y espera hacer, á cuyo efecto yo iré con frecuencia por el lindo paraíso de Abando, cuyas puertas me han abierto esta tarde de par en par, y tendré una gran satisfaccion cada vez que usted vaya por mi paraíso de Bilbao, que no llamo feo, porque si carece de flores naturales, no carece de flores del ingenio de nuestros buenos poetas y prosistas.

Francisco, que estaba en sus glorias viendo que Leandro y yo nos habiamos hecho en pocos instantes muy amigos, interrumpió nuestra narracion, diciendo:

— Ea, señores poetas, es hora ya de que cada cual siga su camino, porque doña Mari-Santa estará ya inquieta, temiendo que su Leandro, en lugar de volver de Deusto por Bilbao, haya querido volver por el Helesponto, y le haya sucedido lo que á su tocayo el de Abidos.

Leandro se sonrió poniéndose colorado al oir esto, y se apresuró á despedirse de nosotros.

— Ya va el pobre Leandro tan contento con la estampita que le has prometido, me dijo Francisco al continuar nuestro camino.

Como no comprendiese lo que Francisco queria decirme, iba á preguntarselo, cuando unos niños que jugaban á la luz de la luna, delante de las casas del crucero, me interrumpieron corriendo á besar la mano al señor cura y pidiéndole una estampita, inocente vicio este último á que los habia acostumbrado la bondad de un respetable sacerdote y catedrático bilbaíno, que animado de aquel sentimiento que hacia exclamar á Jesus: «Dejad que los niños se acerquen á mí», encuentra su mayor satisfaccion en verse rodeado de inocentes y hermosos niños, y para lograrla más fácilmente, siempre va provisto de lindas estampitas con que obsequiarlos.

—Se me han acabado las estampas, les contestó Francisco; pero el estampero me está haciendo á toda prisa unas muy bonitas, que serán para vosotros.

Los niños al oir esto, se retiraron saltando de alegría y exclamando:

—¡Ay, qué gusto! dice que el estampero le está haciendo unas muy bonitas para nosotros.

Comprendí sin más explicacion lo que Francisco habia querido decirme: lo que habia querido decirme era que los adolescentes como Leandro son niños grandes que se contentan con promesas, y que la estampita con que Leandro habia partido contento, era mi promesa de hablar largo y tendido con él de versos y prosas.

VIII.

MARI-SANTA Y DON JUAN.

No faltará quien haya extrañado que siendo D. Juan de Gorostiza cabeza legal de la honrada familia que sirve de asunto principal á este libro, este libro no lleve por título su nombre, y sí el de su mujer doña Mari-Santa, en cuya conmemoracion á poco más adopto el titulo de «Recuerdos de una fea muy hermosa.»

Es necesario que no pasemos más adelante sin explicar la razon de esta que parece sinrazon y no lo es.

Don Juan era, ciertamente, en aquella familia la cabeza legal, pero su mujer era, por excelencia, la cabeza que pensaba y el corazon que sentia. Razones legales valen poco para poetas y filósofos de mi humilde estofa, comparadas con razones de sentimiento.

Mari-Santa amaba, honraba y respetaba á su marido, como si éste fuese el mejor y más discreto de los hombres; pero su marido, que tenía el suficiente talento y la suficiente bondad para conocer que en ambas cosas le aventajaba muchísimo su mujer, habia dicho á ésta:

—Oye, Mari-Santa: se dice que donde hay patron no manda marinero, pero yo he navegado en barcos donde el patron, sin abdicar sus atribuciones de tal, confiaba á un marinero todo aquello en que creia que el marinero le podia suplir con ventaja ó cuando ménos sin desventaja. Yo no me tengo por un hombre inepto,

ni falto de iniciativa y voluntad propias. Salí de una pobre casería de Deusto, y llegué á Buenos-Aires sin más medios de hacer fortuna que los que consistian en unos honrados consejos que me habian dado mis padres, en una elementalísima instruccion que me habia dado el maestro de la aldea, y en una inútil carta de recomendacion que me habia dado no recuerdo quién, y veinticinco años despues volví con cien mil pesos, ganados honradísimamente. Hubiera podido casar en América, quizá duplicando así mi fortuna, pero ni por el pensamiento me pasó el hacerlo, porque siempre me dije: «Cien mil pesos son una fortuna loca en mi país, y con ellos y una mujer buena se puede vivir allí como en la gloria. Buenas mujeres hay en América, pero si me caso con una de ellas, por buena que sea, tengo que renunciar á la dulce esperanza de volver á la patria y pasar allí el resto de mi vida, que es la que me ha dado aliento para trabajar sin descanso durante veinticinco años; ó si vuelvo, sacrifico la felicidad de mi mujer, que no podrá encontrarla en país extraño, y por consecuencia, sacrifico tambien la mia, pues no seré feliz si mi mujer no lo es. Procediendo así, y así pensando, volví á la patria, busqué compañera digna de mí, me casé contigo, y soy dichoso. Quizá el amor propio me engañe, y todo lo que he conseguido sea obra exclusiva de la ciega casualidad; pero tengo derecho á creer, ó cuando ménos á sospechar, que el que todo esto ha conseguido no carece por completo de inteligencia ni corazon.

—¡Pues no lo has de creer, querido Juan! exclamó Mari-Santa con los ojos arrasados en lágrimas de ternu-

ra, echando amorosamente uno de sus brazos al cuello de su marido, y si no echó los dos fué porque el otro le tenía muy ocupado en sujetar suavemente contra su seno á Leandrito su primogénito, cuyos sonrosados mofletillos se hinchaban con el dulce jugo del pecho maternal. ¿No sabes, añadió sonriendo con indecible amor y felicidad, que yo soy más pícara que hermosa, y no me hubiera casado contigo si no hubiera llegado á persuadirme de que encontraba en tí lo que tú sospechas que tienes, y áun mucho más que tu excesiva modestia no te deja ver? ¡Bendita sea la Vírgen de Begoña, que vino en mi ayuda cuando se la pedí en la ocasion más solemne de mi vida!...

—¿Qué ocasion fué esa, mi pobre y buena Mari-Santa?

—Te diré cuál. Nos habiamos conocido en Santurce durante la temporada de baños: mis padres, que estén en gloria, te habian ofrecido nuestra casa: nos habias visitado en Gorostiza cuando volvimos á pasar aquí el otoño, y en Bilbao cuando volvimos allí á pasar el invierno; me habias dicho en Santurce que me querias, y esperabas mi consentimiento para decírselo á mis padres...

—Sí, me enamoraste por lo hermosamente fea y santamente llorona que eras.

—Yo creia que me querias en efecto, pues no dirigia una vez los gemelos á Deusto sin que te encontrase catalejeando á Gorostiza...

—Ni yo dirigia una vez los gemelos á Gorostiza sin que te encontrase catalejeando á Deusto...

—¡Eh, embusterazo!... Un domingo me dijiste: «Ma-

ri-Santa, es necesario que me dé V. su contestacion definitiva, porque hace cerca de un año que vivo en esta incertidumbre, y ya no puedo más con ella.» Y yo te contesté: «Se la daré a V. de hoy en ocho dias.» Era que todos los sábados por la tarde subiamos mamá y yo á la salve de Begoña, y... (añadió Mari-Santa sonriendo) queria consultar á la Vírgen si debia ó no darte calabazas.

—¡Bendita sea la Vírgen que te aconsejó no me las dieras, sin duda porque tenía muy buen concepto de mí desde que, al preparar mi viaje en Buenos-Aires, mandé hacer una azucenita de oro, y al entrar con ella en el buque en que debia tornar á la patria, levanté á Dios pensamiento y corazon y le dije: «Señor, déjame llegar con bien ante aquella *amá-virgiña*, á quien recé cuando niño conducido a su templo por la amorosa mano de mi madre, para que pueda ofrecerle este símbolo de su pureza y de la de mis intenciones!

—Pues bien, Juan, la *amá-virgiña* de tus oraciones de niño aldeano, que tambien se llama así en mis oraciones de señora bilbaína, pues me parece que la lengua de los campos es más expresiva y tierna y pura para hablar á la Vírgen sin mancilla que la lengua de las ciudades, *amá-virgiña* de Begoña, á quien pedí con toda mi alma que me inspirára la contestacion que debia darte, me inspiró la que al dia siguiente te dí en el Arenal...

—Bien recuerdo dónde y cómo me la diste. Verás como nada he olvidado. Veniais tu madre y tú de misa, y yo paseaba con el anciano confesor de tu madre; parámonos á saludaros, y miéntras el señor cura hablaba con

tu madre de los preparativos que se hacian en Santiago para las flores de Mayo, tú y yo hablábamos de las rosas que comenzaban á entreabrirse en aquellos jardinillos. Dos letras seguidas de una interrogante rabiaban por escaparse de mis labios, y al fin se escaparon temblando de incertidumbre. *¿Sí?* te pregunté lacónica y tímidamente, y... *sí*, me contestaste bajando los ojos y poniéndote tan colorada como las rosas objeto de nuestras murmuraciones. Pero dejemos ya estos dulces recuerdos, y vamos, Mari-Santa mia, á lo que hoy me habia propuesto decirte. Cuanto más te he ido conociendo, me he ido convenciendo más y más de que en este buquecillo en que hacemos el resto del viaje de la vida, procurando los dos de consuno que sea lo más próspero posible, aunque haya un patron, que soy yo, debe mandar un marinero, que eres tú.

—¿Pero estás loco, Juan?... El marido no debe renunciar...

—No hay aquí renuncia que valga; lo que hay y debe haber es delegacion. Sin tenerme yo por un inepto para el gobierno de la casa, reconozco en tí superioridad muy grande para ese gobierno, y te le encomiendo, reservándome sólo el de todo aquello que es impropio de una mujer. Harta ocupacion voy á tener durante mucho tiempo en el arreglo de los bienes que heredaste de tu bondadoso, pero desordenado padre, y en el de mis intereses, que descuidé durante el año escaso de novio y el año largo de casado, para no pensar más que en tí.

—Juan, doy todo el infinito valor que tiene á ese nuevo testimonio de cariño y confianza que me das, y pro-

curaré que no te arrepientas de haber consentido que donde habia patron mandase marinero.

Dar á conocer estos antecedentes de la vida de Mari-Santa era poco ménos que indispensable para que este libro, lleno de defectos, no empezase á tenerlos de órdago en su mismo título.

IX.

LA VISITA.

Una mañana, cuatro dias despues, me encaminé á Abando por el árbol Gordo. Gratas son las mañanas y las tardes de Abril y Mayo en nuestros valles y montañas del litoral cantábrico, y algunas horas ántes de tomar la pluma para escribir este capítulo he tenido ocasion de recordarlo, viendo los campos que rodean á Madrid, áridos, secos, desolados, á pesar de que corren los primeros dias de Junio, única estacion en que suelen vestirse de un poco de verdura, que San Isidro trae y San Juan se lleva.

El viento del Sur que madura la uva, las castañas, las manzanas y el maíz, empieza á soplar á fines de Agosto, y es demasiado desapacible y cálido para los que tenemos el cuerpo lleno de cuerdas de guitarra que vibran sin compasion á su soplo; pero en los no escasos dias en que el viento castañero, como allí se le llama, se está por sus arenales de África, ¡qué grato es recorrer nuestros campos y aldeas! Las muchachas rien y cantan en las vendimias; las mujeres casadas charlan y entonan

tambien sus cantares arrancando la dorada espiga en los maizales y amontonándola en la linde de la heredad; los hombres van y vienen con la aijada al hombro y la pipa y el *¡aida, górri!* (1) en los labios, arreando y guiando sus yuntas de bueyes, que conducen á la casería el mejor oro que ha venido de América, pues tiene la propiedad de germinar, y crecer, y multiplicarse, y madurar en nuestros frescos y templados valles con tal que se le riegue un poco con el sudor de la frente; los chicos están en sus glorias apedreando los castaños y los nogales para llenar el *colco* (2) de castañas y nueces, y hasta los *chimbos* y los chimberos (3) se creen felices, los primeros engordando con el dulce fruto de la higuera, y los segundos viéndolos engordar para morir.

Yo no sé qué grata semejanza encuentro entre la edad madura del año y la edad madura del hombre, ambas enriquecidas y embellecidas con la sazon de sus frutos, y ambas partícipes de la graciosa y risueña lozanía del verano, y de la augusta y triste debilidad del invierno.

Pensando esto y sintiendo mucho más llegué á Gorostiza, con cuyo nombre se conocia la linda casa de campo de mis nuevos amigos, por ser propiedad de D. Juan de Gorostiza, que en el cuidado de su embellecimiento se habia entretenido no poco tiempo en sus primeros años de casado.

---

(1) «¡Tira, rojo!» con que se arrea á la yunta de bueyes.

(2) «El seno», á cuyo efecto aflojan la camisa para que les sirva de recipiente.

(3) Chimbos son los becafigos, á cuya caza son muy aficionados los bilbaínos.

Cada casería aislada ó cada grupo de ellas, tiene en Vizcaya su nombre particular, que se funda, cuando es antiguo, en la condicion más característica de la localidad, y cuando es moderno, en el apellido del fundador ó poseedor. Como antiguamente éste tomaba apellido de la casa que fundaba ó en que vivia, resulta una cosa muy curiosa en los apellidos vascongados, tan esparcidos por toda España y los estados hispano-americanos: que son descriptivos de las condiciones más caracterizadas del sitio de que procedia el primero que los llevó. Así, por ejemplo, los que llevan el apellido Aguirre saben que proceden de sitio un poco alto y despejado; los que llevan el de Mendoza, de sitio montuoso y frio, y los que llevan el de Ibarra, del fondo de un valle.

D. Juan estaba sentado bajo un emparradito del jardin, y se entretenia en apalear el aire con una varita que tenía en la mano.

Vióme llegar á la verja y se apresuró á salir á mi encuentro, saludándome por mi nombre, como yo le saludé por el suyo, pues aunque nunca nos habiamos visto, ni uno ni otro dudábamos de quién era aquel con quien nos las habiamos.

Sentámonos bajo el emparrado, y empezamos á conversar con la franqueza de antiguos amigos.

—¡Es delicioso esto! fué lo único que me ocurrió decir al examinar con la vista el jardin, donde competian en hermosura y fragancia las frutas y las flores.

—Y sin embargo, yo me aburro á veces aquí, en casa, en la villa y en todas partes.

—¿Por qué?

—¿No ha oido V. decir que cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas?

—Ciertamente que lo he oido, y comprendo que el diablo no tenga que hacer, porque los hombres y las mujeres se lo dan todo hecho.

—Pues á mí me sucede algo parecido á lo del diablo: me lo dan todo hecho, y al llegar V. mataba, si no moscas con el rabo, avispas con esta vara. Mire V. cómo léjos de escarmentar en cabeza ajena, acuden á la miel del moscatelillo.

En efecto, las avispas rondaban los dorados racimos moscateles, ó mejor dicho, avispateles que pendian del emparrado.

—Pero, D. Juan, ¿cómo es posible que V. se aburra aquí ni en ninguna parte teniendo amor, salud y pesetas?

—Pues teniendo todo eso se me hace el tiempo eterno, porque casi toda mi vida lo he hecho todo, y ahora me lo dan todo hecho. Se dice que las mujeres son quien más da que hacer á los hombres, y yo puedo decir que mi mujer es quien más que hacer me quita.

—¿Cómo me explica V. eso?

—Muy sencillamente: mi mujer se lo hace todo en el gobierno de la casa y la familia.

—Resérvese V. una parte de ese gobierno.

—No lo puedo hacer en conciencia.

—¿Por qué?

—Porque Mari-Santa lo hace todo mucho mejor que yo.

—Sin embargo, por mucho que valgan las mujeres, hay asuntos.....

—No hay ninguno en que mi mujer no me aventaje.

—Ese es el mayor elogio de tan excelente señora.

—Citaré á V. un ejemplo de su acierto y perspicacia áun en aquello en que más incompetentes suelen ser las mujeres. Leandro tiene aficion tal á la literatura, que sueña con ir á Madrid á dedicarse exclusivamente á su cultivo.

—Sí, ya estoy enterado de eso.

—En el supuesto de que por el Sr. D. Francisco lo está V. de todo lo que se refiere á nosotros, le hablo á usted de todo como si fuese de nuestros amigos más antiguos é íntimos. Deciamos Mari-Santa y yo: «Quizá dependa la felicidad de nuestro hijo y la honra de nuestra casa de la resolucion que con este chico tomemos. Siempre hemos pensado dedicarle al comercio, pero si tiene más aficion á otra carrera y es más apto para ella que para el comercio, y en ella no está reñida la honra con la felicidad, harémos un disparate en empeñarnos en que el chico ha de ser comerciante ó industrial y no escritor. Nuestra casa honrada es, y Leandro lo será aunque su nombre no ande en más libros que los de comercio; pero si Leandro es capaz de aumentar su honra y la de su familia siguiendo la carrera literaria, cargo de conciencia será para nosotros el oponernos á que la siga. La dificultad está en averiguar dos cosas esencialísimas: si el chico es capaz de alcanzar honra en la vida literaria, y si esa vida es á su vez capaz de dar felicidad ademas de honra.» Yo no encontraba medio de averiguar esto, porque si entre nuestros amigos y convecinos podia haber quien nos dijese si nuestro hijo prometia ó

no alcanzar honra en la vida literaria, no así quien conociese prácticamente esa vida y nos dijese si en ella podria alcanzar tambien felicidad; pero Mari-Santa, que encuentra salida holgada para todo, la encontró para salir de nuestro atolladero al saber que V. habia llegado á Bilbao.

—Procuraré de todo corazon no defraudar las esperanzas de VV. ¿Dónde anda la buena de doña Mari-Santa, que no la veo ni oigo por aquí?

—Ha salido á averiguar vidas ajenas, pero no tardará en volver.

—¿Qué es eso de averiguar vidas ajenas?

—Yo se lo diré á V. Chómin nos vino esta mañana diciendo, muy afligido é indignado:

—«Ya ha hecho la fiera una de las suyas, pues el bergantin *Válganos Dios*, de la matrícula de Bilbao, se ha perdido con toda su tripulacion en las costas de Inglaterra, y como su tripulacion era olabeaguesa, la ribera de Olabeaga es un mar de lágrimas.» Mari-Santa, despues de oir esto y formar coro con el llanto de las mujeres que se creen ya viudas, y de los niños que se creen ya huérfanos, ha ido á Bilbao con Leandro (que en llorar males ajenos se parece á su madre) á ver si puede averiguar lo que haya de cierto en tal desgracia. Aquí tiene V. porqué le decia que Mari-Santa se ocupaba en averiguar vidas ajenas.

—¡Bendiga Dios la suya, que tan noblemente se emplea!

—Ya no deben tardar en volver, pues se fueron hace cerca de dos horas.

En aquel instante oimos gritería de mujeres y niños hácia la estrada de San Mames, y subimos al mirador del jardin que la dominaba para ver qué era aquello.

Era que Mari-Santa y Leandro se dirigian á casa escoltados de una porcion de mujeres y chicos que los abrazaban y bendecian, llorando de alegría.

Nos apresuramos á salir á su encuentro, y vimos que las lágrimas de alegría se comunicaban á madre é hijo.

Leandro al vernos corrió á explicárnoslo todo: todo se reducia á que en Bilbao, por medio de un telegrama dirigido al *Lloyd* de Lóndres y contestado inmediatamente, habia averiguado Mari-Santa que el *Válganos Dios* habia entrado felizmente en Liverpool, fausta noticia que el mismo Leandro se habia adelantado á comunicar á las más próximas de aquellas mujeres y niños, tan felices en aquel momento, como infelices poco ántes, y Chómin corria á divulgar por la ribera de Olabeaga.

X.

COSAS DE MADRE.

Mari-Santa y Leandro mostraron la mayor satisfaccion al encontrarme en Gorostiza.

Detuvímonos todos y nos sentamos bajo el emparrado.

—Para que la dicha fuera hoy completa, me dijo la buena señora, no nos faltaba más que encontrarle á us-

ted aquí, que es V. un pícaro, pues nos ha hecho desear su venida no sé cuánto tiempo.

—Yo si lo sé, contesté sonriendo, se la he hecho á usted desear cuatro dias.

—¿Cuatro dias nada más? Ya nos vamos pareciendo Leandro y yo á Juan en hacérsenos el tiempo largo, pues los cuatro dias se nos han hecho lo ménos cuatro semanas.

—Gracias por tan bondadosa impaciencia.

—No hay de qué darlas, pues nuestra impaciencia no era bondad...

—Si no, ¿qué era?

—Egoismo.

—Con esos egoismos tropiece uno siempre en el mundo. Pero hablando de otra cosa, celebro que me haya ocurrido venir hoy, pues hoy, como diria Francisco, aunque haya habido nublado y áun lluvia, el cielo se ha vuelto radiante y sereno.

—No se fie V. mucho de serenidades, dijo D. Juan, que de seguro no pasará el dia sin que aparezca alguna nube y áun tengamos chaparron.

—¿Quieres callar, pájaro de mal agüero?

—Pasos de caballo siento.

—¡Cielos, si será mi padre!

En efecto, pasos precipitados de caballería justificaban en D. Juan el recuerdo de esta salida de pié de banco de un zarzuelista moderno.

Dirigimos todos la vista hácia la verja, y vimos que eran del caballo del médico de la anteiglesia.

El médico nos saludó.

—¿Tan de prisa, D. Cosme? ¿Qué ocurre? se apresuró á preguntarle Mari-Santa con visibles muestras de inquietud.

—Nada, contestó el médico, que en las canteras de Basurto un barreno ha roto las dos piernas á un barrenador, y voy allá...

—¡Jesus, y á eso le llama V. nada! exclamó Mari-Santa llena de dolor.

—Pero, señora, si sucede como quien dice todos los dias.

—¡Tanto peor! ¡Válgame Dios, qué desgracias!

—Señora, no se aflija V. por ellas, que tienen la culpa los mismos barrenadores por su falta de precaucion.

—Pero suponiendo que así sea, ¿serán ménos desgraciados por eso ellos y su pobre familia si la tienen?...

—Lo que es el de hoy, si como me han dicho es Martin el de Gazteluondo, tiene una manada de chiquillos...

—¡Por Dios, D. Cosme, vaya V. corriendo á socorrerle y mande V. por todo lo que se necesite para la cura!

Eran tan justas las abundantes lágrimas que Mari-Santa derramaba por la desgracia que nos anunciaba el médico, que léjos de censurarlas y mucho ménos de burlarnos de ellas, nos sentimos tambien conmovidos.

El médico continuó su camino, y Mari-Santa se fué á preparar hilas y vendas por si el médico mandaba por ellas.

Felizmente, para su tranquilidad y la nuestra, Chómin, que habia seguido al médico por inspiracion propia y como presintiendo que iba á volver con una buena noticia para todos, y particularmente para la señora, vol-

vió poco despues trayéndonos la de que el mismo médico le habia dicho que no habia fractura alguna, y todo se reducia á que Martin pasase un mes sin poder ganar el jornal.

Al oir esto, Mari-Santa volvió la vista con indecible efusion de alegría hácia el santuario de Begoña, que se descubre desde todo el dilatado, populoso y ameno valle, dominando á la villa, y á su vez dominado de la colina de Artágan.

El nombre de *amá-virgiña*, como iluminado por la santa sonrisa de la gratitud y la alegría que producen el bien ajeno en labios y almas como el alma y el labio de Mari-Santa, fué la única palabra que ésta pronunció al recibir aquella noticia.

—Vaya, dijo D. Juan, recobre el cielo su serenidad, que la tempestad casi ha pasado.

—Sí, casi ha pasado, contestó Mari-Santa sonriendo y ya casi enteramente tranquila. Una manada de chiquillos y un mes sin poder ganar el jornal! Eso con un puñado de pesetas lo remedia el que como nosotros las tiene.

Don Juan estrechó cariñosamente la mano de su mujer, y volviéndose á mí me dijo con entrañable jovialidad:

—¡Don Antonio, esta pícara me arruina!

El reloj de San Pedro de Deusto, cuyo campanario se alzaba frente de Gorostiza, al otro lado de Ibaizabal, empezó á dar la hora, é interrumpió á Mari-Santa, que empezaba á poner el debido correctivo á la acusacion de D. Juan.

— Son las diez, exclamó la buena señora, y aquí ha-

cemos penitencia á la una, que es casi hacerla á lo aldeano. Don Antonio, con permiso de V. voy á la cocina á ver si acierto con alguna composicion poética de sarten ó perol, que á V. no le disguste.

— Me gusta ese género poético, y más cultivado por poetas tan sentidos como V.

—Hoy dispongo de V. por completo, y en virtud de este derecho, privo de V. á Juan hasta la hora de comer como castigo de la holganza en que ha pasado la mañana, y pongo á V. á disposicion de Leandro, que merece esta recompensa por lo bien que la ha empleado.

— Señora, el primero que da á V. ejemplo de obediencia soy yo.

Mari-Santa nos dejó solos.

— Qué le parece á V., me dijo D. Juan riendo placenteramente, esta fea que Dios me ha dado por mujer?

— Me parece una fea muy hermosa, le contesté participando de su alegría, y añadí:

— Ea, continúe V. su interrumpida tarea de apalear avispas, que Leandro y yo nos vamos á apalear musas.

Poco despues estábamos Leandro y yo en un lindo gabinete del piso principal de la casa. A primera vista conocí que allí habia andado la mano de una madre, y de una madre como Mari-Santa. El gabinete, que estaba contiguo á la alcoba de Leandro, tenía un balcon con vistas á la ria y á Deusto. Sus principales muebles eran un armario de caoba con libros lindamente encuadernados y ordenados, una mesa de escribir, un sillon y algunas sillas de rejilla; pero como complemento de aquel sencillo y modesto mueblaje, habia allí una por-

cion de accesorios deliciosos, por lo que significaban.

No tardó el mismo Leandro en confirmar mi sospecha, ó mejor dicho mi seguridad de que allí habia andado la mano de Mari-Santa, pues como viese que llamaban mi atencion todas aquellas pequeñeces, me dijo con visible enternecimiento:

— ¡Cosas de la pobre mamá!

En efecto, cosa de la pobre mamá era la colocacion allí de un cuadrito pintado al óleo por Antonio de Lecuona, que reprentaba á Santa Teresa escribiendo una de sus santamente amorosas poesías, porque sin duda Mari-Santa habia pensado: «Mi hijo tiene aficiones poéticas, y habiendo una gran santa española y poetisa, el poeta español y cristiano debe colocarse bajo su patrocinio, y no bajo el de esas deidades paganas y mentidas, cuya ayuda invocan poetas que de cristianos y españoles blasonan, sin pensar que lo falso no puede ser fuente de inspiracion ni sentimiento.»

Cosa de la pobre mamá eran unas macetas de porcelana con plantas y flores que embalsamaban el gabinete, colocadas en el balconcito, porque mamá, sin duda, habia pensado: «las flores y las plantas odoríferas purificar el ambiente, recrean los sentidos, dan placidez al alma, y dan salud al cuerpo.»

Cosa de la pobre mamá eran otros cuadritos, obra del mismo pintor vascongado, que representaban escenas nobles y heróicas de la historia de Vizcaya, y contenian retratos de vizcaínos ilustres, porque mamá habia pensado sin duda: «El amor de la patria que se fortifica y nutre con el ejemplo de buenas acciones, y el recuerdo

de buenos patricios, es uno de los más santos amores.»

Cosa de la pobre máma eran, en fin, otros cuadritos que representaban dulces escenas de la vida doméstica, y una porcion de lindas fruslerías que significaban mucho para el que las veia á la luz del sentimiento.

Algun trabajo me costó decidir á Leandro á que me diera á conocer algunos de sus ensayos literarios, pero al fin le decidí á complacerme con el recuerdo de que todos los que con el cultivo de las letras han alcanzado gloria (y me guardé muy bien de añadir dinero), empezaron escribiendo tonterías.

XI.

POETA Y ENAMORADO.

Leyóme Leandro unas cuantas composiciones poéticas, todas ellas amorosas. Le sucedia, como yo habia pensado, lo que á todos los jóvenes que cultivan la poesía, que creen no hay cosa digna de cantarse fuera del amor, y si escriben versos, el amor es el que cantan, y si escriben novelas, el amor es el que idealizan. El amor es, ciertamente, sentimiento muy bello, y fuente muy caudalosa y pura de sentimiento é idealismo; pero generalmente el poeta y el novelista, hasta que dejan de ser adolescentes, no caen en la cuenta de que se pueden escribir versos muy sentidos y buenos, y novelas muy interesantes y hermosas sin el tema obligado de los amoríos.

Los versos de Leandro no eran puramente versos, como

lo son los del noventa y cinco por ciento de los que hacen renglones desiguales : eran verdadera poesía, tal que aunque llevaba el firme propósito de aconsejarle que renunciase á la profesion literaria, cualquiera que fuese su aptitud para ella, así que pude juzgar de esta aptitud, dudé si debia ó no desistir de aquel propósito, porque me dije :

«El autor de esos versos es un verdadero poeta, y apartándole de su vocacion literaria, quizá privo á su familia y á la patria de una gran gloria.» Pero tambien me dije : « La vida literaria, por próspera y gloriosa que sea, no da la felicidad, y los padres de este muchacho lo que principalmente quieren saber no es si en esa vida podrá alcanzar gloria su hijo, sino si podrá alcanzar felicidad. No, felicidad no alcanza nadie por medio del cultivo de las bellas letras aunque sea un Cervántes, un Lope ó un Calderon. Un gran poeta contemporáneo, Zorrilla, ha dicho con mucha verdad en el fondo, aunque mucha exageracion en la forma :

El poeta en su mision
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con fruto de bendicion.

Y me decidí á aconsejar á Leandro que á ser un poeta afamado é infeliz, prefiriese ser un comerciante oscuro y dichoso.

Para comprender el dolor que me causó esta decision, era necesario conocer los versos que me leyó Leandro. Eran la tierna, la hermosa, la pura, la santa historia de unos amores que empezaron casi en la cuna, atravesaron la niñez exentos de toda preocupacion y tristeza, y al

entrar en la adolescencia, empezaron á abismarse, sin comprender la razon, en esa vaga, misteriosa, profunda y á la par amarga y dulce melancolía, que busca con ánsia la expasion del sentimiento y de la idea, y ha hecho más poetas y más músicos y más pintores, que todas las academias de poética, de música y de pintura.

Conforme Leandro me leia, convulso y á veces con los ojos arrasados en lágrimas, que en vano procuraba contener y disimular, aquellos apasionados, frescos y hermosos idilios, sus ojos se dirigian involuntariamente hácia el balcon, á traves de cuyos festones de madreselva se descubria en las faldas de Goyérri una casa blanca rodeada de frutales y viñas.

—¡Leandro! dije al tierno y candoroso cantor de los amores angélicos al acabar de leerme el más tierno de sus cantos que llevaba por título *¡ Allí está!* ¿dónde escribió V. esos versos?

—Aquí, me contestó.

—¡Comprendo que sean tan hermosos y sentidos, pues *allí estaba* quien los inspiró!

Y al pronunciar las palabras que he subrayado, señalé hácia la casa blanca de la ladera de Goyerri.

Leandro se sonrió y se puso muy sonrosado.

—Amigo mio, añadí estrechándole la mano cariñosamente, no se sonroje V. por el sentimiento que llena su corazon y ha inspirado esos cantares. ¡No hay vida sin su novela amorosa, feliz unas veces, desgraciada otras y no pocas tan silenciosa y triste, que no llegan á conocerla más que un corazon y un sepulcro! ¿Cree V. acaso que el que en este instante adivina y áun siente la de usted

no ha tenido tambien la suya? Oigame V. con atencion, querido Leandro, y conteste con sinceridad á lo que voy á preguntarle.

—Yo le prometo á V. uno y otro.

—¿Cuál es la aspiracion más entrañable y profunda de su vida de V.?

—La de alcanzar gloria para honrar con ella.....

—No concluya V., Leandro, pues adivino á quien desea V. honrar y hacer feliz: en primer lugar á la heroína de la novela de su vida, y en segundo á sus padres de V.

—Es verdad.

—Pues, amigo Leandro, tengo el deber de decir á usted con toda la conviccion de mi alma y toda la autoridad, ya que no de mi talento, de mi experiencia, que si no quiere que la novela de su vida sea desgraciada, necesita renunciar sus sueños de gloria literaria.

—¡Ah! exclamó el jóven con profunda sorpresa y pena, ¡qué me dice V., amigo mio!

—Le digo á V. la verdad, tal cual yo la comprendo. Tiene V. condiciones naturales para ser un buen poeta, y como tal honrarse y honrar á su familia y á su patria; pero en la vida literaria la gloria (que no llamaré humo vano, porque la honra no es humo) y la felicidad, que es cosa más tangible y positiva, son incompatibles.

—¿Por qué?

—No sé por qué, Leandro: lo único que sé es que no me equivoco.

—Pero, D. Antonio, aunque así sea, ¿no merece la gloria un gran sacrificio?

—Sí, pero no tan grande que sea ademas del individual, el de la compañera de nuestra vida y el de nuestros inocentes hijos. Usted puede decir: «¿qué me importan el hambre, la desnudez, los dardos de la envidia, el mayor de los infortunios, si mi nombre vuela por el mundo entre aplausos y alcanzo la inmortalidad?» pero no puede decir V.: «perezcan, ó cuando ménos, agonicen de miseria y hambre mi mujer y mis hijos con tal que yo viva y baje al sepulcro coronado de gloria.»

—Pero ¿y si mi mujer y mis hijos aceptan gustosos el infortunio con tal de participar de la gloria que yo alcance?

—Usted no puede decidirse por la vida literaria en virtud de tal aceptacion.

—¿Por qué no, amigo mio?

—Porque tal aceptacion es inconsciente, y por tanto debe carecer para V. de todo valor y fuerza. Supongamos que V. toma de la manita un niño y se va con él de paseo por esos campos; supongamos que ven VV. á lo lejos un toro bravo y el niño dice que desea acercarse á él porque opina que no hay en ello peligro alguno, y aunque le haya le arrostrará gustoso por satisfacer su curiosidad; supongamos que V. por debilidad de carácter ó porque tiene el mismo deseo, accede á la insensata resolucion del niño; y supongamos, en fin, que éste es muerto por la fiera al acercarse con V. á ella. ¿No será usted responsable de la desgracia de aquel inocente?

—Sí, señor.

—Pues tambien lo será de la que sobrevenga á los otros inocentes á quienes lleve de la mano por la senda

que ahora se empeña V. en emprender, aunque advertido de que en ella hay gran peligro para V. y para los que le acompañen.

—Pero está V. seguro de que ese peligro existe?

—Segurísimo, querido Leandro.

—Yo, ni siquiera lo sospechaba.

—¿Y por qué no?

—Porque si alguna vez he visto censuras más ó ménos acres y malignas ó más ó ménos justas para los que se dedican al cultivo de las letras, esas censuras me han parecido siempre una gota de hiel en un mar de miel comparadas con los elogios, con los aplausos, con las ovaciones, con el renombre, con la gloria que alcanzan los escritores.

—Creí que iba V. á añadir á la gloria el dinero.

—No le he añadido, porque daba por supuesto que esa recompensa, material aunque preciosa, no podia faltar allí donde se alcanza la recompensa moral más espléndida y noble.

—Pues, amigo Leandro, suponiendo eso se equivocaba V. grandemente.

—Explíqueme V., querido y respetado amigo, los que para mí eran y áun son misterios de la vida literaria.

—Se los voy á explicar á V., y quisiera que en lugar de quedar mis palabras impresas sólo en la memoria de V., quedasen impresas en muchos libros y en muchos periódicos para que se vulgarizasen desde las cultas y populosas ciudades hasta las rústicas y casi yermas aldeas.

XII.

AMORES ANGÉLICOS.

La suave y fresca brisa del Noroeste que entraba por el balconcito saturada del aroma de las flores que encontraba á su paso, nos convidaba á asomarnos al balcon para recibirla directamente. Luégo no se me ocultaba que aquel balconcito tenía para Leandro encantos mucho mayores que para mí, como lo probaba la frecuencia con que dirigia la vista no sé si á él ó á lo que por él se veia allá hácia la ladera de Goyérri.

Salimos al balcon y ofrecí á Leandro un cigarrillo que aceptó, aunque vacilando un poco y poniéndose un poco colorado.

Sobre una mensulita colocada en uno de los costados del balcon vi unos anteojos gemelos, y tomándolos dije á Leandro sonriendo:

—Hola, ¿tiene V. anteojos marinos? Serán tambien cosa de la pobre mamá que es tan previsora.

—Sí, señor, me contestó Leandro sencillamente y sin comprender mi sonrisa; mamá los tenía desde cuando era soltera y me los dió diciéndome con razon que aquí se necesitaban, como hay tan buenas vistas.....

Leandro no adivinaba qué era lo que adivinaba yo: que asomada á aquel mismo balcon y mirando por aquellos mismos cristales habia soñado y sentido su madre algo parecido á lo que él soñaba y sentia.

—¿Con que V. cree que *hay buenas vistas* desde aquí?

Leandro comprendió al fin la inocente malicia de mi pregunta, viéndome sonreir y recalcar las palabras.

—Sí, señor, me contestó sonriendo tambien un poco ruborizado.

—Veamos.

Y apunté los gemelos hácia la casa blanca de Goyérri, lo que hizo subir de punto el sonrojo de Leandro.

De Gorostiza á Goyérri es la distancia tan corta que, no hace muchos meses, una bala de fusil disparada por los carlistas desde el segundo punto, tronchó un árbol de Guernica, es decir un roblecillo que en el primero habia nacido de una bellota del árbol de Guernica sembrada por un amigo mio en su huerta.

En una ventana de la casa blanca de Goyérri descubrí una carita sonrosada y rubia adherida como la mia á unos anteojos gemelos; pero aquella carita desapareció precipitadamente sin duda al notar que la miraban ojos para ella extraños.

Advertíselo á Leandro, di á éste los gemelos y me retiré del balcon, pero no tanto que no pudiese observar el efecto que produjera en el rostro del jóven lo que por los gemelos viese.

Es inexplicable el gozo y la ternura que el rostro de Leandro expresó, poco despues de adherirse á los gemelos.

Dos clases de gentes hay que no pueden comprender el encanto que estas niñerías de la adolescencia tienen: las que nunca han sido adolescentes y las que nunca han tenido corazon.

Abandonando, al fin, Leandro toda reserva y encogimiento para conmigo, respecto á sus amores de niño y de poeta, me contó la sencilla y para historia de aquellos amores.

Rosita, que era de dos años ménos que él, era ahijada de su tia Mari-Rosa é hija de unos labradores sencillos y acomodados, pues la hermosa casería en que vivian y cuyas heredades, viñas y huerta labraban y explotaban personalmente, era propia, como tambien otras dos caserías de la misma anteiglesia que tenian dadas en arriendo.

Desde muy niño pasaba Leandro muchos dias en casa de su tia Mari-Rosa, que tambien era madrina suya y vivia cerca de los padres de Rosita, y con tal motivo desde muy niños eran amigos y compañeros Rosita y él.

¿Cómo habian llegado á sentir, y pensar, y desear y esperar lo que los niños no sienten, ni piensan, ni desean ni esperan hasta llegar á las rosadas puertas de la adolescencia?

Esto pregunté á Leandro y esto me explicó con elocuencia y sentimiento tales, que para darlo á conocer necesito pedir su ayuda al ilustre poeta portugues Antonio Feliciano de Castilho que parece haber cantado la infancia y los amores de Leandro y Rosita al cantar en *Los celos del Bardo*:

> Unidas nuestras cunas se mecieron,
> juntos crecimos, nuestra infancia fué una;
> iguales fueron todos nuestros gustos;
> vimos á un sol y en una misma estancia
> florecer la razon, crecer las fuerzas;
> ninguno amó primero, nuestro afecto
> fué un sentimiento innato, que no puede

cabo tener, porque no tiene orígen.
Entre las vagas ánsias del misterio
nuestra infantil curiosidad corria,
siempre igual, siempre al par; comun nos era
ignorancia, sospecha, certidumbre.
Maestro uno de otro, y á la par discípulo,
íbamos á los últimos misterios
de la naturaleza aproximándonos,
y el dulce manantial de los placeres
de vez en cuando en sueños descubriamos.
De hora en hora más sabios, más audaces,
más diáfano el cendal de la inocencia,
volábamos al término besándonos (1).

(1) Hé aquí el texto portugues, que siento no haber acertado á traducir como merece:

..... Unidos se embalaram
nossos berços; cresciamos unidos;
foi uma a nossa infancia, e iguaes os gostos.
Á luz do mesmo céu, na mesma quadra
nos floria a rasão, medravam forças.
Nenhum amo primeiro; en nós o affecto
foi uma idéa innata, um sentimento
que não póde ter fim não tendo origen.
Pelo vago de anciosas incertezas
corren nossa infantil curiosidade
sempre igual, sempre a par; communs nos foram
á duvida, a suspeita, as descobertas.
Mestre um do outro, e discipulos a um tempo,
pouco a pouco avançavamos na vida
da natureza aos ultimos mysterios.
De longe en longe a fonte dos prazeres
nos vinha en sonhos leves revelar-se.
Mais sabios, mais audazes de hora a hora,
mais transparente a venda da innocencia,
voavamos, beijando-nos, ao termo.

Sismondi ha dicho que el portugues es el castellano sin huesos, y me parece admirable por lo ingeniosa y exacta esta afirmacion, aunque un amigo mio dice que se debe entender en cuanto al portugues escrito y áun hablado á la castellana cuanto es posible, pues hablado á la portuguesa, está de tal modo lleno de espinas, que nos deja en ayunas á los que no estamos acostumbrados á saborearle con este condimento.

No pertenecia Leandro al vulgo de los enamorados ni al vulgo de los poetas: pero áun así incurria en esa hermosa tonteria que á todos los enamorados adolescentes se oye: «Si ambiciono gloria es por *ella*, porque quisiera ceñir su frente con la corona del imperio del mundo.»

Esta salida que yo me esperaba, me dió ocasion para volver á nuestro interrumpido coloquio sobre la felicidad ó la infelicidad de la vida literaria, que inspiraba grande interes á Leandro.

XIII.

LA LITERATURA POR DENTRO.

— Veamos, querido Leandro, si la vida literaria puede proporcionarle esa corona, ó una corona de espinas. Muchos males afligen á la sociedad moderna, y á casi todos ellos se ha procurado poner remedio, denunciándolos y comentándolos en el libro, en el periódico, en la tribuna parlamentaria y en el púlpito; pero entre ellos hay uno que apénas ha sido nunca denunciado ni comentado, á pesar de que afecta profundamente á la familia en particular y á la sociedad en general, y se agrava y generaliza de dia en dia.

— No adivino qué mal es ese.

— Es, amigo Leandro, el que aqueja á V., á pesar de que Dios ha dado á V. la rectitud de corazon y juicio que da á pocos jóvenes de la misma edad. No sé cómo llamará á ese mal la medicina de las pasiones, pero yo le

definiré diciendo que consiste en soñar el noventa por ciento de los jóvenes, así que cultivan un poco su entendimiento con la segunda enseñanza, que la profesion á que Dios los llama y en la que han de encontrar todo género de glorias y felicidades, es la profesion literaria, es el cultivo de las bellas letras. Hasta la gloria del amor figura en primer término en ese dulce y mentido sueño, porque la gloria del amor es la que más halaga á los adolescentes, y creen que toda mujer se enamora perdidamente del que llama á su corazon con la seductora voz de un buen libro ó un buen drama. Leandro, ¿no es usted tambien de los que creen esto?

— Sí, señor.

— Pues hace V. mal en creerlo. Todo el que conoce la vida pública y privada de los poetas, escritores y artistas más insignes, sabe que han sido los más desdeñados, vendidos y escarnecidos por las mujeres á quienes amaban. Quizá sea por ser cierta la afirmacion de no sé quién, que decia no haber grande hombre para su ayuda de cámara; pero es más probable que sea por ser rara la mujer que siente las inspiraciones del genio y les da el valor que tienen. Si la pobreza de corazon y entendimiento de la mujer amada mortifica como uno al hombre vulgar, mortifica como ciento al hombre de genio, que se remonta sobre el vulgo y se indigna de que la persona que le es más amada, no sea la primera en reverenciarle en aquella altura.

— ¡Ah! yo sé que no he de experimentar ni como uno ni como ciento esa mortificacion.

— Todos los jóvenes enamorados pretenden saber eso

mismo. Pero volvamos á examinar más práctica y radicalmente el mal de que V. no se ha librado, y de que yo quisiera curar á V. por su bien, por el de sus padres y por el de la inocente elegida de su corazon. El noventa por ciento de los jóvenes que emprenden una carrera científica ó literaria, sueñan con ahorcar los libros de texto é ir á Madrid, si son de provincia, y si son de Madrid en no ir á la Universidad, para dedicarse en cuerpo y alma á la vida del escritor. ¡Y cómo no han de soñar con esa vida si constantemente se les enseña su oro, que es la cascarilla exterior, y se les esconde su escoria, que son la miseria y las lágrimas interiores!

—Siento viva curiosidad por saber de qué proceden esa miseria y esas lágrimas.

—Pues pronto lo sabrá V.; pero ántes de decírselo debo advertir á V., amigo Leandro, que si el interior de esa vida no se ha dado aún á conocer, es porque el rubor mal entendido de su propia miseria ha movido hasta aquí á los escritores á no abrir de par en par sus puertas, para que los extraños vean lo que en el interior pasa.

—Y ¿por qué le parece á V. mal entendido ese rubor?

—Me lo parece, porque la miseria inmerecida, como lo es la de los escritores españoles, no debe ruborizar á nadie, y enseñándola á todos como yo se la enseño á usted, se hace un gran bien á la patria, que necesita pocos y buenos escritores, y muchos y buenos labradores, artesanos, industriales, comerciantes, artistas y hombres de ciencia; se le hace á las familias, que pierden sus más legítimas esperanzas de sólido y verdadero apoyo con el

ingreso en la vida de escritor de los jóvenes destinados á otra vida, y se le hace á los jóvenes mismos, que incurren en un verdadero extravío cuando se dedican á escribir para el público, pues ó se condenan á la estrechez, cuando ménos cercana á la miseria, ó van á aumentar esa funesta pléyada de vividores políticos, de intrigantes, de perturbadores ó de huéspedes del presupuesto nacional, que constituye la mayor de las desdichas de la patria.

— Pero, señor, ¿cómo es posible que escribiéndose tanto periódico, tanto libro y tanta obra dramática, y honrándose tanto á los escritores, pues no lee uno en los periódicos más que elogios de ellos y encarecimientos del aplauso con que sus obras son acogidas, cómo es posible que la vida del escritor no sea por dentro tan dichosa como parece por fuera?

— Vaya V., amigo Leandro, tomando acta, como ahora se dice, de todo lo que va á oir, é irá comprendiendo que lo que le parece á V. imposible, es posibilísimo. Hay en Madrid dos docenas de periódicos políticos diarios, y de seguro no llegan á media docena los que cubren los gastos con el producto de la suscricion ó la venta.

— ¿Y cómo se sostienen los demas?

— Se sostienen, porque tal ó cual ambicioso, ó tal ó cual despechado, ó tal ó cual tonto, se gasta el dinero en sostener un periódico.

— Pero se le gastará inútilmente, si el periódico no tiene circulacion.

— Tiene siempre la suficiente para hacer el bú, pues

para que la tenga, basta que tire un centener ó dos de ejemplares, que se distribuyen grátis y en cambio de los demas periódicos. ¡Figúrese V. lo holgada y gloriosa que será la vida de los escritores que se emplean en servicio de un ambicioso, ó un despechado ó un tonto!

—¡Me parece vida muy triste esa!

—Tanto más, cuanto que la recompensa casi siempre se reduce á promesas.

—Pero los pocos periódicos que cubren gastos, ¿recompensarán bien á sus redactores?

—Los más prósperos les suelen dar de veinticinco á cincuenta duros mensuales.

—Eso es una miseria, teniendo en cuenta lo costosa que debe ser la vida en Madrid, los conocimientos que se deben suponer á un escritor, y el decoro con que el escritor necesita vivir.

—Pues debo advertirle á V. que áun así hay en Madrid constantemente algunos centenares de escritores, muchos de ellos benemeritísimos y de glorioso nombre en la república literaria, que inútilmente pretenden una plaza en la redaccion de cualquier periódico, y se considerarian muy dichosos si la obtuviesen.

—Pues dígole á V., amigo mio, ¡que es ganga ser redactor de un periódico político! No alcanzar gloria ninguna, pues los trabajos son anónimos; atacar ó defender á veces á quien no se aborrece ni ama; ganar, si es que se gana, un miserable estipendio.....

—Y estar siempre expuesto á recibir un garrotazo ó una estocada ó un tiro, ó á ir á la cárcel ó á Filipinas.

—¿Eso más?

— Eso y otras cosas más.

— ¡Dios le libre á uno de tener que ganar el pan de ese modo!

—Pues es el ménos escaso y negro que proporciona la vida literaria en España, salvas rarísimas excepciones.

— ¿Y esas excepciones cuáles son?

— La de algunos escritores dramáticos que viven un poco holgadamente, merced á su privilegiado ingenio, ó merced á su *habilidad* extraña á la literatura.

— Yo suponia que los trabajos puramente literarios se pagarian bien por los periódicos políticos que pueden pagarlos.

— Esos periódicos se contentan con pagar malas traducciones á medio duro el pliego.

— ¿Pero en cambio los pagarán las revistas y periódicos literarios que publican trabajos originales en prosa y verso?

— No hay entre todos los de España arriba de dos ó tres que los paguen; áun esos no dan arriba de seis ú ocho duros por un buen artículo, que ha costado algunos dias de trabajo á un hombre encanecido en el estudio y el cultivo de las letras. En cuanto á los versos, aunque sean verdadera poesía, y estén firmados por los más ilustres poetas, no se los considera dignos de recompensa pecuniaria alguna.

— Indigna el oir eso, y no se concibe la razon.....

— La razon es, ó quiere ser, que como hay tantos que escriben renglones desiguales, é inundan con ellos las redacciones, los directores de periódicos dicen que les sobran versos grátis.

—¿Pero no podrán decir que les sobran poesías?

—Dicen, y no sin razon, que para la generalidad del público versos y poesías son una misma cosa.

—Ya veo que la vida literaria tiene escasísimo y triste apoyo en el periodismo. ¿Supongo que no será tan triste en el teatro?

—En el teatro lo que pasa es algo mejor y algo peor. Me explicaré: muchos escritores, por mucho que sepan, y por muy privilegiado que sea su ingenio, no pueden escribir para el teatro, porque para ello es condicion esencial conocer los efectos escénicos, para lo que se requiere un estudio mecánico, que no se aviene con todos los ingenios, y sobre todo es condicion precisa el heróico valor *sui generis* que se necesita para luchar con cómicos y empresarios. Son tantos los inconvenientes que el teatro ofrece al escritor, que renuncio á enumerárselos á usted, limitándome á decirle que autores dramáticos tan eminentes, tan fecundos, y de vida tan morigerada como Breton de los Herreros, se moririan de hambre si no tuvieran más recursos que los que han obtenido ú obtienen de sus muchas y aplaudidas obras.

—¡Le aseguro á V., D. Antonio, que hoy es uno de los dias más tristes de mi vida!

—¿Por qué?

—Porque veo desvanecerse una de mis más dulces y y hermosas ilusiones. ¿Pero será posible que el escritor no pueda siquiera esperar del libro lo que no encuentra en el periódico ni en el teatro?

—El libro áun es más desventurado en España que el teatro y el periódico. Vaya V. á Madrid con una gran

historia, una gran novela, un gran poema, ó una hermosa coleccion de poesías, y aunque dé V. de balde la obra, en que quizá ha empleado lo mejor de su vida, y tenga V. un nombre literario ilustre, probablemente no encontrará V. quien se la imprima.

—¡Pero, D. Antonio, todo eso es horrible!

—Figúrese V. si me lo parecerá á mí que por espacio de veinte años he pedido el pan á la literatura, aunque con mayor y ménos merecida fortuna que otros.

—¿Segun eso en nuestra patria la vocacion literaria es una desdicha?

—Desdicha, si se quiere buscar el pan con ella, porque áun se puede decir hoy como Larra dijo hace más de treinta años, que en España la literatura es un modo de vivir con que no se puede vivir. Dicha, si lo que con ella se quiere buscar es solamente honra, grato desahogo del corazon y honesto descanso del trabajo material ó intelectual que nos proporciona honradamente la subsistencia.

Iba yo á preguntar á Leandro si todavía deseaba renunciar la carrera del comercio, á que sus padres querian dedicarle, porque á ellos les habia proporcionado el bienestar de que gozaban, é ir á Madrid á dedicarse en cuerpo y alma á la vida del escritor público, cuando vino á interrumpirnos la buena de Mari-Santa, que parecia no haber visto á su hijo hacía un año, segun el amor con que le echó el brazo al cuello.

XIV.

EL HERÓICO CHÓMIN.

Los informes que yo daba, en 1862, de la vida literaria española, en 1874 adolecerán, á los ojos de los que la juzguen por lo que despues ha sido y es hoy, del optimismo y la aficion al color de rosa que se me suelen echar en cara. Pues aquella vida ha empeorado infinitamente en estos últimos seis años de espantoso desórden moral y material. En efecto, hoy que la guerra civil desuela, y casi incomunica una gran parte de la nacion; hoy que por la enorme subida de los cambios es casi imposible todo comercio con América, donde se consumia gran parte de nuestros productos literarios; hoy que las contribuciones absorben la mitad del producto del trabajo y del capital; hoy que el Estado se halla poco ménos que en quiebra, y casi á nadie paga; hóy que nadie tiene humor ni dinero para suscribirse á un periódico, ni para comprar un libro, ni para ir á un teatro, sino para ir á los toros, ¿cómo la vida del escritor no ha de ser infinitamente más triste que cuando la paz y la prosperidad reinaban en España?

Los editores no tienen la culpa de que esta vida sea tan triste, que harto hacen los que, como los de este libro, comparten con el escritor sus exiguas ganancias actuales, ó las que obtuvieran en mejores tiempos á fuerza de trabajo y economía!

Los ojos de las tiernas madres son una especie de zahoríes que ven todo lo que pasa en el corazon de los hijos.

Apénas Mari-Santa miró á la cara á Leandro, adivinó que á éste le contrariaba y entristecia algun desengaño. Diríase que habia oido al muchacho exclamar, al ver desvanecerse sus ilusiones de gloria literaria: «¡Le aseguro á V., D. Antonio, que hoy es uno de los dias más tristes de mi vida!»

— Ea, vamos á comer, con permiso de esas señoras las musas, dijo Mari-Santa sonriendo trabajosamente.

El comedor estaba en el piso bajo.

Leandro, á excitacion de su madre, se anticipó á bajar para buscar y avisar á su padre que debia andar por la huerta.

Mari-Santa apoyó su brazo en el mio para bajar la escalera, ó mejor dicho para hablarme bajito.

— ¿Será escritor ó comerciante? me preguntó en voz baja y con vivísimo interes.

— No será escritor, le contesté tambien bajito.

Mari-Santa se puso muy triste.

— ¿Con que no sirve para eso? exclamó con la misma tristeza.

— Sirve como los de más talento, le contesté, pero no sirve la vida literaria para hacerle feliz.

El sentimiento que al decir yo esto se reflejó en el rostro de Mari-Santa, era una mezcla singular de ingénua alegría y santo orgullo de madre, que obedecia á á esta idea:

— Si mi hijo no adopta la profesion literaria no es

porque no tenga talento para ella, que le tiene como el primero, sino porque la profesion literaria no puede hacerle feliz, que como el primero merece serlo.

Bajamos, y salimos al descansillo de la doble escalinata, que precedia á la puerta principal de la casa, y dirigimos la vista hácia el emparrado. Ni Leando ni su padre estaban allí, ni los veiamos por ninguna parte.

—¿Dónde anda Leandro? preguntó Mari-Santa á Ignacia.

—No sé, señora, contestó la dueña; Teresita se fué con él en busca de su papá.

En aquel instante oimos la voz de Teresita, que llamaba á Chómin, sin que éste respondiera.

Chómin, á quien ya he nombrado, sin decir quién era, era un viejecito que hacía muchos años servia en Gorostiza de jardinero, hortelano y guarda, despues de haber pasado la juventud navegando entre Bilbao y América.

Ya tendrémos ocasion de conocerle más á fondo, pero entre tanto no debe ignorarse una de sus singularidades. Siempre estaba renegando de la mar y contando las malas partidas que le habia jugado, y el dia festivo por la tarde, despues que echaba un cuartillo en Basurto, se subia á Cobetas, desde donde se descubre la mar perfectamente, y allí se pasaba el resto de la tarde contemplando embobado *á la fiera*, cuyo nombre daba al mar, animado de un sentimiento de amor y de alegría muy parecido al que experimentan las madres cuando una vecina les dice: «¡Qué indómito y revoltoso es ese chico de

usted!» Y contestan, reventando de satisfaccion: «¡Sí, es una fiera!»

—¡Ay, mamá, que no sé lo que le ha pasado á Chómin! exclamó Teresita asustada al dar vista á un declive de la huerta, que descendia hasta cerca de la ria.

A Mari-Santa y á mí nos dió un vuelco el corazon al oir esto, y echamos á correr hácia donde estaba la niña, á quien no acompañaba su hermano, porque se habia lanzado hácia la ria al comprender que allí ocurria algo grave.

Chómin, calado de agua y jadeando de fatiga, subia por la cuesta sostenido por D. Juan y Leandro.

Mari-Santa dió un grito de espanto al ver en aquel estado al pobre viejo, y preguntó con angustia qué era lo que ocurria.

—Lo que ocurre, contestó D. Juan, es que Chómin es un héroe.

Estas palabras volvieron el alma al cuerpo á Mari-Santa, en cuyos ojos se trocaron las lágrimas del dolor por las de la ternura y la alegría, sobre todo cuando supimos lo que habia pasado.

Lo que habia pasado era que Chómin acababa de salvar la vida de una mujer y un niño, sin pensar en el peligro á que exponia la suya.

Era la hora de pleamar, y la ria tenía agua hasta los bordes. Una mujer llamada Juana, de la casería de Inchaurre, que mediaba entre la ria y la huerta, acompañada de un niño pequeño, habia entrado en una chanela para pasar á la ribera opuesta, donde trabajaban su marido y su hijo mayor en una cerrajería. No se sabía cómo,

la chanela se les habia puesto por montera, y habian ido á fondo Juana, el niño y el chanelero, que era un muchacho de doce años. Á los gritos de éste, que como sabía nadar habia salido inmediatamente á flor de agua, habian acudido Chómin, que trabajaba en el declive de la huerta, y D. Juan, que continuaba bajo el emparrado matando avispas. Chómin se habia lanzado inmediatamente al agua, y sumergiéndose como un buzo una y otra vez, habia logrado sacar á tierra á la mujer y al niño, que, con ayuda de D. Juan y Leandro, habia conducido á la casería, donde quedaban libres ya de todo peligro de muerte, y asistidos de las vecinas, que habian ido acudiendo en su socorro.

Esto nos contó D. Juan en pocas palabras, miéntras atravesábamos la huerta. Mari-Santa al oirlo se sintió tan entusiasmada y conmovida por el proceder de Chómin, que aunque el anciano estaba hecho una perdicion de agua y cieno, y ella era la más pulcra de las mujeres, no pudo resistir la tentacion de plantarle un abrazo, y hasta se me figura que le plantó algo más, pues D. Juan exclamó riendo alegremente, no sé si aludiendo al agua ó á las lágrimas que derramaba el viejo al abrazarle la señora, ó á otra cosa:

—¡Chómin, V. sí que puede decir que no recibe de las mujeres abrazos á secas!

XV.

LA COMIDA.

Una madre no prodiga á su hijo en la ocasion en que más los necesita, cuidados más solícitos y tiernos que los que Mari-Santa prodigó al viejecito, hasta que le vió limpio, enjuto y repuesto de la fatiga.

— La emocion, dijo Mari-Santa, nos ha quitado á todos el apetito, y es necesario que nos entretengamos en algo miéntras el apetito vuelve. Yo, por mi parte, ya sé en qué puedo entretenerme un rato; en ir á ver á la pobre Juana y su hijo, ¡que sabe Dios cuántas cosas les harán falta! ¡Pobre Juana! Estoy segura de que cuando cayó al agua sólo pensó en el chico, pues cuando me comparo con ella me parece que soy una mala madre.

Así diciendo, Mari-Santa atracó un *cabas* de lo mejorcito que habia en la despensa, y se fué con la dueña á Inchaurre.

Media hora despues volvió muy alegre, porque los náufragos no habian experimentado más que un gran susto, que se les habia acabado de pasar con unos bizcochos y una copita de Jerez, que ella les habia administrado, y ademas ya estaba al lado de ellos el chico mayor, que, sabedor en Deusto de lo ocurrido á su madre y su hermanito, habia corrido á la ribera, y no encontrando chanela pronta para pasar, se habia arrojado á la ria y habia pasado á nado, porque deliraba por sus pa-

dres y hermanos. Tambien á todos nosotros, inclusa á la misma doña Mari-Santa, se nos habia acabado de pasar la inapetencia, con cuyo plausible motivo, y obedeciendo la voz de mando de la directora, nos encaminamos al comedor.

— Es necesario, dijo Mari-Santa, que demos hoy á Chómin un solemne testimonio de la admiracion y el aprecio que nos inspira su heroismo.

Todos nos adherimos con el mayor entusiasmo á este parecer. El viejo, que chupando su pipa y vestido de limpio, como en dia de fiesta, lo oia sentado en el jardin, frente á las ventanas del comedor, nos miraba como alelado, sin comprender de qué heroismo hablábamos, ni qué mayor testimonio de aprecio se le podia dar que el que habia recibido de todos, y particularmente de la señora.

— Me ocurre, añadió D. Juan, una buena idea; que Chómin coma hoy con nosotros, presidiendo la mesa.

Chómin, al oir esto, hizo un movimiento de sorpresa, y quizá de disgusto.

— Á mí me habia ocurrido eso mismo, dijo la señora; pero luégo he pensado que la idea no es buena, porque, como dice un poeta amigo y paisano nuestro,

el cariño que muerde no es cariño.

Chómin no comeria á sus anchas como en la cocina con las muchachas, y por consecuencia, comeria mal. ¿No es verdad, Chómin? añadió Mari-Santa dirigiéndose al viejo.

— Es verdad, señora, contestó éste, y añadió medio riendo y llorando: Señora ama, V. por fuerza es bruja,

pues adivina todo lo que uno piensa y siente, ¡sin necesidad de que uno lo diga!

— (¡Bienaventurados, dije para mí, los hombres que dan con brujas de esa especie!)

— Chómin, le voy á dar á V. una prueba más de mi brujería.

— ¿Cuál, señora ama?

— Véala V.: yo sé que tendrá V. mucho gusto en comer donde come siempre, y cuando unos y otros estemos á los postres, venir á sentarse á nuestra mesa, echar una copita de aquel ron que bebia V. hácia la Jamaica, fumar uno de aquellos cigarros que fumaba V. hácia la Habana, y contarnos una de aquellas historias que usted sabe.

— Verdad es, señora ama, que tendré mucho gusto en todo eso, contestó Chómin entusiasmado.

— Pues, ea, váyase V. para dentro, y los de fuera y los de dentro manos á la obra.

Cuando cerca de mediodia pasaba alguno por Gorostiza y se detenia á saludar á sus moradores, solia decirle doña Mari-Santa:

— Quédese V. á hacer penitencia con nosotros.

¡Vive Dios, que ya iria yo todos los dias á confesarme, con tal que el cura me mandase todos los dias ir á hacer penitencia en Gorostiza!

La penitencia que allí se hacia, en cuanto á la hora, era, como Mari-Santa me habia dicho, casi á lo aldeano, pero, en cuanto al arte, era, sin casi, á lo aldeano más clásico y puro, alternado con el arte exótico, porque Mari-Santa era filósofa ecléctica.

Sé muy bien que habrá gentes á quienes disguste mi realismo artístico-literario, si desciendo á ciertos pormenores de los gaudeamus de Gorostiza, pues suponiendo que mis héroes son puramente fantásticos é ideales, quisieran que se mantuviesen del aire como los camaleones, ó cuando más de néctar y ambrosía como los dioses del Olimpo; pero sé tambien que hay otras gentes, y en mucho mayor número, que gustarán de saber que en Gorostiza se comia, entre otras cosas, pan de Gordejuela, repollo de Abando, chorizos de Munguía, cecina y pernil de Arratia, espárragos y percebes de Baquio, capones de Durango, sardinas de Santurce, langosta de Aurmenza y merluza de Bermeo; todo acompañado y sazonado con clarete riojano, chacolí baracaldés y sagardúa marquinesa.

Y aquello era allí lo ordinario. Lo extraordinario era..... la composicion poética de sarten que Mari-Santa me habia dedicado. ¡Qué! ¿hacen gestos los enemigos del realismo, diciendo que la poesía no cabe en la sarten? Pues en sarten ó perol habia cabido la composicion de Mari-Santa, que era más dulce que los idilios de Garcilaso y Melendez.

Aquella composicion, que allí se llama sencillamente manjar blanco, y creo se llama en otras partes leche frita, era deliciosa hecha por Mari-Santa, que habia perfeccionado hasta lo sumo aquel ramo de la poesía culinaria, porque era uno de los que más gustaban á su marido y sus hijos.

He dicho que Mari-Santa era filósofa ecléctica, y voy á citar un ejemplo de ello. Sirviéronsenos unos macar-

rones que pusieran en peligro nuestros dedos á estar allí en uso el tenedor-cuchara asiático, y ya mi curiosidad y mi entusiasmo no pudieron resistir el deseo de pedir el nombre del autor.

— El autor, dijo Mari-Santa, es una servidora de usted, ó mejor dicho, es Teresita.

— ¡Teresita! ¿Será posible?

— Como V. lo oye. A principios de este verano fuimos á San Sebastian, y en la mesa redonda de la fonda donde paramos se sirvieron unos macarrones que gustaron á todos mucho, y, sobre todo, gustaron á mi marido. Yo hubiera dado cualquier cosa por saber cómo se hacía aquel plato para sorprender con él á Juan así que volviésemos á casa; pero ya comprenderá V. lo ridículo que me parecia el ir á preguntárselo al cocinero. Teresita, que me habia oido repetidas veces lamentarme de no saberlo y que se pasaba el dia correteando por la fonda, y metiéndose en todas partes, y haciéndose amiga de todo el mundo con la poca aprension de su edad, fué muy contenta á buscarme cuando nos preparábamos á abandonar la fonda, y me dijo al oido: « Mamá, dame un beso y te digo una cosa. — Te daré aunque sean dos, hija, le contesté besándola. ¿Qué es lo que tienes que decirme? — Que ya sé cómo se guisan los macarrones. — ¿Quién te lo ha dicho? — El cocinero, que es amigo mio. — ¿Amigo tuyo? — Sí, me he hecho amigo suyo para preguntárselo y decírtelo. Verás cómo se hace ese plato que tanto le gusta á papá ». Y Teresita me explicó *c* por *b* lo que yo tanto deseaba saber. Me faltó poco para comerme á besos á la chiquita cuando esto oí y poco ménos le su-

cedió á su padre cuando le sorprendí con los macarrones que tanto le habian enamorado, y le dije que el verdadero autor de aquel plato no era yo sino Teresita. Algunos detestan todo guiso extranjero sólo por el hecho de serlo, pero yo, aunque soy española pura y neta, estoy por todo lo bueno, venga de donde venga, y llámese como se llame.

Al aplauso que me habia merecido el plato de macarrones, añadí otro al eclecticismo de Mari-Santa, y otro á las inclinaciones maternales que despuntaban en Teresita, de quien me dijo D. Juan:

—Pregúntele V. á Chómin qué opina de Teresita, y verá como le contesta: «¡Esa..... pintada á su madre sale!»

XVI.

LA COMPATIBILIDAD.

Nuestra conversacion giró sobre la generosa y heróica accion de Chómin, y D. Juan me dijo:

—Á V., que debe tener autoridad de maestro para con este aprendicillo de poeta, se le presenta ahora excelente ocasion para probar el valor de la vena poética de Leandro: mande V. á su discípulo celebrar en verso la hazaña de Chómin.

—¡Papá, contestó Leandro con tristeza, D. Antonio opina que debo abandonar el cultivo de la poesía!

—Hola, ¿con que eso tenemos? exclamó D. Juan un poco sorprendido.

—Hay alguna inexactitud en lo que Leandro dice. Es verdad que, aunque encuentro en él más aptitud para el cultivo de las bellas letras que la que tienen las tres cuartas partes de los que las cultivan en España, opino que debe preferir cualquiera otra profesion honrada á la literaria, porque esta última profesion, si proporciona gloria, no proporciona felicidad en nuestra patria; pero está Leandro en un error si entiende que yo opino que debe dar un eterno y completo adios á las bellas letras. No aconsejaré yo nunca á nadie que riña con ellas por antitéticas que parezcan con la profesion que le proporcione el pan. Si es lícito y conveniente al sacerdote, al médico, al abogado, al artista, al artesano descansar de las fatigas de su estado, profesion ú oficio con el ejercicio de la caza, con la música, con la lectura, con cualquiera otra distraccion honesta, ¿por qué no ha de ser lícito y conveniente que busque el descanso de tales fatigas en el cultivo de la amena literatura?

—Es verdad, contestó Leandro; y de la misma opinion fueron sus padres.

—Si no estoy equivocado, añadió el primero, D. Juan Eugenio Hartzenbuch descansaba, cuando jóven, de las fatigas que le causaba la garlopa ó la sierra, estudiando el teatro nacional y extranjero, y ensayándose en la poesía.

—Cierto, y el ilustre autor de *Los Amantes de Teruel* y *La Jura en Santa Gadea*, aunque no gusta de alardes democráticos, léjos de sonrojarse recordando que fué ebanista ántes que escritor, se complace en su noble vida privada en evocar aquel recuerdo. Cuéntase que un dia, visitando la posesion que el Duque de Osuna tiene

en la Alameda, camino de Madrid á Alcalá de Henares, se puso á examinar lo interior de unos muebles cuyo encuentro en el palacio de la Alameda le causaba no poca emocion, porque aquellos muebles le recordaban otro tiempo y otra vida. El conserje que le enseñaba el palacio, suponiendo que fuese un gran señor, pues habia llevado la más eficaz recomendacion del Duque, le mostraba un respeto tan exagerado que mortificaba la modesta sencillez de D. Juan. «Dispénseme V., le dijo D. Juan, que vea si estos muebles tienen, como creo, una marca puesta por mí.—Caballero, le replicó el conserje como ofendido, estos muebles no han sido de nadie más que del señor Duque que los mandó hacer....—Es verdad que los mandó hacer S. E., contestó D. Juan sin darse por entendido del disgusto del conserje, y hasta recuerdo que velamos muchas noches maestro, oficiales y aprendices para concluirlos.»

El caballero se trasformó de repente en ebanista á los ojos del conserje, y éste le trató desde aquel instante casi como á un igual suyo, con ingénua y sencilla complacencia de D. Juan.

—¡Dios bendiga la vida de tan buen caballero! exclamó Mari-Santa.

—Ya la ha bendecido colmándola de honra.....

—¿Y no de felicidad?

—De felicidad tambien, pues Hartzenbuch es uno de los poquísimos que en España han alcanzado la felicidad pública y privada cultivando las bellas letras que aquí pueden ser, y son con frecuencia, medio de obtener lucrativos destinos más ó ménos políticos, pero casi siempre

incapaces de proporcionar por sí solas una subsistencia un poco desahogada. Quizá Hartzenbusch cuando manejaba la garlopa aspiraba á manejar la pluma, y consideraba la ebanistería como profesion forzosa é interina que se proponia abandonar así que empezáran á realizarse sus sueños de gloria literaria; pero yo conozco personas que han cultivado la poesía sin tales aspiraciones ni tales sueños, y han sentido grandes consuelos y experimentado gran descanso de sus fatiges con aquel cultivo. Una de estas personas es el más íntimo de mis amigos, cuya vida y sentimientos conozco como los mios propios. Desde niño sentia infinito deleite áun leyendo malos versos y componiéndolos áun peores. No los leia buenos, porque carecia de ellos, y los componia malos, porque carecia de cultura para componerlos. Se alejó del hogar paterno al acercarse á la adolescencia y se dedicó al comercio. En el establecimiento de que dependia, la prosa se desbordaba de todas partes, así de las gentes que le rodeaban como de las ocupaciones en que pasaba la semana; pero llegaba el domingo, su único dia de descanso, y en vez de divertirse y descansar como sus compañeros yendo de caza, de paseo, á los novillos ó á los bailes, se divertia estudiando, leyendo y áun ensayándose en escribir versos ó prosas, no porque le pasase siquiera por el pensamiento la idea de trocar algun dia la vida del comercio por la de la literatura, sino sencillamente porque no encontraba diversion más grata que aquella. Afirman aún los que han dado pruebas de aptitud para el cultivo de la literatura, que tal ó cual profesion está reñida con la poesía. Es errónea tal afirmacion: el que

lleva en su alma el gérmen de la poesía, que es innato y lo más que hace es perfeccionarse, remonta el corazon y el pensamiento desde la prosa más vil y fea, al idealismo más noble y hermoso, y canta en todo tiempo y en todo lugar. En Bilbao mismo, donde casi nadie subsiste del trabajo literario, hay, segun he sabido y era de suponer, no pocos que descansan de las fatigas del comercio, la industria ó la ciencia cultivando la literatura, sin más aspiracion que la de complacerse á sí mismos, ó cuando más á la familia y los amigos más íntimos y benévolos.

—Es verdad, me contestó Leandro repuesto un poco de su tristeza y citándome nombres hasta de alguna modesta y buenísima persona del bello sexo, que no me creo autorizado á repetir.

—Con que ya ve V., amigo Leandro, cuál es mi verdadera y concreta opinion acerca de sus aficiones literarias: sea V. comerciante ó industrial ó abrace otra honrada profesion de la que pueda esperar la subsistencia desahogada y tranquila que en España es aventuradísimo esperar de las letras; pero descanse V. de las fatigas de su profesion con el noble cultivo de la literatura, que nunca debe ser tan asíduo que embarace el trabajo que proporcione á V. y su familia el pan de cada dia.

—Don Antonio, exclamó Leandro alargándome la mano que yo estreché con efusion, no diré que estoy decidido, pero sí que me inclino á seguir el consejo de V. si mis padres son gustosos en ello.

—¡Pues no lo hemos de ser, hijo mio!.... exclamó á su vez Mari-Santa con la emocion que se asomaba tan frecuentemente á sus ojos; pero se detuvo, como pregun-

tando á su marido si el marinero se extralimitaba de los poderes que le habia conferido el patron.

— Hijo, se apresuró á decir D. Juan sancionando con su benévola sonrisa y sus palabras las de su mujer, tiene razon tu madre. Nosotros lo que deseamos es tu felicidad. Aunque sólo entiendo de letras de cambio, tengo por muy hermosas las que derraman la luz y el solaz por el mundo; pero si tu felicidad está en la profesion que á mí me la proporcionó, ¡cómo no he de ver con gusto que seas comerciante como tu padre!

Mari-Santa mandó á las muchachas que nos sirvieran el café y dijeran á Chómin que viniese á tomarle con nosotros.

— Teresita, añadió dirigiéndose cariñosamente á la niña, Catulinda y sus hijitos te están llamando. Véte, hermosa, á darles de comer, ya que el café no te gusta.

Catulinda era una gata, muy amiga y protegida de Teresita, y tenía dos gatitos muy monos y muy engalanados con collarcitos de cintas y cascabeles hechos por la niña.

— Mamá, contestó Teresita en tono de súplica, ¿no le dijiste á Chómin que tenía que contar alguna de las historias que él sabe?

— Sí, hija mia; pero ¿y si Chómin cuenta alguna de las historias de horrores de la mar que tanto te asustan? Véte, hija, á dar de comer á la pobre Catulinda, que te está llamando.

La niña se marchó saltando y respondiendo á la gata:

— Catulinda, ya voy á daros á tí y á los mininos manjar blanco.

No se me ocultó que Mari-Santa habia alejado del comedor á la niña temerosa de que Chómin hiciese alguna de las suyas, porque Chómin, cuando se ponia un poco alegre, aunque hablase en un locutorio de monjas, creia hablar en la cubierta del *La Virgen nos valga*, rodeado de sus rudos compañeros de glorias y fatigas, en una de aquellas serenas noches de mar bella y Noroeste en popa, en que los marineros, apoyados en la obra muerta, se cuentan mútuamente la novela de su vida, con la pipa en la boca, la vista en la inmensidad del mar y del cielo, y el corazon y el pensamiento en alguno de esos lugarcillos que, como bandadas de gaviotas, blanquean sobre las rocas marinas, allá, ¡saben Dios y los marineros dónde!

XVII.

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA.

Chómin, un poco cortado, apareció en el comedor acompañado de Ignacia, que traia el café. Saludámosle con un aplauso, que inició Mari-Santa, y animó al viejecito á sentarse al lado de la señora, conforme ésta le indicaba.

Mari-Santa señaló la alhacena á Ignacia, y ésta, comprendiendo al punto lo que deseaba la señora, sacó un tarro de ron y una copa mayor que las ordinarias de licores, y puso tarro y copa delante de Chómin.

Mari-Santa se apresuró á obsequiar al viejo, preparándole y sirviéndole el café con arreglo al gusto de Chó-

min, que la señora conocia á maravilla, y se reducia á sazonar el café con poca azúcar y mucho ron.

Á todos se nos vino á las mientes el romance

«Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido.»

—Chómin, ¿se ha descansado ya de la zambullida? preguntó D. Juan al viejo.

—Agujetas quedan todavía, señor amo.

—Es que la lucha fué porfiada.

—Y eso que la fiera no avanza de Portugalete acá más que una garrilla.

—Mala voluntad le tiene V.

—Ah, mala centella de Dios la tumbe, que malos ratos me ha dado en este mundo y en el otro, porque en América no me los ha dado mejores que en Europa!

—Pero diga V., Chómin, si tan mala opinion tiene usted de la mar y tanto la aborrece, ¿por qué se sube V. todos los domingos á Cobetas para verla?

—Yo se lo diré á V., señor amo. Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo, Cristo notaba que San Pedro, á pesar de que tenía ya malas piernas, pues era ya viejo, se subia á todo vericueto desde donde se descubria la mar. Cristo recordaba muy bien que San Pedro, como quien dice, habia sido marinero, pues habia sido pescador de agua salada; pero tambien recordaba que cuando se comprometió á dejar la mar de Galilea y los avíos de pescar para irse con él tierra adentro á predicar el Evangelio, le preguntó si dejaba con fe la mar, y le contestó: «¡Maestro, no la he de dejar con fe si estoy rabiando por perderla de vista!» Recordando esto, y vien-

do que San Pedro se exponia á desnucarse por ver la mar, decia Cristo con mucha razon: «Ó este viejo se ha vuelto chocho, ó ha perdido la fe con que dejó la mar y los avíos de pesca, pues anda siempre por los vericuetos como las cabras, sólo por el pícaro gusto de ver la mar desde léjos», y preguntó á San Pedro por qué le gustaba tanto ver la mar.

— ¿Y qué le contestó San Pedro?

— San Pedro le contestó que le gustaba verla para excomulgarla, y lo mismo le contesto yo á V., señor amo.

Todos nos echamos á reir con esta salida de Chómin; pero Mari-Santa, cuyo sentimiento religioso no podia ménos de ser delicado, pues en su corazon lo eran todos los sentimientos, me dijo:

— Siento que no esté aquí el señor D. Francisco para consultar con él una duda que me ocurre al oir á Chómin y á otras buenas gentes del pueblo contar esos cuentos populares que V. va recogiendo, puliendo y encaminando á un fin moral y filosófico.

— ¿Pues cuál es la duda que esos cuentos despiertan en V.?

— Se la diré á V. con tanto más motivo, cuanto que supongo la habrá tenido V. tambien, la habrá consultado con personas competentes, y la habrá visto resuelta de un modo satisfactorio cuando no tiene escrúpulo en reproducir los cuentos sin despojarlos del tono familiar que emplean al contarlos las gentes del pueblo. En muchos de esos cuentos, como el que Chómin nos ha contado, intervienen entidades santas, de quienes se habla y á quienes se hace hablar en el lenguaje jovial y fami-

liar del pueblo, y no sólo sucede esto en los cuentos, sino tambien en los cantares populares, como sucede en éste que he oido cantar á las muchachas de casa:

«Á su amigo San Pedro
le dijo Cristo:
«Ahí te dejo las llaves;
agur, Perico.»
Y éste contestó:
«Vaya usted descuidado,
que aquí quedo yo.»

¿Será lícito esté proceder?

—Señora, no se ha equivocado V. al suponer que he tenido la misma duda que V., la he consultado con personas doctas y piadosas, y la he visto resuelta satisfactoriamente. Un sacerdote piadosísimo y docto en materias teológico-morales, á quien consulté ántes de dar á luz un cuento de carácter popular titulado *Las dudas de San Pedro* (1), en que precisamente era uno de los interlocutores el glorioso príncipe de los apóstoles, y en sus santos labios se ponia el lenguaje familiar y anacrónico del pueblo, desvaneció mis escrúpulos diciéndome: «En nuestros escritores ménos sospechosos de irreverencia deliberada ó indeliberada, hay frecuentes ejemplos que justifican el proceder de V.; pero, ademas, le justifican otras razones de conveniencia moral y estética, siempre que el cuento popular se encamine á un fin bueno, ó cuando ménos no se encamine á un fin malo. Conveniencia moral: cuanto más sencillo, natural y verdadero es el lenguaje, más convencimiento y sentimiento produce

(1) *Narraciones populares*, Madrid, 1873, un vol.

en el que oye ó lee, y por consecuencia, más conduce al fin que se propone el que habla ó escribe. Conveniencia estética: el arte falto de verdad no es arte ni responde á utilidad alguna, y careceria de toda verdad el suponer al pueblo lenguaje distinto del único que conoce y de que se sirve. El axioma de que el fin justifica los medios será en muchas ocasiones especioso ó inadmisible; pero en el caso concreto á que V. se refiere y en otros análogos en que el fin es bueno, los medios estarian justificados con el fin, aunque no lo estuviesen con otras razones.» El cuentecillo que ha contado Chómin podrá no encaminarse á un fin bueno; pero se encamina á un fin indiferente, que es tanto como no encaminarse á un fin malo; y por consiguiente, creo que ni á Chómin se debe castigar por haberle contado con privarle de apurar una buena copa de ron, ni á V. por haberle escuchado con privarla del placer de escanciársela.

— Si peco, dijo Mari-Santa alegremente llenando la copa de Chómin, Dios me perdone y nos perdone á todos.

Chómin, que acababa de dar el último sorbo al café y se disponia á encender un magnífico habano que D. Juan le habia alargado, desocupó la copa con delicia, y confesó que en la misma Jamaica, con ser Jamaica, no habia saboreado ron como aquél.

— Pero vamos á ver, Chómin, le dijo su amo, cuáles son las razones que tiene V. para excomulgar á la mar, áun sin sentirse, como San Pedro, predestinado al pontificado?

— Tambien se las explicaré á V., señor amo; pero el cuento, aunque curioso, es largo...

— No importa, pues le irá V. pasando á tragos y cigarros.

— Bien lo necesitaré, señor amo, porque ademas de largo es amargo...

— ¿Amargo tambien?

— ¿Cómo no lo ha de ser si en él anda la fiera? ¡Ah! ¡mala centella de Dios la hunda!

— Cuente V., Chómin.

— Pues cuento con el permiso de VV., y sobre todo de la señora ama, que con ese corazon de Vírgen de los Dolores que le ha dado Dios, va á pasar un rato de mil demonios.

XVIII.

EL HUEVO Y LA CASTAÑA.

El prólogo de la narracion de Chómin habia despertado vivamente nuestra curiosidad.

— Yo, comenzó Chómin, nací y me crié en Santurce, y cuando empecé á tener uso de razon empecé á no pensar ni obrar razonablemente.

— ¡Qué comun es eso en el mundo! dijo con tristeza Mari-Santa, que, sin sospecharlo siquiera, era allí el más legítimo representante del buen sentido y del buen corazon.

—Á VV., continuó Chómin, les parecerá esto mentira; pero no lo es, como irán ustedes viendo.

Éramos dos hermanos que en las inclinaciones nos

pareciamos uno á otro, como el huevo y la castaña. Dirán ustedes que el huevo y la castaña son malos para comparar inclinaciones, porque no tienen ninguna.

— Es verdad, contesté yo, que era el que allí se daba más tono de filósofo.

— Pues V. ha de perdonar, D. Antonio, si no soy de su opinion; el huevo se inclina siempre á rodar, y la castaña se inclina casi siempre á estar quieta.

— ¡Este viejo, dije para mí, sin tener la noble franqueza de decirlo para los demas, es más filósofo que yo!

— Péru, que me llevaba dos años, se inclinaba como la castaña á no rodar más que lo indispensable, y yo me inclinaba como el huevo á rodar hasta lo supérfluo. ¡Así Péru no se estrelló ni estrelló á nadie, y yo me estrellé y estrellé á los pobres que tropezaron conmigo!

Al viejo se le saltaron las lágrimas al decir esto, y á Mari-Santa le sucedió lo mismo al verle llorar.

— Muchas veces subiamos Péru y yo á la cumbre del Saráutes, y sentados allí pasábamos las horas enteras contemplando la inmensidad de mares y tierra que desde allí se veia. Péru se embelesaba viendo los valles y las montañas, y yo viendo la mar. — ¡Mira, le decia yo á Péru, si tenemos en qué escoger para vivir y ser felices; tierra que se pierde de vista, y mar que se pierde de vista tambien! — Yo, contestaba Péru, escojo un rinconcillo de la tierra. — Pues yo escojo la inmensidad de la mar, decia yo. — ¿Ves, continuaba Péru señalando hácia los valles de las Encartaciones ó hácia los de la tierra Temprana, ves aquellas caserías dispersas y medio escondidas entre los árboles, en los regazos de los montes ó en

las colinas de los valles? Pues mira, yo me contentaria con que una chica que fuese muy buena, aunque no fuese muy guapa, me quisiese mucho y yo la quisiese mucho tambien, y nos casásemos y viviésemos juntos en una de aquellas caserías, y tuviésemos hijos muy buenos y muy hermosos, y nos quisiesen mucho todos nuestros parientes y vecinos, y trabajásemos todos en proporcion á nuestras fuerzas, y ganásemos trabajando para vivir sin necesidades y dormir sin zozobras, y llegásemos á viejos, y muriésemos allí entre nuestros hijos y nuestros nietos, y cuando muriésemos nos llorasen y honrasen todos los que nos hubiesen conocido!—Pues yo no tengo tan mal gusto como tú, decia yo á mi hermano; yo lo que deseo es volar por esos mares azules en un barco ligero y blanco como las gaviotas, y ver otros mares y otras tierras y otras gentes, y ganar navegando mucho dinero, y casarme con una chica tan hermosa como Soledad, y hacer una casa muy hermosa y blanca en Campánzar ó Cabieces, para que se viese desde ella el mar, y desde el mar se la viese, y mandar hacer el barco más velero y gallardo que en los astilleros de Olabeaga y la Salve se hubiese hecho, y volver á volar en él por los mares, y luchar con las tempestades y vencerlas, y asombrar á las gentes de todos los puertos del mundo con la rapidez y el atrevimiento de mis navegaciones, y pasar once meses del año en mi barco y uno en mi casa, que sería el medio seguro de que mi mujer y yo fuésemos siempre recien casados. Esto decia yo á Péru, y Péru, no logrando convencerme de que yo pensaba como un loco, se entristecia y hasta se le humedecian los ojos.—Péru,

le decia yo. ¿por qué te entristeces y áun lloras? Y me contestaba :—Porque pagarás tu locura con muchas tristezas y lágrimas, y lo que es peor, la pagarás con tristezas y lágrimas de tu mujer y tus hijos, que estarán inocentes de ella!

Leandro me miró con una tierna expresion de agradecimiento, que comprendí muy bien, y Mari-Santa dirigió á su marido una dulce mirada, que yo traduje de este modo : «Chómin pensaba verdaderamente como un loco. Pues qué, tú y yo, aunque llevamos cerca de veinte años de casados, ¿no nos queremos cada vez más, porque cada vez tenemos mútuamente más que recordar, más que agradecer y más que amar?»

Chómin continuó :

— Soledad era una niña casi de mi edad, hija de unos vecinos tan amigos de mis padres, que las dos familias casi formaban una sola. Entre las dos casas sólo mediaba una huertecilla, que era por mitad de las dos casas, y tenía un poco de jardin, que yo arreglaba desde chiquito, pues para eso me daba el naipe. Como las dos casas tenian puerta á ella, casi siempre estabamos en la huerta juntos. ¡Cuántas noches de verano, despues de venir la gente de trabajar, uniamos las cenas y cenábamos las dos familias juntas en la huerta, á la luz de la luna!

Soledad y yo nos queriamos mucho desde chiquititos. Soledad no sabía estar sin mí ; muchas veces me buscaba por todas partes, y encontrándome, al fin, en la dársena desafiando con un botecillo los *cachones* de agua que venian á reventar furiosos contra el muelle, y nos hacian bailar al bote y á mí como perinolas, me rogaba que

atracase el bote á la orilla, y aunque era miedosilla como las onzas de oro que siempre andan escondidas, se metia en el bote conmigo, y allí se estaba las horas muertas tan contenta, aunque á cada instante se considerase merienda de los peces. Á mí me sucedia poco ménos que á Soledad: en ninguna parte me hallaba sin ella al lado, á no ser que fuese en la mar, que era donde no echaba de ménos nada de este mundo, inclusa la misma Soledad, que era lo que más queria.

Ibamos los dos creciendo, como que teniamos ya cerca de catorce años. Un domingo, despues de misa mayor, bien me acuerdo, estaban los padres de Soledad y los mios sentados á la sombra de un cerezo ampollar que habia en la huerta, y habian plantado mi padre y el de Soledad cuando eran recien casados, justamente en el lindero, para que fuese de las dos familias y estuviesen las dos siempre unidas con algo más que la amistad. Yo me subí al cerezo y me puse á coger cerezas, que echaba á Soledad, y ella recogia aparando el delantalito.

— Me parece, dijo mi padre riendo al de Soledad, que vamos á ser consuegros.

— Lo que es yo no lo sentiria, contestó el padre de Soledad en el mismo tono, y añadieron placenteramente nuestras madres:

— Ni yo.

— Ni yo tampoco.

Soledad, como era tan inocente, no entendia lo que nuestros padres querian decir, y como me lo preguntase bajito cuando salté del cerezo, y yo se lo dijera, se puso más colorada que las cerezas que tenía en el delantalito.

Desde aquel dia Soledad y yo empezamos á hablar de lo por venir, pero siempre en el supuesto de que lo por venir de uno habia de ser lo por venir de otro.

Sin saber ella misma por qué, se entristecia hasta llorar siempre que saludaban á los de tierra los que iban en la cubierta del buque que salia barra afuera y se iba alejando, alejando, hasta perderse en los confines del horizonte.

—¡Cuándo querrá Dios que yo sea de esos que van mar afuera! exclamaba yo entusiasmado viendo al buque cortar el oleaje y alejarse cada vez más rápidamente.

Y al oirme, Soledad se asia á mi brazo temblorosa, y como que queria sujetarme, para que no abandonára la tierra por la mar.

Así fueron pasando tres ó cuatro años. Mi hermano habia casado con una chica baracaldesa, de quien estaba enamorado como un tonto, y allá, conforme se deja la vega y se toma el monte entre San Salvador del Valle y Retuerto, en una casita medio escondida entre parras, guindos, cerezos, melocotoneros y otra infinidad de frutales, vivian él y su mujer, sin duda muy felices, porque siempre estaban muy alegres, y cuando iban por Santurce y yo les hablaba de lo triste de su soledad, se echaban á reir, y mi cuñada, que era más cantadora que las malvices, y sabía más cantas que un estudiante de la tuna, me decia entre cantando y hablando:

No hay soledad en el mundo
para dos que bien se quieren,
porque donde están más solos
es donde están más alegres.

Mi sueño dorado continuaba siendo el mar, y poco á poco conseguí que Soledad no tuviera ya por vanos mis sueños. La pobre veia por mis ojos y entendia por mi entendimiento. ¿Cómo no la habia de alegrar lo que me alegraba, y cómo no habia de esperar en lo que yo esperaba y creer en lo que yo creia?

En ménos de un año se llevó Dios uno tras otro á los padres de Soledad y á los mios. Los dos lloramos mucho por ellos, y no parecia sino que el dolor nos hacia querernos más y buscar más el consuelo uno en otro.

Felizmente uno y otro habiamos heredado de nuestros padres una fortunilla, que juntándola y juntándonos nosotros en una casería como la de mi hermano, y haciendo lo que habian hecho nuestros padres y mi hermano y mi cuñada hacian, es decir, trabajar, no soñar con más mundo que el que abarca la vista, y contentarse hoy con un poquito ménos de lo que se ganó ayer, hubiera sido bastante para que hubiéramos llegado adonde han llegado mi hermano y mi cuñada, que era aquello que soñaba Péru en la cumbre del Saráutes, viendo los valles de tierra adentro, y yo tenía por tonto y de mal gusto, viendo la llanura azul é infinita de tierra afuera.

Por último, Soledad y yo nos casamos, y durante los primeros meses sólo pensamos en saborear la sal de la boda, ¡que juro á bríos nos sabía á rosquillas!

Chómin se detuvo, trocando de repente la alegría nacida de esta última idea en tristeza nacida, sin duda, de la idea subsiguiente.

— Señora ama, añadió esforzándose por ahuyentar aquella tristeza, ahora viene lo amargo de mi pesada

historia. Déme V. otro sorbillo de lo del tarro, para ver de endulzarla un poco.

Mari-Santa llenó la copa y Chómin la desocupó de un trago, miéntras todos, y particularmente su ama, le animábamos con afectuosas palabras á proseguir su relato.

Éste podrá ser pesado para otros, pero de seguro para ninguno de nosotros lo era, porque ninguno de nosotros dejaba de hacer aplicaciones allá en el fondo de su memoria y su corazon.

Cuando la palabra ó la pluma ó el pincel son intérpretes de la verdad, un poquillo de arte basta para arrancar un aplauso.

XIX.

SUEÑOS Y REALIDADES.

— Una tarde de verano subimos Soledad y yo á Campánzar y nos sentamos sobre unas ruinas. El sol, como una gran rueda de fuego, iba ya á hundirse en los mares del Noroeste, y todo el horizonte marino parecia con su luz un lago inmenso de oro y diamantes derretidos. Yo no sé qué soñé y vi allá hácia donde el sol se ocultaba, que comparado con ello me parecia sombrío y triste cuanto habia más acá, incluso lo que más queria, que era Soledad.

Una mujer pasó por allí, nos dió las buenas tardes, se santiguó, tocó con la punta de los dedos las ruinas en

que nosotros estábamos sentados, besó la punta de los dedos, é iba á proseguir su camino.

— ¿Qué ruinas son éstas? le pregunté.

— Son, me contestó, las de una ermita de la Vírgen de la Mar, muy venerada en tiempos antiguos. Bien se conoce que las gentes de ahora no tienen la fe que tenian las antiguas, pues si la tuvieran no hubieran dejado arruinar una ermita tan milagrosa, que todo el que le hacia una promesa al ir por esos mares afuera, volvia salvo y rico!

— ¡Salvo y rico! exclamamos Soledad y yo, y miéntras la buena mujer se alejaba, callábamos y meditábamos con la vista fija en aquel infinito lago de oro y diamantes líquidos, que se dilataba hasta donde no alcanzaban los ojos, allá hácia el Noroeste.

— ¡Soledad, dije al fin, aquí debe haber un palacio blanco y dorado, donde tú y yo y nuestros hijos vivamos, y detras de él unos hermosos jardines donde paseemos, y delante de él una preciosa ermita de la Vírgen de la Mar, donde oigamos misa y recemos y la Vírgen sea venerada como en tiempos antiguos!

Soledad se estremeció de alegría al oirme hablar así, porque la pobre, ya se lo he dicho á VV., se habia ido acostumbrando á soñar lo que yo soñaba, á creer lo que yo creia, y á esperar lo que esperaba yo.

— En Olabeaga, añadí, está de venta el bergantin *Poco es mucho*, que es muy velero y hermoso, y puede ser nuestro sin necesidad de que pidamos á nadie un cuarto. Con él y con la solemne promesa que hago á la Vírgen de la Mar de reedificar la ermita que aquí tuvo, voy á

partir con rumbo á América, seguro de que he de volver salvo y rico á cumplir mi promesa, y á realizar todo lo demas que aquí y allá abajo hemos soñado!

Compré el barco, le tripulé á mi gusto, le cargué de harinas por mi cuenta, abracé á Soledad, que lloraba como una Magdalena, y me fuí á bordo del *La Virgen nos valga*, con cuyo nombre le habia bautizado, pues el que ántes tenía no me gustaba, porque decia yo: «O nada quiere decir, ó dice un disparate.»

Al pasar la barra catalejeé á Santurce, no dudando que Soledad habia salido á darme la despedida, y, en efecto, inmediatamente la vi á la orilla del mar, agitando un pañuelo blanco: como la distancia era corta, y mi anteojo bueno, vi que estaba descolorida como una muerta, y lloraba sin consuelo á pesar de que parecian tratar de consolarla mi hermano y mi cuñada, que habian ido á Santurce á despedirse de mí y á acompañar á Soledad hasta que se consolase un poco de la separacion.

El *La Virgen nos valga* se iba alejando sin apartar yo la vista de Santurce, cuando vi que Soledad vaciló, cayó al suelo, y apresurándose mi hermano y mi cuñada á socorrerla, la tomaron en brazos y desaparecieron con ella de mi vista.

Señora ama, les aseguro á VV., y sobre todo á V. que tiene el corazon de cera blanda, blanca y pura como la nieve, que cuando vi aquello, sin poder hacer más que verlo, y vi que no me caia muerto, á pesar de que me dolia el corazon como si me le hubiesen atravesado de una puñalada, dije: por muchos dolores que yo sufra

en este mundo, no acaban conmigo y muero de viejo!

—¡Pobre Chómin! exclamó Mari-Santa ya profundamente conmovida, porque áun más que todos nosotros iba encontrando un gran fondo de tristeza en todo lo que iba contando el anciano.

—Desde aquel instante, continuó Chómin, empecé á purgar mi locura, y lo que es mucho más triste, empezó tambien á purgarla quien era inocente de ella. Aquella mar que tanto me habia enamorado hasta entónces, me trató tan infamemente, que el *La Virgen nos valga* empleó cuatro meses en el viaje á la Habana, con arribadas forzosas aquí, con calmas allá, con averías en el otro lado. El cargamento de harinas llegó casi todo él averiado, y no encontrando flete para la vuelta, ni teniendo fondos para cargar, como pensaba, por mi cuenta, tuve que apelar al recurso de los patrones de buque perdidos ó sin corazon.

—¿Y qué recurso es ese, Chómin? preguntó Mari-Santa con viva y sencilla curiosidad.

—El comercio de carne humana.

—¡Qué horror!

—Me propusieron que fuera á las costas de Guinea á cargar negros, y acepté la proposicion. Llegué á la costa de Guinea, donde el calor ordinario viene á ser el del horno cuando la masa está á medio cocer, y abarroté el *La Virgen nos valga* de negros y negras y negritos, unos conducidos á la fuerza como se conduce á los animales bravos, y otros conducidos con engaños como se conduce á los niños inocentes, y el buque emprendió la vuelta á Cuba con muchas precauciones, porque los cruceros

que perseguian aquel contrabando andaban listos. El *La Vírgen nos valga.....*

— Chómin, interrumpió la señora al anciano, por la Vírgen Santísima no llame V. así al barco cuando tenga que nombrarle, porque me parece un sacrilegio el mezclar el nombre de la Madre de las Misericordias con el recuerdo de un buque dedicado al más cruel é infame de los tráficos.

— Tiene V. razon, señora ama, y haré lo posible por seguir su consejo. Pues como íbamos diciendo, navegaba el *La Vírgen.....*

— Dale, Chómin!

— Perdone V., señora ama, que con la pena tengo la cabeza algo trastornada. Navegábamos de noche, no recuerdo á que altura, cuando nos avistó un crucero inglés, y empezó á darnos caza, viendo que huiamos de él. El viento era de popa, y el bergantin que llevaba todas sus velas desplegadas iba ligero á pesar de su mucha carga, pero el crucero, que era un vapor de doble hélice, andaba dos millas por cada una que andaba el bergantin. Dos balas de cañon nos habian ya pasado rozando el casco, y una habia cruzado la arboladura, picándonos la jarcia. Estamos perdidos, dije, si no echamos al mar el cargamento; pero esa barbaridad no la haré yo aunque nos cueste á todos morir ahorcados del palo mayor del inglés.

Nunca hubiera dicho esto, pues la tripulacion que se habia aumentado en la Habana con algunos prácticos en la navegacion de las costas de Guinea, se me amotinó pidiendo que se echára al mar el cargamento negro.

Me opuse á tal inhumanidad, pero me opuse en vano, porque unos intantes despues no habia en el barco un negro ni una negra..... Negras sí habia; pero eran sólo nuestras almas, que debian serlo como un tizon cuando no se compadecieron de los gritos y súplicas de aquellos desdichados al ser arrojados al mar.

Mari-Santa se deshacia en lágrimas al oir á Chómin.

—¿No decia yo, continuó éste, que V., señora ama, iba á pasar un rato de mil demonios oyéndome? Pues por no afligirla á V. más, callo cosas muy horribles, como la locura repentina de la pobre madre de un negrillo.....

—¡Chómin, por Dios calle V. esos horrores, que harto se adivinan!

— Los callaré, señora ama, y sólo diré que sacrificando la vida de unos cuantos centenares de criaturas de Dios, nos salvamos nosotros, pues el *La Virgen*..... digo mi bergantin, así que se le alivió la carga, voló como una saeta por aquellos mares, dejando, como se suele decir, con un palmo de narices á los ingleses, cuya ponderada humanidad casi siempre cuesta á la humanidad cara, como sucedió entónces.

Volví desesperado á la Habana, y apénas llegué nos llevaron á la cárcel á mí y á la tripulacion, y embargaron el bergantin, todo por sospechas de la verdad. Al cabo de seis meses de encierro nos pusieron en libertad, y me devolvieron el barco. Esto es decir que gané el pleito; pero me cayó la maldicion de aquel gitano, que decia: «Pleitos tengas y los ganes.»

Encontré flete para Bilbao, pero como ántes de partir nos habiamos comido y gastado con exceso su importe,

partí sabiendo que cuando con más felicidad volviese á ver la cumbre del Saráutes, habia de ser trayendo, al cabo de dos años de ausencia, la cabeza llena de canas, el corazon lleno de amargura, y la herencia de nuestros padres reducida al casco del buque.

—¿Y volvió V. sin nuevos contratiempos?

—La mar, que tan irritada se habia mostrado al verme partir, se mostró un poco más benigna al verme volver, y al cabo me convencí de que entre tanto como habia perdido, no habia perdido el corazon, cuando al divisar el Saráutes allá á lo lejos, entre la neblina del Este, me eché á llorar y caí de rodillas en la cubierta del buque, mezclando el nombre de la Vírgen con el de Soledad!

—¿Y de la pobre Soledad qué habia sido?

—¡Ay, señora ama, si en mi historia hay lágrimas amargas como la ruda, en la de Soledad las hay amargas como la hiel!

XX.

HOGAR DESIERTO.

—El *La Vírgen nos valga*... Señora ama, perdone V...

—No importa que le llame V. ya así, que me parece haber purificado sus manchas las lágrimas que usted derramó en su cubierta al descubrir la cima del Saráutes.

—El *La Vírgen nos valga* entró en el abra, pasó la barra y siguió ria arriba al fondeadero de Olabeaga. Mién-

tras el barco tomaba la ria, yo, en el bote, atracaba á las rocas de Santurce, porque tan turbado me hallaba que ni reparé en las olas que allí se estrellan casi perpétuamente, ni me cuidé de buscar la embocadura de la dársena: lo únicó que yo veia era la casa donde dejé á Soledad, que estaba al Oeste entre las últimas del pueblo. Salté, amarré el bote casi maquinalmente á la roca, y me encaminé á casa. Algunos vecinos encontré en el camino, los conocí perfectamente, los saludé al paso y me saludaron sin conocerme, ó cuando más como diciendo: «Me parece haber visto á este hombre, pero no recuerdo dónde ni cuándo.»

¡Ay, señora ama, V. y estos señores felizmente no saben por propia experiencia lo que padece uno cuando ha estado años enteros léjos de su familia sin saber nada de ella, y llega á la puerta de su casa preguntándose con terror si vivirán ya allí gentes extrañas y las propias estarán ya en el camposanto, y sube temblando las escaleras sin que el perro haya salido á su encuentro y suba haciéndole fiestas, ni en lo alto de la escalera asome y le sonria una cara feliz y amorosa, y siente tentaciones de volverse atras porque la miseria y la tristeza que allí va descubriendo no se parecen en nada al bienestar y la alegría que dejó, y al fin oye llorar á un niño con el desfallecimiento de la criatura de Dios enfermiza y hambrienta, y una voz doliente y débil que no conoce, le pregunta quién sube, y ve que sale á su encuentro una mujer cubierta de harapos y ya casi vieja, trayendo en los brazos un niño cubierto de harapos tambien y casi sin fuerzas para llorar, y, por último, se abraza, llorando

áun más que ellos, con aquella mujer y aquel niño que son su mujer y su hijo!.....

—Sí, pobre Chómin, comprendemos el dolor de todo eso, aunque Dios nos haya preservado de él, contestó Mari-Santa áun más conmovida que todos nosotros, que lo estábamos mucho.

—Cuando me separé de Soledad, ó mejor dicho de Soledad y mi hijo que ya empezaba á dar señales de vida en el vientre de su madre, fuí tan ciego de entendimiento, que pensaba estar de vuelta lo más tarde dentro de tres ó cuatro meses, y fuí tan perverso de corazon que ni siquiera me pasó por el pensamiento la idea de que podia volver más tarde ó no volver nunca, y condenar á la miseria y la desesperacion y la muerte á mi mujer y mi hijo, llevándome conmigo casi todo lo que poseiamos, pues á Soledad no le quedaban recursos más que para algunos meses.

¡No quiero afligir más á VV. contándoles lo que Soledad habia padecido en mi ausencia de dos años! Péru y su mujer querian que fuese á vivir con ellos en Baracaldo, pero no encontraron medio de arrancarla de la orilla del mar, porque, como si el juicio se le hubiese trastornado, queria estar siempre allí, esperándome, creyendo cada dia ó cada noche que el dia ó la noche siguiente me habia de ver volver. Si ella y su hijo no habian muerto de hambre y abandono, á Péru y su mujer se debia, pues aunque eran pobres habian partido con mi mujer y mi hijo su pobreza.

Malvendí el *La Vírgen nos valga*, cuyo antiguo nombre de *Poco es mucho* me iba ya pareciendo bueno, por-

que equivalia al refran que dice: «El que mucho abarca, poco aprieta», y cuyo nombre moderno iba ya pareciendo malo, porque la Vírgen sólo vale y debe valer al que lo merece, y con este recurso pagué las deudas que áun dejaba en la Habana, atendí un poco á mi casa y á mi mujer y mi hijo, y vivimos con algun sosiego de alma y de cuerpo algun tiempo, en que la familia se aumentó con una niña.

Yo no servia como mi hermano para manejar la laya y la azada, porque con mis aficiones á la mar y mis sueños y esperanzas de encontrar por aquel camino el oro y el moro, habia llegado á mozo casi como un señorito, pues para lo único que habia mostrado y mostraba un poco de correa y habilidad, era para hacer que hacemos en las huertas y jardines, como hago ahora en Gorostiza, donde si nada me falta, no es porque yo lo merezca, sino porque la bondad de mis amos merece una corona de gloria.....

—¡Quiere V. callar, Chómin! replicó Mari-Santa al viejo con toda la severidad que en ella cabia, y el viejo continuó:

—Hombre más incorregible que yo no ha nacido de madre, y prueba de ello es que poco á poco fueron resucitando mis amores á la mar y mis esperanzas de alcanzar de aquella fiera, si no la realizacion de aquel magnífico sueño que tuve sentado con mi mujer en las ruinas de Campánzar, á lo ménos una vejez tranquila y desahogada en medio de mi mujer y mis hijos.

La necesidad, con su cara de hereje, llamaba cada vez con más frecuencia á nuestra puerta, y me determiné á

contratarme de segundo en un buque mercante contra la opinion de mi mujer y áun la de mis hijos, que aunque los pobres casi no tenian aún uso de razon, hacian de ella mejor uso que yo, pues viendo llorar á su madre por que yo volvia á abandonar el rinconcillo de la casa y la aldea, lloraban y me suplicaban que no abandonase aquel rinconcillo.

Yendo y viniendo por esos mares del diablo, pues me repugna llamar de Dios á traidores, pasé muchos años y me vi mil veces á punto de ser devorado por la fiera.

Siempre estaba yo ansiando volver, y siempre que volvia pensaba morirme de pena al salir á mi encuentro Soledad, que con mi ausencia y mi peligro de no volver, envejecia y se acababa más en un dia que yo en un año, aunque ni á ella ni á sus hijos les faltase pan ni abrigo.

Navegábamos una mañana por el mar de las Indias, de vuelta de Filipinas, cuando mucho ántes de doblar el Cabo se alborotó la fiera, y despues de luchar con ella desesperadamente todo el dia, al cerrar la noche fué arrojado el buque contra unas rocas, donde se hizo pedazos, y por milagro de Dios no me hice yo tambien como casi todos mis compañeros.

Perdí el sentido con el trueno gordo, y cuando volví en mí, me encontré tendido sobre las rocas de un islote que la luz de la luna me permitió examinar, y me pareció enteramente desierto.

No habia hueso que me quisiera bien, pero áun así hice un esfuerzo para levantarme, lo conseguí, subí con mucho trabajo á una roca que dominaba la mar y toda

aquella parte de la isla, y dí voces llamando á mis compañeros.

Dos de ellos me respondieron con alegría, y no tardé en convencerme de que ellos y yo éramos los únicos que nos habiamos salvado. Así que amaneció recogimos algunos efectos del buque que flotaban á orilla de la mar, entre ellos algunos víveres, y en seguida nos dedicamos á recorrer la isla para averiguar lo que debiamos esperar de ella. Estaba, en efecto, desierta, aunque con señales de haber sido habitada, era bastante rica de vegetacion, habia en ella un buen manantial de agua y no faltaba allí la caza.

Construimos una choza bastante segura y cómoda para Robinsones, y nos preguntamos de qué habiamos de vivir en aquel desierto cuando se nos acabasen los pocos víveres que habiamos logrado salvar del naufragio. Felizmente, entre los efectos que habiamos recogido se contaban una escopeta y una lata de pólvora, que eran un gran tesoro en sitio donde abundaba la caza.

Como Dios nos dió á entender, pasamos allí más de un año, y al fin, uno de los muchos buques cuyo auxilio habiamos reclamado comprendió que en la isla habia hombres que le pedian auxilio, nos recogió y nos trajo á Cádiz, desde donde emprendí el camino por tierra, porque ya me causaba horror la mar.

Una noche oscura, oscura como mi alma, llegué á Santurce cuando no se sentia sér viviente en la calle ni en las casas, y me dirigí á la mia. Me paré á la puerta temblando de incertidumbre, y escuché con ánsia. ¡Dentro, todo silencio; fuera, un perro que aullaba como si

barruntára muerto, y las olas del mar que parecian dar quejidos lastimeros!

Golpeé la puerta una y otra vez, y nadie me respondió. Al fin se abrió una ventana de la casa de enfrente, donde vivia una familia que habia venido al pueblo despues de salir yo la última vez, y una mujer me dijo:

—Ahí no vive nadie.

—¿Pues dónde están los que aquí vivian?

—El marido en la tripa de los peces, la mujer y la hija en el camposanto, y el hijo en Baracaldo con sus tios.

Al oir esto, señora ama, caí al suelo casi sin sentido, y allí me estuve llorando no sé cuánto tiempo. ¿Adónde voy ahora? me pregunté con dolor más grande que el que puede uno sentir cuando un tiburon le arranca una pierna. Estuve por contestarme: á morir despedazado entre esas rocas, donde la mar da rabiosos alaridos; pero me horroricé en seguida, pensando que á Júdas se le abomina entre los condenados y á Job se le reverencia entre los santos, y tomé la subida de Cabieces.

Dos lucecitas como dos mariposas de oro que volaban en la oscuridad, llamaron mi atencion á la derecha del camino, y entónces recordé que allí estaba el camposanto, y entónces creí, con tanta fe como creemos en Dios, que aquellas lucecitas eran las almas de mi mujer y mi hija, que se alegraban y me festejaban viéndome tomar el camino de la resignacion en vez de tomar el camino de la desesperacion.

Entré en el camposanto, me arrodillé, lloré, recé, dije mil tiernas tonterías á las dos lucecitas que seguian re-

voloteando delante de mí, y luégo continué la cuesta casi completamente consolado y tranquilo.

En aquella *soledad* de Baracaldo, donde fuí recibido con los brazos abiertos, encontré á mi pobre hijo hermoso, bueno, humilde, trabajador, y soñando, no con lo que á su edad soñaba su padre, sino con lo que á su edad soñaba su tio, y allí supe cómo habia muerto su pobre madre...

—¿Cómo habia muerto?

—¡Loca, señora ama, andando de dia y de noche desde el camposanto, donde hacia algunos meses que dormia su niña, enfermiza desde que nació, porque habia mamado leche envenenada por el dolor, hasta la orilla del mar, donde gritaba y daba saltos de alegría cuando veia que un barco tomaba rumbo hácia el abra, y caia al suelo llorando sin consuelo cuando veia que el barco continuaba ria arriba sin que se destacára de él un bote con rumbo á Santurce!

En Baracaldo descansé, me consolé un poco, y áun trabajé de modo que nadie hubiera dicho al verme que toda la vida habia sido un holgazan visionario, hasta que Dios llevó por allí al señor amo á caza de *chimbos*, y viéndome trabajar en la huerta y el jardin del indiano, me propuso, en buena hora para mí, que me viniera con él á Gorostiza, y me vine despues de decirle á mi hijo, haciendo lo que el diablo que se metió á fraile despues de harto de carne:

—¡Hijo, escarmienta en cabeza de tu padre! Pase que hagas las locuras ó tonterías que se te metan en la cabeza; pero carga tú solo con sus consecuencias, y no

quieras que carguen una pobre mujer y unos inocentes niños que no tienen la culpa de que tú seas loco ó tonto. Hay un cantar que dice, y dice la verdad :

«Por más que la esperanza
mucho aproveche,
mucho más aprovechan
tortas y leche.»

Leandro, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, como los de su madre, al terminar Chómin su historia me miró con expresion de gratitud tan honda y pura, que sentí ánsia de darle un apretado abrazo.

XXI.

LA ENCINA DE LA SALVE.

El otoño suele prolongarse en Vizcaya, y particularmente en las marismas, hasta fin de año, con suave temperatura y cielo que recobra su serenidad así que pasan las lluvias equinocciales ó el cordonazo de San Francisco, como dicen los marinos, gente que, con razon, se sabe de memoria el santoral, por la razon que encontramos en la canta que dice :

«El que no sepa rezar
que vaya por esos mares,
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.»

Cuando allí comienza verdaderamente el invierno es cuando comienza el año, en que sobrevienen las tempestades, las granizadas, las lluvias y los frios, y áun así

rara vez exceden estos rigores del mes de Febrero, y rara vez excede el frio del grado de congelacion.

Francisco y yo aprovechábamos las apacibles tardes de otoño para pasear por aquellas hermosas y pobladas llanuras que sirven como de antesala á Bilbao y divide el Ibaizabal, asignando el hemiciclo de la izquierda á Abando, y el de la derecha á Deusto ó Déustua, como en lo antiguo se llamaba esta deliciosa república.

Dos cosas eran principal objeto de nuestras conversaciones: los recuerdos de nuestra infancia y nuestra aldea, y aquella familia de Gorostiza, que me era ya tan querida como á Francisco, á pesar de que hacía muy poco tiempo que la conocia y trataba.

Una tarde nos dirigimos Francisco y yo por la márgen derecha del Ibaizabal. El sol, que áun estaba alto y todavía conservaba resabios caniculares, era un poco incómodo en el trecho que media desde el límite del campo de Volantin hasta la carnicería de Deusto, no tanto porque allí no preservaban los árboles de sus rayos, como porque, reflejándose éstos vivísimamente en el agua, aumentada en aquella hora con la pleamar, herian y molestaban la vista. Al salir de las umbrías del campo de Volantin, me dijo Francisco:

—Nos sentarémos un rato bajo la encina de la Salve hasta que el sol baje un poco.

—¿Qué encina es esa? le pregunté.

—Aquella grande y frondosa que ves allí, me contestó indicándome una que se alzaba donde terminaba la arboleda, en una plazuela formada por un ángulo saliente del muelle.

En efecto, nos sentamos bajo aquella encina, cuyo ramaje cobijaba cómodos asientos de piedra, á los que servia de respaldo el pretil del muelle.

El Noroeste, que hinchaba las velas de multitud de buques que subian á Bilbao aprovechando la marea, hacía delicioso aquel sitio.

La encina que nos daba sombra llamaba mucho mi atencion. El roce de las maromas de sirga habia ido labrando profundas muescas en su durísimo tronco por el lado de la ria.

—Antigua debe ser esta encina, dije á Francisco.

—Es probable, me contestó éste, que conociese los mejores tiempos del roble de Arbieto, porque cuando en el siglo XVII construyó estos muelles de dos leguas aquel famoso consulado de Bilbao, cuya jurisdiccion alcanzaba desde Bayona á Bayona, es decir, desde Bayona de Francia á Bayona de Galicia, esta encina existia ya y era árbol lucido, puesto que entre las instrucciones que se dieron para la construccion de los *cais* ó muelles en las ibarras de Begoña, como á esta parte de la ribera se llamaba, hay una cláusula en que se ordena «conservar sin daño el encino que está cabe la canal.» Tambien se sabe que á fines del mismo siglo y principios del siguiente los marinos que subian á Bilbao, despues de correr recios temporales y peligros, de que creian haberse salvado por la intercesion de la Vírgen de Begoña, fijaban *víctores* á la Vírgen en el tronco de esta encina.

—Un verdadero *víctor* á la Vírgen parece el nombre de la Salve que se da á este sitio.

—Ciertamente lo es, y más si es cierto el orígen que se le atribuye.

—¿Qué orígen es ese?

—Era antigua y piadosa costumbre de las gentes que se dirigian á la villa ó á visitar el santuario de Begoña, detenerse aquí para rezar una salve á la Vírgen, porque al llegar aquí descubrian el santuario tan de frente y tan de cerca que se creian poco ménos que á su sombra, y esta costumbre persevera aún, particularmente en las gentes aldeanas. Una anécdota que se cuenta á propósito de esto prueba lo generalizada que estaba áun en tiempos no lejanos esta piadosa costumbre. Un forastero que la ignoraba vino á Bilbao á fines del último siglo y pidió el caballo á un amigo suyo para hacer un viaje de ida y vuelta á alguna de las aldeas de la banda derecha de la ria. Volvia de su viaje satisfechísimo del caballo, cuando al llegar aquí se paró el animal, y por más que le arrimó la espuela no pudo conseguir que siguiera adelante. Creyendo que el caballo se habia detenido por venir cansado, cesó de espolearle y algunos instantes despues sin necesidad de voz ni de espuela echó el caballo á andar. Preguntó el bilbaíno al forastero que tal se habia portado la cabalgadura, y como le contase lo que aquí le habia sucedido con ella, le dijo que no lo extrañaba porque el caballo, como todos los de la villa, estaba acostumbrado á detenerse en la Salve el tiempo necesario para que el jinete enviase á la Vírgen la salutacion angélica.

Estos y otros recuerdos de la Salve y de la secular encina amada y respetada de los cónsules bilbaínos, deben

completarse con una carta, á la vez triste y consoladara, que he recibido de Bilbao al empezar á escribir este libro, que por más que intente reflejar la paz y la dicha de ayer, no puede ménos de reflejar de vez en cuando la perturbacion y el infortunio de hoy. Díceme mi querido amigo y colega Sabino de Goicoechea, el discreto y sentido autor de aquel hermoso y modesto libro titulado *Ellos y nosotros* inspirado en las desventuras de otra guerra civil no ménos sangrienta y desoladora que la presente:

«Tengo que dar á V. una noticia que le entristecerá no poco, amante como es de los árboles, y sobre todo de los árboles históricos. La secular encina de la Salve ha sido derribada por los carlistas. Si me pregunta V. por qué se ha destruido este árbol de los recuerdos bilbaínos, le diré que lo ignoro, pues no basta á explicarlo la sospecha de que puede haber sido con objeto de que cayese á la ria y embarazase la navegacion. Faustino y yo (1) lo hemos sabido con verdadero desconsuelo, y para mitigar éste algun tanto, hemos hecho lo único que podiamos hacer, que es adquirir aquel venerando tronco para conservarle y en tiempo ménos desventurado que éste mandar labrar una imágen de la Vírgen y colocarla en una capillita erigida en la Salve misma, con el triple objeto de perpetuar el recuerdo del árbol histórico, de glorificar á la Vírgen y de atestiguar públicamente nuestra gratitud y la del pueblo bilbaíno por el favor que hemos recibido de la madre de Dios durante este horrible dilu-

(1) Don Faustino de Zugasti cuyo amor á los árboles histórico-seculares hice notar al hablar del de Arbieto.

vio de hierro, plomo y fuego que sobre nosotros han lanzado nuestros propios hermanos. Creemos que todos los bilbíanos se asociarán con entusiasmo á nuestra idea tributando fervoroso culto á la *Vírgen de la Salve.* »

¡Con razon he calificado esta carta de triste y consoladora: si entristece la barbarie y la indiferencia de los que derriban el monumento de los recuerdos, consuela la cultura y la fe de los que se proponen restaurarle y embellecerle!

XXII.

LOS CANTOS INFANTILES.

El sol iba ya descendiendo sobre el lejano valle de Somorrostro y sus rayos no reverberaban ya en las saladas ondas que movieron á cantar á un *coblari* de las orillas del Ibaizabal:

Dos veces al dia sube
por Olabeaga la mar
á echar á las bilbaínas
dos puñaditos de sal.

Francisco y yo continuamos hácia Deusto y poco á poco dimos vista á la plaza de la anteiglesia que solia ser el límite de nuestro paseo por aquella parte. La casa consistorial y las escuelas están al Mediodía de la plaza y la iglesia al Norte. Una porcion de niñas que acababan de salir de la escuela estaban cantando y jugando á la rueda delante de la casa consistorial. Estos cantos infantiles me han enamorado siempre mucho. Tanto por esto, co-

mo por ver si podia sustituir en Madrid las majaderías y áun obscenidades que las niñeras ponen en boca de los ángeles cuya salvaguardia se les ha confiado, he compuesto muchos cantos infantiles que áun cuando no enseñasen, no corrompiesen; pero me he tomado un trabajo inútil porque algunas niñas que los han aprendido y han querido enseñárselos á sus compañeras y cantarlos, han tenido que desistir de su propósito ante la autoridad literaria de las niñeras que ha declarado muy superior á ellos, por ejemplo, aquel que empieza:

«Me casó mi madre
chiquita y bonita
con un muchachito
que yo no quería.»

y continúa narrando una serie de aventuras matrimoniales en que la querida desempeña el papel de juez, el marido el de verdugo y la esposa el de víctima.

Temeroso de que las niñas suspendieran sus cantares al acercarse á ellas un señor cura, y me privasen de la delicia que encontraba en oirlos, rogué á Francisco que en vez de atravesar la plaza fuésemos á sentarnos en el pórtico de la iglesia, desde donde las veriamos y oiriamos casi sin que ellas nos vieran, y así lo hicimos.

Terminaban las niñas un canto muy tierno y hermoso cuyo principio no habíamos oido, y yo esperaba con suma curiosidad el que le siguiese.

No tuve que esperar mucho, pues casi inmediatamente empezaron otro, cuyo tono era el de aquel que comienza:

«Á la cinta, cinta de oro.....»

y cuyo texto era este:

« Á la quinta, quinta hermosa
de una señora de bien
llega un lindo caballero
corriendo á todo correr.
Como el oro es su cabello,
como la nieve su tez,
como luceros sus ojos
y su voz como la miel.
—Que Dios os guarde, señora.
—Caballero, á vos tambien.
—Dadme un vasito de agua,
que vengo muerto de sed.
—Fresquita como la nieve,
caballero, os la daré,
que mis hijas la cogieron
á poco de amanecer.
—¿Son hermosas vuestras hijas?
—Como el sol de Dios las tres.
—¿Dónde están que no las veo?
—Cada cual en su quehacer,
que así deben estar siempre
las mujercitas de bien.
—Decidme cómo se llaman.
—La mayor se llama Ines,
la mediana Dorotea
y la pequeña Isabel.
—Decid á todas que salgan,
que las quiero conocer.
—La mediana y la pequeña
á la vista las teneis,
que por veros han dejado
de planchar y de coser.
La mayor, coloradita
se pone cuando la ven,
y se está en su cuarto cose
que cose y vuelta á coser.
—Lindas son las dos que veo,
lindas son como el clavel,
pero debe ser más linda

la que no se deja ver.
Que Dios os guarde, señora.
— Caballero, á vos tambien.»
Ya se marcha el caballero
corriendo á todo correr
y á todo correr se marchan
tres corazones tras él,
que Ines sin querer le ha visto
y le ha oido sin querer.
A la quinta, quinta hermosa
de la señora de bien,
llegan siete caballeros
siete semanas despues.
— Señora, buena señora,
somos criados del rey,
que hoy hace siete semanas
vino aquí muerto de sed.
Tres hijas como tres rosas
nos han dicho que teneis;
venga, venga con nosotros
esa que se llama Ines,
esa que coloradita
se pone cuando la ven
y se está en su cuarto cose
que cose y vuelta á coser,
que en los palacios reales
va á casarse con el rey.»

Este canto infantil, que sin carecer de la sencillez de forma y la pureza de fondo que no deben faltar nunca en los cantos infantiles, tenía el sabor literario de nuestra poesía popular antigua; este canto nos produjo un efecto maravilloso, entonado por aquel coro de inocentes niñas aldeanas, que hasta en la frescura de su voz se diferencian de las que se crian en las grandes poblaciones sin aspirar el ambiente sano y vivificador de los campos.

Dispersáronse las niñas, y en diferentes grupos se dirigieron á las diferentes barriadas de la ante-iglesia. El grupo que se dirigia á Goyérri, que, como este nombre indica, es la poblacion alta, pasó por junto al pórtico, y viendo á un señor cura, corrió á besarle la mano.

—¿Quién os ha enseñado ese cantar que habeis cantado el último? les pregunté.

—Nos le ha enseñado, me contestaron, Rosita la de Aurrecoechea, que sabe muchos.

—¿Y quién se los ha enseñado á Rosita?

—Eso le hemos preguntado nosotras, y nos ha dicho que tiene un pajarito que se los enseña.

Francisco y yo nos echamos á reir, sin poderlo remediar, adivinando el pájaro que cantaba al oido de Rosita, y temerosos de que las niñas se resintieran de nuestra risa, creyendo que era á su costa, pues se ponian sonrosaditas al vernos reir, nos apresuramos á tranquilizarlas, dándoles cuartos para que compráran fruta á una mujer que la vendia al pié de un roble cercano, hácia donde echaron á correr dando gritos de alegría.

XXIII.

DESDE EL PÓRTICO Á LAS RUINAS.

—¿Sabes, querido Francisco, dije sonriendo, que es una picardía la indiferencia con que miras mi gloria literaria?

—¿Cómo que la miro con indiferencia?

—Sí; pues siendo tú el primero que ha encontrado

asunto para un buen libro desde Gorostiza á Aurrecoechea, y me ha aconsejado que vaya estudiándole, y le escriba, no me has puesto aún en relaciones con los de Aurrecoechea.

— Es verdad, pero léjos de ser eso indiferencia por tu gloria, es confianza en tu suficiencia para alcanzarla. Yo creia que vosotros los poetas y novelistas, que cuando se trata de otros teneis inventiva y recursos para enriquecer al más pobre, redimir al más cautivo, y hasta resucitar al más muerto, cuando se tratára de vosotros, no seríais tan pobres de recursos é inventiva como el hombre más vulgar.

— Pues lo somos, amigo Francisco; cuando se trata de nosotros no sabemos ahuyentar la pobreza ni romper las cadenas, ni dar un puntapié á la muerte. Nos sucede algo parecido á lo que dicen las *adivinadoras* que les sucede á ellas. ¿Recuerdas á aquella Mari-Anton, algo parienta mia, que solia ir por Santa Gadea, y nos divertia tanto por lo alegre, cantarina y dicharachera?

— Sí que la recuerdo, é ignoro que ha sido de ella.

— Vive aún, y se gana la vida *adivinando.*

— ¿Qué adivina?

— Todo lo que interesa á otros, nada de lo que le interesa á ella. Como supondrás, no dejé ántes de venir á Bilbao de dar una vuelta por Balmaseda, que tantos recuerdos de la niñez tiene para nosotros.

— Es verdad que allá nos escapábamos en cuanto teniamos cuatro cuartos, yo para gastarlos en una onza de cerilla, y tú para gastarlos en un par de coplas de ciego.

— Pues allí me encontré con Mari-Anton, que ya me habian dicho que vivia allí y se habia metido á adivinadora, oficio socorrido en una comarca donde no hay más que ella que le ejerza y donde hay tantas madres crédulas, sencillas y amorosas, que están siempre suspirando por saber del hijo que tienen en América. Mari-Anton vive principalmente de los dos reales ó la peseta que le da cada madre, despues que en su presencia ha *echado las cartas*, pronunciando ciertas misteriosas palabras, y ha concluido por decirle: «*El* tu hijo está bueno y pensando siempre en una mujer de por acá.» (A la pobre madre se le humedecen los ojos, dando por supuesto que la mujer en quien piensa su hijo es ella.) «Va á emprender un gran negocio, y si le sale bien, va á venir *millonero*.» (La pobre madre levanta al cielo los ojos más húmedos aún, y junta las manos pidiendo á Dios que ayude á su pobre hijo para que le salga bien el negocio que va á emprender.) «Y por último, sabrás que *el* tu hijo, como es tan guapo, ha tenido proporcion de casarse con una señorita de América, muy guapa, muy rica, muy enamorada de él, y la ha despreciado, porque teniendo allí mujer y familia, ya no podria volver á España, hacer en su aldea un palacio, casarse allí, vivir allí con los suyos y ser enterrado donde le bautizaron.» (A la pobre madre la ciegan las lágrimas de alegría, y siente ánsia de volver á la aldea para ir á la iglesia á dar gracias á la Vírgen de los Dolores por lo guapo y lo bueno que ha salido su pobre hijo.)

— Estos poetas, exclamó Francisco sonriendo y pasándose con disimulo la mano por los ojos, son el de-

montre para arrancar lágrimas de ternura y alegría.

—En la vida pública, sí; en la vida privada, no tanto.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— ¡Que en la vida privada somos tan pobres de inventiva y recursos, que solemos arrancarlas de dolor en vez de arrancarlas de alegría y ternura! Pero volvamos á Mari-Anton. Mari-Anton tiene tambien en América un hijo que no se cuida mucho de escribir á su madre, sin duda sabiendo que como mujer no es muy digna de su cariño, é ignorando que como madre lo es tanto como la mejor, y cuando supo que yo estaba en Palmaseda, fué á verme, y llorando al contarme que hacía mucho tiempo no sabía nada de su hijo, me suplicó que valiéndome de mis muchas relaciones en América hiciese por averiguar lo que habia sido de él. Prometíle complacerla, y la pregunté:

— Pero diga V., Mari-Anton, ¿cómo no sabe V. lo que le pasa á su hijo sabiendo lo que les pasa á los de todas las demas madres? Y me contestó sonriendo tristemente: — «Es que las adivinadoras no tenemos virtud ninguna para adivinar lo nuestro.» Querido Francisco, á nosotros los poetas y novelistas nos sucede algo parecido á lo de las adivinadoras: como tú has dicho, y yo he confirmado, nosotros que, cuando se trata de extraños, tenemos inventiva y recurso para enriquecer al más pobre, redimir al más cautivo y hasta resucitar al más muerto, cuando se trata de nosotros no tenemos recurso ni inventiva para ahuyentar la pobreza, ni romper las cadenas, ni dar un puntapié á la muerte. Verdaderamente asombra que haya novelistas y dramaturgos, cuyo

ingenio en el libro y la escena haya encontrado remedio para todo, y en su casa no le haya encontrado para aliviar un poco las dolencias, el hambre y la intranquilidad de espíritu!

—¿Y en qué consiste eso?

—No lo sé á punto fijo, pero sospecho que consista en que Dios ha querido que siquiera en esto se diferencie el ingenio humano del suyo.

—Sólo así comprendo que para conocer y tratar á la gente de Aurrecoechea no te haya ocurrido más medio que el de ser presentado por mí á ella cuando tenías el áun más eficaz de ser presentado por la gente de Gorostiza.

—Es la pura verdad.

—Pues ya que hemos descansado aquí, Aurrecoechea no está léjos, es deliciosa esta hora en que el sol se está desnudando detras de San Pedro y Santa Juliana de Abanto para acostarse, y la luna llena, vestida de oro y de grana, saldrá de detras del Gangúren así que el sol se haya acostado, vamos á tomar las escaleras de Capuchinos.

—Vamos.

Y echamos á andar.

La república ó anteiglesia de Deusto tiene por la banda del Sur el Ibaizabal, cuya márgen derecha ocupa la populosa y linda barriada de Olabeaga, y por la del Norte la domina el extremo occidental de la cordillera de Archanda, que allí toma el nombre de Bérriz y Banderas. El caserío, que es numeroso y lucido, sube hasta la cumbre del monte, si bien conforme va subiendo va

disminuyendo en número y en riqueza. El de la parte baja se designa con el nombre general de Becoerri, y el de la alta con el de Goyerri, nombres que, como casi todos los vascongados, son tópicos, pues significan poblacion baja y poblacion alta. La *plaza*, como se llama en el país al barrio en que están la parroquia, la casa consistorial y las escuelas, corresponde ya al pié de la montaña. Á mitad de la altura de ésta, y encima de la iglesia de San Pedro, hace la vertiente un ancho escalon, que sirve de asiento á várias caserías, y lo sirvió tambien á un convento de frailes capuchinos, cuyas ruinas se descubren aún.

Este convento, cuyas paredes se conservaban casi enteras hace pocos años, tiene una historia muy curiosa, que yo averigüé y conté en alguno de los periódicos bilbaínos, en aquellos felices tiempos en que podia uno suscribir en ellos un artículo literario sin temor de que se le afiliára tontamente en determinado partido político, como despues dieron en hacer ciertos caballeros particulares, áun sin aquel pretexto. La sumarísima historia de aquellas ruinas es ésta: En el siglo XVI era dueño un matrimonio sin hijos de una excelente casa con huerta, heredades y viñas en Aurrecoechea, y en su testamento legó estos bienes á los franciscanos menores, para que fundasen allí convento y atendiesen al bien espiritual de los moradores de la república. Las comunidades religiosas de Bilbao y sus cercanías se opusieron á esta fundacion, por la razon consabida de «éramos pocos y parió mi abuela.» La oposicion duró un siglo, en cuyo tiempo los capuchinos lucharon como leones

con sus adversarios, pero con poco fruto hasta que tomando el negocio por su cuenta un piadoso, docto y travieso religioso llamado el padre Tolosa, le puso en estado algo satisfactorio. Una mañanita, al rayar el alba, sonó una campanita en Aurrecoechea, como llamando á misa. Los deustuanos empezaron á hacerse cruces al oirla, y subiendo á Aurrecoechea á ver qué era aquello, se encontraron con que el padre Tolosa de la noche para la mañana habia arreglado en la casa una capilla con su campana y todo, y él y otros cuatro capuchinos se habian instalado allí en forma de comunidad. Como dicen que al que madruga Dios le ayuda, Dios ayudó al padre Tolosa que habia madrugado, y ya no hubo Dios que sacase de allí ni á él ni á sus compañeros, que fueron multiplicándose y convirtiendo la casería en un verdadero convento, con hermosa iglesia, á cuya torre era delicia subir por las encantadoras vistas que tenía. La comunidad siguió prosperando, contribuyendo no poco á ello las limosnas que le dejaban los bilbaínos, que como en romería perpétua iban á Capuchinos á almorzar ó merendar unas tortillas, para cuya preparacion Dios habia dado gracia especial al cocinero del convento. Una de las buenas obras que los capuchinos emprendieron y llevaron felizmente á cabo fué una gran escalinata para subir desde San Pedro á Aurrecoechea, escalinata que amenizaban en cada *torno* cómodos asientos entoldados de fresco y aromático follaje, á cuya sombra siempre se encontraba en el buen tiempo á los padres capuchinos leyendo, rezando ó conversando, honestamente por supuesto, con los devotos ó devotas

que iban á visitarlos. La piadosa peregrinacion era tal, que los frailes de San Mamés, que tenian su convento frente de Aurrecoechea, al otro lado del Ibaizabal, á pesar de su mucha santidad, más de una vez fueron vencidos por el enemigo malo, que se desvivia por introducir en su alma la envidia, y exclamaron mirando airadamente hácia San Pedro de Deusto: — «¡Jesus, qué diablo de escalera! ¡Siempre está negra de gente que baja ó sube, como la del infierno de gente que baja!» Vino la guerra civil de los siete años, y ocupado el convento por tirios ó troyanos, los capuchinos consintieron vivir en los camarotes ántes de abandonar lo que tanto les habia costado. Aun de allí los echaron, y todo concluyó prendiendo fuego los carlistas al convento y la iglesia, para que los isabelinos no volvieran á fortificarse allí.

Contándome Francisco (que tenía, cuando ménos, nociones de todo) esta curiosa historia, subimos las ya tristes y abandonadas escaleras de Capuchinos.

XXIV.

MARI-ROSA.

Cuando subimos á la planicie, nos detuvimos á contemplar la llanura de Deusto, que aunque no grande, es preciosa en todos conceptos. Hace poco más de dos siglos aquella llanura era infructífera y áun malsana junquera adonde penetraban las aguas del mar, particularmente en las mareas vivas. Con la construccion de

los muelles y otras obras se la sanó, y hoy aquel terreno, cuya mayor extension no llega á una legua, produce á sus dueños y cultivadores más que otros del interior de España de veinte ó treinta leguas y no de los de peor calidad. Destinado casi todo él á huertas y jardines, admirablemente cultivado, abundante de árboles frutales y salpicado de casas de labranza y de recreo, mirado desde la altura parece jardin amenísimo del que cuesta trabajo separar la vista.

Los viñedos, cuya exposicion al Mediodía y buen cultivo benefician mucho sus productos, comienzan donde comienza á elevarse el terreno, y no terminan hasta la cima de la montaña, como que casi tocando con el ya histórico y célebre pináculo de Banderas, hay, en terreno casi vertical, una viña tan grande y fértil, que un año, cuando estaba en toda su lleva, dió dos mil cántaras de chacolí blanco superior, cuya mayor parte se exportó á América embotellado y se vendió con mucha estimacion.

En las huertas de las casas arrimadas á la montaña andaban, hablaban, reian y loqueaban hombres, mujeres y niños.

— Lo que es el señor cura, creo que es D. Francisco, dijo una voz que nos pareció la de Leandro.

— Véte á ver si lo es, le contestó una voz de mujer, que Francisco conoció, y en ese caso dile si se nos van á escapar sin venir por acá él y el caballero que le acompaña.

Inmediatamente vimos á un jóven atravesar la huerta, saltar la tapia y dirigirse hácia nosotros.

En efecto, aquel jóven era Leandro, que nos dijo despues de saludarnos:

— Mi tia Mari-Rosa dice que tendrá un gran sentimiento si VV. no dan algunos pasos más para probar el chocolate de su despensa, que es bueno, el agua de Goyerri, que es fresca y clara, y la fruta de su huerta, que es exquisita.

— Estos señores poetas, contestó Francisco echándose á reir benévolamente, todo lo han de embellecer, por no decir falsificar.

— Señor D. Francisco, replicó Leandro con alguna timidez, me parece que ha hecho V. bien en decir embellecer y no falsificar: y si no, apelo á la opinion de D. Antonio.

— Tiene razon Leandro; el poeta embellece y no falsifica: el que falsifica no es poeta ni cosa que se le parezca. Leandro, que lo es, no ha hecho más que adornar y dar fuerza de expresion á las palabras de su tia, que la brisa del Noroeste habia traido hasta nosotros, y embellecerlas sin desnaturalizar la intencion y el carácter de la que las habia pronunciado.

— Eso es verdad, dijo Francisco, y tambien lo es que yo hago muy mal en entablar pleitos contra abogados como vosotros. Los poetas son los artistas de la palabra.....

— Y del pensamiento.

— Eso iba yo á añadir. Pero dejémonos de discusiones, que va siendo tarde, y doña Mari-Rosa no es una suave matita de albahaca como doña Mari-Santa.

Echamos á andar, y como yo dirigiese la atencion á

aquella casa adonde habia dirigido el anteojo desde el balcon de Leandro, éste me miró sonriéndose con algun ruborcillo.

La casa en cuestion estaba más arriba de la de Mari-Rosa. Á un lado de la ventana donde yo habia sorprendido una carita sonrosada tras unos anteojos gemelos, habia un hermoso tiesto de albahaca, cuya mata no era completamente redonda, porque por un costado le habian tirado algunos repelones. Reparando en esto despues de haber visto que Leandro llevaba en el ojal de la solapa de la levita un ramito de albahaca fresca colocado con mucho mimo, volví á sonreirme, pensando en las inocentes delicias que encontramos en la adolescencia en un sencillo clavel ó un ramito de albahaca, recibido de una mano amada, y quizá besado de unos labios que nos sonrien siempre amorosamente, y acaso besan á su vez, cuando nadie lo ve, la flor ó el ramito con que hemos correspondido á aquella fineza.

Doña Mari-Rosa, una jovencita como de diez y seis años y unos niños salieron á nuestro encuentro á la portalada de la casa donde habia várias cubas recien desocupadas, de las que se exhalaba el aroma especial del mosto y el un tanto acre del tanino que se adhiere al interior de las cubas de vino nuevo. Aroma muy parecido á éste venía del interior de la casa.

Las gentes de muchas comarcas del interior de España apénas comprenderán cómo en las aldeas se pueden encontrar, no ya residiendo allí provisionalmente, si no con residencia fija, familias finas, familias de las que llamamos decentes, familias de las que no se dedican al

trabajo material, y es porque en gran parte del interior de España tales familias sólo viven en las grandes poblaciones, y en las pequeñas sólo se encuentra gente rústica, aparte del cura, el médico ó cirujano y el maestro de escuela, funcionarios, particularmente estos dos últimos, que no en todos los pueblos hay y que, al ménos en lo exterior, no exceden mucho en finura al resto del vecindario. En el litoral cantábrico, y particularmente en las provincias del Este, no sucede esto, pues en todas las aldeas tienen casa y residencia fija familias decentes, cuya educacion y traje no se diferencian de los de la gente fina de las ciudades y villas populosas. Bajando conmigo á las Encartaciones un artesano burgalés que sólo conocia los pueblos de aquella parte de Castilla la Vieja, vió que se dirigia á la romería de San Miguel de Zalla una cabalgata de mas de veinte señoras y caballeros, unas y otros vestidos con mucha elegancia y gusto. —¿Qué pueblo grande y rico hay por aquí? me preguntó el burgalés. — Ninguno, le contesté. —¿Pues de dónde es todo ese señorío? — De una de las aldeas inmediatas.» El burgalés se encogió de hombros como diciendo: «no lo entiendo.»

Yo creo que es un bien el que tengan residencia fija en los pueblos esencialmente rurales familias finas, porque su trato cultiva y suaviza el entendimiento y las costumbres de la gente rústica. Por desdicha y por causas que sería prolijo explicar, cada vez es mayor la tendencia á centralizarse en los pueblos grandes la poblacion culta y acomodada de los pequeños.

Doña Mari-Rosa, físicamente considerada, en nada se

parecia á su hermana: era algo más jóven que ésta, era rubia, sonrosada y hermosa, y su traje y compostura general no tenían la sencillez del traje y compostura de doña Mari-Santa, aunque sí mayores pretensiones de riqueza y elegancia. Hay personas que agradan como si fueran hermosas, y las hay hermosas que desagradan como si fueran feas. En este caso se hallaban Mari-Santa y Mari-Rosa. Así como D. Juan el de Gorostiza me habia preguntado, ó cuando ménos habia querido preguntarme: «¿No le parece á V. hermosa esta fea que Dios me ha dado por mujer?» D. Pedro el de Aurrecoechea podia preguntarme: «¿No le parece á V. fea esta hermosa que por mujer me ha dado Dios?»

Saludámonos, y Leandro dijo á su tia y la jovencita quién era yo, en el concepto de que ya les habia hablado mucho de mí.

La jovencita se puso colorada y bajó los ojos, lo que inmediatamente confirmó mi sospecha de que fuese la musa de Leandro, y la sospecha tuvo plena confirmacion cuando la oí llamar madrina á doña Mari-Rosa.

—Temí, nos dijo ésta con la irónica sonrisa que le era habitual, que se nos escapáran VV. sin llegar hasta acá á pesar de que estaban tan cerca.

—Tan no pensábamos en tal cosa, contestó Francisco, que sin más objeto que el de saludar á VV. habiamos subido á Aurrecoechea.

—No debemos extrañar los de Aurrecoechea que para nosotros se vendan VV. más caros que para los de Gorostiza, pues la venida á aquí es cuesta arriba y la ida á allí es cuesta abajo, ó cuando ménos llana.

—Pues á mí, dijo Leandro candorosamente, no me fatiga la cuesta de Aurrecoechea porque subo pensando en lo que voy á gozar en llegando á arriba.....

—Con las hermosas vistas que arriba encuentras, añadió interrumpiéndole su tia maliciosa y placenteramente, poniendo la mano en el hombro de Rosita.

Rosita no comprendió lo que su madrina queria decir, pero sí lo comprendimos nosotros, y hasta el mismo Leandro que se rió de su propia sencillez y la malicia de su tia.

Un entierro que bajaba de Berriz asomó en aquel instante por el *torno* ó revuelta que hace el camino ántes de llegar á la fuente que está en una cañadita un poco más arriba de Aurrecoechea.

Acompañaban al féretro el clero de Deusto y gran número de vecinos de ambos sexos de las caserías esparcidas por aquellas laderas, y áun de las de Becoerri.

Todos guardamos silencio, inclusos los chicos que andaban por allí corriendo y alborotando, y Francisco rezó un responso en que le acompañamos todos.

XXV.

ROSITA.

Cuando hubo pasado el entierro, D. Pedro que en compañía de un criado *enviudado* como él, habia salido á la puerta al oir el canto fúnebre de los sacerdotes, vino á saludarnos. Ya, como es de suponer, habiamos preguntado por él á la señora que nos habia contestado :

—Por ahí adentro anda haciendo trasiegos de chacolí y aburrido como siempre con tantas ocupaciones como tiene y se empeña en tener, por más que yo le predico.

—Dispénsenme VV., se apresuró á decirnos, en primer lugar que me presente á VV. hecho un Adan con este traje y estas manos y este todo, en segundo, que no haya salido ántes á saludarlos, y en tercero que no los acompañe.

—Está V dispensado, D. Pedro.

—Les aseguro á VV. que casi casi le tengo envidia á ese pobre que llevan por ahí abajo, porque ése ya ha encontrado el descanso.

—Y tú tambiem le encontrarás como él, dijo Mari-Rosa, cuya ironía no perdonaba á nadie.

—Eso es lo que quisieras tú para quedar muy libre y muy ancha; pero no estoy por darte gusto en eso. Diez años te llevo y esta aperreada vida que no le da á uno tiempo siquiera para rascarse, me ha quitado lo ménos otros diez, pero poco he de poder ó he de oir cantarte el *gori-gori*.

—Don Pedro, dijo Francisco para ver de dar giro ménos tonto á la conversacion, ese género de cálculos es muy aventurado. ¿Con que tan ocupado anda V.?

—¡Calle V., señor D. Francisco, si esto no es vivir! ¡Sobre todo, la pícara fábrica me quita la vida!

—Eso quiere decir que abundan los pedidos.

—¿Y qué importa que abunden, si la fábrica, el escritorio, las viñas, la cubera, los inquilinos, los operarios, los criados, la mujer, los chicos y otras mil demoniu-

ras le tienen á uno convertido en más esclavo que los de Guinea.

—Diga V., señor D. Francisco, que es esclavo porque le da la gana, pues con dejar la fábrica y los negocios y retirarse á buen vivir, pudiera quedar tan descansado como ese que va por ahí abajo.

—Eso es, vosotras las mujeres lo componeis todo muy fácilmente, pero la compostura es peor que la rotura. Yo no sé si V., D. Antonio, es casado, pero si no lo es, á usted y á Leandro les aconsejo que no se casen porque las mujeres son la mayor calamidad.

—Tio, dijo Leandro, D. Antonio participa á medias de la opinion de V., pues ha dicho:

«Los hombres y las mujeres
disputan muy á menudo
sobre cuál de los dos sexos
es en maldad más fecundo.
¡Válgame Dios que manía
de desperdiciar discursos!
Los hombres y las mujeres
son la gente peor del mundo.»

Esta cita de Leandro, que no por su chiste si no por su verdad, tuvo la suerte de hacer reir hasta á D. Pedro, puso término á aquella frívola conversacion. Don Pedro se fué á continuar sus faenas, y doña Mari-Rosa se apresuró á hacernos pasar á la huerta, sin duda temerosa de que volviera á salir su marido á aburrirnos con otra jeremiada sobre sus abrumadoras ocupaciones.

La casa tenía exteriormente una escalerilla cubierta de enredaderas que daba salida á la huerta desde el comedor; más allá de la escalerilla, arrimado á la pared de la

casa, habia un frondoso naranjo que conservaba aún abundante y hermoso fruto; al pié de la escalerilla y el naranjo se extendia un jardinillo y entre el jardin y la linde propiamente de la huerta se alzaba un bosquecillo de frutales, á cuyo pié habia una mesa de madera pintada, con sillas rústicas alrededor.

—Ea, dijo doña Mari-Rosa guiándonos hácia la mesa, descansen VV. de la cuesta, que de seguro les ha parecido más fatigosa que á mi sobrino, y escojan entre una jícara de chocolate y un vaso de leche ó agua fresca, ó una jarra de chacolí añejo rojo ó blanco, y unas magras con tomate.

—Entre esos dos excelentes obsequios, dijo Francisco que conocia mis gustos y hábitos manducatorios, escogemos Antonio y yo una de esas naranjas que amarillean bajo las ventanas, y uno de esos claveles de onza que sonrosean al pié de los naranjos, sin darse por entendidos de que ha pasado su estacion.

Trabajo nos costó convencer á Mari-Rosa de que era sincera nuestra eleccion, pero al fin se conformó con ella permitiéndose sólo aumentar hasta lo abrumador el obsequio de fruta y flores.

Un numeroso grupo de gente vestida de negro asomó por el trasmonte de la cuesta.

Como llamase mi atencion, pues ya no me acordaba de la mucha que habia bajado acompañando al muerto,

—Son los que vienen del entierro de Mánu, me dijo Mari-Rosa.

—¿Sería el difunto persona acomodada cuando tanta gente le ha acompañado al camposanto?

— No, señor, era un jornalero cargado de familia.

—¡La pobre de su mujer, dijo Rosita con tristeza, queda con cinco hijos, el menor *en mantos*, y el mayor de diez años, y estoy segura de que mañana no tendria qué darles de almorzar sino por las vecinas!

Á Rosita se le saltaron las lágrimas al decir esto.

— Esta mañana, continuó, *amá* y yo hemos subido á verla, y hemos bajado tan compadecidas de ella, que vamos á ver si esta noche conseguimos *del* padre que nos deje traer á casa siquiera á Martin, uno de los chicos, ¡que son todos tan monos!

Como Rosita me interesaba tanto, y apénas la habia oido hablar hasta entónces, la escuché con más atencion por conocerla á ella que por conocer las circunstancias de la familia del muerto. Habrá quien me diga: «¿Y no encontraria V. su elocuencia muy digna de una musa, y de una musa inspiradora de un poeta tan sentido, entusiasta é ingénuo como nos ha pintado á Leandro?»— Pues sí, señor, que la encontré. Una aldeanita, hija de un labrador, acomodado sí, pero acostumbrado á manejar la laya en sus heredades, ó la azada y la podadera en sus viñas, como uno de sus criados y jornaleros, y más habituada á expresarse en vascuence que en castellano, nada tiene de extraño que cuando habla esta última lengua llame á su madre *amá* y use alguna otra locucion poco castellana. La palabra vascongada *amá*, que equivale á madre, y de donde viene el nombre de *ama* que en Castilla se da á la nodriza, es nombre tan dulce y tan grato para los vascongados, que ni áun cuando hablan el castellano se resignan á sustituirle con el de madre, co-

mo les sucede á los castellanos de la clase alta y media con el de *mamá*, que, siendo un nombre esencialmente pueril, le conservan en la edad adulta. Leandro y sus padres debian pensar con muchísima razon: « Una buena esposa y madre de familia, para serlo no necesita poseer el idioma y la sabiduría de las academias. Con que tenga buen corazon y buen entendimiento, haya recibido toda la modesta educacion que se puede recibir en una aldea, y éntre en el trato habitual de personas decentes, será una excelente señora que pueda alternar con las gentes de la clase media, y áun de la alta, sin avergonzarse ni avergonzar á su marido y sus hijos.»

— Esta, dijo Mari-Rosa, parece cortada por la misma tijera que la llorona de mi hermana.

— Señora, contestó Francisco, sus lágrimas, cuando son tan justificadas como en esta ocasion, la honran muchísimo.

— Quite V. de ahí, D. Francisco, que me dan rabia las gentes lloronas. Ponerse la venda por las descalabraduras propias, santo y muy bueno; pero ponérsela por las descalabraduras ajenas, como hace Mari-Santa con aplauso de su maridazo y sus hijos, es estar siempre hecha un emplasto. En hora buena que una no se alegre del mal ajeno, y si buenamente le puede remediar, le remedie; pero llorar hasta el dolor de muelas del vecino y tener el bolsillo abierto para todo el que tiene vacío el suyo, eso me parece muy tonto.

— Pues, señora, replicó Francisco, á mí que entiendo y debo entender un poco de moral cristiana, me parece eso muy santo. Hasta suelo reconvenir á doña Mari-San-

ta por su propension á llorar y procurar aliviar el mal del prójimo, temeroso de que extreme tan santa propension hasta el punto de poner en peligro su vida y sus intereses, á que en primer lugar tienen derecho su marido y sus hijos; pero no deja de costarme trabajo, y hasta algun remordimiento, el reconvenirla, porque no sé si será peor que yo entibie su caridad, que no que ella la exagere.

— Ya verá la tonta de mi hermana el fruto que saca de su sensiblería y despilfarro.

— Señora, le sacará, y muy grande.

— En el cielo.

— En el cielo y en la tierra.

— En el cielo puede que sí, aunque yo dudo que Dios guste de la tontería; pero en la tierra no. ¡Ay, señor don Francisco, V., como es tan bueno, cree que el mundo está lleno de ángeles!

— No puede creer tal cosa el sacerdote que está acostumbrado á que los que viven en el mundo le muestren hasta el fondo de su conciencia.

— ¡Cuánta ingratitud verá V. en ese fondo!

— El que haya ingratos no es razon para que no haya benéficos.

— ¡Pues no lo ha de ser! Yo tuve algun tiempo algo de la sensiblería de mi hermana, porque al fin, como ella tengo sangre de mi madre, que era el vivo retrato de Mari-Santa, ¿y sabe V. con qué me pagaron los beneficios? Con ingratitudes. Así es que dejé de ser tonta, y cuando me dan tentaciones de hacer el bien compadeciendo ó socorriendo, digo: ¡para lo que se lo han de

agradecer á una! y me guardo mis lágrimas y mi dinero.

— Pues hace V. muy mal en eso, doña Mari-Rosa, y el mal viene de que está V. y están muchas gentes en el error de que el bien se hace para que le agradezcan. Cuando se hace para eso carece de su mayor mérito: el bien se hace por hacer bien, y nada más; y por eso quiere Dios que no sepa la mano izquierda el que hace la derecha.

La madre de Rosita, que entró en la huerta llamando á su hija y se acercó á darnos las buenas noches, nos recordó que ya no era de dia.

La madre de Rosita era una mujer gruesa, rubia y frescachona, que estaba triste, aunque todo indicaba en ella habitual alegría y serenidad de alma.

Vestia con mucho aseo y sencilla elegancia el traje de labradora vizcaína acomodada, inclusa la *sabanilla*, que era muy fina y blanca, y casi dejaba ver la raíz de dos hermosas trenzas de pelo. Es muy comun ya allí, como en otras partes, que los hijos de los labradores acomodados excedan, cuando ménos un grado, en señorío á sus padres. Así Rosita, al lado de su madre, era en traje y lenguaje una señorita al lado de una labradora. Rosita llevaba las rubias y abundantes trenzas recogidas, y la cabeza sin el pañuelito de color mimosamente ceñido y enlazado que usan las labradoras hasta el dia en que se casan, que le reemplazan con la sabanilla, que es sencillamente un pañuelo blanco más ó ménos fino y más ó ménos coquetamente (¡pícaro galicismo!) colocado en la cabeza.

D. Pedro, apestando á tanino y alcohol, y echando

pestes de sus muchas ocupaciones, salió á despedirnos cuando nos sintió en la portalada.

Tanto él como su mujer (que en Aurrecoechea parecia marinero autorizado por el patron para mandar, como en Górostiza lo era su hermana) me ofrecieron su amistad y su casa, y todos nos dimos la definitiva despedida.

Como Leandro y Rosita eran el principal objeto de mi interes y atencion, yo no quitaba ojo de ellos, por supuesto, con el disimulo posible. Así pude notar que Rosita, como quien se arregla el pelo, se quitó de él un clavel, con que media hora ántes le habia adornado, y como quien da la mano para despedirse, se le dió á Leandro.

Francisco, Leandro y yo echamos á andar hácia abajo, miéntras Rosita y su madre echaban á andar hácia arriba.

El padre de Rosita se asomó á una ventana, y llamando á su mujer, le dijo:

—¿Qué, no venis á cenar?

—Ya vamos, querido, le contestó su mujer en vascuence.

La dulzura con que la labradora le contestó, y la palabra *maitia* que empleó, y se traduce muy friamente traduciéndola por querido, me recordaron que la labradora y su hija tenian una gran pretension para con el labrador: la de que se trajese á casa á uno de los pobres huérfanos del difunto Mánu.

—¡Milagro será, dije para mí, que Leandro no llame tambien *maitia* esta noche á su madre y áun á su padre!

La luna era espléndida y hermosa. Junto á las ruinas

del convento de Capuchinos nos detuvimos como encantados á contemplar el efecto que hacía, al interponerse entre ella y nosotros, la linterna del campanario de la basílica de Nuestra Señora de Begoña, que estábamos muy léjos de pensar que hubiese de ser demolida á cañonazos por los mantenedores de una bandera en que el nombre de Dios apareciese escrito en primer término. ¡Era maravilloso el efecto que la luna hacía, vista á traves de la linterna del campanario que parecia un gigantesco y luminoso faro!

Al llegar á la orilla de la ria, Leandro saltó á una chanela para pasar al otro lado, no sin encargarle nosotros que anduviera con cuidado en el Helesponto para no dar que sentir á Hero, y nosotros tomamos ribera arriba para regresar á Bilbao.

—Ya conoces á doña Mari-Rosa y su marido, me dijo Francisco. Dime, aunque sea con un símil de esos á que tan aficionados sois los poetas, lo que te han parecido aquellas gentes.

—Te lo diré: Mari-Rosa, comparada con Mari-Santa, es una rosa de Bengala, que es hermosa y carece de aroma, comparada con una violeta, cuya hermosura no pasa de lo agradable y cuyo aroma es tan delicado como intenso; y en cuanto á D. Pedro, comparado con D. Juan, es el cardo que no tiene suavidad ni olor comparado con el poleo que tiene ambas cosas.

—¿Y de Rosita qué me dices?

—Que es digna de coronar el ramillete de Gorostiza.

XXVI.

VÍSPERAS DE NOCHEBUENA.

Se piensan y se dicen horrores del invierno pasado en el litoral cantábrico; pero se piensan y se dicen por los que sólo le han visto desde léjos y por muchos que reniegan de todo lo que ven desde cerca. Yo no sé lo que será el invierno en las provincias meridionales de España, aunque supongo, porque lo oigo afirmar y es verosímil, que es allí todo lo delicioso que puede ser el invierno en que, por regla general, el suelo carece de césped y flores, y los árboles de hojas y fruta; pero sé lo que es en las provincias del interior, y comparado con el del litoral cantábrico, doy decidídisimamente la preferencia á este último. Prescindamos del invierno en las aldeas y las villas poco populosas, unas y otras situadas en templados valles casi al nivel del mar, estrechos, abundantes de vegetacion y resguardados de los vientos, y fijemos la atencion en Bilbao, que ocupa una situacion media entre lo marítimo y lo mediterráneo.

¡Las lluvias! ¡la humedad! ¡el cielo nebuloso! es la cantinela perpétua de los que no han pasado el invierno allí, y por supuesto no dudan que á todos aquellos horrores acompañan las nieves hasta no poder salir de casa en meses enteros, las nieblas hasta darse las gentes de narices unas con otras á medio dia en la calle, y el frio hasta helar la sangre áun entre colchones.

Es verdad que las lluvias, y la humedad, y los dias nublados son allí más frecuentes que en el interior de España; pero tambien lo es que el suelo está perennemente verde, que apénas se siente el frio en invierno ni el calor en verano sino alguno que otro dia en cada una de estas estaciones por breves horas y con intensidad que no llega ni con mucho á la del frio y el calor que hielan y achicharran en el interior de España durante muchos meses; que la lluvia y la humedad son tan sanas, que no se conocen en aquellas comarcas las calenturas que tantos estragos hacen en el interior; que la nieve rara vez cuaja en los valles; que las nieblas casi nunca descienden de las cimas de las montañas, y que merced á la templanza del clima y á las frecuentes lluvias, cuya falta es la mayor calamidad del resto de España, en aquellos amenos valles todo cultivo agrario recompensa el trabajo que en él se emplea.

La plaza de Bilbao está en todo tiempo abundantemente surtida de cuanto puede servir al regalo del vecindario, como verduras, frutas, caza, aves domésticas, carnes y pescados excelentes. Casi en el rigor del invierno se ven en ella frutas y verduras que en el interior de España sólo se producen en los confines de la primavera y el verano, como la fresa y los espárragos, que son allí muy superiores á los injustamente afamados de Aranjuez, palillos de tamborilero, cuya verdusca punta es lo único comible. Yo he visto, en un invierno excepcionalmente templado, eso sí, venderse en ella á fin de Enero cerezas perfectamente sazonadas, cogidas del árbol el dia anterior en Albóniga; y en Bérriz, que es en

la merindad de Durango, más tierra adentro y á mucha mayor altura, he comido en la parra, el dia de Santiago, uva moscatel muy rica.

Agréguese á todo esto el ser Bilbao pueblo animadísimo por su mucho comercio y concurrencia de forasteros: limpísimo y ordenado por su excelente policía y administracion municipal; de vecindario rico, hospitalario, generoso y culto; cuya clase popular nunca pierde el buen humor ni la aficion al trabajo, ni falta nunca al respeto debido al superior en autoridad ó saber; en cuyo teatro casi siempre actúan buenas compañías líricas ó dramáticas, y cuyas sociedades recreativas (particularmente *La Bilbaína*, que tiene una rica biblioteca y los principales periódicos políticos y literarios del mundo) nada tienen que envidiar á las de las capitales más adelantadas y populosas. Así se acabará de comprender que el invierno se puede pasar muy agradablemente en aquel rinconcillo del mundo, que no valdrá poco ni en invierno ni en verano cuando en el mundo hace tanto ruido, á pesar de su modestia, pues no deja de tenerla, aunque pudieran envanecerle los dos mil buques que llevan su bandera por todos los mares conocidos, el título de muy noble que adquirió en los siglos pasados, y el de invicto que ha alcanzado en el presente, y sus magníficos arranques de patriotismo y de caridad, de que pueden servir de ejemplo los cien millones de reales que preparó en un solo dia cuando se trató de abrir un ferro-carril con direccion al Ebro, y los catorce mil duros con que amparó en pocas horas á las familias de las víctimas causadas por un incendio en 1867.

El invierno habia llegado de derecho y de hecho; de derecho, porque Nochebuena estaba tan cerca, que se la veia por todas partes, y de hecho, porque la noche anterior le habian anunciado las aves marinas, con sus agudos y lúgubres chillidos, revoloteando sin cesar sobre la villa como enamoradas de la luz y el calor del gas que ardia con profusion en sus calles y paseos.

Caras un tanto nuevas y alegres se veian por todas partes: eran las del marino, del estudiante, del bracero, que habian abandonado los lejanos mares, las lejanas universidades y las lejanas fábricas y obras públicas, para ir á hacer *gabon*, es decir, Nochebuena, en el dulce rincon de la patria y el hogar doméstico.

Allá abajo, hácia el Noroeste, se oia un sordo y contínuo rumor que hacia estremecer de espanto y sonreir de gozo á las gentes, y sobre todo á los marinos: era el de la *fiera* (como diria Chómin) que bramaba como el leon calenturiento y hacia pensar y decir á la gente de tierra y mar: «Brama, brama cuanto quieras, y arroja rabiosa espuma, y date testaradas contra las rocas, y retuércete como un condenado, y yérguete como una serpiente, y arrójate desesperada al abismo, que nosotros, gracias á Dios, estamos libres de tu furia, y miéntras tú te desesperas, saborearémos la merluza y el besugo de Bermeo, el chacolí de Baracaldo, las castañas de Oquendo, las manzanas de Galdames, las nueces de Alonsótegui y Sodupe, y despues cantarémos y bailarémos, el marido con la mujer, el vecino con la vecina, el novio con la novia, los niños con las niñas y hasta el abuelo con la abuela, y despues irémos á Santiago á oir la misa

del gallo y los villancicos en vascuence que entona la hermosa capilla, y despues, bien abrigados por fuera y por dentro y con el alma tan alegre y serena cuanto el cielo esté oscuro y triste y la mar alborotada y rabiosa, dormirémos como bienaventurados, esperando el capon de Pascua, el manjar-blanco de *gabon-zar* (noche-vieja) y *gabon-bárri* (noche-nueva), y el aguinaldo de Reyes.»

Los bienes de fortuna que en más estima tienen las familias ricas de Bilbao y del resto del litoral cantábrico son las *caserías* dispersas en el fondo de aquellos apacibles valles y las faldas de aquellas pintorescas montañas. Y no es tanto esta estima por su valor material, como por el valor de otro género más noble que tienen á sus ojos.

Aquellas fincas, compuesta cada una de una casa, más ó ménos rústica, y á su alrededor unas cuantas fanegas de tierra labrantía, algunos árboles frutales agrupados en torno de la casa y esparcidos por las lindes de las heredades, y un centenar de robles y castaños dominados por las heredades de abajo ó dominando á las de arriba; aquellas fincas, repito, proceden de la herencia paterna, están llenas de recuerdos de la familia, y hasta guardan los de la infancia de sus propietarios.

Muchas veces he caminado con alguno de éstos por aquellos valles y montañas, y viéndole sonreir de alegría al descubrir una casa medio escondida entre los árboles, allá en un rellanito ó una cañada de la ladera, ó en las estribaciones del monte, le he preguntado el motivo de su alegría y me ha contestado:

Que aquella es la casa nativa de alguno de sus abuelos ó quizá de su padre ó su madre.

Ó:

Que la inquilina fué el *aña* que le crió.

Ó:

Que allí solia ir de niño en compañía de su padre, cuando éste iba de caza.

Ó:

Que de niño pasaba allí muchas temporadas jugando y haciendo diabluras con los chicos de los inquilinos, y creciendo y engordando tanto con la leche y el *talo* (torta de maíz), que su madre no le conocia al volver á casa.

Ó:

En fin, contándome alguna dulce y melancólica historia por el estilo de la que velan, mas bien que narran, estos versos:

Caminando, caminando
riberica del Butron
á ver la mar, que me gusta
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intencion,
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor:
— «¿No sabes quién allí vive?»
Y dando un suspiro yo,
digo: — «¡Ya no vive allí,
que vive en mi corazon!» (1).

(1) *El libro de las montañas*, del autor del presente.

XXVII.

CUARTEL DE INVIERNO.

Nagusiac (los amos de la caserío) son, salvas rarísimas excepciones, mal vistas y censuradas de pobres y ricos, para el inquilino rural vascongado los protectores naturales, algo parecido á lo que son los padres fuertes y amorosos para con el hijo débil. El cuadro, ó mejor dicho, el reducido boceto que voy á ensayar, no representará la excepcion, sino la regla general de las relaciones entre amos é inquilinos, áun cuando los primeros no sean todos tan indulgentes y buenos como la familia que encontramos en Gorostiza y volvemos á encontrar en Bilbao, retirada ya á los cuarteles de invierno, que no dejará hasta que en las estradas de Abando vuelvan á florecer los endrinos, y á cantar sus amores y labrar sus nidos los pájaros.

Por las escaleras de Begoña, por Achuri, por el campo de Volantin, por el puente de Isabel II, por todas las entradas de la villa, afluian á ésta aldeanas y aldeanos vestidos de fiesta, las mujeres con anchas cestas en la cabeza cubiertas con blanco mantel, y á cuyo borde asomaban la cabeza patos, gallinas y capones, como asombrados de las magnificencias que veian, y los hombres con un gran atado ó una gran cesta de asa pendiente del extremo posterior de la *maquila* ó baston de acebo que se apoyaba horizontalmente en el hombro, sirviéndole de al-

mohadilla la chaqueta de paño cruzada á modo de bandolera, porque la elástica de estambre azul era suficiente abrigo en tal estacion y con tal carga.

Toda aquella gente aldeana iba á entregar á los amos la renta anual de la casería, acompañada del acostumbrado regalo de Nochebuena, que debia ser correspondido con otro compuesto de bacalao, chocolate, botellas de vino generoso ó aguardiente, higos ó pasas, y turrones ó almíbares, amén de un banquete tan abundante y rico, que durante algunas semanas fuese objeto de deliciosa conversacion en la aldea.

Francisco me habia encargado que no dejase de observar aquella faz de las costumbres bilbaínas, y que la observase en casa de D. Juan de Gorostiza, con lo que mataria dos pájaros de una pedrada, puesto que me proponia escribir un libro cuyo asunto fuese doña Mari-Santa y su familia, y algo de las costumbres y la fisonomía física del valle del Ibaizábal.

Como doña Mari-Santa lo adivinaba y prevenia todo, me habia enviado la víspera un mensaje con Leandro, que todas las mañanas daba una vuelta por mi escritorio, donde permanecia un buen rato, que para ambos era muy agradable, pues leiamos algun trozo selecto de los pocos, pero buenos libros que yo tenía, ó el ménos malo de lo que yo habia escrito el dia anterior, ó algunos nuevos versos de Leandro, que siguiendo mi consejo y sus inclinaciones, continuaba dedicando á la poesía sus ratos de ocio, ó hablábamos de literatura y bellas artes, y hasta hablábamos de Rosita la de Goyerri.

El mensaje de doña Mari-Santa habia sido éste :

— Mamá y papá me envian á decir á V. que mañana, dia de Santo Tomas, es gran dia en casa, y desean que usted y el Sr. D. Francisco, á quien tambien voy á dar el mismo recado, nos honren comiendo mañana en nuestra compañía.

— Pues dígales V., querido Leandro, que no estoy tan sobrado de honras y satisfacciones, que no me apresure á aceptar la honra y la satisfaccion que se me entran por las puertas. Pero ¿es mañana gran dia en casa de VV. por ser el de un gran santo, ó tambien por algo más?

— Sí, señor, por algo más lo es; mañana se ve mamá rodeada de todos nuestros inquilinos, y esa es una de sus mayores felicidades.

— Tendré muchísimo gusto en presenciarla.

— ¡Ah! se me olvidaba decir á V. que mamá quisiera tenerle á V. por allá tempranito, aunque comerémos algo más tarde que de costumbre.

— Á las diez ya me tendrá por allá.

La familia de Gorostiza tenía sus cuarteles de invierno en la Estufa. Lleva este nombre una manzana de hermosas y ricas casas situadas en el sitio más delicioso de Bilbao, es decir, al Norte del Arenal, que es un amenísimo paseo, ó mejor dicho, parque, poblado en el siglo XVI de frondosos nogales, y hoy de jardines y toda clase de árboles de sombra, inclusos el tilo, el árbol del paraíso, el castaño de Indias, el eucaliptus y la magnolia, que cuando florecen aromatizan hasta las calles que median entre la basílica de Santiago y el Arenal. Este paseo, que se interrumpia hasta hace pocos años en la

Sendeja, estrecho paso al del campo de Volantin, situado tambien á la márgen de la ria, se enlaza ya con este último por medio de otro muy lindo, frondoso y ancho, que se ha formado en la Sendeja, estrechando el Ibaizábal, que hacia allí un ancho recodo, cuando ménos inútil.

La Estufa viene á ser algo parecida á lo que en Francia llaman *boulevards*, nombre que algunos monos de imitacion pugnan por aclimatar en la populosa villa, y hasta han querido llevar fuera de ella. En Algorta, que es una rica y hermosa barriada de la anteiglesia de Guecho, situada sobre el abra, hay una larga calle formada de bellísimas casas de recreo, y un dia me encontré con que acababan de escribir en sus extremos: «Calle del Boulevard.» Pregunté al alcalde de la anteiglesia de qué cabeza sin seso habia salido aquella tonta idea, y me indicó la de un bilbaíno, que debió hacer un gesto endemoniado cuando al dia siguiente se encontró con que el alcalde habia mandado borrar el rótulo por consejo mio.

La manzana de casas ó más bien palacios, que lleva el nombre de la Estufa, hasta tiene un orígen honrosísimo para la villa de Bilbao; hace más de un siglo se trataba de erigir una casa de Misericordia, de que carecia la villa, y ésta no tenía recursos para realizar tan santo proyecto. Uno de sus buenos ciudadanos, dijo: «Emprendamos la obra, y Dios nos ayudará á terminarla, puesto que es santa.» En efecto, la casa de Misericordia se fundó, y hoy es una de las glorias que más deben enorgullecer á Bilbao. Entre los recursos que para ello se arbitraron, se contó la venta, para la edificacion

de casas, de una faja de terreno, donde se levantó la hermosa manzana de la Estufa, entre el Arenal y la calle de la Esperanza.

A las diez de la mañana ya estaba yo en el parnasillo de Leandro, que era un lindo gabinete con balcon al Mediodía, ó lo que era lo mismo, con hermosas vistas en primer término al Arenal, en segundo á la ria y sus muelles de ambas orillas, en tercero á Albia y en cuarto á las montañas de Pagazarri y Arraitz.

La mano y el corazon de Mari-Santa tambien se descubrian allí como en el parnasillo de Gorostiza. El balcon tenía cierre de cristales, como es muy comun en Bilbao. No estaba provisto, como el de Gorostiza, de unos anteojos gemelos; pero sí de un *monóculo* preciosísimo, por su color y su larguísimo alcance, á pesar de su reducido volúmen. Las laderas de Goyéri no se veian al frente y á corta distancia, como en Gorostiza; pero sí á la derecha y á distancia de media legua. Como siempre que iba de dia á ver á Leandro, tomé el anteojo y le apunté hácia el Noroeste; la casa blanca labradoriega de Aurrecoechea, con sus ventanas, á las que trepaban las parras y los albérchigos, se me vino á los ojos, como si estuviera en la isla de Uribarte, ó sea entre el campo de Volantin y Albia.

Teresita, que se habia hecho muy amiga del angelito rubio y sonrosado, á quien vimos denunciar las lágrimas de papá y el señor cura que habia ido á verle, me buscó con pretexto de preguntarme por su amiga, y digo con pretexto, porque no tardé en comprender que no era aquella la madre del cordero.

— Mira, Anton, me dijo (y debo advertir que me trataba con tanta familiaridad, porque yo, que me muero porque los niños me llamen de tú, se lo habia exigido y lo habia conseguido, con ayuda de doña Mari-Santa que participaba de mis aficiones, te voy á pedir un favor.

— ¿Qué favor es ese, hermosa? le pregunté.

— Oye, que no quiero que lo oiga Leandro.

Inclinéme, y la niña, acercando la dulce boquita á mi oido, añadió:

— El año pasado, no quiso mamá que me trajeran de la aldea un corderito, sin duda porque entónces áun era yo chiquitita; pero ahora ya soy grande y quiero que me le traigan. Anda, díle á mamá que se le encargue á las aldeanas que van á traernos hoy gallinitas y *chitas* (1). Si se lo dices te doy *musia* (2), y si no se lo dices, no te quiero.

Mari-Santa, que por lo visto por medio de sus espías habia adquirido alguna noticia de la peticion que Teresita preparaba desde el dia anterior para cuando pudiera cogerme por su cuenta, habia seguido á la niña y la sorprendió hablándome al oido cuando yo me preparaba á pronunciar el «concedido.»

— ¿Secretitos tenemos? preguntó sonriendo.

— Sí, señora, le contesté sonriendo tambien, y van á dejar de ser secretitos. Mi amiga Teresita desea que yo interponga con V. mi poderosa influencia á fin de que

(1) Pollos.
(2) Un beso.

encargue V. á las aldeanas que le traigan el cordero más lindo que haya nacido de ovejas.

—Pues tengo el sentimiento de decirá V. que su influencia no es bastante poderosa para que por medio de ella consiga Teresita lo que desea.

—¿Por qué no, mamá? preguntó la niña iniciando un pucherito para llorar.

—Te lo diré, y D. Antonio se convencerá y tú también, de que tengo razon en no querer que haya en casa más inocente y lindo cordero que tú. Los corderitos son muy monos y divierten mucho á los niños miéntras no pasan de corderitos; pero van saliéndoles cuernos, se van haciendo carneros, van perdiendo toda su gracia y van dando en la de topar. Entónces hay que matarlos ó venderlos, y como se les ha tomado cariño, no vale todo lo que han divertido lo que cuesta el deshacerse de ellos. ¡Que diga ahora D. Antonio si tengo ó no tengo razon en no querer más corderos que esta hermosa cordera de la casa!

Y la cordera, despues de recibir de su madre un beso apretado y chillado, que son los que más gracia me hacen, me miró como preguntándome si era ó no definitiva aquella sentencia.

—Tiene razon mamá, le dije. Figúrate tú que hubiera necesidad de matar ó vender á Catulinda, ¿qué harias tú entónces?

—¡Ay, entónces me moria de pena! exclamó la niña como aterrada con aquella idea.

Sonaron cascabeles y apareció Catulinda que seguida de sus dos hijos, ambos adornados de pintorescos colla-

res con cascabeles, venía en busca de su amita, y olvidándose ésta del cordero, corrió á su encuentro aplicando á la gata y su prole todos los hiperbólicos nombres del diccionario de la ternura que su madre solia aplicarle á ella.

XXVIII.

LAS VÍCTIMAS DEL AMOR.

Don Juan, que despues de oir misa temprano en compañía de su mujer y su hijo, en lugar de volver á casa con éstos, se habia ido á distraer un poco su aburrimiento dando un paseo hasta Gorostiza y echando allí un largo párrafo con Chómin, llegó en el instante en que Mari-Santa me contaba y lloraba las últimas desventuras ajenas de que tenía noticia.

Una de estas desventuras era la de la pobre Claudia, la costurera de casa.

El gremio de costureras es muy numeroso é interesante en Bilbao. Allí en casi todas las casas de gente acomodada forma la costurera poco ménos que parte de la familia, pues tiene en ellas casi constante ocupacion. Y es que allí casi toda la ropa, particularmente la de las mujeres y los niños y la blanca de los hombres, se hace en casa.

Las costureras, no sólo son por regla general perfectas modistas, sino que son tambien dignas de alternar con las señoras en el hogar doméstico por su buena con-

ducta y por su figura adquirida con el contínuo trato de gentes bien educadas.

Es verdaderamente notable la elegancia con que visten aquellas hermosas jóvenes, cuya habilidad y buen gusto son tales, que realzan más su hermosura con un vestido de percal, unos modestos encajes y unas cintas, que la generalidad de las señoras con la seda, el terciopelo, los ricos bordados, el oro y los diamantes.

Claudia era hija de una pobre viuda que no tenía más apoyo que el de su modesta, honrada y laboriosa hija, pues aunque tenía tambien un hijo, hacía muchos años que habia ido á América, y nada se habia vuelto á saber de él.

Hacía ya dos años que tenía honestas relaciones con un jóven llamado Ignacio, empleado en el escritorio de una casa de comercio, y su casamiento se habia ido dilatando por causas que á Claudia parecian muy legítimas: los padres y hermanos de Ignacio, que habian venido muy á ménos por desgracias comerciales, tenian esperanzas de mejorar de suerte; pero entre tanto casi no tenian más medio de subsistir que el que les proporcionaba el sueldo de seis mil reales ánuos que ganaba Ignacio, por lo que llevaban muy á mal que éste pensase en casarse. Mejoró un tanto la situacion de aquella familia, y entónces el jóven pensó que no debia dilatar por más tiempo su casamiento con Claudia. Manifestóselo así á sus padres, y éstos pusieron el grito en el cielo para hacerle desistir de ello, pero él insistió en su propósito, se corrieron las amonestaciones y todo se dispuso para la boda, en la que doña Mari-Santa debia ser madrina de Claudia.

Ignacio era muy débil de carácter, y con dificultad habia triunfado de los esfuerzos que para disuadirle del casamiento habia hecho su familia. Redobládos ésta la víspera del dia en que debia celebrarse la boda, y aquella noche recibió Claudia una carta en que Ignácio le decia que por motivos cuya explicacion reservaba para cuando se viesen, aplazaba el casamiento *para más adelante*.

Esta inespesada resolucion fué, como suele decirse, un escopetazo para la pobre muchacha, que se echó á llorar de vergüenza, y aquella misma noche tuvo un terrible vómito de sangre que se repitió despues y la condujo pronto al sepulcro.

—¿Y qué ha sido de la pobre madre? pregunté á doña María-Santa que lloraba sin consuelo al cóntarme esta triste historia.

—Esta mañana hemos ido Leandro y yo á consolarla un poco, de paso que volvíamos de misa.

—Y trás el cadáver de Claudia, ¿no ha subido ya á Mallona el de su asesino? pregunté indignado á Mari-Santa que me contestó sonriendo tristemente:

—Estos señores filósofos y moralistas que predican todas las virtudes, se olvidan con frecuencia de las más recomendables, á cuyo número pertenece la indulgencia con las faltas y debilidades del prójimo. Dios, que todo lo sabe y todo lo juzga con perfecta sabiduría, sabrá si Ignacio debe ser castigado ó perdonado.

—Es verdad, señora, pero me indigna la ligereza con que juegan muchos hombres con la honra, con la felicidad, con la vida de las pobres mujeres, que suele ser la honra, la felicidad, la vida de la familia. Cuando se tra-

ta de esto, suelen venir á la memoria, dándoles las gentes el asenso de verdad inconcusa, unos versos de un poeta moderno, que aseguran no se mueren de amor las mujeres hoy en dia: pero la verdad es que son mentira esos versos. Es muy raro que hoy en dia las mujeres se mueran repentinamente de amor como los amantes de Teruel; pero es muy frecuente que de amor mal correspondido é indignamente burlado enfermen y mueran con más ó ménos lentitud. Un médico amigo mio, muy curioso y muy conocedor del pueblo en que vive y vivimos, que por cierto no es el de pasiones más exaltadas y paga escasísimo tributo al libertinaje, ha hecho una estadística muy triste, que sería muchísimo más triste si se refiriese á cualquiera de los pueblos del interior, ó el Mediodía de España: de sus averiguaciones resulta que de las jóvenes solteras fallecidas en Bilbao durante un año, las tres cuartas partes contrajeron la enfermedad que las llevó al sepulcro, á consecuencia de disgustos y pesares cuyo orígen estaba en el amor.

Mari-Santa dirigió sus ojos inundados de lágrimas, primero con temor á Teresita que jugaba con Catulinda y los minines en la pieza inmediata, y luégo con gratitud al santuario de Begoña, que se descubria por el mirador allá en los collados que dominan á la villa, y Leandro que me escuchaba recostado en la baranda del mirador, dirigió los suyos con emocion y ternura hácia las laderas de Goyerri.

Yo comprendí los sentimientos é ideas de diversa índole que mis palabras habian despertado en madre é hijo, ó mejor dicho en madre y enamorado, y á mi vez me

sentí conmovido pensando que, como Mari-Santa, tenía una inocente hija, y dirigí en seguida la vista hácia las colinas del Begoña, si no en accion de gracias, en accion de súplica. ¡Acaso, acaso algun recuerdo de mi juventud llamaba airado á la puerta de mi conciencia! ¡Dios sabe si los que predicamos la virtud la predicamos por bondad ó por remordimiento! ¡Dichoso aquel para quien en la ciudad ó en el valle donde vive no hay una calle ó una colina donde al descubrir un balcon ó una ventana, siente un remordimiento y procura calmarle con una oracion!

Desde niño he procurado
tener blanca la conciencia,
y no obstante, me da miedo
cuando me encuentro con ella,
porque me han dicho que cubre
en las cimas del Gorbea
nieve blanca, blanca, blanca
rocas negras, negras, negras! (1).

Pasos y conversacion de gente aldeana que subia las escaleras y alababa á Dios abriendo la puerta del recibimiento que en Bilbao está siempre entornada ó con picaporte de muletilla exterior, vinieron á distraernos de aquella triste conversacion, y Mari-Santa, trocando su tristeza en alegría, corrió á recibir á los forasteros.

Yo no podia dejar de pensar en la madre de Claudia, aunque sospechaba que los consuelos que doña Mari-Santa habia ido á prodigarle aquella mañana misma, no se habrian limitado á lágrimas amargas y palabras dulces.

(1) *El libro de las montañas.*

Traté de averiguar lo que había de cierto en esta sospecha, y Leandro me dijo en voz baja:

— No se dé V. por entendido de esto con mamá, ni con papá, ni con nadie: pero hemos ido á decirle á la madre de Claudia que miéntras viva venga todos los meses á cobrar el jornal que, rogando á Dios por nosotros en el cielo, haya ganado Claudia el mes anterior.

XXIX.

EL OBSERVATORIO.

Leandro y yo, que nunca nos aburriamos como don Juan con tal que tuviésemos un amigo de carne y hueso ó un amigo de papel y tinta con quien conversar, nos entretuvimos agradablemente en nuestra conversacion favorita, que era la que versaba sobre materias literarias.

Entre tanto D.ª Mari-Santa y D. Juan andaban por dentro muy entretenidos con la aldeanería que iba llegando, y en cuya alegre conversacion en vascuence se mezclaba la voz de los señores, que gustaban de hablar el mismo idioma.

— Quisiera, me dijo Leandro, que diese V. una vuelta por la cocina, donde veria preparativos culinarios que de seguro exceden á los de las bodas de Camacho. ¡Con estas cosas está mamá en sus glorias! Por fuerza tenía usted ya noticia de ella, cuando hablando de una mujer, dijo V. que

> «era una mujer de aquellas
> que llenan toda la casa,
> por chiquititas que sean.»

—Eso se dice visitando muchas casas de Vizcaya, y particularmente una muy grande de mi aldea, donde hay una mujer chiquitita que no cabe en ella; pero desde que he conocido á la de esta casa, me parece que no es una quimera el dón del presentimiento de que muchas veces me he reido oyéndosele atribuir á sí propio á un fecundo novelista español.

—¿A un novelista?

—Sí. Cuando le echan en cara que no estudia los hombres, los hechos, las costumbres, el espíritu, la legislacion, la literatura, las artes, los monumentos, en una palabra, la fisonomía del tiempo y el lugar en que coloca la accion de las novelas llamadas históricas, y á pesar de todo su ingenio y verbosidad no encuentra medio de rechazar victoriosamente el ataque, exclama con voz de trueno y majestuosa altivez: «Don..... (aquí su nombre y apellido) no necesita estudiar, porque le basta presentir.»

—Chómin viene á decir, allá á su manera, eso mismo de mamá.

—Y tiene Chómin muchísima razon. La buena de doña Mari-Santa no necesita estudiar lo que otros piensan, y desean y necesitan, porque tiene el dón de presentirlo, sólo que en punto á ese dón se diferencian el novelista y ella en que el novelista le publica y ella le calla.

En esta grata conversacion estábamos Leandro y yo cuando llegó Francisco. El reloj de San Nicolas daba las doce, y con tan plausible motivo la gente trabajadora de ambas riberas abandonaba la faena para ir á comer.

—Amigo Leandro, dijo Francisco, es necesario que

se deje éste de esos estudios teóricos en que están ustedes enfrascados y se dedique á los prácticos, durante el tiempo que medie desde las doce que son ahora hasta las dos, que será la hora á que comerémos. Los aldeanos deben sentarse á la mesa en este momento, porque doña Mari-Santa, que todo lo oye y lo sabe, oye las doce, y sabe que para la gente aldeana ese es el toque de refectorio. Busque V. un observatorio desde donde nuestro hospedador de cuadros del hogar y sus contornos pueda observar lo que en el comedor pase y tomar sus apuntes para trasladarlo luégo adonde corresponda.

— Decimos al llegar V. que mamá presiente, y en efecto, mamá habia presentido el deseo de V., buscando el observatorio que V. desea. Venga, D. Antonio, conmigo, que le voy á llevar á él.

Las casas de la Estufa apénas tienen patios interiores, porque todos sus departamentos son grandes, y la luz que reciben por sus dos fachadas, que son la del Mediodía, que corresponde al Arenal, y la del Norte, que corresponde á la calle de la Esperanza, basta para alumbrarlos todos.

La casa en que nos hallábamos era grande. Los seis grandes balcones que tenía por el lado de la calle de la Esperanza correspondian: el primero de la derecha, á la cocina; el segundo á la antecocina, que servia de comedor á las criadas (en Bilbao apénas se dedican los hombres al servicio interior doméstico); el tercero y cuarto á un salon de paso; el quinto al comedor principal, y el sexto á un gabinete con puerta-vidriera al comedor. Esta puerta-vidriera enfilaba con las del comedor, el sa-

lon, la antecocina y la cocina, de modo que desde el gabinete se veian todos estos departamentos cuando, como entónces, estaban francas sus puertas.

Leandro me condujo al gabinete por la parte interior, colocó una butaca junto á la puerta-vidriera, hízome sentar en ella, entornó las maderas del balcon, con lo cual el gabinete quedó casi á oscuras, tanto más cuanto el comedor estaba á media luz, descorrió parte de la cortinilla de seda, me estrechó la mano, y me dejó solo en el gabinete.

El observatorio era inmejorable para ver y oir cuanto se hacía y hablaba desde el comedor principal á la cocina, porque las puertas eran grandes, y Leandro habia tenido tambien la precaucion de entreabrir un poco la puerta-vidriera del gabinete, á fin de que mi oido no tuviera que esforzarse.

No se habia equivocado Francisco: aunque todavía sonaban las doce en algun perezoso y rezagado reloj de la villa, los aldeanos, dirigidos por D.ª Mari-Santa y animados por D. Juan, se sentaban alegremente á la mesa en el comedor de las criadas.

Yo tambien iba aprendiendo á presentir ó adivinar: D.ª Mari-Santa habia dicho: «Estas buenas gentes merecen, quizá más que nosotros, comer en comedor artesonado, sirviéndose de vagilla de porcelana y cristal de roca y de cubiertos de plata fina; pero comiendo así echarian de ménos la libertad con que comen en la aldea, y la libertad bien entendida, es en la mesa, como en todas partes, el manjar más grato. Dignas son tambien estas buenas gentes de sentarse á la mesa con nosotros, que

manos curtidas por la intemperie y encallecidas por la azada y la laya, dignas son de posar en el mantel donde posan manos suaves y blancas; pero tambien entónces carecerian del plato más sabroso. Tengan hoy en la mesa la libertad posible, y comen á las doce y no á las dos, como nosotros, tanto para no alterar su costumbre, cuanto para que tengan tiempo de volver de dia á la aldea, que hoy volverán demasiado alegres para atravesar de noche laderas, torrentes y despeñaderos.»

Seguro estoy de que adiviné fielmente lo que Mari-Santa habia pensado para disponer que los aldeanos comiesen á aquella hora y en aquel sitio, y sin más testigos visibles que sus amos, cuya blaneza y afecto eran tales, que léjos de darles cortedad su presencia, les daba alegría y ánimo para saborear la espléndida y apetitosa comida aldeana, dispuesta en su obsequio bajo la inmediata direccion de la bondadosa señora.

Los aldeanos y aldeanas sentados á la mesa pasaban de una veintena, lo que me hizo calcular en diez ó doce caserías las que poseia aquella familia, más dichosa por su bondad y talento que por sus riquezas, aunque éstas no se limitaban á las fincas rurales de Vizcaya, pues era dueña de dos hermosos buques que hacian la carrera de América, de la mitad de un gran establecimiento comercial en Buenos-Aires, y de un buen capital impuesto en una acreditada casa de comercio en Lóndres.

Suelen las gentes de criterio superficial acusar á los aldeanos de Vizcaya de que dan excesivo, y por tanto perjudicial, predominio á su mujer sobre ellos, la casa y la familia. Yo tengo por injusta esta acusacion: es verdad

que allí la mujer ejerce este predominio: pero no lo es que este predominio sea perjudicial, y por tanto excesivo. Es, por el contrario, muy beneficioso y justo, y para demostrarlo sólo aduciré una razon, aunque pudiera aducir muchas: donde, como sucede en las comarcas cantábricas, la mujer comparte con el marido, en proporcion á lo que buenamente permiten su sexo y sus fuerzas, el trabajo material, ¿qué sería la mujer si el marido no le recompensase esta ayuda consintiéndole el predominio moral sobre él, la casa y la familia? Sería una miserable esclava, cuya condicion reprueban el sentido comun, la naturaleza y la religion, que con tan entrañable fe se profesa en aquellas honradas comarcas.

Como consecuencia de este dulce predominio, apénas hay romería, feria, fiesta, convite ú otra ocasion cualquiera en que la mujer pueda encontrar algun solaz y grato esparcimiento, á que el marido asista sin que le acompañe la que le acompaña en el trabajo en la heredad, y en las tristezas y alegrías en el hogar doméstico. En la romería baila con su mujer, aunque ambos sean ya ancianos, porque cree que le debe aquel testimonio de preferencia y cariño en el concepto de su compañera y madre de sus hijos y gobernadora de su casa, y porque á ambos es grato el evocar así el recuerdo de otro tiempo en que ambos eran jóvenes y solteros, y bailando juntos, quizá en aquel mismo sitio, comenzó el amor que debia durar hasta la muerte. Y cuando en el campo de la romería ó la feria meriendan, solos ó acompañados de parientes ó amigos, ó al tornar de la fiesta, ó de la villa, ó del convite de bodas ó bautizo, se detienen bajo los árbo-

les de la portalada de la venta ó de la taberna de la aldea que atraviesan «á echar un trago» del inocente licor indígena ó del malicioso foráneo, nunca el hombre se permite beber sin que la mujer propia ó ajena le haya precedido.

Este miramiento, este afecto, esta consideracion, esta galantería, que el sencillo morador de los valles cantábricos tributa á su compañera, y este predominio á que se somete gustoso, léjos de parecerme dignos de censura, me parecen dignos de aplauso, y merecian que se les dedicase una página en este libro, que si tiene alguna pretension, es la de reflejar, aunque sea pálida y confusamente, el hogar doméstico y sus contornos, que en aquellos valles compiten en sencilla hermosura, por más que haya en Madrid escritor que niegue á sus moradores toda virtud, por la única razon de que en determinada cuestion política la mayoría de ellos no piensa como él, ni como el autor de este libro.

La indignacion política, de que participo, aunque no tanto que me arrastre á la calumnia, mueven en estos instantes á representar á aquel pueblo como compuesto de fanáticos salvajes, refractarios á toda cultura y á todo sentimiento de virtud y justicia. ¡Ay, la pasion política tiene oidos y no oye, tiene ojos y no ve, y hay que esperar á que oiga y vea para convencerla de su injusticia y su error!

Si no hay allí fiesta ni ocasion grata en que la mujer no acompañe al marido, ¿cómo no le habia de acompañar en aquella fiesta que yo presenciaba, y era tanto más hermosa, cuanto que en ella el rico festejaba al pobre?

Las mujeres sentadas á la mesa eran tantas como los hombres, y estoy seguro de no haberme equivocado al calcular que cada pareja de distinto sexo representaba una casería.

XXX.

AMOS É INQUILINOS.

La mesa era de forma oblonga y tan grande, que áun quedaba sobrante y desnuda una buena parte de ella, correspondiente al lado de la cocina. Allí se habian sentado doña Mari-Santa y D. Juan, como presidiéndola.

Casi todos los campesinos de Vizcaya hablan con más ó ménos perfeccion y facilidad la lengua castellana, aunque, ménos los de la parte occidental donde nací, usan habitualmente la materna vascongada, que no por no ser la que aprendí de los labios maternales, he de dejar de reconocer que es más expresiva y apta para comunicar los afectos tiernos que la castellana, por muy rica y expresiva que ésta sea, y por mucho que nos enamore en el concepto de lengua de nuestros padres, y nuestra infancia, y nuestro hogar, y nuestra compañera, y nuestros hijos, y nuestros héroes, y nuestros sabios, y nuestros santos.

De aquella dulce y expresiva lengua euscara se servian doña Mari-Santa y su esposo para conversar con sus inquilinos. Felizmente yo la entendia, aunque no la hablase, porque así que razoné con alguna madurez é in-

teligencia de la historia patria, me apliqué á estudiarla, diciéndome: «Yo debo saber siquiera elementalmente una lengua que hablaron mis antepasados, que ha dejado innumerables rastros de su general dominio en la nomenclatura geográfica española, desde el cabo de San Vicente al de Creus, y desde el Estrecho de Gibraltar al golfo de Vizcaya, que es curiosísima, tanto por su antigüedad, como por no tener conexion con ninguna lengua conocida, y que, conservada en este rincon de la Península á traves de veinte siglos de invasiones y dominaciones extranjeras en el resto de este *labio*, de este *borde*, de este *límite ó extremo* (como significa en la misma lengua el nombre de España) del mundo conocido por los antiguos, es testimonio vivo é irrecusable del valor, del patriotismo y del amor á su libertad del pueblo vascocántabro á que pertenezco.»

¡Con qué solicitud verdaderamente maternal atendian Mari-Santa y D. Juan, y muy particularmente la primera, al regalo de todos sus comensales, y con qué interes y cariño preguntaban á cada uno de ellos qué familia tenía, cuáles eran el nombre y las cualidades de sus hijos, cuál el estado de los ancianos de la casa, cuál el de sus campos, cuáles sus ganados, cuáles sus dichas, cuáles sus desgracias, cuáles sus esperanzas y cuáles sus temores para lo por venir!

Muchas veces vi llorar de alegría ó de dolor á doña Mari-Santa, oyendo el relato de un suceso próspero ó adverso.

La comida fué alegre y animada, y á mí me ofreció ocasion de recoger de boca de los aldeanos hermosos ras-

gos de ingenio y gracia y sentimiento popular con que amenizar mis humildes libros, que sin este atractivo se caerian de las manos.

La comida habia terminado.

— Señora ama, dijo el más viejo de los aldeanos, tenga V. la bondad de dar gracias á Dios por el alimento que nos ha concedido, que la tarde se va pronto, y todos vivimos allá donde Cristo dió las tres voces.

En efecto, la señora dirigió la oracion de gracias pedida por los aldeanos, y que de sobremesa nunca se omitia en aquella casa, donde la piedad era amada y profesada, y la mojigatería aborrecida y proscripta. Hay un hermoso y tierno cuadro del pintor vascongado D. Antonio de Lecuona, que representa la bendicion de la mesa en un humilde hogar de los hermosos valles nativos del artista y del escritor que al artista recuerda con cariño de hermano. ¡Quién creerá al ver aquel cuadro, que ofrece el tipo real de la familia vasco-cántabra, que hay plumas que retratan á aquella familia como compuesta de fanáticos salvajes, refractarios á toda cultura y desnudos de toda virtud!

Terminada la accion de gracias á Dios, y sin olvidar la accion de gracias á sus bondadosos señores, ó más bien protectores, aldeanos y aldeanas se levantaron y se dispusieron á ir entregando á D. Juan la renta de la casa.

Don Juan hizo ademan de levantarse, para pasar al despacho con ellos; pero doña Mari-Santa le detuvo en su silla, diciéndole con aquella dulce sonrisa que le era habitual y enamoraba á todos, y más que á todos á su marido.

— No, no te levantes, Juan, que bien estamos aquí todos.

Y añadió dirigiéndose á los aldeanos, con la misma bondadosa y jovial sonrisa:

— Dice el refran, que donde hay patron no manda marinero; pero el refran no reza con el barco en que nos hallamos, porque el patron, que es mi marido, gusta de compartir el mando con el marinero, que soy yo.

— ¡Dios lleve patron y marinero con toda felicidad al puerto más seguro, que es el cielo! exclamó el aldeano más viejo, con asentimiento de todos sus compañeros y compañeras.

Doña Mari-Santa, que solia decir, aunque era modelo de bondad y de indulgencia para con las criadas, «ninguna criada me sirve tan á mi gusto como una que va siempre conmigo, y entiende con mi propio entendimiento y se maneja con mis propias manos», corrió al despacho de su marido y trajo tintero y el libro en que su marido y su hijo llevaban las cuentas de las caserías.

Fáltame espacio y habilidad para describir minuciosamente la escena que entónces presencié, y tengo que limitarme á reproducir algunos de sus episodios.

— Cuente V., señor amo, á ver si están ahí los cincuenta ducados de Aguirre-goicoa.

— Sí, Fraisco, están justos.

— Oye, Juan, ya que el pobre Fraisco ha tenido este año la desgracia de que se le desnuque la pareja, rebájale algo de la renta para ayuda de la compra de otra.

— Tienes razon, mujer. ¿Te parece que le rebajemos la mitad?

— Bien me parece, Juan, pero..... mira, á nosotros, gracias á Dios, no nos hace falta la otra mitad.

— ¡Esta pícara de mujer nos va á echar por puertas! dice D. Juan sonriendo, y devuelve á Fraisco los cincuenta ducados.

Fraisco y su mujer Mari-Pepa, con los ojos llenos de lágrimas, llaman todas las bendiciones del cielo sobre sus amos, y quieren besar la mano de *andria* (la señora), que necesita ponerse séria para reprimir aquella explosion de agradecimiento.

— Señor amo, la renta de Mendicoeche creo que son sesenta ducados. Vea V. si es eso lo que hay en ese papel.

— Está bien, Ignacio.

— Oye, Juan, á Ignacio se le casa Maríchu, la chica mayor, que es tan buena muchacha, y algun regalillo la hemos de hacer nosotros.

— Es verdad.

— Anda, envíale media onza para ayuda del arreo.

— Toma, Mari-Juana, y dile á Maríchu que ese es regalito de *andria*.

Mari-Juana é Ignacio, su marido, no se quedan cortos en *cumplir* en nombre propio y el de su hija.

— Señor amo, mal andamos por Cearrotza, porque como allí la tierra es tan fria, por más que uno encale y embasure las piezas para calentarlas, no se coge cevera para medio año.

—Verdad es, Anton; pero tambien tienes la renta muy baja. Ya ves, cuarenta ducados.....

—Sí, señor amo, pero mucha familia chiquita tenemos.....

—Anda, Juan, déjale al pobre Anton la renta en treinta ducados.

—Bien, eso pagará el año que viene.

—¿Y qué más nos da que lo pague este?

—Vamos, mujer, será lo que tú quieras.

—¡Gracias, señores amos! Por vida de..... A la señora ama en un altar la debian poner!

Si para muestra basta un boton, mejor bastarán estos tres para muestra de las conversaciones que oí durante la entrega de la renta.

Terminada esta operacion, Mari-Santa, acompañada de la dueña se dedicó á otra.

En la sala de paso estaban vacías las cestas en que aldeanas y aldeanos habian traido los regalos de costumbre, y Mari-Santa é Ignacia, con presencia y aquiescencia de D. Juan, procedieron á la distribucion de aquellos con que los amos correspondian á los de los inquilinos.

Formaba parte principal de cada regalo la media arroba de bacalao para la cena de *Gabon*, fiesta en que es indispensable en toda casería la fuente de bacalao con *incháur-salsa* (salsa de nueces), y la parte secundaria se componia de dulces y licores, principalmente destinados los primeros á hacer saltar de alegría á los chicos, y los segundos á regocijar y encandilar los apagados ojos de los viejos.

No se regocijaban y encandilaban ya poco los de aldeanos y aldeanas presentes al ver á *andria* llenarles las cestas con aquellos regalos.

—¡Adónde va V. á parar, señora ama, con tantas co-

sas! exclamaban, supongo maliciosamente que por puro cumplimiento, y doña Mari-Santa, que hablaba á cada cual el lenguaje que mejor entendia, justificaba su proceder con los refranes de «A quien te da el capon, dale la pierna y alon»; «Al que te trae la vaquilla, devuélvele la soguilla»; «El que no agradece, al diablo se parece»; «Al que toma y no da, el diablo le llevará», y otros evangelios chiquitos, así castellanos como vascongados, más ó ménos adecuados á las circunstancias.

Con esto, con distribuir doña Mari-Santa las ropas y los juguetes que Teresita desdeñaba ó miraba con indiferencia entre las aldeanas que tenian familia menuda y con consultar á D. Juan los aldeanos que tenian litigios pendientes, y aconsejarles D. Juan lo que debian hacer y prometerles su eficaz ayuda, llegó la hora de vánonos, y aldeanos y aldeanas emprendieron la vuelta á la aldea, llevando cada cual dentro del cuerpo un tamboril.

Poco despues sonaban las dos. Doña Mari-Santa, que verdaderamente estaba en sus glorias aquel dia, nos dió la órden, dulcemente imperativa, de pasar al comedor, y nos sentamos á la mesa bajo la presidencia de la misma señora, pues el Sr. D. Francisco declinó obstinadamente aquella honra, y empleó su autoridad en hacérsela aceptar á doña Mari-Santa.

Pero para doña Mari-Santa no habia dicha cumplida en la tierra, porque si no habia dia en que tuviese que llorar males propios, tampoco le habia en que no tuviese que llorar males ajenos.

Despues de comer conversábamos todos alegremente tomando café en el despacho de Leandro, cuando le anun-

ciaron que Juana la de Inchaurre deseaba hablar con ella, y se apresuró á salir á recibirla.

Poco despues volvió al despacho llorando sin consuelo.

—¡Ya pareció aquello! exclamó D. Juan con sobresalto, de que participábamos todos.

Era que á Juana le ocurria una desgracia, muy grande para una buena madre, y habia acudido al paño de lágrimas de doña Mari-Santa para ver de enjugar las suyas.

¡Severino, su hijo mayor, estaba preso y acusado de hurto!

Era el caso que, yendo con otros jóvenes amigos suyos á la romería de San Miguel de Zalla, habian ocultado por broma un baulito á un sujeto que gustaba de darlas y no de recibirlas, y con motivo de haberlos acusado de hurto aquel sujeto, se les habia formado causa en el juzgado de Balmaseda, se habia dado auto de prision contra los procesados algunas semanas despues, y, por último, Severino habia sido condenado á un año de presidio correccional en Búrgos!

XXXI.

LA MADRE DE UN PRESIDIARIO.

Pasé buena parte del año 1863 tratando con frecuencia á la familia de Gorostiza y dando alguno que otro paseo á las laderas de Goyerri con Francisco y Leandro.

Las cosas, en una y otra parte, seguian tales como imperfecta é incompletamente las he descrito: doña Mari-Santa raro era el dia en que no lloraba y aliviaba en lo posible algun pesar ajeno; á su marido, acostumbrado casi toda la vida al trabajo constante, se le hacia eterno el tiempo á pesar de las distracciones que le proporcionaban su buen carácter y su amor á la familia: Leandro empleaba la mayor parte del tiempo en el estudio del ramo industrial á que estaba ya decidido á dedicarse, y el restante le compartia entre su amor á la familia y á Rosita y su aficion á la amena literatura: Teresita tenía sus disgustillos con los hijos de Catulinda que, conforme se habian ido haciendo grandullones, se habian ido rebelando contra el atavío hasta el punto ¡ingratos! de dar tal cual arañazo á su amita cuando ésta trataba de engalanarlos con un lindo traje, en cuya hechura se habia desojado; doña Mari-Rosa era como siempre, guapetona, un tanto desaliñada y de mal gusto en su traje y en el gobierno de su casa y seguia burlándose del que hacia propias penas ajenas, y por tanto de su hermana, á quien seguia llamando el corregidor de Almagro; D. Pedro, quejándose amargamente de que no tenía tiempo siquiera para rascarse, con la fábrica, con los inquilinos, con las viñas y con tantas otras demoniuras como pesaban sobre él; Rosita hecha una mujercita de bien en el gobierno de la casa, sin que por eso dejase de pensar en Leandro y convertirse en una verdadera señorita cuando el dia de fiesta bajaba á la plaza, por la mañana á misa y por la tarde al baile y al paso que reune en aquel hermoso campo á la juventud deustuana; los pa-

dres de Rosita, sencillos, modestos, trabajadores como el último de sus jornaleros, y tan enamorados como de su hija de uno de los chicos del difunto Mánu el de Bérriz, al que enviaban á la escuela tan aseadito como si fuera hijo propio; y, por último, Chómin (de quien me habia olvidado con esta injusticia tan comun en los que más la predicamos) continuaba trabajando en su huerta y jardin toda la semana, admirando el dón de adivinacion de su ama, y subiendo los domingos por la tarde á Cobetas para contemplar á la fiera despues de cobrar ánimo para aquella subida y aquella contemplacion, con un cuartillo que echaba en Basurto ó Bidebitarte.

Metíme en seguida en viajes por Vizcaya y las provincias comarcanas que deseaba y áun era mi deber estudiar y conocer algo más que de oidas y leidas, vine á Madrid, donde permanecí algunos meses, volví á la aldea nativa á donde siempre temia ir, aunque lo deseaba sobre todas las cosas, por la única razon de que una vez allí, no acertaba á alejarme de aquellos amados campos y hogares de mi infancia, y en estas y las otras, vi llegar el verano de 1865 sin volver á Bilbao, ó cuando más volviendo por la tarde para tornar á ausentarme la mañana siguiente sin ver, ó viendo muy de prisa, hasta á amigos tan buenos como Francisco y la familia de Gorostiza.

Comunicóseme un acuerdo de las Diputaciones generales de las tres provincias hermanas, que consistia en la honrosa comision de permanecer, en el concepto de cronista de las mismas provincias, cerca de S. M. la Reina, durante el viaje que esta augusta señora y la real familia

iban á hacer por ellas ; y para disponer el mio regresé á Bilbao.

Leandro se apresuró á visitarme apenas llegué.

— Mamá, me dijo, tiene que contarle á V. una historia tristísima.

— ¿Cuál, querido Leandro?

— No quiero privar á mamá del triste consuelo de desahogar su corazon contándosela á V.

— Iré esta tarde por Gorostiza.

En efecto, fuí, y doña Mari-Santa me contó la historia que me habia anunciado Leandro.

El prólogo de esta historia ya me era y nos es conocido. Sabia ya que Severino, el hijo de Juana la de Inchaurre, habia sido condenado á un año de presidio correccional, por un delito que sólo en apariencia lo era; pero lo que no sabía era otra desventura infinitamente mayor que pesaba sobre Juana y su hijo.

Hé aquí lo que Mari-Santa me contó deshecha en lágrimas :

« Severino era un muchacho que no podia vivir ocho dias un poco léjos del rincon donde se habia criado, de la casa paterna y de la familia. Desde niño habia empezado á dar á conocer esta singularidad de su carácter: tenía parientes en un pueblo de las merindades de Castilla, y le llevaron allá muy contra su gusto para que pasase con ellos una temporada. Cuando iba á perder de vista el valle natal y la casa paterna, se echó á llorar y con dificultad se le persuadió á que continuase el viaje. A los dos dias de llegar queria emprender la vuelta y hubo que tomar precauciones para que no se escapase

solo y á pié á pesar de que Abando distaba de allí cerca de veinte leguas. Cuando vió que no se le dejaba volver, se apoderó de él tal tristeza que se temió enfermase sériamente y hubo que apresurar su vuelta.

No pocos muchachos amigos y compañeros suyos se fueron ausentando á América, y los padres de Severino quisieron que éste imitára su ejemplo, tanto más, cuanto que tenian proporcion de colocarle en la casa de comercio de Buenos-Aires en que tenía parte D. Juan, con con liciones tales, que á la vuelta de una docena de años podria encontrarse con un capitalito; pero Severino, si no se irritaba al oir hablar de esto, porque era de carácter manso y humilde, temblaba como un azogado y se apoderaba de él una mortal tristeza.

Cuando fué siendo mozo y aprendió el oficio de su padre, le hicieron proposiciones para que fuese á trabajar en una fábrica de fuera del país, con doble jornal que el que ganaba en la fábrica de Deusto, cuya chimenea se veia desde Inchaurre.

Severino rechazó la proposicion, y á pesar de la mucha docilidad con que se sometia ordinariamente á las órdenes ó deseos de sus padres, no consiguieron éstos reducirle á que la aceptára.

Juana que ya habia visto la dificultad con que su hijo habia soportado su estancia en la cárcel de Balmaseda, se dijo llorando al verle salir para el presidio de Búrgos: «¡Se muere de tristeza y desesperacion ántes de terminar la condena!»

Y le siguió hasta Búrgos con ánimo de permanecer allí y consolarle hasta que se fuese acostumbrando un

un poco á la ausencia del valle nativo y la casa paterna.

Volvióse la pobre madre, creyendo que le dejaba un tanto resignado y obligada á volver porque el gobierno de su casa y familia reclamaban su vuelta, tanto más cuanto que su marido era un bendito de Dios que no sabía más que ganar el jornal. Una tarde, algunos dias despues, oyó pasos en las escaleras, salió al encuentro del que subia y se encontró con su hijo! Su primera impresion fué la alegría y sus primeras palabras expresion exaltada de la ternura maternal.

—¿Cómo vienes, hijo? preguntó en seguida al muchacho con ánsia y temor de salir de su incertidumbre.

—¡Madre, vengo escapado! contestó Severino.

—¡Escapado! exclamó Juana con terror ¿Y qué va á ser de tí, hijo mio, si te cogen?

—Madre, no me podrá suceder cosa peor que lo que me sucedia en el presidio, donde me sentia morir.

—Es necesario que te escondas, hijo mio.....

—Madre, yo no me escondo, porque vivir escondido es lo mismo que vivir preso, y para no vivir así me he escapado.

Juana no quiso atribular más á su hijo diciéndole lo mucho triste que le ocurria acerca de su situacion. Al aconsejarle que se escondiera, habia pensado con profundo dolor que si su hijo al entrar en el presidio era criminal sólo en apariencia, al salir como habia salido era criminal en realidad.

Cuatro ó cinco dias despues, Severino, el escapado de presidio, fué preso sin resistencia alguna y es inútil

añadir que sufrió una nueva y más rigurosa condena por el delito de evasion.

Desde entónces su situacion en el establecimiento penal fué para él infinitamente más intolerable porque era ya á los ojos de sus guardianes ménos digno de consideracion que los asesinos más feroces, puesto que era más capaz que ellos de escaparse y comprometer su responsabilidad. Así, pues, á la falta de libertad y á la ausencia de la tierra nativa y de la casa paterna que ántes era para el penado mal insoportable, se unia otro mal que era el de mayor falta de libertad y peor trato.

Habia sido conducido al presidio de Cartagena, donde se habian tomado grandes precauciones para impedir una nueva evasion. Estas precauciones fueron al fin inútiles, pues Severino se escapó tambien de allí valiéndose de medios tan ingeniosos y audaces que asombraron á los criminales más diestros en burlar cárceles y presidios.

Severino volvió á la casa paterna y tampoco quiso tomar precaucion alguna para no volver á caer en manos de la justicia. Cayó muy pronto sin oponer la menor resistencia, y una nueva condena pesó sobre él.

Conducido al presidio de la Carraca, tambien volvió á escaparse, tambien volvió á la casa paterna, tambien volvió á ser preso, y su situacion, cuando Mari-Santa me contó tan lamentable historia, era, en suma, esta que no podia ser más triste: estaba condenado á más de veinte años de presidio, estaba gravemente enfermo de nostalgia y de crueles castigos, pues siendo en la vida ordinaria manso como un cordero é incapaz de hacer daño á un pajarillo, se le consideraba con razon hombre peligrosí-

simo por los encargados de su custodia. Doña Mari-Santa me enseñó las cartas que aquel desventurado habia dirigido á su madre, y estas cartas conmovieron hasta el fondo de mis entrañas porque no revelaban más ánsia que la de morir en la casa paterna y encontrar el descanso eterno en aquel santo huertecillo que está al costado septentrional de la iglesia de San Vicente de Abando.

¡Tal era, en resúmen, la triste historia de Severino! ¿Cuál era la de su pobre madre? Cuando D.ª Mari-Santa me la contó hecha un mar de lágrimas, dirigí la vista y el corazon al collado de Begoña, y por la santa memoria de mi madre, que habia llorado más de quince años mi ausencia, y habia muerto pronunciando mi nombre y pidiendo á Dios que admitiera como redencion de sus culpas las lágrimas que por mí habia derramado, prometí á la madre de Dios no omitir medio de proporcionar á aquella otra heróica y desconsolada madre el dulce y triste consuelo de ver morir á su hijo allí donde oyó su primer vagido.

He llamado heróica á la pobre Juana, y me bastarán pocas palabras para probar que merecia este nombre: bastára para ello decir que, pidiendo á su corazon de madre y á su fe de cristiana la fortaleza que le negaban su sexo y su pobreza, habia hecho en los dos últimos años un viaje de ida y vuelta á Búrgos, otro á Cartagena, otro á Cádiz y otro á Madrid para consolar á su pobre hijo, y con la esperanza de alcanzar su libertad. Estas peregrinaciones, que no vacilo en calificar de santas, y que son reales y positivas, como todo lo que se narra en este libro, cuyo autor, en sus sencillas narraciones, no necesita

acudir á su fantasía, porque le basta acudir á sus recuerdos; estas santas peregrinaciones representaban una suma de más de seiscientas leguas, andadas á pié, y sola, y desconsolada, y casi sin pan que llevarse á los labios, por una mujer casi anciana!

¡Ay! ¡la vida real ofrece tantos dolores, y tantas alegrías, y tantas tristezas, y tantos heroismos, y tantas maldades, y tantas acciones santas, que el escritor que sabe averiguarlas y sentirlas no necesita fantasearlas!

Una solemne y entrañable promesa hice á la Vírgen de Begoña cuando Mari-Santa me representó á aquella desventurada madre aldeana atravesando la inclemente extension de la península española, desde las costas del Océano Cantábrico á las del Mediterráneo, y vagando por las oficinas de Madrid sin recomendacion, sin apoyo, sin guia y sin saber explicar lo que ansiaba, sólo diciendo con sus lágrimas que ansiaba algo con todo su corazon. Esa misma solemne y entrañable promesa hice á D.ª Mari-Santa.

¿Qué podia hacer yo, de genio naturalmente encogido y aficionado á vivir retraido de los círculos y el trato de personas influyentes en las esferas oficiales, para que recobrára la libertad un hombre, condenado, con razon, al ménos legal, á más de veinte años de presidio? Esta pregunta me hice sin saber contestarla, y pocos dias despues partí á desempeñar el cargo oficial que se me habia confiado, sin haber resuelto áun tan difícil problema.

La cabeza es un gran calculista, pero el corazon tambien entiende un poquito de matemáticas!

XXXII.

JUNTO AL SOLAR DE ERCILLA.

Una hermosa tarde de Agosto se agolpaba á las costas de Guipúzcoa y Vizcaya, desde Zarauz á Bermeo, aquel honrado pueblo que hacía más de veinticinco años habia jurado lealtad á la reina D.ª Isabel II, y habia cumplido lealmente su juramento, aunque contínuos atentados por parte de los gobernantes á sus venerandas libertades, y contínuos ejemplos de rebelion por parte de los gobernados, habian conspirado aquende el Ebro para que le quebrantase. Aquella muchedumbre de gentes acudia á las costas del Océano á saludar y aclamar á la Reina, cuyo gran corazon era extraño á las injusticias é ilegalidades que iban reduciendo á la nada las seculares libertades del pueblo vascongado (1).

---

(1) Como es general la creencia de que en estos últimos treinta y cinco años nadie ha pensado siquiera en mermar las libertades vascongadas, y hasta alguno de nuestros escritores y estadistas más ilustres lo ha asegurado bajo su firma, conviene decir aquí: que por una ley hecha en Córtes en 1839 se confirmaron solemnemente los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, sin más limitacion que la cláusula de «salva la unidad constitucional de la monarquía»; que ántes de procederse á la votacion de la ley se declaró que aquella cláusula sólo significaba «unidad de monarca y unidad de parlamento», y que sin embargo de esto y de haber permanecido el pueblo vascongado, hasta dos años despues de la revolucion de 1868, constantemente pacífico y sumiso al Gobierno de la nacion, á pesar del mal ejemplo que

La nave real dobló el cabo de Ogoño, y dió vista á la histórica isla de Izaro y á la foral Bermeo, que tan insignes recuerdos guardan de los reyes de Castilla, que, como señores de Vizcaya, iban á prestar el juramento foral en la iglesia de Santa Eufemia de Bermeo, y á orar y prodigar sus piadosos dones en el monasterio de Izaro, islita siempre verde y cubierta de flores que cubren las santas ruinas del monasterio, y amada de Isabel la Católica, á cuya liberalidad se debió la construccion de una gran escalinata de piedra, que áun se descubre entre la espuma de las olas y el césped hollado por la fecunda planta de la gran reina.

Isabel II desembarcó en Bermeo entre las entusiastas y unánimes aclamaciones del pueblo, y despues de permanecer en la noble y anciana patria de los Ercilla has-

---

le daban las frecuentes rebeliones aquende el Ebro, inclusas las carlistas, que duraron años enteros en Cataluña y el Maestrazgo, se habia ido destrozando, hoja por hoja, el código de las libertades vascongadas con pretexto de la unidad constitucional, sustituyendo casi toda la legislacion foral con la general del reino. Ni siquiera se habia respetado aquella ley del Fuero que dice ser de los vizcaínos todo el territorio de Vizcaya, pues sustituyéndola con las leyes generales de desamortizacion y minas, el Gobierno se apoderó de los bienes propios de los pueblos y de las veneras de hierro, que son la mayor riqueza de Vizcaya, y lo fué vendiendo todo, atentando con la ley de minas hasta al sagrado solar de la familia, que aquella ley pone á disposicion del primer especulador, necio ó mal intencionado, á quien se antoje decir que encierra en sus entrañas un poco de mineral. Los propietarios que han querido prevenir estos atentados, despojos y profanaciones han tenido que apresurarse á denunciar y comprar sus mismas propiedades, y ¡hasta el suelo en que está edificada la casa de que toman apellido!

ta la hora en que el sol se escondia tras el santo peñon de Gaztelugache, tornó á la nave para regresar á Zarauz. Yo tenía la honra de hallarme á bordo de la misma nave, cuando dirigiendo la vista, para darles la despedida, á

> «los anchos muros del solar de Ercilla,
> solar ántes fundado que la villa»,

como dijo el cantor de *La Araucana*, llamó mi atencion un movimiento de la muchedumbre agolpada al pié de aquella insigne torre que domina al puerto. Aquel movimiento tenía por objeto dejar paso á una mujer, que, sin hablar una palabra, decia á todos con sus lágrimas, con su fatiga, con su ánsia de llegar al muelle, que un inmenso dolor la conducia allí, donde estaba su única esperanza de encontrar el alivio.

Aquella mujer era Juana la de Inchaurre, cuya aparicion allí me explicaron despues de este modo : yo habia escrito á D.ª Mari-Santa, por conducto de Leandro, que habia concebido un plan, á mi parecer eficacísimo, para conseguir de la reina el indulto, cuando ménos parcial, del pobre Severino ; pero que la base de este plan era la ida de la Reina á Bilbao, que era cosa decidida, y en cuyo caso era indispensable que Juana estuviese en Bilbao. Túvose noticia en la invicta villa de que la Reina, con toda la real familia, habia emprendido aquella mañana una excursion á Bermeo, de aquellas que solia hacer sin anunciarlo préviamente, deseosa de que los pueblos no le preparasen recibimiento alguno, pues eran los únicos que le agradaban aquellos tan espontáneos como entusiastas y hermosos que encontraba en todas partes,

y la pobre Juana, sin tiempo para consultar ni á la misma D.ª Mari-Santa, que tanta parte tomaba en su dolor, y que á la sazon se hallaba en Santurce con toda su familia, creyó que la Reina habia sustituido el viaje á Bilbao con aquel viaje á Bermeo, y tomó inmediatamente el camino de esta última villa, atravesando á pié las montañas de Rigoitia para hacerle más corto, aunque fuese más penoso.

El proyecto que yo habia concebido era éste : La Reina, con cuyo nombre en el corazon y en los labios habia alcanzado la villa de Bilbao el título de Invicta, que ha ratificado despues con aquel mismo nombre, si no en los labios, en el corazon, y tenía muy presente una medalla en que aparecian ella, inocente niña aún, y su augusta madre, indicándole ésta aquella noble y heroica villa, como diciéndole : «¡Ese pueblo ha salvado la corona que ciñe tu frente de ángel!», la Reina daba grande y merecida importancia al recibimiento que le hiciese el pueblo bilbaíno, y como yo sabía que este recibimiento habia de ser sobremanera entusiasta, me dije : «El corazon de la Reina, que en toda ocasion es magnánimo y compasivo, estará en aquella ocasion más dispuesto que nunca á la magnanimidad y á la compasion. Resumiré sencillamente en un memorial la historia de los dolores maternales de Juana; cuando me parezca más oportuno, conduciré á la desgraciada madre á los piés de la Reina, madre tambien y de corazon tan compasivo como el de Mari-Santa; entregará á la Reina el memorial, la elocuencia de las desventuras que en él se relaten, recibirá inmenso realce con las

lágrimas y el mudo dolor de Juana y las palabras que á mí me dicte en aquel instante el corazon, ¡y nuestro triunfo será completo!»

Estaba yo por casualidad en el puente del buque real, donde á la ida me habia aconsejado bondadosamente la Reina que permaneciese, para que con la influencia de las suaves brisas marinas me molestase ménos el mareo á que sabía era muy propenso. Allí me vió Juana y desde allí la vi yo á ella, en el instante en que el buque se ponia en movimiento, al compas de las atronadoras aclamaciones del pueblo, que se extendia en oleada infinita, desde la orilla del mar á las laderas de Albóniga, y áun á las cúspides del Sollube, que coronaba.

La mirada que aquella desventurada mujer me dirigió, juntando las manos en ademan de súplica, encerraba dolor y desconsuelo cuya intensidad no hay pluma ni lengua humana que narre!

Alguna de las mil navecillas hermosamente engaladas y tripuladas por aquellos gallardos, valientes y generosos pescadores y marinos del litoral vizcaíno, que habian acudido de todos los puertecillos á saludar á los Reyes, á *erreguechúa* (el reyecito), como llamaban al príncipe de Astúrias, cuya gracia y viveza les enamoraba, y á la infanta doña Isabel, cuya angelical modestia y cuyas largas trenzas de pelo hacian llorar de ternura y admiracion á las sencillas aldeanas; alguna de aquellas navecillas, que debian tornar al puerto despues de acompañar al buque real hasta que éste doblase el cabo de Ogoño, se hubiera encargado gustosa de llevar á la pobre y desolada Juana una palabra de esperanza y con-

suelo con que yo le diese fortaleza para volver á su triste hogar: pero traspasado de dolor en presencia de su dolor y desconsuelo, no me ocurrió esta idea hasta que ya era imposible utilizarla. Lo único que me consoló fué una carta que dirigí á Leandro, apénas regresamos á Zarauz, encargándole que inmediatamente dijese á Juana que la Reina no desistia de visitar á Bilbao, y entónces pondriamos en práctica mi proyecto, encaminado á obtener el indulto de Severino.

XXXIII.

LA MADRE DE LAS MADRES.

Al fin se señaló el dia en que la córte debia hacer su proyectado viaje á Bilbao.

Yo tenía mi familia en Zarauz, y tanto por no exponerla, como por no exponerme al mareo con navegacion relativamente tan larga, determiné regresar con ella á Bilbao por tierra, y así lo hice, anticipando un dia mi viaje al de la córte, que al fin tuvo que hacerle tambien por el ferro-carril, con motivo de haberse malcado casi repentinamente la mar.

Apénas llegué á Bilbao, fuí á ver á la familia de Gorostiza, que Francisco me dijo haberse trasladado á su casa de la Estufa, con motivo de la próxima llegada de la Reina á Bilbao, pues Mari-Santa profesaba entrañable adhesion á la Reina, no por afinidad política, pues en tales hondüras no se metia ni se creia apta para me-

terse Mari-Santa, sino por afinidad de corazon de mujer y madre.

El dolor ajeno que doña Mari-Santa lloraba aquel dia (pues no habia dia en que no tuviese que llorar dolor ajeno), era muy justificado: aquella mañana habian amputado en el hospital una pierna á un hermoso niño de seis años, hijo de unos pobres y honrados artesanos, y doña Mari-Santa, que habia ido á consalar á la angustiada madre de aquel desgraciado niño, que no se apartaba un momento del lado de su pobre hijo, habia vuelto hecha un mar de lágrimas.

Juana, la de Inchaurre, á quien Leandro se habia apresurado á comunicar mi carta, se habia repuesto del desconsuelo con que volvió de Bermeo, y esperaba de la venida de la Reina la salvacion de su hijo.

Así que supo mi llegada fué á verme, y concertamos la ejecucion de mi proyecto, salva aquella parte que dependia de la eventualidad.

Declinaba la tarde del dia siguiente.

Las campanas y *chupines* (1) de Begoña, que encontraron inmediatamente eco en las campanas y *chupines* de Bilbao, Abando y Deusto, anunciaron que la Reina saludaba á su vez, desde frente á la Península de Echébarri, á aquel insigne santuario que se descubre desde allí.

Como por encanto, la populosa y rica villa se vistió de gala, no satisfecha con lo mucho que su capítulo municipal habia hecho para embellecerla, y el recibimiento

(1) Unos morteretes de hierro con que se hacen salvas en las grandes alegrías y solemnidades.

que aquel noble y culto pueblo hizo á la Reina fué tal, que su entusiasmo rayó en delirio, como suele decirse en estos casos, no siempre con tanta razon como entónces. ¡Qué contraste tan singular entre aquel magnífico y entrañable recibimiento, y el que la invicta villa hizo, algunos años despues, á aquel desdichado príncipe italiano, que llevando como irrisoriamente el nombre de rey de España, entró en Bilbao sin que una voz popular le saludase, ni apénas un balcon ni una ventana se engalanase ni iluminase en su obsequio!

—¡Me parece éste el dia más feliz de mi vida! exclamó la Reina llorando de alegría y emocion al retirarse á sus habitaciones, dulcemente perseguida aún por el amor y las aclamaciones populares, y deslumbrada por aquellos torrentes de luz que tornaban la noche en dia clarísimo, pues hasta allá sobre los collados de Begoña aparecia, como suspendida en el espacio, una gigantesca cruz de fuego y oro y diamantes, en que la república begoñesa habia convertido la alta torre de su insigne santuario.

Al dia siguiente dedicóse la Reina á visitar los templos y los establecimientos de beneficencia, dejando en ellos grata memoria de su piedad y de su caridad inagotable.

El hospital civil de Bilbao es establecimiento que, tanto por la magnificencia del edificio, como por su sábia y honrada administracion, constituye uno de los blasones más gloriosos de la villa. La Reina, que ya llegaba al atrio de aquel piadoso establecimiento, profundamente conmovida con la incesante ovacion popular de que era

objeto en todas partes, sintióse mucho más conmovida aún al fijar su atencion en una gran lápida de mármol, colocada sobre la puerta principal, para conmemorar un gran acto de clemencia con que su augusto padre habia señalado su visita al mismo establecimiento, hacia treinta y siete años.

Yo habia previsto la emocion que habia de experimentar con aquella inesperada memoria y aquel ejemplo de misericordia de su padre, y esperaba que aquella emocion habia de ser fecunda en bien.

Para todos los enfermos tuvo la Reina palabras y obras de esperanza y consuelo verdaderamente maternales; pero cuando se acercó al lecho de aquel inocente niño, cuya desventura y la de su pobre madre habia yo visto llorar á Mari-Santa, toda su compasion de mujer, de cristiana y de madre se desbordó de su corazon é inundó sus ojos de lágrimas. Besó y consoló con el entrañable amor de madre al pobre niño, se identificó con el dolor de la que velaba á la cabecera de su lecho, y no hubo género de consuelo que no le prodigase, incluso el de proporcionar medios de subsistencia para lo porvenir al inocente inválido; y quebrantado su corazon por el infortunio de aquella tierna criatura de Dios, se retiró á una sala inmediata, para reponerse un poco de la profunda emocion que experimentaba.

Aquel instante era el que con ánsia esperaba yo hacia tiempo. Entre la muchedumbre que llenaba la galería, Juana esperaba con ánsia infinitamente mayor, que yo la condujese á los piés de la reina, en quien estaba su única y última esperanza. Abríle paso por medio

de la multitud, y conduciéndola á presencia de S. M., que al notarlo se apresuró á anticiparnos muestras de su benevolencia, la pobre Juana, temblorosa, desolada, cegada por el llanto, sin acertar á pronunciar una sola palabra, entregó á la Reina el memorial que yo le habia redactado.

—Señora, dije á la Reina, esta pobre madre solicita de V. M. un gran acto de misericordia. Grande es el dolor de esa otra madre con quien V. M. llora aún, pero el de ésta todavía sería mayor si ambos no se diferenciasen en que el de la madre de ese pobre niño apénas tiene remedio en lo humano, y el de ésta no necesita más que una palabra de V. M. para que le tenga completo.

—Pues ten por pronunciada esa palabra, y ¡gracias por haberme proporcionado el consuelo de pronunciarla! me contestó la Reina, añadiendo á Juana palabras tan generosas y dulces que dejaron en sus labios, como en los mios, una bendicion que siempre debia unirse á la memoria y el nombre de la magnánima reina y tierna madre que hoy llora el más injusto de los destierros.

Si hubiese quien llevase á mal que en un libro consagrado á enaltecer la virtud y la ternura de la santa madre de familia, en vez de fantasear hechos y caractéres, los busque el autor en sus recuerdos de la vida real y en los de la vida de una ilustre mujer que ocupará una de las páginas más gloriosas de la historia patria, el autor no se arrepentirá de haber procedido como procede.

Mal caballero, y mal cristiano, y mal español sería si á aquella á quien viéndola feliz sólo le pidió la gracia

que hoy conmemora, viéndola desgraciada le negase la justicia que le debe.

Algunas semanas despues el pobre presidiario regresaba al hogar paterno, libre por la clemencia de la Reina, pero condenado á muerte por los padecimientos físicos y morales que habia experimentado, y á principios del año siguiente se cumplia el más ardiente de sus votos, que era morir bajo el techo donde habia nacido, y descansar para siempre en el santo huertecillo de Abando!

XXXIV.

LAS ALMAS FUERTES.

Era por la primavera de 1867 y yo vivia con mi familia en Durango, á cuya villa y merindad tenía mucho cariño, porque en todos conceptos eran dignas de que se le tuviera por lo apacible y hermoso de su clima y suelo y por la honradez y bondadoso carácter de sus habitantes.

Sabía yo que Leandro hacia cerca de un año estaba en Bélgica dedicado al estudio teórico-práctico de la industria ferrera, pues sus padres y él, de comun acuerdo, habian decidido establecer una importante ferrería, dotada de los grandes y radicales adelantos modernos, en el solar de una antigua que poseian en la cuenca inferior del Cadagua.

Esta decision tenía el doble objeto de asegurar el porvenir de Leandro y devolver á su padre aquella vida siempre activa y ocupada que habia tenido casi desde

niño, y tanto echaba de ménos desde que quedó reducida casi á la ociosidad.

El casamiento de Leandro y Rosita se habia aplazado, por acuerdo de ambas familias, para cuando Leandro volviese del extranjero y plantease el proyectado establecimiento industrial.

Francisco solia escribirme y darme noticias no sólo de la familia de Gorostiza, sino tambien de las de Goyerri, adonde subia algunas tardes en sus paseos con D. Juan.

En una de sus cartas me decia: «Doña Mari-Rosa y su marido son los de siempre. Doña Mari-Rosa sigue llamando á su hermana el corregidor de Almagro, y Don Pedro lamentándose de que es más esclavo que los de Guinea. Su mujer continúa aconsejándole que lo eche todo noramala y se dé buena vida, y le veo cada vez más inclinado á seguir al fin este consejo, que me parece ha de dar resultados contraproducentes, así como creo que los ha de dar buenos el de doña Mari-Santa á D. Juan, que, como recordarás, fué siempre que volviese á la vida activa, como el mejor remedio de su aburrimiento.»

Un dia recibí una carta del mismo Francisco, cuyo preámbulo me alarmó sobremanera: «Por evitarte un gran sentimiento (me decia Francisco) no he querido decirte nada de los contratiempos que en sus intereses han experimentado, en lo que va de año, nuestros buenísimos amigos de Gorostiza, cuya fortaleza de ánimo (que es grande, lo que será para tí gran consuelo como para mí lo es) Dios ha querido poner á prueba, despues de colmarlos de prosperidad y dicha durante tantos años.

Casi se puede decir que D. Juan, que era millonario hace pocos meses, ha quedado reducido á la pobreza. El gran establecimiento comercial que tenía en Buenos-Aires en compañía de uno de sus antiguos amigos y que era la más productiva de sus propiedades, ha quebrado por mala fe ó ineptitud de su consocio, y es probable que pierda por completo el capital que allí tenía empleado. Los dos hermosos buques que tenía en la carrera de América se han perdido en el puerto de la Habana con motivo del horrible huracan que allí se experimentó últimamente. Y, por último, acaba de recibir la triste noticia de que se ha presentado en quiebra la casa de James Brigham y compañía, de Lóndres, donde sabes que tenía casi todos sus fondos. De modo que á esta buenísima familia millonaria ayer, apénas le quedan hoy más bienes que los de Vizcaya, reducidos á unas cuantas caserías, cuya renta apénas le bastará para subsistir con un poco de holgura. Todavía no son públicos en Bilbao estos contratiempos, que quiera Dios no se confirmen por completo, y te lo advierto para que los reserves, aunque D. Juan y doña Mari-Santa me han encargado que cuando te escriba te los participe para que no extrañes que D. Juan no haya ido, como te prometió, á pasar por ahí algunos dias en tu compañía. Leandro, que de todos modos debia volver á principios de verano para emprender en seguida la realizacion de sus proyectos fabriles, tiene ya noticia de estas desgracias y anticipa su vuelta deseoso de animar y consolar á sus padres.»

Las noticias que Francisco me daba me llenaron de tristeza; más aún: al leerlas estuve á punto de dudar de

la justicia de Dios, si bien me horroricé inmediatamente de esta duda y la rechacé, no sé si tan indignado de ella como de la debilidad de mi fe. Quise escribir á don Juan expresándole cuán profundamente sentia su infortunio y el de su familia; pero mi pluma no acertó á traducir ni áun pálidamente lo que mi corazon sentia, y dos dias despues salí para Bilbao, esperando que mis labios fueran más felices que mi pluma.

Francisco no estaba en Bilbao porque habia ido aquella mañana á predicar en una aldea próxima.

Mis amigos, que apénas florecian los endrinos y los membrillos en las estradas abandonaban la villa por el campo, querido de las almas del temple de la suya, estaban ya en Gorostiza, y allá me fuí en su busca.

La tarde era templada y hermosa y la ancha estrada de San Mames estaba llena de paseantes que iban ó venian, respirando con delicia el ambiente primaveral que movia suavemente aquellas enramadas recogiendo los delicados aromas que brotaban de ellas.

Al acercarme a Gorostiza parecíame que todo lo iba á encontrar allí vestido de lufo. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando oí á Teresita cantar alegremente en el jardin, y vi á doña Mari-Santa y la dueña cosiendo y charlando alegremente en el mirador que daba sobre la estrada, y por la verja descubrí bajo el emparrado á D. Juan y Leandro agradablemente entretenidos en hacer un hermoso ramillete de flores, á cuyo efecto Teresita las cogia, don Juan las preparaba y Leandro las unia artísticamente.

Teresita habia crecido tanto en mi ausencia que me faltó poco para desconocerla.

Si Francisco no hubiese sido hombre tan formal que ni áun en el seno de la amistad intimísima y cariñosa que nos unia, no olvidaba un instante la dignidad de su estado, hubiera yo creido que todas aquellas noticias, que tanto me habian apenado, eran pura broma de Francisco.

Apénas me vieron, todos dejaron sus ocupaciones y salieron á mi encuentro llenos de alegría, como cuando yo iba á visitarlos en aquellos buenos tiempos en que Mari-Santa sólo tenía que llorar ajenas desgracias.

No me atrevia á hablarles de las suyas, porque al ver su tranquilidad, todavía dudaba de que fuesen ciertas ó, á lo ménos, tales como Francisco me las habia pintado.

Dijéronme que Leandro habia llegado la noche precedente, y D. Juan me añadió:

—No le repito á V. que me dispense el que no haya parecido por Durango, porque supongo que el señor don Francisco le diria á V., como se lo encargamos, los motivos que he tenido para ello.

—Sé por él cuáles son esos motivos y vengo á decirles á VV. que los siento con todo mi corazon.

—Lo creemos sin que V. nos lo diga y lo agradecemos con todo el nuestro.

—Venía tambien á consolar á VV. y á aconsejarles la resignacion; pero veo con infinito placer que están ustedes ya consolados y resignados.

—Es verdad, dijo doña Mari-Santa sonriendo; llega V. tarde, porque otro se habia adelantado á V. en esa buena obra.

—¿Quién, alguno de tantos buenos amigos como ustedes tienen?

—Sí, el mejor de todos : Dios que nos ha dicho desde el fondo de nuestro corazon y nuestro entendimiento : «Lo que os sucede es obra mia y debeis conformaros con ella porque ya sabeis que todo lo que yo hago es sabio y justo.» Mañana domingo vamos á subir á Begoña á dar gracias á *amá-virgiña* porque nos ha traido con bien á Leandro, y á llevarle el ramillete de flores que Teresita le tenía ofrecido si llegaban con salud su hermano y una perfumería parisiense que con él venía. Que le diga á V. Teresita el discursito que tiene dispuesto para dirigírsele á la Vírgen.

— Veamos, amiga Teresita, qué discurso es ese.

Teresita no se hizo rogar, porque á pesar de su estiron, que la convertia en mujer hecha y derecha, conservaba la sencillez, gracia y viveza de la niña que suspiraba por poseer un corderito.

—Verás, me contestó, lo que le diré á la Vírgen cuando ponga en su altar las flores : « *Amá-virgiña*, dicen mamá y papá que éramos ricos y ya somos pobres, pero que eso no importa nada, porque lo que se pierde en la tierra, que es lugar de paso, se recobra centuplicado en el cielo, que es luga definitivo. Yo te doy gracias en nombre de papá y mamá y mio, y se las doy á tu divino hijo por habernos dejado pobres y habernos traido á Leandro más guapo, más sabio y más cariñoso que fué allá..... donde dice que saben hacer perfumes sin tener flores, y vino sin tener uvas.

—¡Bien, Teresita! exclamé conmovido con la belleza, si no de forma, de fondo, de aquel discursito.

—¿Te gusta? Pues entre mamá y yo le hemos arreglado. Mamá me decia lo que era necesario decir á *amávirgiña* y yo buscaba el modo de decírselo.....

—Pero en eso de los perfumes y el vino no tengo yo arte ni parte.

—Es verdad, mamá, pero lo he añadido por no acordarme de esos nombres tan revesados de la tierra donde ha estado Leandro.

—De todos modos mamá y tú sois unas sábias.....

—Calle V., adulador, y venga á tomar chocolate con nosotros, me interrumpió Mari-Santa señalando hácia el comedor, á una de cuyas grandes ventanas que daban al jardin acababa de asomarse una de las muchachas como diciendo: «cuando VV. gusten.»

En efecto, á tomar chocolate fuimos, y en el comedor, y luégo bajo el emparrado, hablamos lo que no es decible en este libro que debe ser lo más posible corto para que sea lo ménos posible malo.

Allí, resumiendo Leandro su opinion y la de sus padres en punto á lo presente y lo por venir de la familia, me dijo con la unánime aprobacion de todos, incluso yo mismo:

—Papá dice que cuando él comenzó á trabajar para vivir él y los suyos, no tenía ni la centésima probabilidad que él y yo tenemos de enriquecernos, porque comparados con lo que él era, somos unos sabios y unos Cresos. Nos encerrarémos todo el año en Gorostiza, que es un paraíso para gentes de instintos tan aldeanos como los nuestros, reducirémos nuestra mesa á la olla aldeana, el

vino de Inchaurre y el pan de marineros (1), para lo cual bastan y sobran las rentas de las caserías y del cuartel de invierno que arrendarémos; con lo que papá y mamá tenian olvidado en el fondo de la gabeta, y con algo más que busquemos en el crédito que suponemos no se habrá ido enteramente á fondo en este naufragio, nos meterémos á fabricantes de hierro en Ibarrondo, cuya pobre y vieja ferrería ya era hora de que se la sacase del olvido en que yacia y se la remozase y alegrase, y verá V. como á la vuelta de pocos años somos tan ricos como los Ibarra (2).

Cuando las campanas de San Pedro de Deusto tocaban á la oracion, salí de Gorostiza tan consolado y alegre como descorazonado y triste habia ido, y torné á la villa diciendo:

—¡Ah, que poco valen los tesoros del arca comparados con los tesoros del corazon! ¡Señor, si un dia falta en mi mesa el pan, que no falte en mi alma la fortaleza para recobrarle!

XXXV.

LA FRUCTIFICACION.

Pocos dias despues de mi visita á Gorostiza, ya eran públicos en Bilbao y áun en Vizcaya los contratiempos

(1) Pan en grandes hogazas y muy sano que se fabrica para los buques y usan las familias pobres ó económicas.

(2) Los señores Ibarra y Compañía, opulenta y acreditada casa, dueña de la gran ferrería del Desierto en Baracaldo.

que habia experimentado aquella familia, y hasta los periódicos locales hablaban de ellos.

Decia el *Irurac-bat*:

«Los periódicos de la isla de Cuba y los de Buenos-Aires, que acabamos de recibir, nos dan dos tristes noticias que causarán vivo sentimiento en nuestra villa por afectar á una familia convecina nuestra, y querida y respetada de todo el vecindario. Entre los pormenores que nos dan los periódicos de la Habana del horrible huracan experimentado en aquel puerto, y de que nos adelantó sumaria noticia el correo anterior, encontramos la de haberse perdido totalmente las hermosas barcas *Teresita* y *Leandro* de la matrícula de Bilbao, armador el señor don Juan de Gorostiza, de la misma vecindad. En cuanto á la noticia que nos traen los periódicos de Buenos-Aires, no es ménos triste para nuestro convecino y sus amigos; la importante casa de comercio de aquella ciudad, cuya razon social era Milano y compañía, se ha presentado en quiebra que afecta grandemente al Sr. Gorostiza, uno de los socios capitalistas de la misma casa. Sentimos sobremanera estos contratiempos y deseamos al Sr. Gorostiza y su familia la suficiente fortaleza de ánimo para conllevarlos.»

Y á su vez decia el *Euscalduna:*

«Suele decirse que cuando el mal viene no viene solo. Testigo de ello es nuestro convecino y amigo el señor D. Juan de Gorostiza, que al mismo tiempo que perdia dos buques en el terrible huracan de la Habana y era víctima de la mala fe ó la ineptitud del gerente y consocio de una casa de comercio de Buenos-Aires, en que te-

nía parte, ha experimentado en Lóndres quebranto no menor con la quiebra de la opulenta casa de Hulls y Compañía, en que habia impuesto la mayor parte de su capital.

»Afortunadamente, el Sr. Gorostiza y su familia están dotados de bastante conformidad cristiana para no abatirse por estos contratiempos, y tanto el Sr. D. Juan como su digno D. Leandro, encontrarán en su actividad, honradez é ilustracion medios eficaces de reparar estos quebrantos de su fortuna. Sabemos que tan pronto como se han hecho públicos, multitud de personas de todas las clases sociales, desde la más pobre á la más rica, se han apresurado á visitar á tan estimable familia para ofrecerle sus consuelos y sus intereses.»

No se equivocaban los periódicos en cuanto á las pruebas de simpatía de que eran objeto D. Juan y su familia, y no se hubieran equivocado tampoco si hubieran añadido que los que habian tenido bastante fortaleza de ánimo para no llorar de dolor al recibir la inesperada noticia de su ruina, no la tenian para contener las lágrimas de gozo y agradecimiento al recibir aquellas merecidas pruebas de compasion y cariño.

Yo fuí testigo de estas pruebas, y no pude ménos de sentirme profundamente conmovido al ver llegar á Gorostiza, no sólo á las personas más acaudaladas de la villa y las aldeas inmediatas á ofrecer á D. Juan y doña Mari-Santa el auxilio de su crédito y su fortuna, sino tambien á la multitud de gentes pobres y humildes, como Mari-Cruz la de Iturrizar, Juana la de Inchaurre y Martin el de Gazteluondo, para quienes aquella familia,

y particularmente D.ª Mari-Santa, habia servido siempre de paño de lágrimas.

Una tarde, yendo á Gorostiza, encontré en la subida de Errecacoeche, de vuelta á Bilbao, á la madre de la pobre Claudia acompañada de un caballero, jóven aún, que le prestaba el apoyo de su brazo para subir la cuesta, que, aunque corta, es violenta, y conversaba con la anciana cariñosamente.

Saludéla al paso, pues la conocia de haberla visto en casa de D.ª Mari-Santa, que la trataba con singular cariño, y continué mi camino, suponiendo que venía de allí adonde yo iba, y sin acertar quién pudiera ser el caballero que la acompañaba.

Cuando llegué á Gorostiza, encontré reunida á toda la familia, y á Mari-Santa más llorona que nunca, no de dolor, como acostumbraba, sino de alegría, como acostumbraba tambien, pues Dios, que en todo es compensador y justo, compensa en los corazones buenos la aptitud para llorar de tristeza con la aptitud para llorar de alegría. Apénas llegué, me dijo Leandro:

—Como Gorostiza es un jubileo contínuo, me apresuro á decirle á V., porque en saberlo tendrá V. mucho gusto, y porque supongo que estarémos pocos instantes solos, que las lágrimas de mamá fructifican en la tierra sin perjuicio de fructificar en el cielo. Ya tenemos un socio para el establecimiento y la explotacion de la ferrería de Ibarrondo, y lo que es más de estimar en estas circunstancias, un socio que quiere poner el capital del dinero con tal que nosotros pongamos el capital de la inteligencia que nos supone.

— Que supone, con razon, á Leandro, dijo D. Juan.

— Que supone tambien, y con razon, á papá, rectificó Leandro.

— Me interesa mucho eso por más de un motivo. Cuéntemelo V., Leandro.

— Se lo contaré á V. cuando me haya dicho por qué le interesa por más de un motivo, pues yo suponia que le interesaba por uno solo, el de la buena amistad que le debemos.

— Pues se equivocaba V., á pesar de su perspicacia y discrecion: pienso escribir un libro, cuyas últimas páginas estarán escritas con el rosado jugo de la fresa, que ya trasciende á gloria por aquí, ó con el negro y nauseabundo jugo del yezgo, que aborrezco, y eso depende del término sonrosado ó negro que tenga la crísis que ustedes atraviesan.

— Tambien yo deseo que las escriba V. con el jugo de la fresa, en primer lugar por nosotros, y en segundo por el libro.

— ¿Con que le gusta á V. el color *de rosa*, eh?

Leandro y sus padres se echaron á reir comprendiendo el equívoco, tanto más fácilmente, cuanto que hice uso de él dirigiendo la vista hácia Goyerri.

— Pues ha de saber V., dijo Leandro, que esta tarde han venido á vernos la madre y el hermano de la pobre Claudia, que esté en gloria.

— ¿Qué hermano?

— El que habia ido á América y no se habia vuelto á saber de él, que se ha presentado en Bilbao como llovido del cielo y acompañado de una porcion de millones.

—He encontrado á la madre de Claudia en Errecacoeche, pero no sabía que fuese su hijo el caballero que la acompañaba y le daba el brazo.

—Pues lo era.

—¿Y cómo explica su silencio durante tantos años?

—Le explica diciendo que desde que fué á América no habia tenido más que desventuras á pesar de sus grandes esfuerzos para vencer su mala suerte, y esperando siempre poder comunicar á su madre y su hermana buenas noticias, no habia querido escribirles por no comunicárselas malas.

—No me parece buena esa lógica.

—Tampoco á mí me lo parece, pero en este mundo hay veces que con una lógica torcida se rige un corazon recto. Al fin Dios le dió en pocos meses lo que le habia negado en muchos años, pues metiéndose en una empresa tan arriesgada como lícita, se vió de la noche á la mañana millonario, y determinó regresar inmediatamente á la patria, jóven aún, pues no llega á los treinta años, y acompañado de sus millones, para dar por sí mismo tan satisfactoria noticia á su madre y su hermana, pues ignoraba la muerte de Claudia.

—Esa lógica me parece mejor que la otra.

—Tambien á mí. No sé qué cosas le ha contado su madre de la mia, que su madre y él han venido inmediatamente á vernos, y hemos tenido que enfadarnos con ellos porque se empeñaban en que nos debian hasta el que D. Joaquin (que así se llama el indiano) no hubiese encontrado á su madre en compañía de Claudia. Al fin hemos conseguido mudar de conversacion, y viniendo á

parar á los asuntos industriales, D. Joaquin, que no quiere tener improductivo su capital, nos ha propuesto la asociacion de que ya tiene V. noticia.

—¿Y VV. la han aceptado?

—Sí, señor, al ménos en principio.

—Todo lo que VV. me cuentan me consuela mucho, porque es una prueba más de que, como V. ha venido á decir hablando de las lágrimas de su buena madre, el bien que se siembra en la tierra no fructifica solamente en el cielo.

Teresita, que andaba correteando por la huerta, nos anunció que venian su tia Mari-Rosa y sus primos, á quienes Chómin habia salido á dar la mano para saltar del bote.

En efecto, un instante despues aparecieron acompañados de Chómin, que se volvió á su trabajo.

Los chicos se fueron con Teresita, que tenía gran deseo de enseñarles la perfumería parisiense que le habia traido su hermano.

Mari-Rosa era la de siempre: alegre, hermosota, un poco desmadejada en su atavío y maneras, y un mucho burlona, sarcástica y vulgar en sus palabras.

—Aquél, dijo, me ha encargado que os diga le dispenseis el que no haya venido á veros, pues con su fábrica está abrumado, y no tiene tiempo para nada. ¡Jesus, qué gana tengo de que lo eche todo enhoramala!

—Está dispensado, contestó D.ª Mari-Santa con su habitual benevolencia. ¡Pobre Pedro!

—Ha sentido, como yo, las malas noticias que Leandro nos llevó ayer tarde.

—¡Hola, dije para mí, Leandro se apresuró á ir por Goyerri así que vino!

—Ya suponiamos que las sentiriais.

—¿Pero son ciertas?

—Desgraciadamente, sí.

—Lo que me admira es la frescura con que las habeis recibido.

—Pero, hija, ¡qué hemos de hacer sino conformarnos con la voluntad de Dios!

—Calla, calla, que da rabia el ver que teneis un rio de lágrimas para los males ajenos, y no teneis una siquiera para los vuestros. ¡Ahora recogeréis el fruto de vuestros despilfarros de lágrimas y de otras cosas más sólidas!

—Sí, Mari-Rosa, ya hemos empezado á recogerle.

—En forma de desengaños, ¿no es verdad?

—No, hija, en forma de compasion, de amistad, de cariño, de medios de recobrar lo que hemos perdido.

—Eso será algun sueño poético de Leandro. ¡Me dan rabia estos poetas, y perdone V., D. Antonio, que se dedican á embellecerlo todo!

—Señora, dije prevaliéndome de la alusion personal, gracias por ese elogio de los poetas, que le merecen, aunque no merezcan la intencion con que V. le ha hecho.

—Pues la intencion es merecida. En concepto de ustedes, todos los males de este mundo tienen el consuelo al canto.

—Ó en otros términos: el que no se consuela es un tonto.

—Es verdad.

— Pues, señora, es verdad.

Mari-Rosa no comprendió este concepto, un poco alambicado, y mudó de conversacion.

Á mí me agradaba poco la de aquella buena señora, y me despedí de Gorostiza.

Al salir oí á Teresita lamentarse de que sus primos le habian manchado la preciosa caja de los perfumes parisienses.

— ¡Válgame Dios, me dije, hay gentes que indeliberadamente lo manchan y afean todo; pero, gracias á Dios, las hay tambien que áun indeliberadamente todo lo embellecen y purifican!

XXXVI.

LA FERRERÍA.

Era por el mes de Octubre de 1869. Hacía un año que la anarquía más espantosa reinaba en España, en lugar de reinar aquella augusta señora, en cuyo tiempo nuestra patria habia duplicado su poblacion, su deuda pública, que hoy se cotiza á once por ciento, habia llegado á cotizarse á más de cincuenta, y su importancia, que hoy figura entre la de las últimas naciones de Europa, habia llegado á figurar entre la de las primeras!

He dicho mal, la anarquía no reinaba en toda España: habia un rinconcillo, allá en los confines septentrionales, donde la paz que habia reinado durante treinta años, reinaba aún, á pesar de que en el resto de España

la perturbacion, el desvarío político, los sangrientos motines y hasta la guerra civil, en nombre del príncipe cuya bandera cubre hoy á España de ruinas y lágrimas y sangre, se sucedian sin intermision, sin que fuese á turbar la paz de aquel rinconcillo más que el sentimiento por lo que aquende el Ebro pasaba, y el temor de que se propagase á allí, como al fin no tardó en propagarse, merced á las arbitrariedades de unos y á las predicaciones de otros. Dos apóstoles políticos, ilustres ambos por su elocuencia y su buena intencion, ya que no por su talento, pues no le puede tener el que no preve el fruto que ha de dar la semilla que esparce, son los principales autores de esta desolacion en que la patria se ve. Uno de ellos ya ha dado cuenta á Dios, quizá arrepentido y pesaroso de su funesta obra, y el otro ha emprendido ya la triste pero noble via del arrepentimiento, aunque vacilando en ella entre su vanidad y su patriotismo. ¡Dios, que habrá tenido en cuenta el candor y la buena intencion de Aparisi, tenga tambien en cuenta el candor y la buena intencion de Castelar!

Volvia yo de las Encartaciones, donde habia permanecido algunos meses, y al acercarme á Ibarrondo, en cuyo nocedal veia alzarse negras columnas de humo, y oia ruido de máquinas y de saltos de agua y alegres cantares de trabajadores, no quise pasar adelante sin torcer un poco hácia el Cadagua, y recrearme un rato contemplando desde más cerca la animacion, la vida, la alegría que habian sucedido bajo aquellos nogales, á la inercia, la muerte y la tristeza que habian reinado durante muchos años en la pobre y antigua ferrería en que Leandro

puso sus ojos desde que yo se los hice separar de los falsos resplandores de la vida literaria española.

Ibarrondo era lo que significa su nombre, una pradera junto al rio. Poblábanla frondosos nogales, entreverados de cerezos y castaños, y ocupaba uno de sus extremos un grupo de edificios, que constituian la nueva ferrería, calificacion que se desdeña ahora en Vizcaya, pareciendo pobre, y se sustituye con la de *fábrica*, sin ver que este último nombre es más pobre, pues no indica como el antiguo el producto del artefacto. Detras de la ferrería, en el suave declive de una colina que dominaba toda la ribera y las pintorescas montañas, se alzaba una hermosa casa, que tenía á su espalda y costados un lindo huerto, con muchos frutales jóvenes y un poco de jardin. Esta casa era la antigua Olaechea (ó casa de la ferrería), que habia sido restaurada, sin duda para que sirviese de vivienda y oficinas al director de la fábrica.

Ésta se hallaba á la sazon en plena actividad, que se extendia al nocedal, donde habia mucha carretería de la que se ocupaba en conducir vena y carbon.

Apénas asomé por el nocedal, un hombre tiznado de carbon y vena pronunció alegremente mi nombre y salió á mi encuentro, con una libreta de apuntes y un lápiz en la mano. Aquel hombre, mejor dicho, aquel caballero, era D. Juan de Gorostiza, que se creia muy honrado con el tizne rojo de la vena de hierro y el tizne negro del carbon vegetal, como se lo creian los antiguos caballeros solariegos de Vizcaya, que contestaban á las cartas de los reyes con la misma pluma con que apuntaban la

vena y el carbon y ajustaban las cuentas de los *ola-guizonac* ú operarios de la ferrería, en la que explotaban y administraban por sí propios, junto á su noble casa solariega (1).

Casi al mismo tiempo vi á Leandro, poco ménos tiznado que su padre, correr á mi encuentro, bajando de Olaechea, desde donde me habia visto cruzar la estradita que mediaba entre la carretera y el nocedal.

Siendo yo muchacho de doce á catorce años iba, en compañía de los vecinos, á llevar carbon y vena á las ferrerías, y recuerdo haber visto en ellas señoras y señoritas muy hermosas y bien educadas, entre otras las señoritas de Matienzo y Sorróndegui, de Trucios, ocupadas en recibir y pagar el mineral y el combustible. Era entónces para mí inexplicable, aunque no lo es ahora, la dulce impresion que me causaba el ver á una hermosa y elegante jóven, con sombrerito de paja fina adornado de cintas, y vestido de seda con mangas cortas, como entónces se usaban, tan tiznada de negro ó rojo como los porteadores de carbon ó vena, apuntando cargas de aquellas

(1) Por si hubiese quien crea esto hiperbólico, citaré casos concretos. Pero Ruiz de Muncharaz, cuya casa solariega existe aún en Abadiano, casó con una hija del rey de Navarra, y con ella vivió y murió en su solar, administrando personalmente la ferrería y los molinos contiguos á su casa. Las de Barroeta, Ugarte y otras, consideradas como cabezaleras de linaje, conservan, ó al ménos conservaban no há mucho, las cartas dirigidas á sus señores por los reyes, participándoles sucesos faustos ó infaustos ú ocasiones de guerra. Sin embargo, los dueños de aquellas casas creian honrarse con el tizne de la ferrería y los molinos. Tal es el espíritu democrático que entrañan las instituciones y costumbres vascongadas.

primeras materias de fabricacion, ajustando cuentas y haciendo pagos, y esforzándose por asimilar su lenguaje al sencillo y rudo de venateros, carboneros y operarios de la ferrería.

Al ver á D. Juan, y sobre todo á Leandro, acudió á mi memoria el recuerdo de las señoritas de Matienzo y Sorróndegui, y dirigí la vista hácia las carboneras y la *arragoa* (1), creyendo ver aparecer por allí á Rosita y áun á Mari-Santa tiznadas de negro y rojo como sus señores maridos, pues sospechaba que Leandro lo fuese ya de Rosita.

Es inútil encarecer la alegría y el cariño con que me recibieron padre é hijo, conociendo su natural bondad y la que me dispensaba toda la familia.

Los venateros y carboneros habian concluido la entrega y cobro, y se preparaban á sestear á la sombra de los nogales, miéntras sus yuntas de bueyes (pues ya ha desaparecido aquella numerosísima mulatería que en mi niñez conducia á lomo el carbon y la vena á las ferrerías) despachaban la racion de hierba seca ó de tallo de maíz, no léjos de ellos.

—Vámonos allá arriba, y allí hablarémos largo y tendido, pues no le dejamos á V. marchar hasta la tarde, en que se irá con papá, me dijo Leandro señalando hácia Olaechea.

Y en efecto, tomamos el cómodo camino enchatarra-

(1) *Arragoa* es una especie de horno, donde se refina con el fuego el mineral.

do (1), que dando suaves tornos ó rodeos, conducia á la hermosa casa de la ferrería.

XXXVII.

LOS ÁRBOLES.

Los árboles antiguos que amenizaban la colina de Olaechea, entre ellos unos enormes castaños que sombreaban la subida, no sólo habian sido respetados al restaurar la casa y sus dependencias, sino que habian sido mejoradas con singular cuidado é inteligencia sus condiciones vegetativas.

Por ello dí la enhorabuena á D. Juan y Leandro.

Sentámonos en un banco rústico al pié de un gran castaño, que me dijo Leandro le recordaba el que en los *Capítulos de un libro* habia recordado yo con emocion por haber cobijado á mis abuelos cuando iban á dormir en paz en la humilde iglesia de Santa María de Montellano.

—Ya sabe V., me añadió, que estos bienes proceden de los antecesores de mamá, que fueron los que plantaron estos árboles, se sentaron á su sombra y sin duda se regocijaron con las primicias de su fruto. Bastaba esta circunstancia para que nosotros los respetásemos y áun les tuviésemos cariño; pero áun sin esto los hubiésemos conservado y mimado. A muchas personas haria reir lo

(1) *Chatarra* se llama á la escoria de las ferrerías y las fraguas con que se suele engravar los caminos.

que voy á decirle á V., pero á V. de seguro no, porque ya sabemos que V. piensa como nosotros en este punto. No es una sensiblería artificial lo que sentimos de los árboles y de otras muchas cosas los que somos dados al cultivo de la poesía; si entre las gentes rústicas de nuestros queridos valles abundan las que hasta sienten complacencia en desgarrar ó descortezar un arbolillo que empieza á hermosear el campo con su verdura, y á purificar el ambiente con los efluvios aromáticos de su sávia, de sus hojas, de sus flores, de su fruto, ó en herir con el hacha el árbol que durante siglos ha dado hermosura, sombra, salud, aroma, fruta, al lugar en que vegeta, tambien abundan en estos mismos hermosos valles gentes que sienten y piensan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos, sin que se pueda decir de ellas, como se dice de las gentes cultas, que aquel sentimiento y aquel modo de pensar son sensiblerías de poetas, que por lo falsas corren parejas con los amores, la discrecion y la hermosura pastoriles de las Dorilas y los Nemorosos. Supongo que V., que tanto se complace en recorrer nuestros valles y montañas, y recoger sus tradiciones y anécdotas y memorias populares, conocerá la sencilla pero hermosa y triste tradicion del árbol de Aqueche.

—No, no la conozco.

—Pues se la contaré á V., aunque no con los deliciosos y tiernos pormenores con que nos la contaba mamá cuando yo era niño.

Marina era una hija de un pescador de Bermeo que tenía un huerto en los cercanos declives de Albóniga. Un

dia, siendo niña, la llevó su padre en su lancha á la islita ó peñon de Aqueche, adonde el pescador iba á buscar madera para hacer un remo, porque ya sabrá V. que en Aquche se cria un arbolito desconocido en el resto de la costa cantábrica, y de madera tan dura, veteada y hermosa, que puede competir con la más preciosa de las regiones tropicales.

Fijó su atencion el pescador en el árbol más grande, más recto y más frondoso que habia en la islita y tomó el hacha para cortarle por el pié.

—Padre, no córtes ese árbol tan hermoso! ¡Cuánto tiempo habrá necesitado el pobre para crecer en estas áridas peñas!

Así exclamó Marina juntando las manecitas en actitud suplicante; pero como el pescador, burlándose de su simplicidad, fuese á descargar el hacha, la niña trocó su súplica por otra, reducida á pedirle que ántes de descargarla le permitiese arrancar un débil renuevo que habia brotado al pié del árbol grande, cuyo tronco y ramas le amparaban de la inclemencia atmosférica, y se veia amenazado tambien del hacha.

El pescador se detuvo, y la niña arrancó con mucho mimo y cuidado el arbolito, y miéntras su padre derribaba á hachazos el grande, ella envolvia con tierra y hojas frescas las raíces del pequeño que se proponia plantar en el huerto, prestándole el amparo de que el hacha le habia privado.

Apénas volvieron á Bermeo el pescador y su hija, ésta tomó en una mano el arbolito de Aqueche y en otra una azadilla, y encaminándose al huerto, plantó allí el

arbolillo, le puso un tutor de caña que le sostuviese, le regó con agua que llevó del arroyuelo próximo á fuerza de embozadas, ordenó y acarició sus ramitas doliéndose de verlas mústias, y se volvió á la villa muy consolada con la inocente idea de que el arbolito huérfano quedaba consolado tambien.

La mañana siguiente subió Marina al huerto y encontró al arbolito casi tan verde, fresco, lozano y risueño como estaba cuando le arrancó para librarle de la muerte, y continuando por algunos dias sus visitas y sus cuidados y caricias al arbolito, empezó á verle crecer y hermosearse, y la niña hasta le hablaba creyendo que el arbolito entendia sus cariñosas palabras. ¿No le parece á usted que si álguien la hubiera oido la hubiera tenido por estúpida?

—Ciertamente que sí, pero no si ese álguien hubiéramos sido nosotros. Yo, por más que mi razon lo rechace, creo á veces que los vegetales participan de la sensibilidad y el instinto de los animales. Una tarde de Junio atravesaba yo un maizal, y me complacia en observar cómo cada aluvia buscaba un maíz para abrazarse á él y suplir con la fortaleza de aquella planta su propia debilidad. En un claro de la heredad vi una pobre aluvia que inútilmente habia extendido su brazo buscando un maíz en que apoyarse, y cansada de buscarle y desesperanzada de encontrarle, habia dejado caer el brazo tristemente. Compadecido de ella y queriendo hacer una prueba que me parecia curiosa, arranqué con mucho cuidado, para no herir sus raíces, una planta de maíz que carecia de aluvia á que sostener y la planté junto á la aluvia,

precisamente en direccion contraria á la en que ésta habia dejado caer su brazo. Volví por la heredad la tarde siguiente y me encontré con que la aluvia estaba ya amorosamente asida al maíz.

—Realmente el hecho es interesante.

—No lo es ménos el relato del arbolito de Aqueche, que ruego á V. continúe.

—El arbolito de Aqueche creció y se desarrolló maravillosamente en el huerto de Albóniga, con los cuidados y caricias de Marina, que creció y se desarrolló á compás de él.

Un dia dijo el pescador á su hija:

—Voy á cortar ese árbol, por dos razones: la primera, porque el huerto es pequeño y con su sombra le va ocupando todo ese árbol inútil, y la segunda, porque le necesito para hacer remos, que se pueden hacer muchos de su tronco.

Marina, aterrada, suplicó á su padre que no cortára el hermoso árbol protegido por sus cuidados y su cariño; pero su padre se mostró inflexible á sus súplicas y sus lágrimas.

El pescador estaba disgustado hacía tiempo de la simpleza de su hija, que era ya objeto de burla en la villa y en la aldea donde llamaban á Marina la enamorada del árbol.

Llegó la mañana siguiente y el pescador encontró enferma á su hija, sin que ésta supiese explicar la causa de su mal. Su mal consistia en una melancolía y un desaliento indecibles.

Echóse el pescador el hacha al hombro y se dirigió al

huerto para cortar el árbol, pero al llegar se encontró con que el árbol, verde y lozano el dia anterior, estaba mustio é inclinaba sus ramas al suelo tristemente.

Apoderándose del pescador una de aquellas ideas supersticiosas que tan frecuentes son en la gente de mar, se preguntó:

—¿Ha enfermado y entristecido Marina porque este árbol va á morir, ó este árbol ha enfermado y entristecido porque vaya á morir Marina?

Dominado su espíritu por esta idea y esta duda, el pescador no se atrevió á herir el árbol, como temiendo herir á su hija al herirle.

Volvió á casa con el hacha al hombro y el alma inquieta, y aunque volvia con intencion de decir á Marina que renunciaba á cortar el árbol, se arrepintió de ello pareciéndole ridícula la idea que le habia movido á no cortarle; y como su hija continuase de mal en peor, se olvidó del árbol y no pensó más que en su hija que se moria lentamente.

En efecto, Marina acabó de morir algunos meses despues de enfermar, y como su padre la hubiese oido hablar del árbol de Aquechc en el delirio de la agonía, el pescador volvió á pensar en el árbol y determinó aserrar su tronco y labrar con su madera el ataud de su hija, á cuyo efecto volvió á tomar el hacha y se encaminó al huerto de Albóniga pocas horas despues de morir Marina.

Al entrar en el huerto vió con asombro que el árbol acababa tambien de morir, pues la última de sus ramitas verdes estaba mustia como si la hubiesen cortado hacía pocas horas.

—¡Oh, exclamé conmovido, al terminar Leandro esta narracion, como prueba esa narracion popular lo que usted ha dicho, es á saber: que en el pueblo no faltan gentes que piensen y sientan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos! ¿Quién es el autor de esa sencilla y triste historia?

— El pueblo, pues ni en Bermeo ni en la cercana Albóniga donde las gentes del pueblo la contaron á mamá, hay gentes de cultura literaria que se dediquen á inventar historias de esta naturaleza.

— Creo que el pueblo hace muy bien en propagarlas y áun en inventarlas, pues supongo que unas veces es inventor y otras es mero cronista de la verdad, tal como él la comprende.

—Y V. hace bien en imitarle.

Quizás Leandro me hubiera dicho esto con doble conviccion, si yo hubiera podido entónces añadir á su recuerdo del castaño secular de Santa María de Montellano un suceso de fecha posterior.

Terminaba el mes de Abril del presente año, y hacía meses que la guerra civil convertia al hermoso valle de Somorrostro en lago de sangre y fuego. La batalla decisiva empezó, y el humilde Montellano posado en un escalon de la montaña, contemplaba lleno de espanto los horrores de aquel valle que un año ántes habia yo conmemorado cantando:

«¡Qué confidencias tan dulces
y qué sueños tan alegres
en aquellas arboledas
que rio abajo se extienden

hasta que al pié del Janeo
la mar azul aparece! (1)»

La sangrienta lucha se hizo extensiva al mismo Montellano, aunque no con el encarnizamiento que ofreció en los concejos de Sopuerta y Galdames, de cuyos amenos valles y quebradas laderas es mirador natural Montellano. En esta aldeita, de mí muy amada, que nunca pudo pensar que llegase á sonar su nombre en la historia española, se estableció accidentalmente el general en jefe del ejército victorioso, que á la par era jefe del Estado, y como tal fechó y suscribió allí diferentes decretos encaminados á la gobernacion de España.

Cuando la batalla no habia terminado aún, cuando los invasores de la aldea estaban cubiertos de sudor y sangre, cuando todos sus pensamientos eran de muerte y venganza, cuando dominaba en ellos la indignacion, cuando toda idea de belleza parecia refractaria á su inteligencia y su corazon, cuando tenian por pueblo enemigo, y por consecuencia les era odioso, al humilde que ocupaban, no faltó entre ellos quien recordase que quizá estaban á la sombra de un árbol saludado y cantado con emocion por un humilde poeta nacido en aquella aldeita.

(1) Ya que el Janeo ha adquirido celebridad, aunque triste, como todas las que se fundan en las luchas de hermanos contra hermanos, paréceme no del todo inoportuno decir que su nombre vascongado, modificacion de Ganeo por la propension que se nota en el litoral cantábrico occidental á aspirar las iniciales, significa cúspide suave y redonda, como es la suya, de *gan*, cúspide ó altura y *eo*, cosa suavemente plana y redonda.

¡Y buscando el castaño secular conmemorado por el poeta, se sentó á su sombra, y meditó, y sintió, y quizá lloró honda y santamente la lucha fratricida, cuyo espantoso estruendo áun llegaba á su oido, y movido por el noble sentimiento que habia despertado en su alma un árbol centenario, cuya sombra se enlazaba con la santa sombra de una iglesita rural, procuró comunicar aquel sentimiento á sus compañeros, tostados por el fuego y enrojecidos por la sangre del combate, y quizá el castaño secular, cantado y bendecido por el poeta, libró á la pobre aldeita donde descansan los huesos de mis abuelos de ser convertida por el hierro y el fuego en pavoroso campo de soledad y ruina!

¡Cómo no ha de amar y bendecir á los árboles el autor de este libro!

XXXVIII.

EN OLAECHEA.

Al levantarnos del banco rústico, notó D. Juan que yo tenía tiznada de rojo la mano derecha.

—Dispense V., me dijo, que al darle la mano en el nocedal me olvidase de que las mias estaban envenatadas.

— El primer guante que usé fué de esa tela y ese color, contesté, recordando que áun no tenía yo diez años cuando ya subiamos otros de mi edad y yo á las veneras de Triano, cabalgando en sendas mulas venateras y cantando:

«Por Pucheta arriba van
los de la mala fortuna,
unos diciendo: «Arre, buey»,
y otros diciendo: «Arre, mula.»

O:

Si la fuente de Torres
manára vino,
más de cuatro cayeran
en el camino (1).

O:

No valen los tesoros
que hay en la Habana
lo que una morenilla
somorrostrana.

O:

A la Trinidad piden
las venateras
que callen las encinas
de las Carreras (2).

O:

Si subieran á Abanto
los Muñatones,
no los conquistarian
á tres tirones» (3).

---

(1) La fuente de Torres es una muy rica y célebre, entre Somorrostro y Galdames, que yace olvidada desde que hácia 1850 se abrió la carretera por el lado opuesto del rio.

(2) En el llano de las Carreras hay una ermita, dedicada á la Santísima Trinidad, y restos de un encinar que ya existia en el siglo XIV, segun dice Lope García de Salazar en su *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, escrito casi á la sombra de aquellas encinas en 1470. Aquel llano era como el descansadero de la carretería y mulatería que bajaba para los puertos y las ferrerías la vena de hierro de los montes de Triano. Llamóse primitivamente Abanto, que equivale á *descansadero pequeño*, y luégo tomó el nombre de las Carradas (convertido al fin en las Carreras), porque allí se depositaban las carradas de vena.

(3) ¡Qué distante estaria el autor de esta copla de pensar que San Pedro de Abanto, y áun la torre de San Martin de Muñatones, habian de alcanzar la triste celebridad que han alcanzado en 1874!

—Por lo que en V. y Leandro veo, añadí, no les va á VV. mal con la nueva vida.

—El dia nos parece una hora y la noche un minuto.

No era necesario que D. Juan me diera estos buenos informes del saludable efecto que en él y su hijo obraba el polvo de la vena y el carbon. Don Juan, que cuando, no teniendo qué hacer, se entretenia en matar avispas, estaba descolorido y flaco y tenía sus ratos de tristeza, cuyo único alivio era el cariño de la familia, habia engruesado, y la salud y el contento rebosaban por todos sus poros; y Leandro, que habia vuelto del extranjero delgado y descolorido por efecto sin duda de la nostalgia y el estudio, se habia desarrollado y robustecido de tal modo, que podia competir á tirar la barra con el más lucido de aquellos mocetones aldeanos que dormian la siesta bajo los nogales.

Al fin llegamos á Olaechea. Parte del piso bajo de aquel grande y hermoso edificio estaba ocupada por la direccion de la fábrica, ó lo que es lo mismo, por el despacho de Leandro, que era el director facultativo, y el de su padre, que desempeñaba la direccion económica. Varios empleados trabajaban en sus bufetes, y una aldeana alegre, aseada y guapetona, que salia de hácia el horno contiguo á la casa con una porcion de huevos en el delantal, nos saludó, y tomó escalera arriba ponderando lo ponedoras que eran las gallinas de casa.

—¡Hola! dije. ¿Tambien aquí hacen VV. la vida casera?

—Sí, me contestó D. Juan; hasta que llegue el gran dia, viven aquí uno de los operarios de la ferrería y su

mujer, que es esa, y Leandro se las compone muy bien con ellos.

Don Juan me habia dicho ya que sólo Leandro vivia permanentemente allí, pues él iba todas las tardes á Gorostiza y volvia por la mañana.

Habíame parecido al pasar frente al horno percibir el grato olor de pan caliente, y no me habia equivocado, pues un momento despues bajó la aldeana y volvió del horno con unas tortas calientes, entre ellas alguna de maíz, colocadas sobre una cazuela, que supuse contendria la golosina más frecuente y apetecida en las aldeas de Vizcaya, es decir, manzanas ó peras con azúcar cocidas en el horno.

El gran dia de que accidentalmente habia hablado don Juan habia llamado mi atencion.

—¿Y cuál es el gran dia que espera Leandro? le pregunté.

—¿Cuál quiere V. que sea para los muchachos enamorados sino el de su casamiento?

—Tiene V. razon, pero me habia olvidado de la hermosa rubiecilla de Goyerri y su cantor. Leandro, cuénteme V. algo de ella.

—Vámonos arriba, dijo Leandro, y allí hablarémos despacio de eso y otras cosas.

—Y entre tanto, añadió D. Juan, despacharé yo á estos venaqueros rezagados que vienen aquí.

Leandro y yo tomamos las escaleras, miéntras don Juan volvia á la oficina con dos ó tres carreteros, á quienes aludia.

Apénas subimos al piso principal, que Leandro se

apresuró á enseñarme desde la sala á la cocina, comprendí que aquella era casa preparada para novios, y comprendí más: que en su preparacion habian andado manos como las de Mari-Santa.

Anticipadamente se habia verificado allí otro casamiento: el de la sencillez rural con el lujo urbano, no soberbio é inútil, sino elegante y cómodo, que me habia enamorado, así en Gorostiza como en la Estufa.

— Aquí tambien hay cosas de la pobre mamá, ¿no es verdad, Leandro?

— Sí, de la pobre mamá y sus colaboradoras.

— ¿Qué colaboradoras han sido ésas?

— Rosita y su madre.

— ¿Y cuándo es el gran dia?

— Nos alegramos mucho de que haya venido V. á averiguarlo, porque en el cónclave de familia se habia acordado ya enviar mensajeros á las Encartaciones en busca de V. para anunciársele y convidarle á la boda, que será el dia de la Vírgen del Cármen, á quien está dedicada la capilla de la fábrica.

— Anticipo á VV. la enhorabuena por ello, y acepto gustoso y agradecido el convite.

— ¡Gracias! dijo Leandro estrechándome la mano. Ya sabiamos nosotros que aquel dia le habiamos de tener á usted por aquí sin necesidad de acudir al señor D. Francisco para que le preparase una emboscada como la de marras. Al señor D. Francisco sólo acudirémos para que bendiga nuestra union.

— Jamas sacerdote habrá llamado la bendicion de Dios sobre un hombre y una mujer más de corazon que

Francisco la llamará sobre Rosita y V. Como por desgracia los bienes de fortuna, el metal que hemos convenido en llamar vil, á pesar de que suele ser instrumento de obras muy santas, no es extraño á la felicidad de los que amándose piden á Dios la santificacion de su amor, como V. y Rosita se la van á pedir, me parece que no varío de conversacion preguntando á V. cómo van los negocios industriales.

— Van á pedir de boca para nosotros, que hemos arriesgado en esta empresa, ademas de algun capital pecuniario, el de la inteligencia, y para nuestro consocio don Joaquin, que es nuestro verdadero amigo y ha empleado aquí buena parte del que trajo de América. Las cuentas correspondientes al año que lleva funcionando el establecimiento ofrecen un resultado tan satisfactorio, que siguiendo así, á la vuelta de algunos años nuestro consocio habrá duplicado su capital, y nosotros habrémos recobrado la fortuna que en pocos meses vimos desaparecer. Con que ya ve V., añadió Leandro sonriendo, que yendo tan satisfactoriamente los negocios, no era cosa de que Rosita y yo continuemos por más tiempo sin vernos, ni áun con auxilio de anteojos marinos, que aquí no me sirven si no subo con ellos á Ereza ó Ganecogorta.

— Es muchísima verdad.

— Ademas, Rosita y yo no nos asustamos de la soledad de este sitio, porque tenemos por un evangelio chiquito aquella *canta* que aducia la cuñada de Chómin en elogio de su soledad de Baracaldo:

«No hay soledad en el mundo

para dos que bien se quieren,
porque donde están más solos
es donde están más alegres.»

—A propósito de versos, me parece que voy á tener que reñirle á V., amigo Leandro.

—¿Por qué?

—Porque me parece que V. ha olvidado á la amable, á la dulce, á la consoladora poesía.

—Puedo no haberla tratado como se merece, pero olvidado, no.

—Pruebas, pruebas de que V. no la ha olvidado.

—Ahora las tendrá V.

Hablábamos así en la sala, y Leandro me condujo al gabinete de la izquierda. La sala tenía dos, cada uno con su alcoba; el de la derecha, que correspondia al Sur, era el destinado á Rosita, segun yo habia colegido de su mueblaje esencialmente femenil y de la hermosa cama de matrimonio que habia visto en la alcoba, y el de la parte opuesta era el de Leandro que habia trasladado á él, ó le habian trasladado, todas aquellas «cosas de la pobre mamá» que tanto me habian enamorado y conmovido en el gabinetito-despacho de Gorostiza, inclusos aquellos anteojos-gemelos que sabe Dios si estaban destinados en Olaechea al dulce y amoroso empleo que en la adolescencia de Mari-Santa y Leandro tuvieron sucesivamente en Gorostiza, pues allende el Cadagua, en los estribos de las montañas, se descubrian desde Olaechea blancas caserías que recordaban las que desde Gorostiza se descubrian allende el Ibaizabal en los declives de Goyérri.

Sentámonos en unas mecedoras colocadas junto á un gran velador de caoba sobre el que habia recado de escribir, algunos legajitos con carpetas y algunos libros, y Leandro abrió uno de los legajos que contenia hojas de papel escritas en renglones desiguales.

Leyóme algunas de aquellas composiciones, y eran tan hermosas, tan sentidas, tan delicadas, tan ricas de emocion y poesía, que volví casi á sentir remordimientos por haber desviado de la senda literaria á quien de Dios habia recibido tan peregrinos medios de honrarla.

Casi todos aquellos versos habian sido compuestos léjos del hogar y la patria, y el recuerdo de la patria y el hogar los habia inspirado. Es inútil añadir que en aquella atmósfera de sentimientos é idealismo revoloteaba constantemente un ángel, el ángel de Goyérri.

Todavía me quedaba el temor de que el ruido de las máquinas y de los saltos de agua de Ibarrondo hubiera ahuyentado de Olaechea á la suave musa de Leandro; pero no tardó éste en disipar mis temores leyéndome unos versos que habia compuesto la noche precedente como para descansar de las fatigas del dia. Siento no recordar alguna estrofa de aquellos versos, cuyo epígrafe era, no ya ¡*Allí está!* como el de otros que Leandro me leyó en Gorostiza, sino ¡*Aquí estará!* que era el anuncio de la felicidad próxima; pero los supliré diciendo que nunca me ha deleitado cuadro de la felicidad doméstica más apacible y hermoso que el que el poeta se imaginaba en Olaechea cuando aquella casa tuviese su Mari-Santa como la de Gorostiza.

Tanto me enamoraron aquellos versos, que pedí á

Leandro y éste me dió una copia de ellos para saborearlos á mi gusto.

Don Juan vino á anunciarnos que la comida nos esperaba, y pasamos los tres al comedor. Comimos alegremente y con inmejorable apetito. La comida era puramente aldeana: sopa de pan, olla de aluvias y verduras con cecina, tocino y longaniza, principio de magras y huevos con tomate, postres de peras recien traidas del horno, y frutas recien traidas de la huerta, vino baracaldés y riojano y tortas de trigo y de maíz todavía calientes. Lo único que no fué completamente aldeano, aunque hacía años que iba tomando carta de tal, fué un excelente café acompañado de una copita de anisete de Burdeos, final que sosdeché se habia añadido aquel dia á la comida ordinaria en obsequio del forastero.

Viendo la fábrica, que era hermoso establecimiento en que se ocupaban centenares de operarios, recorriendo las amenas cercanías de Ibarrondo, hablando con los aldeanos que trabajaban en las heredades de las caserías inmediatas, y conversando entre nosotros mismos, pues ya se sabe que la conversacion es inagotable entre aquellos que bien se quieren y tienen comunes recuerdos en que ocuparse, así pasamos gratísimamente la tarde hasta que el sol fué desapareciendo del valle, y ya sólo doraba las laderas occidentales del excelso Ganecogorta.

Entónces D. Juan y yo nos despedimos de Leandro, y tomando nuestras cabalgaduras nos dirigimos Cadagua abajo.

XXXIX.

LAS ALMAS DÉBILES.

El dia que tan alegre habia sido para mí, debia concluir muy tristemente.

Junto al leyendario puente de Castrejana, construido há cerca de cinco siglos y no sé si derribado hace pocas semanas por el furor de la presente guerra civil, cuyo carácter más distintivo fué, desde que dió principio, el de la destruccion, la carretera abandona la márgen derecha del Cadagua y asciende por la ladera del monte, sombreada de robles y castaños. Al terminar aquella ascension, encuentra la planicie de Aldamira (y no Altamira como vulgarmente se ha dado en llamarle por el afan de castellanizar á tontas y á locas), donde el viajero no puede ménos de detenerse gratísimamente sorprendido con el espectáculo que allí se le ofrece. A la derecha, en primer término, la hermosa y poblada llanura de Abando, cuyo nombre de descansadero grande (de *ab*, descansadero ó asiento, y *an di*, *andi-a*, grande, lo grande) le cuadra perfectamente; en segundo, la populosa villa de Bilbao, á la que tambien corresponde el suyo de «llanura baja, extensa y redonda, donde hay dos poblaciones» (de *bi*, dos, *ili* poblacion, *be*, *b* sitio bajo y *ao* extension y redondez), y en último Begoña, cuyo caserío se extiende pintorescamente por las faldas y regazos meridionales de las cordilleras de Gangúren y Archanda, y cuyo insigne

santuario, profanado y derruido por la guerra civil recibió nombre que comunicó á toda la república, de su situacion *al pié* ó *en lo bajo de la colinita* (*be*, bajo, *goi*, alto, *ña*, diminutivo). Al frente, la anteiglesia de Deusto (nombre corrompido de *Beurtu*, equivalente á huertas bajas), que comienza en la márgen derecha del Ibaizábal con la populosa, rica y linda barriada de Olabeaga, se extiende por la fértil vega, y ascendiendo por la ladera del monte, concluye por coronar el extremo occidental de la cordillera de Archanda. Inclinándose al noroeste, el Ibaizábal, poblado cuando Dios queria de centenares de buques de todas las naciones, y en último término el Abra, á cuyas azules y blancas ondas se asoman Portugalete, Santurce y Algorta. Finalmente, al oeste, en primer término, el fértil Baracaldo, y en segundo y último, los siete concejos del valle de Somorrostro, limitados y enriquecidos del lado del Sur por la cordillera de Triano, que es aquel monte de que dijo el naturalista Plinio: «En la parte marítima de la Cantabria, bañada por el Océano, hay un monte quebrado y alto, cuya abundancia de vena de hierro es admirable, pues todo él es de esta materia.»

Allí nos detuvimos D. Juan y yo, si no asombrados por aquel hermoso espectáculo, pues ya estábamos habituados á él, complacidos con la contemplacion del valle en que ambos teniamos nuestro hogar.

Ambos dirigimos la vista á la ladera de Goyérri, donde entre todas las caserías se distinguian por lo grandes, blancas y hermosas, las de Mari-Rosa y Rosita. Como yo notase que D. Juan se habia entristecido repentina-

mente al dirigir la vista á allí, le pregunté la causa de su tristeza, y me dijo que los negocios de sus cuñados iban muy mal.

Uno de nuestros amigos que venía de Balmaseda nos alcanzó é interrumpió á D. Juan cuando éste empezaba á ampliar aquella triste noticia, y continuamos los tres descendiendo á la llanura de Abando, donde D. Juan tomó la estrada que conducia á Gorostiza, y nosotros seguimos la carretera de Bilbao.

¿Qué puede haber ocurrido en Aurrecoechea desde que yo no voy por allí? me pregunté con insistencia aquella noche. Y no es lo peor, añadia, que D. Pedro haya experimentado contratiempos en sus intereses; lo peor es que ni él ni su mujer tienen la grandeza de alma que tienen los de Gorostiza para soportarlos y trabajar para repararlos.

Francisco, que se dedicaba cada vez con más fe y aplauso público á la predicacion, no estaba á la sazon en Bilbao, porque habia ido á predicar á una aldea de la Tierra-temprana.

El dia siguiente por la tarde me encaminé á Gorostiza, tanto deseoso de saludar á Mari-Santa y Teresita, como deseoso de saber qué era lo que ocurria en Aurrecoechea.

A pesar de que la tarde era apacible y hermosa, el mirador que daba sobre la estrada estaba desierto.

Chómin, que trabajaba en el jardin, me vió llegar, y se apresuró á salir á abrirme la verja.

El buen anciano me saludó con el mayor afecto y alegría, á pesar de su carácter áspero y gruñon, porque con

Chómin sucedia algo parecido á lo que sucedia con Leon, un perro que habia en mi casa cuando yo era niño. Leon era terrible é implacable para con toda persona que se acercase á la casería y él no supiese que sus amos la veian acercarse con gusto.

Cuando esta persona se acercaba, Leon parecia querérsela comer viva, y era inútil que gritásemos: Leon, *¡vas á fuera! ¡vas á fuera!* Leon continuaba, cuando más, *reguillando* los dientes: pero así que alguno de casa se acercaba al recien llegado y ponia á éste afectuosamente la mano en el hombro, Leon comprendia que aquella persona era amiga de la casa, y se deshacia en fiestas con ella, como diciendo: «Perdone V., pues yo ignoraba que fuese V. amigo de mis amos, y cuente V. entre los suyos á este su seguro servidor que su mano lame.»

— La señora, me dijo Chómin, ha pasado á la otra banda con la señorita y D. Joaquin.

— ¿Qué D. Joaquin?

— El indiano, que como viene por aquí todas las tardes, y es, mejorando lo presente, de los buenos amigos de la casa, no ha querido que pasen la ria solas. Mucho me temo que á la otra banda ocurra algo malo, porque ya se sabe, la señora, y áun la señorita, que va saliendo pintada á ella, no va sino adonde hay algun triste que alegrar ó algun necesitado que socorrer.

— ¡Dios la bendiga!

— ¡Qué, señor, si á esa ya puede Garamendi irle preparando un nicho en el retablo mayor de San Vicente! (1).

(1) D. Bernabé de Garamendi es un inteligente escultor de

— Pues me decido á pasar tambien al otro lado á ver si encuentro á las señoras, porque deseo verlas como hace tanto tiempo que no he tenido ese gusto.

— Bajaré á acompañarle á V...

— Gracias, Chómin, no es necesario.

— Ande V. con cuidado, porque este viento castañero que se nos ha anticipado, con la mayor facilidad pone por montera aunque sea un galarron, y la fiera, áun cuando no dispenga más que de un brazo, como aquí sucede, procura hacer de las suyas. ¡Ah, mala centella de Dios la hunda!

Despedíme de Chómin, bajé á aquellos hermosos diques, donde unos cuantos comerciantes de Bilbao acababan de enterrar una porcion de millones con la patriótica audacia que caracteriza al comercio bilbaíno, y me pasó al otro lado una barquera ya anciana, con quien me entretuve durante el pasaje en esta conversacion:

— ¿Ya debe pesarle á V. el remo?

— Como una pluma, señor.

— ¿Cuánto tiempo hace que V. le maneja?

— Desde chiquita.

— ¿Sin soltarle nunca?

— Sólo dos ó tres dias cada vez que se aumentaba la familia.

— ¿No ha estado V. nunca enferma?

— Nunca, á Dios gracias.

— ¿Ni le ha sucedido á V. percance alguno en la ria?

— Ninguno.

Bilbao, entre cuyas obras se cuenta el retablo mayor de San Vicente de Abando con sus imágenes.

—¿Es V. sola en casa?

—Haga V. cuenta que sí, porque el marido y los chicos andan navegando de largo.

—Bien podian tenerla á V. descansada en su casita.

—Con esa matraca me están siempre.

—¿Y por qué no sigue V. su consejo?

—Porque no quiero morirme hasta que Dios no lo disponga.

—¿Qué, se habia Vd. de morir por dejar la ria?

—Ya ve V., señor, siempre he vivido en el agua, y siempre he visto que los peces se mueren en saliendo de ella.

Pensando, de resultas de esta conversacion, en lo que es la felicidad, que ciertamente no es el dinero ni cosa que se le parezca, me dirigí hácia la iglesia de San Pedro, esperando encontrar en ella ó sus hermosas cercanías, ó en Aurrecoechea, á Mari-Santa y sus acompañantes.

Por casualidad dirigí la vista hácia la fábrica-cerrajería de D. Pedro, y lancé un grito de dolorosa sorpresa porque me encontré con que el edificio se habia quemado de tal modo, que sólo quedaban de él las paredes calcinadas.

Entónces comprendí lo que D. Juan habia empezado á explicarme en Aldamira, y ya no me quedó duda de que donde debia buscar á Mari-Santa era en Aurrecoechea.

Apénas tomé la cuesta de Capuchinos, me pareció ver gente descansando, sentada en un poyo que subsistia desde el tiempo de los frailes, en el último torno ó revuelta, bajo la enramada de avellanos, alheñas, vides silvestres,

zarza-rosas, jazmines y madreselvas que allí dan sombra á la estrada.

Continué subiendo, y unas alegres carcajadas, que en lo frescas, francas y alegres me parecieron de Teresita, me movieron á apretar el paso para dar vista á Aurrecoechea con tan buena y tan querida compañía, pues debo advertir que me habia bastado saber de D. Joaquin lo que sabía y haberle saludado unas cuantas veces para que en mi cariño le confundiese con la familia de Gorostiza.

En efecto, los que yo buscaba eran los que descansaban, conversaban y reian bajo la enramada.

Apénas me vieron lanzaron un cariñoso grito de satisfaccion, se levantaron y se adelantaron á mi encuentro, particularmente Teresita.

Esta, desde que yo no la veia, habia crecido sin vergüenza, como dice uno de los modismos de nuestra buena lengua castellana, que los tiene tan aborrecibles por su falta de lógica como adorables por su sobra de ternura y candor. En efecto, como decia Chómin, Teresita hasta en lo físico salia pintada á su madre: era una feilla tan hermosa, que enamoraba.

Como niña de diez y seis años, no tenía aquella dulce gravedad que constituia el fondo del carácter de su madre; pero en medio de su vivacidad y su franca alegría, asomaba con frecuencia, es decir, siempre que algo grave ó triste terciaba en la conversacion, el alma de Mari-Santa. Vaya un ejemplo:

—¡Ay, D. Joaquin, qué jazmines tan hermosos hay allá arriba! exclamó Teresita indicando al indiano unas

florecillas blancas que coronaban la enramada y derramaban su delicada esencia sobre nosotros.

— Yo sé, le dijo D. Joaquin sonriendo amorosamente, dónde estarán más contentas que allá arriba.

Y se dispuso á trepar al ribazo para alcanzarlas.

— Eh, D. Joaquin, exclamó Mari-Santa queriendo detenerle, no haga V. caso de niñerías, que se va á clavar una espina, y me está echando á perder á esta *chóribaráchu* (1) satisfaciendo todos sus caprichitos.

Pero D. Joaquin se abria ya paso por medio de las zarza-rosas, y despojaba á los jazmines de su fragante corona.

Antes de salir de la enramada tomó una hierbecilla correosa, listada y odorífera, que es muy comun allí, y unió con ella en un lindo ramillete las flores de jazmin.

Teresita, al recibir el ramillete, lanzó un grito de espanto, y se puso descolorida. Era que habia visto sangre en la mano que le alargaba las flores.

Entónces sí que me pareció Teresita pintada á su madre, porque de repente habia desaparecido la niña y sólo habia quedado la mujer toda compasion y toda amor para el que padece, como lo era Mari-Santa.

Las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazon duraron sólo un instante en Teresita y su madre, porque D. Joaquin se apresuró á tranquilizarlas, haciéndoles ver que la herida de su mano era un arañazo insignificante.

Seguimos la cuesta, y entónces eché de ver que don Joaquin llevaba luto. Preguntéle la causa, y supe que

(1) Cabecita de pájaro.

era por su madre, que habia fallecido hacia cerca de un año.

— Aquella pobre, dijo Mari-Santa, bien consolada con la vuelta y el cariño de su hijo fué á reunirse en el cielo con Claudia.

— Ese consuelo me queda en mi triste aislamiento, contestó el indiano conmovido. Pasar la juventud como yo la he pasado, suspirando por la familia, recobrarla, abrigar relacion á una buenísima madre, y quedar otra vez solo.....

— ¡Cómo que solo! le interrumpió Mari-Santa. En este mundo nunca está solo el que es digno de estar acompañado.

— Es verdad, y buen testigo de ello soy yo, que en ustedes he encontrado el benévolo cariño de la familia propia.....

— ¡Eso es, póngamos V. la venda siendo V. el descalabrado! dijo D.ª Mari-Santa.

En esta conversacion habiamos llegado, sin apercibirnos de ello, á Aurrecoechea.

Rosita, que nos habia visto desde la ventana, bajaba á nuestro encuentro, y con ella nos encontramos frente á la casa de su madrina.

Ya no era aquella niña de alma tímida y cuerpo delicado, aunque sano y hermoso, á quien sorprendí desde Gorostiza catalejeando desde su ventana: era una jóven que participaba de la timidez y la rudeza aldeana, y el desembarazo y la finura de la villa. Al verla tan hermosa, tan buena y tan discreta, estuve á punto de echar noramala mi teoria sobre la hermosura y la fealdad de

las mujeres; pero como nunca nos faltan pretextos más ó ménos ingeniosos para seguir aferrados á nuestras opiniones, por erróneas que éstas sean, me acordé de la consabida excepcion, y me quedé tan fresco pensando lo que ántes pensaba acerca de la hermosura y la fealdad femeninas.

Besó á Mari-Santa y Teresita con efusion y franqueza verdaderamente familiares, y nos saludó á nosotros como á amigos de confianza.

—Rosita, le dije sonriendo, como desde Goyérri no alcanzan anteojos á Olaechea, no estará demas decirle á usted que ayer me leyó allí Leandro los versos que habia hecho la noche anterior.

—¿Sí? exclamó Rosita llena de alegría con esta inesperada noticia de Leandro. ¿Y eran bonitos?

—Juzgue V. por sí misma, que para traérselos á usted se los robé.

—Gracias, señor ladron, dijo Rosita llena de gozo recibiendo los versos que me habian hecho quebrantar el octavo Mandamiento. Iba á guardárselos, pero no tuvo paciencia para hacerlo sin ver siquiera la letra, y los desdobló. Al leer el epígrafe «*¡Aquí estará!*» sus dulces ojos se humedecieron é involuntariamente los dirigió hácia el valle del Cadagüa, porque sin duda habia comprendido quién esperaba Leandro que *estuviese* muy pronto en aquel valle.

Y pensando en la dulce y pura emocion que Rosita experimentaria aquella noche, cuando en la soledad de su alcoba leyese y volviese á leer y ungiese con sus besos y sus lágrimas aquel papel, bendije en el fondo de mi al-

ma á la poesía en el concepto de la más santa y dulce mensajera de los corazones enamorados.

Íbamos á subir á casa de D. Pedro; pero Rosita nos dijo que éste y doña Mari-Rosa debian estar en la huerta, cuya puerta se adelantó á abrirnos.

Entramos en la huerta, y en efecto encontramos á don Pedro sentado en un sillon en el jardincito. Mari-Rosa que andaba por el extremo opuesto, se encaminó hácia nosotros al vernos llegar.

Si D. Juan no me hubiese dicho de antemano que iban muy mal los negocios de sus cuñados, al volver á ver á éstos lo hubiera yo conocido.

Don Pedro parecia estar en la convalecencia de una grave enfermedad, y su mujer, que no se tomaba penas por nadie, parecia tener siquiera la virtud de tomárselas por las de su marido.

Don Pedro, como sorprendido de que llegase álguien, alzó la cabeza para ver quién llegaba.

Preguntámosle cómo estaba, y nos contestó con aspereza:

—¿Cómo estoy? Admirado de que parezcan por aquí gentes que no vengan á ver si pueden acabar con lo que me queda, que es un poco de paciencia y otro poco de dinero.

—Tiene razon Pedro, asintió Mari-Rosa que llegaba en aquel instante.

—No, Mari-Rosa, no la tiene tan en absoluto como suponeis, replicó afectuosamente Mari-Santa. Sin ir más léjos, nosotros no hemos dejado de participar de vuestras penas, ni de venir á veros cuantas veces hemos podido con el único deseo de aliviarlas.

—¡No faltaba más que vosotros nos tiraseis tambien al degüello, ó cuando ménos no tuvieseis para los propios lo que teneis para los extraños!

—Cosa que no sería de extrañar, añadió D. Pedro con irónica sonrisa, porque miente como un bellaco el refran que dice: «con mal ó con bien á los tuyos te atén.» Por atenerme yo á los mios me pasa lo que me pasa. Ateniéndome á los consejos de mi mujer, dejé y arrendé la fábrica, que si me daba mucho que hacer, ravabien me libraba del aburrimiento y la ruina. Faltándome la distraccion y la vida activa que me proporcionaba la fábrica, empecé por aburrirme y concluí por enfermar; faltando á la fábrica la inteligencia y el cuidado de su dueño, empezó por desacreditarse y concluyó por arder; y faltándome la salud y el dinero, empezaron los amigos por olvidarme y concluyeron por acordarse de mí para acabarme de matar y hundir á fuerza de reclamaciones y pleitos. Con que ya ven VV. lo que á mí me pasa por atenerme á los mios, por atenerme á los consejos de mi mujer.....

—Tu mujer, replicó Mari-Rosa, no hizo más que condescender con tu gusto.

—Sí, aconsejándome toda la vida que echára enhoramala la fábrica y los negocios.....

—Porque toda la vida la estabas aburriendo con que los negocios y la fábrica te convertian en negro de Guinea.

—No hay mujer que tenga sentido comun.

—Ni hombre que si le tiene no le tenga vuelto al reves.

Con estos dimes y diretes, la irritacion de D. Pedro

aumentaba de tal modo, y la sonrisa sarcástica y provocativa de su mujer se acentuaba de tal modo, que temimos haber subido á Aurrecoechea á presenciar el más triste de los espectáculos que puede ofrecer la miseria de corazon y entendimiento, que es el de la discordia y el encono entre los que Dios ha unido para la concordia y el amor mútuo, sobre todo en las adversidades de la vida.

Al fin, á fuerza de reflexiones y súplicas y hasta de lágrimas con que acompañaron las suyas Mari-Santa, Teresita y Rosita, conseguimos restablecer un tanto la paz entre D. Pedro y su mujer.

Pero si conseguimos llevar á su alma un poco de templanza, no así un poco de fortaleza: los quebrantos que habian experimentado en sus intereses no eran tales que, como los que habian experimentado los de Gorostiza, pudieran hacerles temer la miseria; pero el alma débil y el entendimiento mezquino de D. Pedro y su mujer los abultaban y enmegrecian de tal modo que ambos cónyuges concluyeron por echarse á llorar al enumerárnoslos.

La noche se acercaba, y temerosos de que nos oscureciera ántes de pasar la ria, nos despedimos de D. Pedro y Mari-Rosa.

—Voy á la fuente, dijo Rosita que habia salido con nosotros, porque *los* padres vendrán pronto de las *piezas* y quieren siempre encontrar agua fresca.

Pero como viese asomar por las lastras que mediaban entre su casa y la fuente á un muchacho con una *errada* en la cabeza,

—¡Ah! añadió, ya me ha ahorrado el pobre Martin ese trabajo.

—Martin, dijo Mari-Santa, va saliendo buen chico, ¿no es verdad?

—¡No lo sabe V. bien! contestó Rosita. Si hubiera nacido en casa no nos querria á todos más que nos quiere. Los padres están chochos con él, y con razon, porque todo se lo encuentran hecho y parece que adivina lo que todos deseamos. Ha venido de bajar las vacas del monte, y suponiendo que yo, entretenida en casa de la madrina, me habria olvidado de ir á la fuente, para evitar que los padres viniesen y no encontrando agua fresca me riñesen, ha ido por ella.

—¿Y su madre, que tal está?

—Muy bien, porque los otros chicos le han salido muy trabajadores y buenos.

No es para callado en un libro como este, en que lo único que puede hacer grata la lectura son los arranques del corazon á falta de los del entendimiento, un episodio que observé en la despedida de Mari-Santa y Rosita.

Mari-Santa, acercándose á besar á Rosita, le dijo por lo bajo, temblando su voz de dulce emocion: «Hija, ya haces falta en Olaechea.—¡Ya lo sé, señora! contestó la muchacha no ménos conmovida.—Madre y no señora, le replicó Mari-Santa volviendo á besarla.—¡Es verdad, madre!» respondió Rosita correspondiendo á aquel nuevo beso, y ambas permanecieron algunos instantes con los rostros unidos y los ojos inundados de dulces lágrimas.

Poco despues bajábamos la cuesta, asida Mari-Santa de mi brazo y Teresita del de D. Joaquin, todos tristemente callados, porque á todos nos habia contristado lo que habiamos visto y oido en Aurrecoechea.

No sé, aunque creo adivinarlo, lo que mis compañeros pensarian entónces, pero lo que yo pensaba era esto, que viene á ser lo que más prólijamente he pensado y he sentido y he querido decir miéntras escribia este libro:

« El primer pecado del hombre convirtió en campo de espinas y abrojos el paraíso terrenal; pero Dios, cuya misericordia no tiene límite, le sustituyó con otro, que es el hogar doméstico, que es la familia, institucion creada por su sábia mano y bendecida por su santo espíritu. El primer hombre y la primera mujer fueron arrojados del paraíso terrenal cuando fueron indignos de él, y arrojados son tambien del nuevo paraíso los que no merecen habitarle. Pobres moradores de Aurrecoechea, de alma débil, de corazon mezquino y de entendimiento estrecho y oscuro, ¡cómo Dios os habia de creer dignos de los deleites del paraíso de Gorostiza! »

XL.

EL GRAN DIA.

¡Ah, Dios mio, con qué honda pena y con qué tristeza voy acercándome al término de este libro, que probablemente tendrá la mala suerte de su hermano *El Gaban y la Chaqueta*, que al emprender su humilde, pero bien intencionada peregrinacion por el mundo, las primeras y únicas piedras que recibió partieron, envueltas entre flores, de manos nacidas donde habia na-

cido la que le habia escrito y las habia estrechado con cariño tan entrañable como leal! (1).

¡La pena que siento despues de haber pasado muchos dias saturando mi memoria y mi corazon con el dulce recuerdo del hogar de Gorostiza y sus contornos, nace de una duda, de un temor horrible! ¡Quizá aquel hogar ya no existe! ¡Quizá la ferrería de Ibarrondo y la capilla y la casa anexas á ella han sido pasto de las llamas! ¡Quizá D. Juan y Leandro han sido apaleados ó proscriptos ó fusilados por traidores! ¡Quizá Mari-Santa y Teresita y Rosita están presas como rehenes para ser fusiladas, si un buque se acerca á la costa y dispara hácia ella sus cañones! Si hay quien juzgue exagerado este temor, yo le diré que algunas madres de familia tan piadosas, tan buenas, tan santas como la protagonista de este libro, dejé en Algorta, en Plencia, en Berneo, en Mundaca, en Lequeitio, glorificando á Dios, honrando á su sexo y á su patria, alegrando su hogar y llevando el consuelo al de los necesitados, y hoy los que llevan escrito el nombre de Dios en su bandera, las han arrancado de su hogar, las han encerrado en una prision y les han dicho: «Por cada cañonazo que se dispare desde el mar á los pueblos de la costa, será fusilado uno de los rehenes de que formais parte.»

¡Qué inicua, qué bárbara, qué cruel, qué sin entra-

(1) El *Irurac-bat*, de Bilbao, y *El Ateneo*, de Vitoria, cuya crítica literaria desempeñaban jóvenes que empezaban á recorrer la senda en que ya llevaba treinta años de fatiga el autor del libro, fueron los primeros periódicos que emitieron su juicio acerca de *El Gaban y la Chaqueta.*

ñas, que sin nocion de Dios ni de la justicia humana es la guerra civil!

Aun no desolaba esta horrible fiera los valles de mi infancia y del amor de toda mi vida, aunque hacía cerca de dos años que el resto de España era teatro de la más horrenda anarquía. Cantaban y reian los jóvenes de ambos sexos en las heredades: el *¡aida, gorri!* del carretero y el agudo chirrido de los carros resonaban sin cesar en los caminos que conducian de las veneras á los puertos y de las aldeas á las villas; trescientos grandes buques extranjeros esperaban constantemente en el Ibaizábal el rico mineral de Ollargan, de Mirabilla, de Larrasquitu, de Iturrigorri, de Basurto, de Castrejana y de Triano; no sé cuantos ferro-carriles terrestres y aéreos trepaban á las montañas para arrastrar al mar los tesoros que las montañas encierran: las altísimas quebradas que separan á Galdames y Sopuerta del valle del Ibaizábal eran horadadas para abrir paso por ellas á la potente y ruidosa locomotora; en Sestao se construia un gran puerto; de las márgenes de los rios se elevaba en negras y multiplicadas columnas el humo y el fuego de los altos hornos de fundicion; echábanse los cimientos de multitud de establecimientos industriales; los muelles y almacenes de Bilbao no bastaban para contener las mercancías que casi como lastre conducia la muchedumbre de buques que venian á cargar mineral férreo; el ferro-carril que enlazaba el Ibaizabal con el Ebro no bastaba á trasportar hácia el interior de la Península aquellas mercancías ni las que del interior se enviaban hácia el Océano; veinte mil braceros, en su mayor parte emigrados

de las riberas del Ebro, desoladas por la sequia y la perturbacion política, hallaban trabajo y pan en la hermosa y entónces feliz comarca donde tengo el corazon y el pensamiento; aquella vida, aquella prosperidad, aquella alegría se dilataban hácia el oriente y el ocaso desde San Sebastian á Santander, desde el mar á los Pirineos cantábricos; las doradas playas marinas y los verdes valles donde brotan infinitos manantiales de aguas salutíferas estaban poblados por muchedumbre de forasteros que buscaban allí la salud, la alegría y la paz que no encontraban en el interior de la Península, y las romerías en torno de los santuarios eran más alegres, más bulliciosas, más concurridas que nunca.

¡Sin embargo de todo esto, en el alma de las gentes pensadoras y de los ancianos experimentados se levantaban sombras muy tristes y se agitaban presentimientos muy dolorosos!

Un domingo, pocos dias ántes de aquel en que regresé á Bilbao descansando en Ibarrondo, estábamos sentados bajo los nogales de mi aldea esperando la misa mayor.

Una porcion de hermosos jóvenes de quince á veinticuatro años, de aquellos que luchan como fieras con el trabajo y la adversidad hasta dominarlos y vencerlos, y se convierten en mansos corderos ante la autoridad de sus padres, jugaban á los bolos en la arboleda.

Estaba entre los que los contemplábamos un anciano llamado Anton, que gozaba de gran respeto y autoridad entre el vecindario, no tanto porque habia vivido mucho y era mucho lo que habia visto, como porque sus juicios

solian ser profecías que rara vez dejaban de cumplirse.

—¡Qué guapos van saliendo esos chicos tuyos! dijo una de las vecinas á la que estaba á su lado.

—Es verdad, pero los tuyos nada tienen que envidiarles.

—¡Dios nos libre á todas de una guerra que nos los arrebate!

—¡Mucho me temo que al fin y al cabo tengamos esa calamidad, porque no faltará quien lleve á mal que por aquí estemos tan pacíficos, cuando por *ahí arriba* hace cerca de dos años que se está matando la gente!

—¡Sí, de seguro hay en España ó fuera de ella algunos bribones que piensan sacar las castañas del fuego con nuestra mano!

—Yo no tengo ni he tenido nunca mala voluntad á nadie, pero desde ahora aseguro que odiaria de muerte al que nos trajese la guerra, y pediria á Dios que le exterminase á él y á cuantos le prestasen ayuda.

—Lo mismo pienso y digo yo.

—Y yo.

—Y yo.

Anton oia á aquellas buenas mujeres, y callaba como meditando tristemente.

—¿Qué dice V. á esto, Anton? le preguntó una de ellas.

—Lo que yo digo, contestó el anciano, es que vuestros temores de que tengamos guerra son fundados, y vuestros propósitos de odiar al que la promueva y pedir á Dios que le extermine á él y á los que le ayuden, son enteramente vanos.

—¿Cómo que vanos?

—Yo os lo explicaré. Cuando empezó la otra guerra, mi mujer y yo pensábamos como vosotras. Tanto nosotros como nuestros hijos odiábamos á los que habian encendido la guerra, no porque fueran blancos ni negros, porque de cosas políticas en que se equivocan y no están acordes los hombres más sabios, ¿qué entendemos nosotros, los pobres destripaterrones que apénas sabemos leer? Los odiábamos sólo porque nos habian llevado la paz y traido la guerra.

Un dia vinieron á buscar á nuestros hijos, y los muchachos, siguiendo nuestro consejo y su propio parecer, huyeron de los que querian hacerles tomar las armas para pelear bajo una bandera que odiaban por la única razon de que era la de la guerra. Los reclutadores se apoderaron de mí, me llevaron con ellos maltratándome de palabra y obra, y me anunciaron que si no se presentaban mis hijos en determinado plazo, me matarian á palos y saquearian y quemarian mi casa. Los pobres chicos que lo supieron, dijeron á su desconsolada madre:

—Madre, vamos á presentarnos para tomar las armas, porque vale más que muramos nosotros, heridos por una bala ó de indignacion porque se nos obliga á defender lo que odiamos, que no que maten á palos ó á pesadumbre á nuestros padres y nos quemen la casa en que nacimos, y nos arrebaten cuanto tenemos para vivir.

Dicho esto, los muchachos se presentaron á tomar las armas y oirse llamar *voluntarios*, y yo quedé en libertad.

Un dia estábamos mi mujer y yo que se nos podia

ahogar con un cabello, porque sabíamos que se habia dado una gran batalla y no sabíamos si habrian muerto en ella nuestros hijos. Por fin llegó un vecino que habia estado en la batalla como bagajero, y nos dijo:

—Vuestros chicos no han tenido novedad, aunque han estado en el sitio de más peligro y se han batido como leones.

Mi mujer y yo creimos morirnos de alegría al saber que nuestros hijos estaban sanos y salvos, y yo creí reventar de orgullo al saber que se habian batido como leones.

—¡Y tú eres el que odias á los que nos han traido la guerra y nos han llevado nuestros hijos!! me dijo mi mujer admirada de aquel orgullo.

—Sí que los ódio, tanto como tú y nuestros hijos, le contesté, pero pienso como han pensado nuestros hijos, que el que vuelve la espalda en el combate, defienda lo que defienda ó háyale llevado á él su voluntad ó la ajena, es un cobarde sin vergüenza ni pundonor.

Mi mujer convino en que nuestros chicos y yo teníamos razon, y participó de mi orgullo porque nuestros chicos se habian batido como leones.

Pasó algun tiempo, y desde nuestra casería oimos descargas al otro lado de los montes.

—Es que los dos ejércitos han emprendido una terrible batalla, nos dijo un vecino que bajaba de los montes, adonde habia subido á ver lo que pasaba.

Mi mujer juntó las manos, y levantó los ojos al cielo.

—¿Pides á Dios, le pregunté, el exterminio de los que nos han traido la guerra y nos han llevado nuestros hijos?

—¡Cómo, me contestó, le he de pedir el exterminio del ejército de que nuestros hijos forman parte!

Y mi mujer y yo convinimos en que por más que odiásemos á los que nos habian traido la guerra y nos habian llevado nuestros hijos, necesitábamos pedir á Dios que les diese la victoria!

Haceis bien, concluyó Anton, en pedir á Dios que nos libre de la guerra, porque si la guerra viene, os llevarán vuestros hijos, y ni áun tendréis el consuelo de odiar á los que la hayan traido y amar á los que los combatan.

El recuerdo de estas palabras del buen anciano de mi aldea y el de lo que mis padres padecieron en las postrimerías de la guerra civil de los siete años, porque yo, obediente á su voluntad, no me presentaba á tomar parte en ella, entristecian hondamente mi alma á principios del mes de Julio de 1870, y de esta misma tristeza participaban las gentes un poco pensadoras y experimentadas, en medio del animado y hermoso cuadro de vida, de prosperidad, de alegría y paz material que traté de bosquejar al comenzar este capítulo.

Fatigado está ya mi espíritu con lo que ha sentido desde que escribí la primera página de esta sencilla historia, que sólo es un pálido reflejo de lo que al escribirla he ido pensando y sintiendo. Fáltame, pues, aliento para seguir recogiendo flores y espinas en mi camino, y me apresuro á llegar al término de mi jornada.

El término de mi jornada es el nocedal de Ibarrondo y la colina de Olaechea, y el dia en que llego á él es el 16 de Julio, fiesta de la Vírgen del Cármen.

La hermosa capilla de la gran ferrería parece una ascua de oro y un ramillete de flores. Con la sonora voz de su campanita canta sin cesar, como diciendo: «¡Vírgen Santísima, qué dia tan alegre y dichoso es éste para mí y para todos esos buenos señores que han orado y han llorado de amor y de gozo bajo mi santa y refulgente boveda!»

La tarde declina, porque el sol ya sólo dora la mitad superior de la vertiente occidental del Ganecogorta. La romería más bulliciosa, más alegre, más concurrida, más fraternal que ha alborozado las riberas del Cadagüa, toca á su término en el nocedal de Ibarrondo.

Pero, ¿qué pasa en Olaechea donde alternan el silencio y las ruidosas carcajadas? Ah, yo lo sé como el primero y lo diré como Dios me dé á entender.

Ha terminado el banquete, que ha sido hermoso por la abundancia, el buen gusto y la alegría que han reinado en él. Entre los comensales, entregados ahora á las alegres pláticas de sobremesa, se cuenta un narrador de alegrías y tristezas del pueblo y del hogar, y todos le piden que cuente alguna de aquellas historias que va recogiendo de valle en valle y de caserío en caserío. Resístese á complacerlos, no por modestia, pues sabe que la modestia no se debe convertir en hipocresía, sino porque no le ocurre narracion que le parezca digna de aquella ocasion y aquel auditorio.

—Si no nos complace V., le dice Leandro, nos comerémos en Olaechea las truchas del Cadagua que le he prometido á V. pescar y enviarle á Bilbao.

El narrador se espanta con esta terrible amenaza,

aguza el entendimiento y la memoria, y en la de las truchas del Cadagua encuentra lo que buscaba.

—Oigan VV., dice, la historia de unas truchas del Alzánia.

Y todos cierran la boca y abren el oido.

XLI.

LAS TRUCHAS.

«Desde el monte Aiztgórri, cuya falda oriental recorre el ferro-carril del Norte á poco de entrar en Guipúzcoa, unas veces al aire libre y otras por dilatados túneles, descubre el viajero, allá abajo, en el hondo y frondoso valle, un pueblecito blanco y alegre, entre cuyos edificios se destacan la iglesia parroquial y una fábrica de papel que simbolizan la religion y la industria, principales elementos de prosperidad y vida de los pueblos. El que blanquea en aquel valle es la villa de Cegama, que es como si dijéramos capital del Otamoch, ó tierra de los argomales achaparrados, y está habitada por gente honrada, laboriosa, alegre y feliz, como la generalidad de los pueblos vascongados.

Lo que voy á contar pasó allí en el primer tercio del presente siglo, y áun hay allí quien, como testigo presencial, lo refiere en las largas veladas de invierno, al amor de la lumbre, miéntras la caldera de castañas hierve colgada del llar y el círculo de manzanas estalla y chilla al calor de la brasa.

No olvidaré fácilmente la noche que lo oí contar en una casería de Oláran, barriada próxima á la villa. Miéntras la cena se ponia en sazon, las mujeres hilaban, los mozuelos desgranaban maíz, los hombres fumábamos (¡holgazanotes!), y los chicos, cansados de formar castillejos y ejércitos con las *marolas*, como llaman allí á las mazorcas de maíz desgranadas, que en Vizcaya llamamos *artapoch* y *garuchos*, rogaban al abuelo que contára algun cuento de los muchos que sabía. Y como yo uniese mi ruego al de los chicos, el abuelo, que ya me habia mostrado su deferencia haciéndome sentar á su lado en el escaño, donde por derecho propio dominaba como absoluto señor, llenó y encendió por segunda vez la negra pipa de yeso, y nos contó el cuento de *Las truchas*.

Era el rector ó párroco de Cegama lo más bendito y glorioso que habia bajo la capa del cielo. Con aquel genio siempre bondadoso, indulgente y sereno, con aquella seguridad de que todo lo que ocurre en el mundo es obra de Dios, y por consecuencia lo mejor y más justo, y con aquella propension á no descubrir en el mundo más que horizontes de color de rosa, estaba siempre sonrosado como la fresa de Loyola, sano como las manzanas de Oiquina, y gordo como los cebones de Oyarzun.

De su candor y del candor de una muchacha de Oláran que se confesaba con él se contaban ejemplos que hacian desternillar de risa á las gentes de Otamoch, las más tentadas á la risa de las tres provincias hermanas, que son tres reideros de los buenos.

Hay en los arrabales de Cegama una ermita, que fué

antigua parroquia de la villa, y en ella una imágen de San Bartolomé, á cuya proteccion acuden las gentes de las cercanías cuando sus necesidades reclaman la intervencion del cielo. La *nescatilla* de Oláran estaba muerta de amores por un tal Mateo de Ibarreta, el *mutillá* más guapeton y más desdeñoso con las mozas de todo el valle de Cegama, y á su vez el sacristan de San Bartolomé, que era más feo que el voto vá á Dios, miraba con buenos ojos á la *nescatilla*.

Una mañanita del mes de las cerezas, el más hermoso del año, porque le bendicen tres grandes santos, al nacer, San Isidro Labrador; al mediar, San Antonio de Pádua, y al morir, San Juan, fué la *nescatilla* de Oláran, coloradita como ellas, á la ermita de San Bartolomé, y el sacristan al verla se escondió tras el altar de San José, deseoso de averiguar qué peticion se iba á exhalar de sus labios, porque el sacristan preveia que, creyéndose sola en la ermita, formularia su peticion en voz alta, puesto que allí, como en otras partes, las gentes creyentes y sencillas suponen que las oraciones en voz alta son las más eficaces.

La muchacha se arrodilló en mitad de la iglesia, y exclamó:

«—Te ruego, santo bendito,
que por marido me dés
á Mateo de Ibarreta,
que es guapo y hombre de bien.»

El sacristan le contestó desde su escondite:

«El sacristan te conviene,
y el sacristan te daré,
porque Mateo es un pillo,
y el sacristan no lo es.»

Y la muchacha, persuadida de que era San José y no el sacristan quien le contestaba, replicó:

«Si no te lo digo á tí,
Patriarca San José,
que se lo digo al glorioso
San Bartolomé.»

Pues contábase que esta inocente muchacha fué un dia á confesarse con el Sr. Rector, y cuando éste le preguntó si tenía alguna cosa más que confesar, contestó balbuciente y muerta de vergüenza que le quedaba un pecado muy gordo.

—Más gordo que yo no será, por mucho que sea, le dijo el Sr. Rector con aquella jovialidad que le era propia. Vamos, hija, sepamos qué pecado es ése.

—Padre, si no me atrevo.....

—Dilo, y no andes con simplezas.

—Pues ha de saber V. que he dicho de un sacerdote una cosa mala.....

—¡Hola, hola! ¿Y qué cosa ha sido?

—Si le digo á V. que no me atrevo.....

—Vaya, no muelas con tonterías. ¿Con que dijiste de un sacerdote?.....

—Que parecia un cebon.

—Toma, eso lo dirias por mí. ¿Y qué, los cebones son cosa mala? ¡Malos trozos de cecina me como yo del que maté el invierno pasado!

Esto que se contaba del Sr. Rector de Cegama no tenía mucho chiste; pero mostraba la candorosa ingenuidad del buen sacerdote.

Es verdad que el Sr. Rector se despepitaba por un pla-

tito de magras con tomate ó un par de truchas del riachuelo de Alzánia; pero en cambio era celosísimo en el desempeño de su sagrado ministerio, y como suele decirse, no tenía cosa suya, pues gastaba en limosnas y en obsequiar á cuantos llegaban á su casa, no sólo el producto de su curato, sino tambien el de media docena de buenas caserías que habia heredado de sus padres.

La llavera ó ama del Sr. Rector habia sido tan feliz como éste hasta rayar en los treinta años. Su historia suministraba una prueba más del carácter desprendido y caritativo de su amo. Mari-Cruz, que así se llamaba, quedó huérfana de padre y madre de muy pocos meses de edad, y el Sr. Rector la recogió, costeó su lactancia y educacion, y le sirvió como de cariñosísimo padre.

Mari-Cruz salió una excelente muchacha, y tanto amor y agradecimiento tenía al señor cura, que por no separarse de éste habia desechado muchas buenas proporciones de casarse.

He dicho que hasta rayar en los treinta años habia sido tan feliz como su amo, y de aquí se deduce que no lo era en la época á que me refiero, que es precisamente cuando se acercaba á aquella edad. La explicacion de esto merece, como quien dice, capítulo aparte.

Era célebre en Cegama un viejecito de la altura de un perro sentado, conocido por Diegóchu.

Diegóchu era un pobre labrador que apénas sabía escribir su nombre y apellido; pero era naturalmente tan listo y decidor, y sabía tantos cantares, refranes y chilindrinas, que en todo el Otamoch pasaba entre las gentes ignorantes y sencillas por un sabio, á quien todos ad-

miraban y escuchaban como á oráculo y profeta infalible.

Diegóchu era un admirable *versulári* que echaba la pata á los poetas improvisadores más afamados de las tres provincias hermanas, donde los hay de padre y muy señor mio.

Diegóchu era la delicia de las *deshojas* del maíz con los cuentos con que en ellas embobaba á la gente moza que se reunia para aquella operacion una noche en casa de un vecino y otra noche en la de otro.

Diegóchu entendia de medicina y cirujía más que el célebre Petriquillo su paisano, que años despues, cuando Diegóchu estaba ya enterrado, contribuyó con la mejor intencion del mundo á que se enterrase á Zumalacárregui (1).

Diegóchu daba tres y raya á todos los calendarios en esto de adivinar y pronosticar las variaciones atmosféricas.

Y Diegóchu, en fin, era un pescador tan diestro, que las truchas del Alzánia se le venian á la mano.

Una tarde pasaba Diegóchu por delante de casa del Sr. Rector con una hoz en la mano y un cesto vacío en el hombro, y saludó á Mari-Cruz, que cosia y cantaba en el balcon.

—Diegóchu, suba V. á poner la postura á un pellejí-

(1) El jefe carlista D. Tomás de Zumalacárregui, herido en el sitio de Bilbao el 15 de Junio de 1835, se empeñó en que habia de ser curado por un curandero de Cegama, conocido por Petriquillo, y murió por haberle sobrevenido la gangrena, aunque la herida no parecia grave.

llo de Navarra que hoy ha recibido el señor amo, le dijo Mari-Cruz.

Diegóchu se hacía rogar, y como Mari-Cruz le arguyese que el señor cura la habia de reñir si sabía que le habia dejado pasar sin hacerle subir á beber una *gotilla*, soltó uno de sus inagotables refranes, que hizo á Mari-Cruz soltar una carcajada, dejó en el portal el cesto y la hoz, y subió á casa del señor cura.

Despues que Diegóchu *engañó* una jarrilla del negrillo de Navarra con un canton de pan y unas nueces, encendió la pipa y se puso á echar chicoleos á Mari-Cruz, por supuesto, chicoleos decentes, pues la única lengua que sabía carece de palabras para los de otro género.

De los chicoleos pasó Diegóchu á las preguntas.

—¿Cuándo te casas, Mari-Cruz?

—¡Quite V. de ahí, pregunton! Nunca.

—Pues oye un cantar con que logré que mi mujer renunciára á quedar para vestir imágenes y se decidiera á casar conmigo:

«La mujer se parece
mucho á la hiedra,
pues necesita un árbol
que la sostenga.»

Este cantar, amiga Mari-Cruz, añadió Diegóchu, no es gracioso, pero es otra cosa que vale más: es verdadero. Con que no lo olvides, y quédate con Dios, que voy á segar un cesto de hierba con que cenen esta noche mis vacas.

Diegóchu se alejó dando chupadas á su pipa. Mari-Cruz volvió á sentarse en el balcon y á tomar la costura,

pero no volvió á cantar. En lugar de cantar, cavilaba. Hé aquí sus cavilaciones:

—Tiene razon el cantar de Diegóchu. El Sr. Rector va siendo ya viejo, y cuando mañana ú otro dia falte, ¿qué va á ser de mí si no me he casado? Dinero ni cosa que lo valga no me ha de dejar, porque con su generosidad y sus limosnas, todas sus rentas se le van, y de las caserías no puede disponer en mi favor porque no pertenezco á su parentela, y ya se sabe que segun el Fuero, los bienes raíces no salen de los parientes. Voy á cumplir treinta años, y conforme han ido aumentando mis años, han ido disminuyendo mis novios, de modo que hace dos que no me ha salido ninguno, cuando ántes cada año me salian dos docenas. No, caramba, si me llega á salir alguno, no le suelto á tres tirones, aunque sea más feo y contrahecho que el sacristan de San Bartolomé.

En estas cavilaciones y estos propósitos vivió Mari-Cruz hasta que llegó la romería del Apóstol.

Mari-Cruz, que habia tenido lo que se llama buenos bigotes, habia perdido mucho; pero como decia el barbarote de Jatunándi, áun se la podia prestar un pan, aunque nunca le devolviera.

Ya que he nombrado á Jatunándi, voy á decir quién era este pedazo de animal. Jatunándi era un mozallon de Arazama, que se distinguia en el lugar por su voracidad que le habia valido el apodo con que se le conocia, equivalente á Tragaldabas, y en segundo por su manía de ajustar todas las acciones de su vida á los preceptos de cantares y refranes, cuando estos preceptos no contrariaban sus naturales inclinaciones. Si un refran ó un can-

tar encarecia las excelencias de la gula, Jatunándi le tomaba por un evangelio chiquito; pero si, por el contrario, encarecia las excelencias de la sobriedad, Jatunándi le despreciaba, calificándole de dicho de viejas.

Viejo era Diegóchu, y sin embargo, sus refranes y cantares eran para Jatunándi artículo de fe, sobre todo cuando no contrariaban sus inclinaciones.

El dia de San Bartolomé bailó alternativamente con Mari-Cruz y con una chica de la casería de Ondárra, conocida por la Cascabelera por su aficion á tontear con todos los mozos, y al terminar la romería declaró á Mari-Cruz su atrevido pensamiento de casarse con ella.

Mari-Cruz, ántes de contestarle, se hizo instantáneamente esta reflexion: «Feo, tosco, tragon y barbarote es este zamacuco, y yo soy casi una señorita; pero á falta de pan buenas son tortas.»

Y despues de los consabidos «¡qué cosas tiene V.!» «¿pero lo dice V. con formalidad?» «¡mire V. si tendrá otras más guapas que yo!» etc., concluyó por darle el *sí*.

¡No hay gente más tonta que las mujeres y los hombres!

Cerca de un año hacia que Jatunándi era novio de Mari-Cruz, y aunque ésta habia tenido muchos motivos para tronar con él, particularmente por sus devaneos con la Cascabelera de Ondárra, que daban á la pobre Mari-Cruz muy malos ratos, estaba resuelta más que nunca á no soltar á Jatunándi ni áun con perros de presa.

Llegó la víspera de San Bartolomé, y Mari-Cruz, como todas las *echeco-andrias* de Cegama y sus inmediaciones, hacía preparativos culinarios para la fiesta.

El Sr. Rector leyó una carta que acababa de traerle un propio venido de Aránzazu, y llamando á Mari-Cruz lleno de alegría, le dijo:

—¡Mari-Cruz, gran noticia! Tenemos este año de predicador al padre Cándido, que es un prodigio de elocuencia sagrada. ¡Qué honra tan insigne para nuestra religiosa Cegama y para mí, que voy á tener la honra de hospedarle! Mari-Cruz, ha llegado la ocasion de echar la casa por la ventana. A ver, hija, si mañana te luces como nunca con tus habilidades de cocina, que el padre Cándido es hombre que si hace prodigios con la lengua, no los hace menores con los dientes. Sobre todo que no falten en la mesa un par de truchas de las buenas. Vé en seguida á avisar á Diegóchu para que las pesque esta tarde, y no omitas nada para que miéntras viva el padre Cándido se hable de Cegama en el refectorio de Aránzazu.

Miéntras esto pasaba en casa del Sr. Rector, pasaba algo relacionado con Mari-Cruz en el castañar de Berunza.

La Cascabelera de Ondárra subia por el castañar arriba con una *errada* de agua de Paulitúrri, y Jatunándi, que la habia visto bajar, la salió al encuentro en el carretil que bajando del monte cruza el castañar. El zamarro de Jatunándi y la coquetuela de Ondárra reian y retozaban á más no poder bajo un castaño, cuando apareció Diegóchu, que bajaba del monte con un haz de helecho. Al ver á Diegóchu suspendieron el jolgorio, y la Cascabelera continuó su camino castañar arriba, viendo que Diegóchu, en vez de pasar de largo, se detenia á descansar en el carretil posando el haz de helecho en el terrero.

Jatunándi iba tambien á alejarse, pero Diegóchu, que habia desarrollado la bolsa de piel de perro y sacado de ella la pipa, le llamó ofreciéndole una pipada que Jatunándi no desdeñaba nunca.

—Jatunándi, hablemos como amigos, dijo Diegóchu: basta que pienses casar con Mari-Cruz, para que yo te tenga buena voluntad, pero por lo mismo que te la tengo, debo decirte que no me gustan nada tus retozos con la Cascabelera.

—Es que la Cascabelera es más guapa que Mari-Cruz.

—Pero Mari-Cruz es mujer de bien, y la Cascabelera, aunque lo sea, no lo parece. Hay un cantar que dice:

«De dos mujeres malas
nos libre Dios, amén:
de la que lo parece
y de la que lo es.»

Una sola cosa pudiera retraerte de casar con Mari-Cruz.

—¿Cuál, Diegóchu?

—No necesitas saberla, porque Mari-Cruz es incapaz de pegársela á nadie, y ménos á los curas ni á los frailes.

—Si le entiendo á V., que me ahorquen.

—Tú no entiendes más que de llenar la tripa.

—Quien por comer no se mata.....

—No está conforme con eso aquel refran que dice:

«Quien come para vivir,
se alimenta;
quien vive para comer,
revienta.»

—Déjese V. de dichos de viejas, y dígame qué es lo que pudiera retraerme de casar con Mari-Cruz.

—El que Mari-Cruz fuera capaz de pegársela á su amo.

—¿Por qué?

—Porque hay un cantar que dice:

«La mujer que se la pega
á los curas ó los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casáre.»

—¡Já, já, já!! Sabe V., Diegóchu, que ese cantar merece aprenderse *de cabeza*, y particularmente cuando uno está tentado de casarse con una ama de cura?

—Pero cuando el ama de cura es como Mari-Cruz.....

Diegóchu se interrumpió al oir á Mari-Cruz, que le llamaba desde el linde del castañar.

—¿Qué hay, Mari-Cruz? contestó.

—Que el señor Rector desea que sin falta pesque usted esta tarde un par de truchas buenas.

—Díle al señor Rector que las tendrá sin falta para el anochecer, porque sé donde hay dos como besugos, que están tan seguras como si estuvieran en una pecera.

—Pues, adios, que hago mucha falta en casa, porque mañana tenemos á comer á un gran predicador del convento de Aránzazu.

—Pero, mujer, no vayas tan de prisa.....

—No puedo detenerme. Que las truchas no falten, Diegóchu.

—No faltarán. De tí estábamos hablando.

—¡Ustedes si que son buen par de truchas!

Así diciendo, Mari-Cruz se volvió á casa, y Diegóchu

y Jatunándi se separaron, dirigiéndose cada cual á la suya.

Diegóchu no echó en saco roto el encargo del señor Rector, pues al anochecer subió á casa de éste llevando dos truchas como dos salmones; y despues de haber sido obsequiado por el cura con un duro, y por Mari-Cruz con la consabida jarrilla de vino, acompañada de pan y nueces, salió encendiendo la pipa con un tizon que para ello y para alumbrarse tomó del hogar.

El señor Rector sabía las honestas relaciones amorosas de Mari-Cruz y Jatunándi, porque Mari-Cruz le habia dado noticia de ellas apénas las contrajo. El novio no le habia parecido ninguna ganga, pero le habia dado su aprobacion por razones análogas á las que Mari-Cruz habia tenido para darle el *sí*.

Jatunándi entraba con frecuencia en casa del señor cura, quien en manera alguna se oponia á ello, tanto porque su casa estaba siempre abierta á todos los vecinos, como porque sabía que Jatunándi no entraba en ella con más fin que el de llenar la tripa.

Diegóchu se dirigia á su casa con su pipa en la boca y su tizon en la mano, cuando se encontró con Jatunándi á quien dió noticia de las dos soberbias truchas que dejaba en casa del señor Rector.

Jatunándi, que andaba siempre buscando pretextos para ir á casa del señor cura, más (como éste pensaba) que para ver á Mari-Cruz, para sacar la tripa de mal año, se fué inmediatamente allá con pretexto de ver las truchas.

El señor cura estaba encerrado en su cuarto con la

suegra, es decir, con el Breviario, á que dan este nombre los eclesiásticos, segun dice el Diccionario de la Academia de la lengua española, que unas veces tiene la lengua demasiado corta y otras demasiado larga. Mari-Cruz estaba llorando, ó poco ménos, porque Diegóchu, al concluir la jarrilla, la habia hecho una amistosa advertencia que la llenó de dolor, con tanta más razon, cuanto que llovia sobre mojado.

—Mari-Cruz, le habia dicho Diegóchu con la mejor intencion, ya sabes que yo te quiero, porque pudiera moler el molino de Aitamárren con las jarrillas de vino que he recibido de tu mano. Pues oye un consejo: ándate con cuidado con ese cannueso de Jatunándi.

—¿Por qué me dice V. eso, Diegóchu? exclamó Mari-Cruz sobresaltada.

—Porque esta mañana, cuando nos viste juntos en el castañar de Berranza, acababa yo de sorprenderle allí retozando con la Cascabelera de Ondárra, que subia de Paulitorri, y con quien cada vez está más encalabrinado.

—¡Gracias, Diegóchu! dijo Mari-Cruz saltándosele las lágrimas.

—Atale corto, que si no se le escapa, y ya no está para golleras, porque como dice el cantar,

«La mujer que á los treinta,
no tiene novio,
eche las esperanzas
con mil demonios.»

Cuando Jatunándi llegó, Mari-Cruz hizo un gran esfuerzo para disimular su pena, y puso, como siempre, buena cara á Jatunándi.

—Con que vamos á ver, le dijo éste, esas famosas truchas que Diegóchu ha pescado; pero no, mejor será que ántes de todo mires si tienes por ahí algo que echar á perder.

Mari-Cruz le sacó medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que Jatunándi se echó entre cuero y carne en medio cuarto de hora.

—Ahora vamos á ver las tru has, dijo Jatunándi.

Mari-Cruz sacó en una fuente las dos hermosas truchas que tenía ya destripadas y preparadas para freirlas la mañana siguiente.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!..... exclamó Jatunándi santiguándose de admiracion; en mi vida he visto truchas más hermosas. ¡Si las pescáramos mañana unos amigos y yo en la merendona que vamos á tener en el castañar de Berunza!.....

—Qué, ¿no vas mañana á la romería? le preguntó Mari-Cruz sorprendida y disgustada.

—¡Qué romería ni qué jinojo! ¿Dónde hay romería como una merienda con vino hasta dejarlo de sobra?

—¡Mal haya el vinazo, que siempre estais soñando con él!

—Pero, mujer, ¿qué ha de hacer uno sino beber vino, en un pueblo como Cegama, donde no hay una mala fuente?

—Buena es el agua del rio.

—¡Cá! el agua del rio cria ranas.

—¡Eh, viciosotes! Con que ya ves que Diegóchu se ha lucido, porque las truchas son alhajas.

—¡Canario si lo son! ¡Lástima que se las coman curas y frailes!

—¡No, mejor fuera que se las comieran judíos como vosotros!

—Pues ya se ve que fuera mejor..... Mira, Mari-Cruz, ¿quieres dármelas para que mañana nos las comamos los amigos y yo en Berunza?

—¡Anda enhoramala con tus bromas!

—Pues, chica, te lo digo con formalidad. ¡Mira tú si en casa del señor Rector habrá con que reemplazarlas!

—Vaya, vaya, déjate de conversacion, dijo Mari-Cruz disponiéndose á volver las truchas á la despensa.

—Mira, no te molestes en guardarlas, replicó Jaunándi, porque es cosa decidida, me las llevo yo.

—Sí, como no te lleves.....

—Te digo que me las llevo.

—¿Pero hablas de véras?

—Tan de véras como me he de morir.

—¡Vamos, tú te has vuelto loco ó quieres que yo me vuelva!

—Ni lo uno ni lo otro. ¿Me das las truchas ó tronamos para siempre?

—¿Qué es lo que dices, hombre de Dios?

—Lo que digo es que si me das las truchas me caso contigo ántes de un año, y si no me las das, ántes de un año me caso con la Cascabelera.

—¿Pero no ves, hombre, que es imposible?....

—Yo siempre he oido decir que no hay imposibles para el que quiere.

—¿Pero con qué cara le digo yo al amo?.....

—Al amo le dices, pongo por caso, que el gato se las ha comido.

—Sí, replicó Mari-Cruz, esforzándose para dar un giro alegre á aquella triste conversacion, para que me suceda lo que á la criada del cuento.

—¿Y qué le sucedió á esa criada?

—¡Una friolera! La mandó su ama á comprar tres libras de carne, y de las tres sisó dos. Como lo conociese su ama, se disculpó con que el gato las habia comido. Entónces su ama pesó al gato, y resultó que el gato sólo pesaba libra y media.

—Chica, cuenta tú un cuento mejor urdido que ese, y verás como el Rector y el fraile se le tragan.

Al decir esto, Jatunándi cogió las truchas y tomó con ellas escalera abajo, sin que todos los ruegos y reflexiones de Mari-Cruz bastáran á detenerle.

Mari-Cruz tuvo tentaciones de decir á su amo la verdad de lo que habia pasado; pero por primera vez de su vida no se atrevió á decírsela.

Pensó si Diegóchu podria coger por la mañana otro par de truchas como aquellas, pero recordó que Diegóchu le habia dicho que todas las que quedaban en el riachuelo eran chiquitas.

Pensó otra porcion de cosas, y ninguna le satisfizo, hasta que se decidió por primera vez á idear un embuste, por cuyo medio ella quedase bien con su amo, y su amo no quedase mal con el fraile. Lo que más la animó á ello fué el recuerdo del refran que dice: «Una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta.»

¡Qué dia tan esperado y tan hermoso es en las aldeas, y particularmente en las vascongadas, el de la fiesta titular!

Ese hermoso dia habia llegado para Cegama la mañana de su fiesta de San Bartolomé.

El cielo estaba azul, pero empezaba á soplar el viento del sur, querido de las castañas y las boronas que sazonan á su cálido soplo. El dia, con sol radiante y viento castañero, era muy caluroso.

Las campanas se deshacian repicando á misa mayor, y la concurrencia de forasteros de Guipúzcoa, de Navarra, de Alava, de Vizcaya, y áun de veraneadores madrileños, era tal que Diegóchu decia en plena plaza, chupa que chupa su pipa y pensando en el dineral que aquel dia iban á dejar en Cegama los forasteros:

—Si de esta hecha la señora villa no planta en medio de la plaza una fuente de las muchas y buenas que hay en sus cercanías, es seguro que algun perro rabioso la ha mordido, porque de otro modo no se explicará el aborrecimiento de la señora villa al agua.

La misa mayor comenzó con gran solemnidad y con la iglesia llena de gente, que temía ahogarse de calor.

Cuando el predicador subió al púlpito, todos temieron que no pudiera resistir la sofocante atmósfera del templo, tanto más, cuanto que el Padre Cándido era tan grueso como el señor Rector, y todos veian que el señor Rector, como suele decirse, sudaba tinta.

El sermon fué bueno, bueno y retebueno, porque el Padre Cándido era, en efecto, hombre que lo entendia. Cuando el predicador, á propósito de la desollacion del glorioso apóstol San Bartolomé, la emprendió con los hombres barbados que, convirtiéndose en miserables mujerzuelas, se entretienen en desollar con la lengua á todo

vicho viviente, y cuando á propósito de las predicaciones del apóstol, tomó por su cuenta á los que predican integridad y liberalismo y son capaces de robar el copon y doblar á palos al sursumcorda si los contradice, el efecto fué magnífico en un par de bribones de Cegama, que se entretenian habitualmente en desollar, con sus murmuraciones, á los vecinos más laboriosos y honrados de la villa y sus cercanías, y en otro par de veraneadores madrileños que debian comer ajos cuando se picaban, pues así éstos como aquéllos parecian quererse tragar con la vista al Padre Cándido, cuando predicaba contra los murmuradores y los seudo-liberales.

El Padre Cándido no podia ya con su alma cuando bajó del púlpito, y tuvo que retirarse inmediatamente á su posada, es decir, á casa del señor Rector.

Mari-Cruz, que habia oido temprano la misa del Padre Cándido, estaba en casa atareadísima con las faenas culinarias. Cuando vió llegar al predicador tan sofocado, se asustó creyendo que llegaba enfermo, pero el Padre Cándido se apresuró á tranquilizarla.

—No te asustes, Mari-Cruz, dijo el buen religioso, que esto no es más que una muestra de los sofocones del infierno. Vengo á ver si me das algo con que me temple un poco.

—Pierda V. cuidado, Padre Cándido, que le voy á hacer á V. un refresco con que se quedará como una lechuga, contestó Mari-Cruz, poniendo manos á la obra.

La obra fué un buen vaso de agua fresca con dos azucarillos bien disueltos con la rotacion entre las dos palmas de la mano de una caña cascada por el extremo infe-

rior, y el adimento de una copa no sé si de ron ó aguardiente anisado, porque en materia de líquidos alcohólicos soy tan topo, que sólo entiendo de chacolí y sagardúa.

El Padre Cándido desocupó el vaso á traguitos, que es como hay que desocuparle en estos casos si ha de producir buen efecto, y á los dos minutos estaba tan fresco y tan guapo y con mucha gana de conversacion.

—¿Y cómo te va, Mari-Cruz, con el señor Rector?

—Perfectamente, Padre Cándido.

—El Rector es un bendito de Dios, ¿no es verdad?

—¿Que si lo es? Si todas las gentes del mundo fueran como él, ya podian VV. los predicadores mudar de oficio.

—Y el pícaro se conserva sanote y fuerte como un roble.

—Gracias á Dios no tiene un dolor de cabeza, y si no fuera por la manía esa que le quedó cuando estuvo enfermo hace años.....

—¿Manía? Ah, ya, la de gastar cuanto tiene en limosnas. Mujer, eso no es manía, que es una de las más santas obras de misericordia.....

—Pero, Padre Cándido, si no me refiero á eso.

—¿Pues á qué, mujer?

—¿Qué, no sabe V. la manía del pobre señor amo?

—No sé que tenga ninguna.

—¡Alabado sea Dios! Pues no hay en Cegama quien no la sepa.

—Ya, pero como yo no soy de Cegama.....

—Tiene V. razon.

—¿Y qué manía es la que tiene el bueno del señor Rector?

—La más rara que V. puede imaginarse.

—Pero, mujer, vamos á ver cuál es.

—Pues nada, que algunas veces, cuando tiene convidado á comer, se le mete en la cabeza que le ha de cortar las orejas.

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? Al convidado.

—¡Zape! exclamó el Padre Cándido, dando un salto en la silla y llevando involuntariamente las manos á las orejas que eran tan grandes, coloradas y gordas que daba gusto el verlas.

—No le dé á V. cuidado, Padre Cándido, que eso no vale nada.

—¿Que no vale nada la conservacion de las orejas? ¿Muchacha, estás loca ó te chanceas? Yo no he averiguado para qué nos ha puesto Dios este par de embudos sobre las quijadas, pero cuando nos los ha puesto para algo será, que Dios no hace las cosas á humo de pajas.

—Pero, Padre Cándido, si no digo lo contrario. Lo que digo es que la manía del pobre señor amo es completamente inofensiva si se tiene un poquito de cuidado. En primer lugar, le da muy de tarde en tarde, y en segundo, cuando le da, hay una señal infalible para prevenirse y evitar todo peligro.

—Explícate, mujer, explícate que la cosa es séria, dijo el fraile algo más tranquilo, pero sin tenerlas todas consigo todavía.

—Pues cuando al señor Rector le da esa manía, se

conoce en que al sentarse á la mesa toma el cuchillo.....

—¡Aprieta, manco! exclamó el Padre Cándido, interrumpiendo a Mari-Cruz y llevándose nuevamente las manos á las orejas.

—Pero, Padre Cándido, oígame V. y no se asuste.

—Di, mujer, di.

—Pues digo, que cuando le va á dar al amo la manía, se conoce en que, al sentarse, toma el cuchillo y se pone á suavizarle en la palma de la mano como quien suaviza una navaja de afeitar, y entónces el convidado se levanta con cualquier pretexto y se aleja de casa, con lo cual, aunque se quede sin comer se queda con sus orejas donde Dios se las puso.

—¡Hum! murmuró el Padre Cándido, todavía alarmado, á pesar de los esfuerzos de Mari-Cruz por tranquilizarle: ¡hum! me parece que sería mejor tomar el portante.....

El fraile se interrumpió oyendo los pasos del señor Rector que subia ya las escaleras.

Á propósito del señor Rector, debo completar el retrato que de él hice, diciendo que entre sus verdaderas manías figuraba, no la de querer cortar las orejas á sus convidados que Mari-Cruz le atribuia, sino la de hacer con el cuchillo, siempre que se sentaba á la mesa, la maniobra que decia Mari-Cruz.

Poco despues de su vuelta de la Iglesia se dirigió alegremente al comedor en compañía del Padre Cándido.

Al comedor se pasaba por otra pieza contigua á la cocina, donde habia un aparador que Mari-Cruz habia provisto de una porcion de menudencias, que hicieron los

dientes agua al señor Rector y al Padre Cándido cuando repararon en ellas al pasar al comedor.

Lo que sobre todo regocijó y arrancó una sonrisa de profunda satisfaccion al señor Rector, fué una gran fuente cubierta con una blanca servilleta en que supuso estaba el par de ricas truchas, que eran su manjar predilecto y con que esperaba sorprender agradablemente al Padre Cándido, no ménos aficionado que él á la flor y nata de la pesca fluvial.

Sentáronse á la mesa, y el Padre Cándido se tranquilizó un poco viendo que el Rector, distraido y alegre con los primores con que Mari-Cruz la habia adornado, no hacía caso del cuchillo, y hasta se decidió el Padre Cándido á hacer boca con unas apetitosas rajitas de salchichon que componian parte de los divertidos *entremeses*; pero de repente se agitó en su silla y se llevó las manos á las orejas. ¡Era que el señor Rector habia echado mano al cuchillo y se ponia á hacer la consabida operacion de suavizarle en la palma de la mano!

—¿Qué es eso, Padre Cándido? le preguntó el señor Rector alarmado, creyendo que le habia dado algo.

—Nada, nada, contestó el fraile desconcertado, es que esta pícara mucla dañada me ha dado una punzada, que me ha hecho ver las estrellas, y con permiso de V. voy á ver si encuentro en la maletita un terroncito de alcanfor, con que se me suele quitar el dolor metiéndolo en el agujero de la muela.

—Si, sí, vaya V., que para eso el alcanfor es muy bueno.

El Padre Cándido desapareció del comedor tan atur-

dido que al pasar por la pieza inmediata tropezó en el aparador, y á poco más derriba unos platos cuyo ruido oyó el Rector.

Inmediatamente se oyó la voz de Mari-Cruz, que decia:

— Padre Cándido, Padre Cándido, ¿está V. loco?

El Padre Cándido no contestaba, y el ruido de sus precipitados pasos se perdió por la escalera abajo.

—¿Qué es eso, Mari-Cruz? preguntó el señor Rector levantándose y saliendo del comedor.

—¡Qué ha de ser, señor amo, contestó Mari-Cruz afligida, que el Padre Cándido sin duda ha perdido el juicio, pues ha cogido del aparador las truchas y se escapa con ellas metidas en la manga!

—¿Pero se lleva las dos? preguntó el Rector tan asombrado como disgustado.

—Sí, señor, las dos se ha encajado en la manga. ¡Jesus, no se puede una fiar en este mundo ni de la camisa que lleva puesta! Ese señor por fuerza se ha vuelto loco.

— Loco podrá haberse vuelto, pero tonto no, dijo el señor cura, y corrió al balcon.

—¡Padre Cándido! gritó desde el balcon viendo que el fraile corria como alma que lleva el diablo para largarse de Cegama; ¡padre Cándido, no se vaya V. con las dos, hombre! Una de las dos siquiera... siquiera una.

—¿Una? Ni media, contestó el fraile, tapándose con las manos ambas orejas, y desapareció; y alejándose de la villa, tomó precipitadamente la mula que habia dejado en una posada de las afueras por no haber cuadra en

casa del señor Rector. Un momento despues iba camino de Aránzazu, mirando de cuando en cuando atras, y todavía llevándose instintivamente las manos á las orejas.

Mari-Cruz esperó en vano aquella noche á Jatunándi; pero no extrañó que éste no fuera á verla aquella noche. Jatunándi habia llenado la tripa en el castañar de Berunza, y no necesitaba ir aquella noche á llenarla en casa del señor Rector.

A la mañana siguiente Jatunándi fué á ver á Mari-Cruz, á quien ántes de todo preguntó si tenía por allí algo que echar á perder.

Despues que Mari-Cruz hubo satisfecho esta pregunta sacándole medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que el barbarote despachó en medio cuarto de hora, Jatunándi la hizo otra:

—¿Cómo te las gobernaste ayer para que ni el cura ni el fraile supiesen que me habias dado las truchas?

Mari-Cruz le contó su estratagema.

—¿Es decir, dijo Jatunándi, que se la pegaste de puño al cura y al fraile?

—Sí, y con harto sentimiento mio, contestó tristemente Mari-Cruz.

—Pues, chica, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa es? preguntó Mari-Cruz, alarmada con el tono serio y solemne que de repente habia tomado su novio.

—¿Recuerdas aquel cantar que dice:

«La mujer que se la pega
á los curas ó los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare»?

—Sí que le recuerdo, respondió Mari-Cruz cada vez más alarmada.

—Pues, chica, ya no me caso contigo.

—¿Qué es lo que dices, hombre?

—Lo que digo es que yo queria hacer una prueba infalible para dar el trueno gordo; he hecho la prueba, y doy el trueno.

Mari-Cruz, al oir esto, quiso replicar á aquel pedazo de bestia; pero la indignacion le oprimió el corazon y le detuvo la palabra, y sólo pudo echarse á llorar, miéntras Jatunándi tomaba escaleras abajo.

Habia pasado cerca de un año. El dia de Nuestra Señora de la Asuncion, gran dia para Cegama por lo que luégo sabrémos, salia de la iglesia parroquial de la villa una boda: era la de Jatunándi y la Cascabelera de Ondárra, que acababan de casarse.

Al oir el ruido de los cohetes que la anunciaban, Mari-Cruz salió al balcon creyendo que sería el anuncio de que la cruz parroquial volvia de Aránzazu, y viendo á los recien casados, se metió adentro llorando.

Diegóchu estaba en aquel momento en la plaza chupa que chupa su pipa, y al ver á los novios se quitó la pipa de la boca, y murmuró saltándosele las lágrimas y mirando melancólicamente hácia el balcon de casa del señor cura:

—¡Pobre Mari-Cruz! Qué cierto es aquel cantar que dice:

«La cuarta parte del agua
que las fuentecillas vierten,
son las lágrimas que cuestan
los hombres á las mujeres.»

La gente se agolpaba hácia el campo de Andueza, que es el que rodea la ermita de San Bartolomé en las afueras de la villa. Era que la cruz parroquial asomaba por las vertientes del Aiztgorri, volviendo de Aránzazu, en cuyo insigne monasterio, situado en las quebradas soledades del Aloña, se celebraba aquel dia la gran fiesta de la Vírgen, aparecida allí en el siglo xv al pastor Rodrigo de Balzátegui, y á quien la piadosa madre del gran historiador Garibay, peregrinando llorosa y descalza por espacio de cuatro leguas que median entre Aránzazu y Mondragon, patria del príncipe de los historiadores españoles, iba á pedir la salud de su hijo.

Aquel dia la villa de Cegama, que dista tres leguas del monasterio, toma piadosa parte en la fiesta de Aránzazu, dirigiéndose procesionalmente al monasterio con la cruz parroquial, que acompañan uno de los curas de la villa, el más jóven y apto para tan penosa jornada, el alcalde y muchos vecinos.

Cuando la cruz asoma de vuelta por las alturas de Aiztgorri, las campanas de la villa y los corazones de los cegameses le entonan un cántico de amor y regocijo.

El campo de Andueza se puebla de gente que va allí á esperar y dar la bienvenida á la cruz y á presenciar el acto solemne en que la Vírgen de la villa recibe las amorosas memorias que le envia su santa prima la Vírgen de la montaña, y á pasar el resto del dia en aquel campo merendando y solazándose con bailes y juegos entretenidos, sencillos y honestos.

En el momento en que la cruz se acerca al campo de Andueza, la Vírgen sale procesionalmente de la parro-

quia, y al encontrarse con la cruz en aquel campo, ambas se tocan y permanecen algunos instantes unidas. Las gentes del pueblo dicen y creen firmemente que la cruz emplea aquellos instantes en dar á la Vírgen de Cegama las memorias que para ella le ha encargado su prima la Vírgen de Aránzazu.

Y cuando la cruz ha cumplido esta dulce mision, el alcalde, que como el sacerdote viene á caballo, arroja á los niños puñados de rosquillas benditas que para ellos trae de la santa soledad del Aloña, y la multitud se estremece de júbilo, y Vírgen titular y cruz parroquial vuelven á la parroquia saludadas por el estruendo de los cohetes, y el repique de las campanas, y el canto de los sacerdotes, que repite el pueblo lleno de piadoso júbilo.

Cuando el señor cura llegó á casa despues de casar á Jatunándi y la Cascabelera y de salir con la Vírgen de la villa á recibir las memorias de la Vírgen de la montaña, áun estaba Mari-Cruz llorando.

Mari-Cruz se enjugó las lágrimas é hizo un esfuerzo supremo para ocultar su dolor al noble anciano, á quien veneraba como á sacerdote y amaba como á padre; pero el señor Rector adivinó con honda pena lo que pasaba en el alma de Mari-Cruz, y dijo á ésta:

—¡Ánimo, hija, que las espinas de la tierra se convierten en flores del cielo!

Mari-Cruz se arrodilló á los piés del sacerdote deshecha en llanto, y le confesó la falta que habia cometido.

Y el señor Rector, despues de convenir en que habia obrado mal, y en que quizá aquel dolor era la expiacion de aquella falta, añadió:

—Mari-Cruz, resígnate con la voluntad de Dios, que quizá te ha hecho un bien muy grande rompiendo los lazos que te unian con ese hombre. El dia que yo te falte no quedarás desvalida en el mundo, pues considerando que eras el primer pobre con quien yo debia ejercer la caridad, hace muchos años he ido apartando para tí el primer óbolo de los que destinaba diariamente á los pobres, y así aparecerán en mi gabeta dos mil ducados que hace tuyos mi testamento, otorgado ya.

Iba Mari-Cruz á expresar su agradecimiento al señor Rector uniendo sus palabras á las lágrimas de consuelo que habian reemplazado á las de dolor, cuando se detuvo al oir á Diegóchu, que se anunciaba escalera arriba con su habitual exclamacion de:

—¡La paz de Dios sea en esta casa!

—¿Qué hay, amigo Diegóchu? le preguntó alegre y bondadosamente el señor cura.

—¡Qué ha de haber, señor Rector, contestó el buen anciano, que Dios es justo dando á cada uno lo que merece, como lo prueba el haber dado á Jatunándi por mujer á la Cascabelera, y á la Cascabelera por marido á Jatunándi. ¡Siempre va la penitencia en el pecado!

—¡Qué verdad dices, amigo Diegóchu! exclamó el señor Rector, y añadió dirigiéndose á Mari-Cruz:

—Mari-Cruz, ya que la gente se divierte esta tarde en el campo de Andueza, justo es que nosotros nos divertamos en casa. Esta tarde hemos de merendar aquí los tres juntos una fritada de magras con tomate de aquellas que tú sabes hacer, para celebrar Diegóchu, tú y yo la boda de Jatunándi y la Cascabelera.

Mari-Cruz soltó una alegre carcajada y se fué hácia el comedor para preparar la mesa al señor cura y la jarrilla á Diegóchu, miéntras el señor Rector daba á probar á Diegóchu un riquísimo tabaco *pipero* que le habian traido aquel mismo dia de San Sebastian.

XLII.

¡AQUÍ ESTÁ!

El narrador de Olaechea ha terminado su narracion con aplauso de su auditorio, que aunque éste no tenga otras razones para juzgarle con benevolencia, tiene la de pensar que es el primero y casi el único que ha consagrado su vida á dar á conocer al mundo el pasado y el presente del pueblo *euscaldun*, que era casi desconocido, y por tanto con frecuencia calumniado.

Un murmullo extraordinario se alza en el campo, y la muchedumbre corre y se arremolina hácia la subida de Olaechea.

—¡Los señores! ¡los señores bajan! exclama la muchedumbre.

Y en efecto, de la blanca, grande y hermosa casa que corona la colina salen multitud de personas, que descienden lentamente y en animada conversacion hácia el nocedal, y el balcon y las ventanas de Olaechea se llenan de muchachas con traje de sirvientes, que salen á ver y saludar afectuosas y alegres á los que nos ausentamos.

Sí, á los que nos ausentamos, porque yo soy uno de ellos.

Francisco, el compañero de mi infancia, ha santificado en nombre de Dios el dulce amor de Leandro y Rosita en aquella refulgente iglesita de la Vírgen del Carmelo, cuya sonora campana canta más alegre y más bulliciosa que nunca al vernos bajar.

Prolongadas y entusiastas aclamaciones resuenan en el nocedal, y entre ellas se distingue la de «¡viva la Señora!»

La Señora es una á quien ciegan las lágrimas de agradecimiento y alegría, viéndose, y viendo á los que la acompañan, objeto de aquella ovacion: ¡la Señora es Mari-Santa!

Todos los que hemos bajado de Olaechea entramos en la hermosa capilla.

El sacerdote ha dicho:

—¡Sábado y fiesta de la Vírgen del Cármen, la Vírgen debe ser saludada por nosotros, ántes de alejarnos de su templo, con la Salve, con el cántico más tierno y hermoso de la poesía cristiana!

Y todos hemos pensado y sentido como pensaba y sentia el sacerdote.

La Salve ha terminado, y la despedida comienza. Multitud de carruajes nos esperan á la salida del nocedal.

En el pescante de uno de ellos, al lado del cochero, está un viejecito, cuya alegría hace reir á cuantos le ven y oyen. Es Chómin, que asegura no haber bebido en la Jamaica, con ser Jamaica, una copa de ron como la que en Olaechea le ha escanciado su ama D.ª Mari-Santa, ni

haber fumado en la Habana, con ser Habana, un cigarro como el que en Olaechea le ha regalado su amo don Juan.

— Chómin, le dice uno de los circunstantes, hoy se debiera V. morir para morir alegre.

— No, contestó Chómin; no quiero morirme el dia en que se ha casado mi amo el chiquito, que es pintado á mi amo el grande.

— ¿Pues cuándo si no, Chómin?

— El dia en que se case mi ama la chiquita, que es pintada á mi ama la grande. Viejo soy, pero ya irémos tirando hasta ese dia, que no debe estar léjos.

Chómin calla, porque los señores se acercan.

Doña Mari-Santa, Teresita, el señor cura y D. Juan van á ocupar la carretela en cuyo pescante se ha encaramado Chómin, sin duda para excomulgar mejor desde allí á la *fiera* en el alto de Aldamira.

Los padres de Rosita, D. Joaquin y yo tenemos preparada otra carretela, en cuyo pescante se ha acomodado un guapo aldeanito, en quien reconozco á Martin cuando le oigo llamar *amá* y *aitá* á los padres de Rosita.

Pasaré por alto las despedidas entre los que nos vamos y los que se quedan, y sólo referiré algunos de sus episodios.

Don Joaquin y yo nos acercamos á la carretela de Mari-Santa ántes de subir á la nuestra, donde ya hemos colocado á los suegros de Leandro, que están muy alegres, aunque nada más que alegres.

— Vamos, digo á Mari-Santa, hoy ha estado el cielo completamente sereno.

— Sí, gracias á Dios, aunque tambien ha tenido su nubecilla.

— ¿Cuál?

— ¿No ve V. que no han querido acompañarnos los cascarrabias de Aurrecoechea so pretexto de que no están para fiestas?

— Es verdad.

— Yo lo siento por los pobres de sus ahijados, que hoy se han acordado mucho de ellos.

— Me parece que otra nubecilla anda tambien por el cielo.

— No sé cuál.

— Leandro no se olvidará de Gorostiza, y tan hijo de su madre será casado como soltero; pero como V. es tan madrota, le parecerá que le falta su hijo.

— Aunque así fuera, me contesta Mari-Santa sonriendo y mirando cariñosamente á D. Joaquin, me consolaria con otro.

Teresita se pone colorada, y D. Joaquin se sonrie regocijado y agradecido.

— Sí, dice Francisco placenteramente, preparo á Teresa su estampita, que no ha de ser ella ménos que Rosa.

Por supuesto, Leandro y Rosa son de los que se quedan.

La partida llega, y los recien casados me dan el último apreton de manos.

— Leandro, digo á éste por lo bajo, pero no tanto que no lo oiga Rosa, perdemos las amistades si por la musa de Goyérri olvida V. á las del Parnaso.

—No las olvidaré. Esta noche, digo mañana por la noche, completaré mi trilógia poética con un nuevo canto que ha de titularse *¡Aquí está!*

Los coches parten, entre víctores de la muchedumbre, y D. Joaquin y yo saltamos al nuestro, que parte tambien.

Llegamos á Castrejana y allí nos detenemos todos, no tanto para descansar ántes de emprender la cuesta que allí comienza, como para recrearnos con los atractivos de diversa índole que aquel lugar ofrece.

Altísimas montañas á derecha é izquierda. Por el fondo del estrecho y profundo valle, el caudaloso Cadagua, que ruge de furor viendo que una fuerte presa de sillares osa oponerse á su paso. A modo de altísimo arco triunfal levantado para solemnizar la union del rio con la mar, que sale allí á su encuentro, el puente, construido en el siglo XV, no por el diablo, como el vulgo supone atribuyendo al espíritu maligno el arte de edificar, cuando sólo posee el de destruir, sino por el maestro Pedro Ortiz de Lequeitio. En la ladera de la izquierda, una serie de blancas caserías que en toda estacion se destacan sobre el fondo verde-claro de las heredades nunca baldías que las rodean, y el fondo verde-oscuro de los madroñales que á su vez rodean á las heredades. Allá arriba, donde las caserías terminan, la veneranda ermita de Santa Águeda, cuya gloria cantan, como Dios les da á entender, una vez al año los *versularis* baracaldeses, andando de casería en casería, donde obtienen por premio de sus cantares más de lo que obtienen los *versularis* madrileños por premio de los suyos: ¡chorizos, huevos

y torreznos! Más abajo del puente, en la márgen izquierda del rio, primero una gran ferrería y luégo las melancólicas ruinas del puerto de Zubileta, que un tiempo tuvo gran celebridad, porque era el destinado al embarque de la castaña, cuando este fruto abundaba en las Encartaciones, donde hoy escasea. En la orilla derecha, casi frente al puente fantaseado por la imaginacion popular, algunas casas y las ruinas de un molino. El pueblo, que nos avergüenza á los averiguadores de antigüedades con la facilidad con que averigua con todos sus pelos y señales las más recónditas y misteriosas, afirma que en aquel molino trazó el diablo los planos del puente, y añade que todavía se le ve entre aquellas ruinas, compas en mano, descornándose por proyectar otro que enlace las veneras de Vizcaya con las ferrerías de Inglaterra, á fin de que los industriosos ingleses no le abran una claraboya en el techo de su infernal palacio á fuerza de profundizar en busca de vena inglesa, que ya ni áun acercándose á los profundos abismos encuentran.

En la contemplacion de estas y otras bellezas y curiosidades nos entretenemos cabe el puente de Castrejana. Los ojos de Mari-Santa están enjutos y brilla la felicidad en ellos; pero de repente aparece el médico de Abando, que viene corriendo y acompañado de un mozo tiznado de carbon y vena, que debe de haber ido á llamarle á toda prisa.

—¿Qué ocurre, D. Cosme? le pregunta doña Mari-Santa sobresaltada.

—Nada, señora, contesta el médico sin detenerse; que se han herido uno á otro dos operarios de la fábrica.

—¡Jesus, qué desgracia! ¿Y cómo ha sido eso?

—Nada, se pusieron á disputar sobre si Castelar tiene razon ó la tiene Aparisi.....

—¿Pero son las heridas graves?

—Pues nada: segun dice este mozo, uno de ellos tiene las tripas fuera y al otro se le ven los sesos.

—¡Qué horror, Dios mio! exclama doña Mari-Santa espantada, y ella y su hija casi prorumpen en llanto. ¡Por Dios, añade la primera dirigiéndose á su marido y á Francisco, pasen VV. el rio y vayan á la fábrica: usted, señor D. Francisco, por si los heridos necesitan los auxilios espirituales, y tú, Juan, por si necesitan otros auxilios!

Francisco y D. Juan se alejan á pié hácia el puente, que no permite, por su estrechez y elevacion, el paso de coches, pero se detienen oyendo decir á un hombre que viene de hácia la fábrica:

—D. Cosme, llega V. tarde, pues han muerto ya los dos.

Esta noticia nos contrista profundamente á todos, y hace prorumpir en llanto á doña Mari-Santa y á Teresita.

—Prestémosles el único auxilio que ya podemos prestar á esos desventurados, dice el sacerdote descubriéndose la cabeza.

Y encomendamos todos á Dios el alma de los que han sacrificado su vida y quizá la de su familia á hombres y teorías que quizá sólo conocian de nombre!

—Dios, añade Francisco con honda tristeza, habrá tenido en cuenta su inocencia; que inocente como un

párvulo tiene que ser el que, con venda en los ojos, juzga lo humano, como se debe juzgar lo divino!

El hombre que venía de la fábrica, cruza por nuestro lado.

—¿Tenian familia? le pregunta doña Mari-Santa lacónica y ansiosamente.

—Los dos eran casados y dejan en la miseria mujer é hijos pequeños, contesta el hombre y sigue su camino.

Doña Mari-Santa mira á su marido de modo tal, que D. Juan, arrasándosele los ojos en lágrimas, contesta á aquella mirada estrechando la mano de su mujer, y diciendo á ésta por lo bajo:

—¡Aun tienen padres los hijos de esos desdichados!

Poco despues emprendemos, todos silenciosos y tristes, la subida de la larga cuesta.

Yo voy pensando en otros tiempos y otros hombres.

Á fines del siglo XIII, las guerras de bandería, que no cesaron hasta fines del siglo XV, en que les dió el golpe de gracia la gran Isabel la Católica, ensangrentaban el litoral cantábrico, en cuya parte oriental los bandos contendientes se distinguian con los nombres de *oñecinos* y *gamboinos*.

El linaje de Leguizamon, cuyo originario solar está en la península de Echébarri, más arriba de Bilbao, era enemigo de los de Careaga y Martíartu. Diego Perez de Leguizamon, anciano de ochenta años, era por los de 1280 pariente mayor de su linaje, y cabalgando un dia en una mula, en compañía de noventa peones de su bando, al emprender la subida de esta ladera, entónces áun más poblada de árboles que ahora, siguió el cami-

no de las mulas, como entónces se llamaba á éste que ahora podemos llamar camino de los coches, y sus peones tomaron el atajo.

Cuando los peones llegaron á la cumbre, se detuvieron á esperar al anciano, y no tardaron en ver que la mula llegaba sin jinete.

Llenos de inquietud, bajaron en busca de Diego, y le encontraron decapitado!

Quince peones del bando enemigo habian visto á Diego y los suyos bajar de la Encartacion por la ribera del Cadagua, y calculando lo que sucedió, es á saber, que los peones tomarian el atajo y Diego seguiria el camino de las mulas, se pusieron en celada, ¡y así degollaron á mansalva á Diego!

Los homicidas estaban ya en la banda opuesta del Cadagua, que habian pasado en una barca por Zubileta, y los de Leguizamon juraron sobre el cadáver de Diego vengar aquella alevosía.

Veinte años más tarde, precisamente aquel en que se fundaba la villa de Bilbao, los hijos de Diego Perez de Leguizamon quemaron en la torre de Martíartu al pariente mayor de este linaje y quince de sus deudos.

Algunos años despues, unidos los de Martíartu, los de Careaga y los de Zamúdio con los alcaldes de la Hermandad, cercaron y combatieron la torre de Leguizamon, y como no se les rindiese, la quemaron, con sesenta hombres y catorce mujeres que estaban dentro. Únicamente se salvó Sancho Diaz de Leguizamon, nieto de Diego, y á la sazon de diez años de edad, á quien, he-

rido de dos saetas, ocultó bajo sus haldas y sacó de entre las llamas su valerosa nodriza.

Estos recuerdos históricos, que siempre me han horrorizado, me horrorizan ahora más que nunca. ¡Maldito de Dios y de los hombres el que ama la guerra civil, sea oñecino ó sea gamboino!

En la planicie de Aldamira todos los carruajes se van deteniendo, porque todos los que van en ellos quieren detenerse un momento á contemplar el hermoso valle de tres leguas ocupado por diez mil hogares. Tambien nuestro carruaje se detiene..... ¡Las que no pueden detenerse son las lágrimas de mis ojos, que no sé qué amargos presentimientos hacen correr cuando contemplo aquel hermoso y amado valle, alumbrado por los últimos rayos del sol poniente, que simulan el rojizo y sanguinolento resplandor de un gran incendio!

. . . . . .

El incendio, que áun no se ha extinguido, estalló algunas semanas despues, y no faltó quien ultrajase al pacífico y leal autor de este libro, suponiéndole afinidades con los incendiarios! Dado el espíritu de injusticia que en las luchas fratricidas anima á oñecinos y gamboinos, ¡cómo el autor de este libro no ha de temer que sea ya charco de lágrimas y sangre y ceniza el honrado hogar de Mari-Santa!

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Lo que es este libro.	7
I. Recuerdos de la infancia.	11
II. El paseo solitario.	15
III. Confidencias.	17
IV. Emboscada.	24
V. Explicaciones.	31
VI. El roble de Arbieto.	35
VII. Las estampitas.	39
VIII. Mari-Santa.	42
IX. La visita.	47
X. Cosas de madre.	53
XI. Poeta y enamorado.	59
XII. Amores angélicos.	65
XIII. La literatura por dentro.	69
XIV. El heroico Chómin.	77
XV. La comida.	82
XVI. La compatibilidad.	87
XVII. Prólogo de una historia.	93
XVIII. El huevo y la castaña.	98
XIX. Sueños y realidades.	105
XX. Hogar desierto.	111
XXI. La encina de la Salve.	119
XXII. Los cantos infantiles.	124
XXIII. Desde el pórtico á las ruinas.	128
XXIV. Mari-Rosa.	135
XXV. Rosita.	141
XXVI. Vísperas de Nochebuena.	151
XXVII. Cuartel de invierno.	157

Páginas.

XXVIII. Las víctimas del amor. 164
XXIX. El observatorio. 169
XXX. Amos é inquilinos. 176
XXXI. La madre de un presidiario. 183
XXXII. Junto al solar de Ercilla. 192
XXXIII. La madre de las madres. 197
XXXIV. Las almas fuertes. 202
XXXV. La fructificacion. 209
XXXVI. La ferrería. 217
XXXVII. Los árboles. 222
XXXVIII. En Olaechea. 230
XXXIX. Las almas débiles. 239
XL. El gran dia. 253
XLI. Las truchas. 262
XLII. ¡Aquí está! 291

PQ6571. M3

a39001 0040490896

7/69